

*Selecta*

*La cocinera  
de Oak  
Farm*

**D.J.57**

Marian Viladrich

La cocinera de Oak Farm  
Trilogía Oak Hill 3

*Marian Viladrich*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A Pili, que se aferró a la vida con uñas y dientes,  
con risas, con mucho amor y con una valentía única.*

## Prólogo

Grant Miller observó su móvil como si fuera un objeto extraño antes de dejarlo con suavidad sobre la mesa. Hizo girar la silla y su mirada se perdió sobre la impresionante vista que le proporcionaban los amplios ventanales de su despacho. La City de Londres se extendía ante él bajo el templado sol de agosto, que arrancaba algunos destellos a las ventanas de los edificios cercanos. Quería alegrarse por su mejor amigo, pero no conseguía encontrar dentro de sí mismo la calidez suficiente que le permitiera emocionarse por la futura paternidad de Tyler Hamilton. Tan solo notaba la misma frialdad que lo acompañaba desde hacía años, cuando tomó todas las decisiones incorrectas.

Con un suspiro, tecleó en el ordenador, tratando de concentrarse en el trabajo, pero una nueva llamada distrajo su atención. El nombre de su hermana parpadeó en la pantalla y, por un momento, estuvo tentado a dejar que saltara el contestador. Pensó que había tenido suficiente con la exultante llamada de Tyler desde Nueva York y no se veía con fuerzas para hablar con su hermana. En realidad, Rebecca era ya lo único que lo ataba a Oak Hill, la pequeña ciudad de Carolina del Norte en la que creció, y a veces le costaba respirar cuando recordaba todo lo que dejó atrás para encerrarse en la jaula que él mismo se había construido.

Finalmente contestó la llamada. La voz dulce de Rebecca le llegó como si no estuvieran separados por un océano y, de inmediato, reconoció la

preocupación en su tono.

—A Ethan le han ofrecido un trabajo en el condado de Craven —explicó de forma atropellada—. Un buen trabajo —puntualizó y Grant casi pudo ver a su hermana mordisqueándose el pulgar a causa de los nervios—. Es una gran oportunidad y quiero irme con él. Creo que también es una oportunidad para mí, para dedicarme en exclusiva al *ballet*... Solo hay un problema —expuso con voz vacilante—. No sé qué hacer con Oak Farm.

La mención de Oak Farm trajo irremediablemente el doloroso recuerdo de Liliana Peña, de su boca grande y generosa, de su piel tibia y sus profundos ojos oscuros, pero Grant ahuyentó la tentadora imagen con rapidez. Llevaba cerca de tres años luchando contra el recuerdo de Lil, al menos en cualquier papel que no fuera el de mejor amiga y socia de Rebecca. Juntas dirigían Oak Farm, una empresa de celebración de eventos de la que Grant era una especie de tercer socio en la sombra.

Años atrás, cuando Rebecca terminó la universidad, estaba demasiado confusa sobre su futuro y no tenía claro a qué quería dedicarse. Había estudiado *ballet* desde niña, pero odiaba los escenarios, así que Grant convenció a su hermana para asociarse en el loco proyecto de Liliana: restaurar una vieja granja abandonada a las afueras de Oak Hill y abrir su propio negocio. Los hermanos Miller, que provenían de familia adinerada, disponían de los fondos necesarios para poner en marcha la empresa. Solo había un pequeño problema: Lil jamás lo habría aceptado como socio, así que Grant propuso a su hermana firmar con ella un acuerdo privado e invertir en Oak Farm sin que Liliana lo supiera.

—Las cosas no van demasiado bien y no sé cómo irme sin perjudicar a Liliana —continuó Rebecca durante aquella larga conversación telefónica, sin dejarse intimidar por el silencio que encontraba al otro lado de la línea—. Lil no podrá comprar mi parte y hacerse cargo de la empresa ella sola. Además, lo que yo decida te afecta a ti, por supuesto, así que quería consultarte. He pensado que podríamos buscar un inversor interesado y

venderle nuestra parte, aunque no sé si a Lil le gustará esa solución...

—¿Lo has hablado con ella? —preguntó al fin.

Rebecca negó, avergonzada.

—No me he atrevido. Ethan cree que tengo que decírselo ya y empezar a tomar decisiones, porque se incorporará a su nuevo trabajo en algo más de un mes, pero... Voy a dejar tirada a mi mejor amiga y no sé cómo solucionarlo.

Grant asintió lentamente.

—¿Por qué dices que las cosas no os van bien? Creía que estabais desbordados de trabajo...

Rebecca tomó aire y empezó a dar una serie de confusas explicaciones, pero nunca fue buena con los números y se enredaba con las cifras y los datos.

—Tengo un montón de documentación. Si quieres puedo enviártela ahora mismo...

Grant asintió y al cabo de unos minutos recibió en su *email* los documentos prometidos. Revisó los informes de Oak Farm y confirmó las malas expectativas de su hermana. Lil era un genio en la cocina y a Rebecca se le daba bien la organización de eventos, pero las chicas no tenían ni idea de llevar un negocio y habían tomado bastantes malas decisiones. Allí hacía falta alguien con conocimientos en gestión empresarial y ninguna de las dos poseía experiencia en ese ámbito.

El sonido del intercomunicador interrumpió sus pensamientos. Pulsó el botón y escuchó la voz áspera de su secretaria, tan rígida y formal como un ama de llaves victoriana.

—Señor Miller, su padre le ha convocado a una videoconferencia dentro de una hora. ¿Quiere que le conecte en su despacho o prefiere la sala de reuniones?

Grant ahogó un gruñido de fastidio. Creyó que trasladarse a Londres le permitiría marcar las distancias con su padre, pero la asfixiante presencia de Conrad Miller llegaba hasta Europa. Nunca debió trabajar para él, había sido

un completo error. Otro más de todos los que había cometido en sus veintinueve años de vida.

—Me conectaré aquí. Gracias, Alice.

Trató de concentrarse de nuevo en el trabajo. Era todo lo que hacía en Londres. Trabajar doce o catorce horas diarias y, de vez en cuando, salir a tomar una copa o a jugar al tenis con aburridos ejecutivos como él. A menudo se sorprendía añorando Oak Hill, donde había conocido a las pocas personas que realmente había querido a lo largo de su vida. Entonces no supo valorarlas e hizo muchas cosas mal, demasiadas. Si pudiera volver atrás... Si pudiera volver... Abrió la página web de Oak Farm y la estudió con atención. Él podría arreglarlo, pensó de repente. La idea surgió como un rayo, invadiendo su mente con una claridad indiscutible. Él podría hacer que aquella pequeña empresa saliera adelante. No tenía ni idea de organizar eventos, pero sabía llevar un negocio, captar clientes, tomar decisiones financieras... No sería fácil, claro, pero parecía un buen reto: levantar una empresa a punto de caer, salir de una vida monótona y de un trabajo que odiaba para sumergirse en un proyecto que siempre le había parecido apasionante... Tal vez era la solución a todos sus problemas, la manera de tomar las riendas de su vida, dejar atrás a su padre y encontrar un poco de respeto hacia sí mismo.

Liliana... Lil nunca lo aceptaría. Hacía años que había perdido todas sus oportunidades con ella, pero, por otra parte, la posibilidad de volver junto a ella convertía aquel desafío en lo más interesante que le había pasado en los últimos tiempos.

## Capítulo 1

Cocinar enfadada nunca era una buena idea. Fue una de las primeras lecciones que Liliana Peña aprendió de su madre cuando empezó a manejarse entre los fogones. La comida se nutre de las emociones y la ira solo consigue que se pase la carne, el pollo lleve demasiada sazón y la salsa quede más picante de lo que debería. «Los guisos se alimentan de nuestros sentimientos», solía decir Elena Peña con su español musical y pausado, ese español que solo utilizaban en la humilde caravana en la que vivieron durante muchos años. Entonces Lil no hacía demasiado caso de la extraña filosofía de su madre, pero a sus veintisiete años sabía que los comensales podrían percibir su enojo en cuanto probaran la crema de rábano picante que acompañaba a las costillas asadas.

Su malhumor resultaba tan evidente que esa mañana en las cocinas de Oak Farm se trabajaba en un inusual silencio. Todos estaban concentrados en sus respectivas ocupaciones y solo Thomas Gibbons, su mano derecha, se había atrevido a enarcar las cejas cuando Liliana repartió las tareas con órdenes secas y rictus severo. Se habían conocido en la Escuela de Cocina y se entendían bastante bien, razón por la que Liliana acudió a él en cuanto abrió Oak Farm. Ambos eran serios y organizados en la cocina y, pese a la apariencia bonachona de Thomas, podía ser tan exigente como la propia Liliana.

—¿Cómo van esos pasteles de cangrejo? —preguntó Lil al cocinero con el

ceño fruncido—. Tendrían que estar ya emplatados.

—Doug está en ello —aseguró Thomas—. Saldrán a tiempo, ¿verdad, Doug?

—¡Sí, chef! —aseguró el último miembro en incorporarse a las cocinas de Oak Farm, un joven rubio y desgarbado con exceso de entusiasmo.

—Supervísalo —gruñó Liliana—. No quiero que se pase con la salsa de mango.

Thomas arrugó la nariz con fastidio, pero no protestó. En la cocina siempre se mostraba respetuoso con la jerarquía y jamás llevaba la contraria a su jefa, pero Liliana comprendió sin necesidad de reproches que se había pasado de la raya con aquella orden innecesaria. Thomas vigilaba como un halcón cada plato que salía a sala y estaba tan atento al trabajo del resto de los cocineros como al suyo propio. Incómoda, se alejó de su sección e hizo una ronda para observar el resto de las preparaciones. Stella iba algo retrasada con la elaboración de los postres, pero se abstuvo de hacer algún comentario. Ya había metido la pata con Thomas y no quería pagarlo también con la chef pastelera, así que regresó a su puesto y procuró concentrarse en el trabajo. La boda de los Cooper era uno de los encargos más importantes de la temporada y no podían permitirse ni un mínimo error.

Horas después, con todo recogido y la cocina reluciente, felicitó a su equipo, como hacía siempre que terminaban la jornada con éxito. Los empleados abandonaron la cocina de Oak Farm y Liliana se dirigió hacia su despacho para quitarse la ropa de trabajo, ponerse un vestido estampado y deshacer el tirante moño con el que solía recogerse el pelo cuando cocinaba. Con el cabello suelto, se masajó el cuero cabelludo, tratando de aligerar la punzante sensación que una docena de horquillas había dejado en su cabeza. Después, entró en el pequeño aseo de su oficina para maquillarse y disimular las profundas ojeras que enmarcaban sus ojos oscuros. Se miró al espejo y no le sorprendió su aspecto cansado, porque llevaba días sin dormir bien. Su rostro agotado le recordó otra época, cuando estudiaba en la Escuela de

Cocina y compaginaba las clases con dos empleos. Nunca había trabajado tanto como entonces, ni siquiera en los inicios en Oak Farm, pero, curiosamente, no recordaba sentirse cansada o echar en falta horas de sueño. No, lo que recordaba era la intensa energía que gobernaba su vida, las ganas de aprender, de convertirse en una gran cocinera, de dominar nuevas técnicas, de explorar otras recetas; recordaba la lucha desaforada por dejar atrás el parque de caravanas en el que creció, por olvidar lo lejos que se encontraban sus amigos, repartidos en universidades por todo el país, y aparcar en algún rincón perdido de su memoria al único chico que le había roto el corazón.

Fue una época dura y solitaria, pero salió adelante, puso todo su empeño en ello, mientras soñaba con Oak Farm, su pequeño secreto, su ridícula obsesión, el sueño al que se había aferrado cuando era una niña y contempló por primera vez la vieja granja de las afueras. Entonces no era más que un edificio en ruinas sobre el que circulaban historias de fantasmas y crímenes inventados, pero ella supo ver más allá de las ventanas desvencijadas, el tejado a medio derrumbar y la fachada colonizada por gruesas enredaderas. En su imaginación, ella era capaz de ver el frente limpio y blanco, las dos chimeneas orgullosas que exhalaban humo, las mecedoras que se balanceaban en el porche. Un hogar feliz y cálido, espacioso, confortable y acogedor. Durante años imaginó que su madre y ella vivían en la granja, cultivaban un pequeño huerto en la parte trasera del jardín y tomaban limonada y galletas de azúcar en el porche las tardes calurosas, pero luego Liliana creció, sus sueños cambiaron y empezó a hacer otros planes para Oak Farm. Jamás se lo contó a nadie. La hubieran tomado por loca, pero estaba decidida a ser la dueña de Oak Farm y al final lo había conseguido. Solo esperaba no estar a punto de perderlo todo.

Cuando salió de su despacho, encontró a Thomas aún en la cocina, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta que no lograba disimular su abultado abdomen. El cocinero la esperaba con semblante serio y su postura (los brazos cruzados, los tensos hombros erguidos, la cadera apoyada en una

de las encimeras con falsa relajación) solo acentuaba la gravedad del momento.

—¿Viene a recogerte tu chico o quieres que te lleve a casa? —preguntó Lil, tratando de evitar la conversación que iba a producirse.

—No te preocupes. He quedado con Josh —aseguró, mientras la miraba con fijeza—. ¿Se puede saber qué te pasaba hoy? Has estado insoportable...

—No me pasa nada, Thomas. Siento haber sido tan borde. Solo estoy cansada. —Era mentira, por supuesto, pero no podía contarle a nadie de Oak Farm el origen de su malhumor, al menos hasta que tuviera una conversación con Rebecca, pero la muy cobarde llevaba dos semanas rehuyéndola. Al principio no le había dado importancia. Era época de mucho trabajo para ambas, y su socia y amiga parecía demasiado ocupada con los preparativos de varias bodas. Sin embargo, por fin comprendía que, en realidad, solo estaba evitándola para no decirle que se iba de Oak Farm.

—¿Quieres venirte con Josh y conmigo a tomar una copa? Parece que lo necesitas... —insistió su segundo de a bordo.

Lil negó de nuevo.

—Gracias, Thomas, pero ya sabes que Rebecca y yo siempre celebramos juntas cuando terminamos un trabajo importante y la boda de los Cooper ha sido uno de nuestros mejores encargos de la temporada.

—Ya... No creo que sea muy buena idea que te quedes con Rebecca. Has soltado un bufido cada vez que escuchabas su nombre, así que supongo que tu enfado va dirigido hacia ella. Tal vez sea mejor que te vengas con Josh y conmigo y hables con Rebecca cuando estés más calmada.

Aunque agradecía el interés de su amigo, Liliana rechazó de nuevo su invitación y se despidió de él. En cuanto Thomas abandonó la cocina, preparó dos platos con sobras y esperó la llegada de su socia y amiga, esa cobarde traidora que no se había atrevido a ser honesta con ella. Lo que más le dolía era haberse enterado de su marcha a través de Grace Campbell, la joven ayudante de Rebecca, que se había presentado en su despacho a primera hora

para saber si conservaría su empleo cuando su jefa se marchara de la empresa. Lil la obligó a contarle toda la historia y así supo que a Ethan le habían ofrecido un nuevo trabajo y que Rebecca pensaba marcharse con su novio y dejar Oak Farm.

La marcha de Rebecca no la tomaba por sorpresa. O, al menos, no demasiado. Siempre supo que este momento llegaría, que Rebecca abandonaría el barco y saldría a buscar su propio camino. A fin de cuentas, Oak Farm era el sueño de Liliana y Rebecca solo estaba allí de rebote. Su amiga, en realidad, era bailarina. Había estudiado *ballet* desde los cuatro años de edad, pero sentía una inexplicable aversión por los escenarios. Por eso, cuando regresó de la universidad con su título de Danza bajo el brazo, Rebecca no supo qué hacer con él. Estaba demasiado perdida y su padre, con el que mantenía una relación distante y fría, pretendía que trabajara en su empresa, algo que a la joven le horrorizaba. Por supuesto, Rebecca no tenía de qué preocuparse, porque pertenecía a una de las familias más ricas del condado, pero deseaba encontrar su propio camino.

En cambio, Liliana estaba muy segura de su futuro. Llevaba años planeando convertir la vieja granja abandonada en un centro para la celebración de eventos. Cuando le contó a Rebecca el proyecto, su amiga quiso formar parte del negocio. Invirtió una buena suma de dinero, pidieron un préstamo y ambas trabajaron sin contemplaciones para sacar adelante la empresa. Al mismo tiempo, Rebecca empezó a dar clases de *ballet* en la academia donde estudió de niña y la enseñanza se desveló como su verdadera vocación. Rebecca nunca hablaba del tema, pero Liliana la conocía demasiado bien y sabía que, tarde o temprano, tendría que dejar Oak Farm para dedicarse a lo que verdaderamente amaba. El nuevo trabajo de Ethan solo había adelantado su decisión.

Liliana no consiguió averiguar cómo había obtenido Grace la información sobre los planes de su socia. No por Rebecca, desde luego; Lil pondría la mano en el fuego a que la joven había vuelto a escuchar detrás de las puertas.

La ayudante de Rebecca era una cotilla incorregible y más de una vez la había cazado escuchando a hurtadillas, pero en aquel momento los hábitos de espionaje de Grace Campbell constituían la menor de sus preocupaciones.

Rebecca entró en la cocina con esa particular forma suya de moverse: pasos rápidos y silenciosos que parecían deslizarse sobre el suelo, la espalda elegantemente erguida y la barbilla levantada. Ya no quedaba en ella ni rastro de la adolescente oscura y huraña que se vestía por completo de negro, leía poetisas atormentadas y escuchaba música deprimente. La mujer en la que se había convertido no llamaba la atención. Siempre resultó algo anodina, una chica del montón, con el cabello castaño claro, los ojos azul grisáceo, rasgos algo infantiles y el cuerpo demasiado delgado, sin apenas curvas. Durante la jornada laboral se vestía con ropa formal, pero, al igual que Liliana, se había cambiado y llevaba unos cómodos *leggings*, una amplia camiseta de escote desbocado y unas bailarinas negras.

—¿Ya se han ido todos? Estoy muerta de hambre. ¿Vodka con manzana o ron caramelo? —preguntó Rebecca, mientras depositaba dos botellas sobre la encimera.

Liliana arrugó la nariz.

—¿Ese ron no es la botella que mandó Scott desde República Dominicana? Es demasiado dulzón, prefiero el vodka.

Scott era uno de los miembros del curioso grupo de amigos que formaron en el instituto. Un grupo extravagante de raros, solitarios y marginados, a los que la mayoría de sus compañeros trataba con desprecio: los dos frikis de la clase, David Hamilton y Scott Williams, apasionados por los ordenadores, los cómics y las películas de ciencia ficción; Alison Parker, la adolescente tímida en cuya casa se vivía el infierno de los malos tratos sin que nadie hiciera nada para evitarlo; Rebecca, la chica rica y extraña que vestía de negro, huía de los chicos y que parecía estar siempre de un humor sombrío, y la propia Liliana, con su fama de chica fácil y que desafiaba a cualquiera que se burlara de sus orígenes hispanos o del humilde parque de caravanas en el que vivía con su

madre. Habían pasado casi diez años desde que se graduaron y sus vidas habían tomado rumbos distintos, pero seguían siendo buenos amigos.

—A mí tampoco me gusta mucho, pero a Ali le encantaría —sonrió Rebecca.

—Pues con el embarazo no podrá bebérselo hasta dentro de mucho tiempo —recordó Liliana. Alison, que vivía en Nueva York y estaba casada con Tyler Hamilton, el hermano de David, había llamado eufórica unas semanas atrás para anunciar su embarazo. El recuerdo feliz de su amiga las hizo sonreír a ambas y, por un momento, Liliana se olvidó de su enfado.

—Esto está buenísimo —comentó Rebecca, metiéndose en la boca una samosa rellena de queso de cabra y miel que le hizo poner los ojos en blanco—. Y el vodka con manzana le va bastante bien... Deberíamos patentarlo, aunque no sé si tendría una buena acogida. ¿Crees que tendríamos que empezar a acompañar la comida con vino? Grant dice que es lo que hacen los adultos...

—Tu hermano se ha vuelto un adulto bastante aburrido, y no sabía que nos importaba su opinión sobre nuestros gustos étlicos —comentó impaciente Liliana, mientras jugueteaba desgana con un pastel de cangrejo. No podía creer que Rebecca siguiera sin contarle nada. Era la primera vez que se veían a solas en dos semanas, el momento perfecto para que le dijera que pensaba irse, pero ahí estaba, comiendo tranquilamente y sin ninguna intención de hablarle de sus planes.

Rebecca ahogó un suspiro.

—No es que su opinión importe... Bah, déjalo. ¿Nunca conseguiréis llevaros bien? Grant ya no es el mismo de antes.

Liliana apuró un trago de vodka. No quería hablar de Grant Miller, porque aquello traía recuerdos que estaban mejor guardados bajo llave, como su sonrisa somnolienta, sus besos delicados o su mirada traviesa. Aquella siempre fue su versión favorita de Grant Miller, mucho mejor que la del niño burlón o la del adolescente engreído, si no aquel otro Grant que solo aparecía

de vez en cuando y que nada tenía que ver con el severo adulto en el que se había convertido en los últimos años. El nuevo Grant Miller estaba en Londres. Su cobardía lo había llevado al otro lado del océano años atrás y Liliana no tenía ganas de pensar en él, así que recuperó su mal humor, dispuesta a enfrentar a su amiga.

—¿Cuándo piensas contármelo? —preguntó con brusquedad. Un silencio espeso cubrió la cocina de Oak Farm. Rebecca la miró asustada y se mordió el labio.

—¿Lo sabes?

—¿Que te vas de Oak Farm? Sí, lo sé. Ahora me gustaría saber por qué me he tenido que enterar por una tercera persona que mi mejor amiga se va de la ciudad y va a dejar el negocio que tenemos a medias.

Rebecca agachó la cabeza, avergonzada. Un intenso rubor cubrió sus mejillas, pero Liliana no se conmovió ni un ápice y mantuvo la mirada dura y el ceño fruncido.

—No sabía cómo contártelo. Ha sido todo tan rápido... A Ethan le han ofrecido un trabajo increíble y yo quiero irme con él. No solo porque él pueda aprovechar una gran oportunidad, creo que también ha llegado del momento de que yo... de que empiece... de que...

—De dedicarte a tu verdadera vocación: enseñar *ballet* —Liliana interrumpió los titubeos de su amiga y Rebecca la miró agradecida.

—Me encanta Oak Farm y todo lo que hemos hecho aquí, pero esto no es lo mío. No quiero dejarte tirada, de verdad, pero me gusta dar clases de *ballet*, me entiendo muy bien con mis alumnos y creo que soy una buena profesora.

—Está bien, Rebecca, no tienes que darme explicaciones. Siempre supe que nuestra asociación sería temporal, que este no era tu sueño. Sabía que acabarías encontrando tu propio camino y me alegro de verdad por ti, pero soy tu mejor amiga y te has callado durante semanas. No merezco la desconfianza.

Rebecca volvió a sonrojarse y trató de ocultar su incomodidad recogiendo el pelo en una trenza floja. Cuando terminó, se encogió de hombros.

—No quería mentirte. Solo necesitaba tiempo para saber cómo dejar Oak Farm sin perjudicarte. La empresa no está en su mejor momento y quería llegar con una propuesta concreta. Lo que no quería era soltarte que me iba y dejarte con la incertidumbre.

Liliana asintió despacio. Podía entenderlo. No estaba de acuerdo, pero comprendía las motivaciones de su amiga.

—Queda un poco de tarta. ¿Te apetece? —preguntó, enterrando definitivamente el hacha de guerra. Rebecca la miró agradecida y ambas permanecieron en silencio mientras saboreaban la tarta de coco, lima y vainilla que Stella había elaborado para la boda de los Cooper.

—No me has preguntado si he encontrado una solución.

—¿Lo has hecho? No puedo comprar tu parte. Intentaré pedir un préstamo, pero no estoy segura de que me lo concedan. A lo mejor puedo pagártelo a plazos o quizás no te importe mantenerte como socia económica. También podría buscar un nuevo socio que se quede con tu parte, pero eso llevaría tiempo...

—Tengo una propuesta, pero no te va a gustar.

—¿Cuál?

Rebecca negó con la cabeza con gesto grave. Demasiado grave. Liliana escudriñó el rostro de su amiga, tratando de averiguar qué la inquietaba, pero no sacó nada en claro.

—Ahora no puedo decirte nada. ¿Podríamos quedar mañana por la noche y lo hablamos?

—¿En tu casa o en la mía? —Liliana intentó aligerar el ambiente con su pequeño sarcasmo, porque ambas vivían en el mismo edificio. De hecho, durante un tiempo las dos amigas compartieron piso hasta que Rebecca se trasladó al apartamento de enfrente para vivir con su novio.

—Mejor un sitio neutral. ¿Vamos a The Black Sheep?

Liliana asintió algo envarada. El hecho de que Rebecca eligiera un lugar público no auguraba nada bueno.

## Capítulo 2

**E**nterar en The Black Sheep era como volver a casa, pensó Liliana en cuanto atravesó las puertas de la taberna. Era, sin duda, el mejor local de la ciudad, por encima del club de campo o incluso Oak Farm, aunque jamás lo reconocería en voz alta. Había adorado trabajar allí. Todo le gustaba en aquel bar de maderas oscuras, que servía las mejores cervezas artesanales del condado y a cuyo renombre ella había contribuido creando un menú que mezclaba la típica comida de taberna (hamburguesas, sándwiches, alitas de pollo, nachos) y cocina tradicional sureña, como las croquetas de maíz o los tomates verdes fritos. El nuevo cocinero había continuado la línea establecida por ella y anunciaba en una pizarra la sopa del día (siempre elaborada con productos locales de temporada), una ensalada especial y dos tipos de hamburguesas *gourmet*.

El bar todavía no estaba demasiado concurrido. Sonaba *Dance Little Liar*, de Arctic Monkeys, y un par de camareras, con minifaldas vaqueras y camisetas blancas, charlaban en susurros sin quitar ojo a los escasos clientes que ocupaban las mesas. Acodados en la barra, algunos parroquianos vaciaban con lentitud sus respectivas pintas. Tras la barra, en su puesto habitual, se encontraba Ben «Smiley» Tucker, propietario de The Black Sheep y antiguo jefe de Liliana. La joven se acercó a aquel tipo enorme, de poblada barba rubia y melena desgreñada, con los musculosos brazos llenos de tatuajes y ese gesto siempre serio, que le había valido, por oposición,

aquel incongruente mote.

—¿Se puede saber por qué no suena una fanfarria cada vez que entro en este bar, jefe? —preguntó Lil con tono burlón, al tiempo que daba una palmada sobre la barra. Tucker se volvió hacia la joven y, por un momento, a Liliana le pareció detectar un brillo de diversión en sus ojos castaños, aunque el resto del semblante masculino permaneció inalterable.

—Hace tres años que dejaste de trabajar para mí. En algún momento puedes empezar a llamarme por mi nombre.

Lil hizo una mueca burlona y negó con la cabeza.

—El día que te escuche reír, usaré tu nombre. Hasta entonces, tendrás que aguantarte, je-fe... —indicó recalcando bien cada sílaba—. He quedado con Rebecca.

Ben cruzó los brazos, lo que hizo resaltar aún más sus poderosos músculos.

—Ya ha llegado. Os he dejado uno de los reservados del fondo.

Liliana asintió y se dispuso a encontrarse con su amiga y socia. De camino, saludó a las camareras y le pidió a Daisy una cerveza de cereza. Rebecca llevaba el largo cabello castaño claro recogido en un moño descuidado, del que se escapaban algunos mechones, y una camiseta *oversize* que dejaba al descubierto uno de sus huesudos hombros. Siempre había sido extremadamente delgada y, como todas las bailarinas, procuraba seguir una estricta dieta, aunque en los últimos años había aprendido a relajarse y se la saltaba con relativa frecuencia. Liliana sabía que sus recetas eran en parte culpables de que Rebecca olvidara sus rígidas normas alimentarias.

Lil observó que parecía nerviosa. Sus dedos, largos y finos, tamborileaban inquietos sobre la mesa y apenas había probado el vaso de sidra de pera que había pedido.

—Hola —saludó Liliana y no le pasó desapercibido el ligero sobresalto de su mejor amiga. Estaba más pálida que de costumbre, pero trató de ocultarlo con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. ¿Llevas aquí mucho rato? Creí que habíamos quedado a y media.

—Me he adelantado —explicó Rebecca, al tiempo que se encogía de hombros.

La llegada de Daisy con el pedido de Liliana interrumpió la conversación.

—Dice el jefe que aquí se viene a tomar cerveza de verdad y que si seguís pidiendo esta mierda de bebidas os prohibirá la entrada —informó la camarera con una mueca socarrona. Lil soltó una carcajada e incluso Rebecca no pudo ocultar una sonrisa. Más relajadas, ambas dieron un trago y se miraron de frente.

—Bueno, tú dirás...

Rebecca tragó saliva y agachó la cabeza. Lil estaba empezando a ponerse nerviosa. ¿Qué tenía que decirle Rebecca? ¿Por qué su mejor amiga estaba tan preocupada?

—Lo primero, quiero disculparme otra vez por no haberte dicho que quería irme —empezó a decir—. Iba a hacerlo, pero no sabía cómo y los días empezaron a pasar... Ethan no hacía más que insistir en que tenía que contártelo ya, que no tenía sentido alargarlo...

—Es que no lo entiendo, Rebecca. ¿Cómo no lo hablaste conmigo?

Rebecca se mordió el labio y Liliana sintió algo de pena por ella. El problema de Rebecca fue siempre su constante indecisión, que le había acarreado muchos problemas, tanto consigo misma como con los demás. Durante muchos años se sintió confusa con respecto a todo: quién era, qué quería hacer con su vida, su tormentosa relación con Ethan, llena de idas y venidas... Desde la adolescencia estuvo dando tumbos, huyendo de sí misma y de sus sentimientos, hasta que al final resolvió tomar las riendas de su vida, regresó a Oak Hill y empezó a tomar decisiones, entre ellas, asociarse con Liliana para fundar una empresa de celebración de eventos. Aquel no había sido el sueño de Rebecca, pero se implicó en serio, de tal forma que acabó haciendo también suyo el proyecto de Oak Farm.

—No lo sé... Supongo que no me gusta la idea de dejarte tirada. Tú me diste una oportunidad increíble al dejarme formar parte de Oak Farm...

—Un momento —interrumpió Liliana—. ¿Qué es eso de que yo te di una oportunidad? ¡Tú me la diste a mí, Rebecca! Llevaba años soñando con montar mi propio negocio y habría sido imposible que lo hiciera sin ti. Entonces era más ingenua y creí que podría hacerlo, pero ahora sé que no hubiera tenido ninguna oportunidad sin ti. No era más que una cocinera demasiado joven con unos pocos ahorros que pretendía comprar un edificio en ruinas y convertirlo en un negocio en el que no tenía ninguna experiencia. Tú invertiste una enorme cantidad de dinero y tu apellido nos abrió muchas puertas, sobre todo al principio. Sé que nunca has tenido buena relación con tu padre, pero en este estado el apellido Miller es un verdadero talismán.

—Ni el apellido ni el dinero eran mérito mío —señaló Rebecca, que había invertido en el negocio el dinero que heredó a la muerte de su tía Edith y que llevaba años durmiendo en el banco sin que la joven lo tocara.

—No, puede que no, pero sí todo lo que hiciste después. Creíste en mí y en mi sueño, te implicaste en Oak Farm, te pusiste al frente de las obras de rehabilitación del edificio, peleaste por conseguir fondos e incluso hiciste un curso para formarte como organizadora de eventos... Y después, has trabajado tanto como yo en sacar adelante el negocio.

—Pues no lo he hecho muy bien, porque las cuentas no nos cuadran... —hizo notar Rebecca, pero Liliana se encogió de hombros.

—No creo que eso sea culpa tuya. Ninguna tiene experiencia en esto de los negocios y hemos conseguido mantenernos a flote y pagar siempre los sueldos de todo el personal. Creo que de momento me doy por satisfecha con eso.

Las dos permanecieron un rato en silencio, apurando sus bebidas y sumidas en sus pensamientos. Habían trabajado muy duro durante los últimos años. A Liliana le parecía que había pasado toda una vida desde que compraron el destartado edificio. La rehabilitación duró algo más de siete meses, eso sin contar la reforma del granero, que pospusieron durante un tiempo. Inauguraron Oak Farm con la boda de David y para las dos socias

resultó muy especial que su primer evento fuera el enlace de uno de sus mejores amigos. Ocho meses después organizaron la boda de Alison y Tyler, una preciosa ceremonia otoñal con una veintena de invitados de la que Liliana guardaba un recuerdo agridulce.

—Hay otra razón por la que no me atrevía a contártelo —reconoció Rebecca, después de echar un vistazo a su móvil. Escribió un mensaje con dedos ágiles y luego alzó la vista—. Tengo muchas ganas de empezar esta nueva etapa con Ethan. Para él es una oportunidad increíble, un trabajo que va a disfrutar mucho y en el que tiene puestas muchas expectativas, y yo quiero dedicarme de verdad a las clases de *ballet*, no solo unas pocas horas a la semana como hago ahora. Pero también me entristece irme y dejar atrás a tanta gente que quiero, a ti, a los padres de Ethan... y también Oak Farm. Este negocio ha sido mi motor de arranque para una nueva vida, para encontrarme a mí misma, para recuperar a Ethan y para muchas otras cosas. No sé si me explico...

—Te explicas perfectamente —aseguró Liliana, mientras hacía un gesto a Daisy para que les sirviera otra ronda— y entiendo todo eso. Es normal que te entristezca dejar todo esto atrás, pero no merecía que me dejaras de lado. En fin, ya está hecho y será mejor que pasemos a la parte práctica. ¿Qué va a pasar con Oak Farm? ¿Quieres mantenerte como socia económica, salir del negocio...?

Rebecca crispó las manos y cogió aire, como si estuviera buscando valor dentro de sí misma.

—Antes de hablar de la solución a mi marcha, hay algo que tengo que contarte... No te va a hacer mucha gracia... Bueno, en realidad creo que te vas a enfadar bastante, pero necesito que me escuches hasta el final.

Liliana miró asombrada a su amiga. Jamás había visto a Rebecca tan incómoda.

—¿Qué pasa?

—Te voy a pedir perdón por adelantado, ¿vale? Quiero que sepas que lo

siento mucho, muchísimo. Más que lo que hice, lo que siento es haberte engañado. No estuvo bien, lo sé, pero entonces me pareció lo correcto, no veía otra solución. Quiero que eso lo tengas claro...

—¿Quieres dejar de dar tantos rodeos? Me estás poniendo nerviosa —la interrumpió Lilitiana.

Rebecca asintió, pero la llegada de Daisy con sus nuevas bebidas la concedió un instante de tregua. La camarera depositó los vasos sobre la mesa y también una ración de croquetas de maíz.

—De parte del jefe. Dice que la bailarina tiene poco aguante y, aunque no cree que sea posible emborracharse con esa tontería que está bebiendo, será mejor que coma algo.

En otro momento, Rebecca habría protestado ante las palabras de la camarera, pero en aquel instante se encontraba tan tensa que no pareció escucharla. Esperó a que Daisy se alejara de la mesa para erguir los hombros y empezar su confesión.

—¿Recuerdas cuando regresé a Oak Hill? No sabía qué hacer con mi vida. Tenía veintitrés años y estaba tan confusa como cuando tenía quince. No quería convertirme en bailarina profesional y mi padre esperaba que hiciera como mi hermano y me incorporara a su empresa, algo que no estaba dispuesta a hacer. Entonces tú me llevaste a Oak Farm y me contaste esa locura de proyecto. No podía creer que estuvieras planteándote en serio comprar aquel edificio en ruinas y montar un negocio en él. Hablaste de pedir un préstamo, de buscar un socio inversor... Parecías tan segura de ti misma que no tuve el valor de decirte que aquello me parecía por completo descabellado. —Lil asintió, recordando la noche que llevó a Rebecca a Oak Farm para contarle sus planes—. Y entonces me pediste mi opinión y me diste toda aquella documentación para que la estudiara. Lo hice, de verdad, pero ya sabes que se me atragantan los números, así que cuando empecé a ver la previsión de cuentas que habías hecho, me perdí por completo. No quería fallarte, ¿sabes?, pero necesitaba que alguien con más experiencia que yo me

aconsejara, alguien que entendiera de negocios... Solo quería lo mejor para ti, que te asesoraran correctamente. Yo no podía hacerlo, pero no podía permitir que te lanzaras a la aventura a lo loco.

—¿A quién le pediste opinión, Rebecca? —preguntó Liliana, intuyendo que no iba a gustarle la respuesta.

Rebecca se mordió el labio.

—Llamé a mi hermano —contestó en voz tan baja que Lil tuvo que agachar la cabeza para escucharla.

—¿A Grant? —exclamó alterada. No, no podía haber escuchado bien. Rebecca no le haría eso—. Dime que no es verdad, que no le llevaste mi proyecto a tu hermano, no cuando sabes que entre él y yo...

Se calló de forma abrupta. La verdad era que Rebecca no sabía ni la mitad de lo que había pasado entre Grant y ella, pero sí lo suficiente como para entender que ella no habría querido compartir sus planes con él.

—Lo siento, sé que no debí hacerlo, pero es la única persona que conozco, aparte de mi padre, que entiende de negocios. Y entonces no sabía que vosotros...

Liliana tomó aire y trató de calmarse. No, Rebecca no lo sabía entonces. Fue después, cuando Grant se marchó a Londres, que se atrevió a contarle algo a su mejor amiga. No toda la historia, claro, solo una parte, convirtiéndolo en una aventura sin importancia que había acabado mal. Nunca se atrevió a contarle la verdad desgarradora que había arrastrado durante años: que había estado enamorada de Grant Miller desde el día que la enseñó a patinar, cuando era demasiado joven para entender la magnitud de sus propios sentimientos.

—Bueno, vale, le pediste consejo a tu hermano, puedo entenderlo. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—No he terminado —confesó Rebecca con tono contrito. Lil la miró suspicaz e hizo un gesto con la cabeza para que continuara hablando—. Le mandé toda la documentación a Grant para que la estudiara y a él le pareció

un buen proyecto, un poco flojo en algunos aspectos, pero le veía posibilidades. —Lil sintió una extraña sensación en su interior, algo que podría calificarse de satisfacción. Sí, la enorgullecía que Grant Miller hubiera valorado positivamente sus planes—. De hecho le veía tantas posibilidades que me animó a invertir en el negocio. Creyó que sería bueno para mí, porque estaba demasiado confusa y no sabía qué hacer con mi vida, dijo que necesitaba un objetivo y que podría ser un buen punto de partida.

Liliana asintió lentamente y se comió una croqueta, mientras evaluaba la confesión de Rebecca. No le había gustado que recurriera a Grant, pero parecía tener sentido que buscara el consejo de su hermano. Incluso la alegraba que él la hubiera animado a invertir en Oak Farm.

—Bueno, está bien. No digo que me guste que recurrieras a Grant, pero entiendo por qué lo hiciste. No sé por qué me cuentas ahora todo esto, pero me alegra que quieras sincerarte conmigo.

—No he terminado —señaló su socia de nuevo y, ahí sí, Liliana notó que su mandíbula se tensaba, pues intuyó que lo que vendría a continuación iba a cambiarlo todo. Rebecca dio un largo trago a su bebida y se lanzó en picado—. No era suficiente con mi inversión, así que Grant decidió sumarse a la sociedad. Él puso el dinero que nos faltaba y nos proporcionó algunos contactos para facilitarnos el camino. No podía...

Liliana alzó la mano para detener el raudal de información que estaba proporcionando su amiga. Trató de ordenar en su mente lo que acababa de decirle, pero era incapaz de comprenderlo.

—Tú y yo somos las únicas socias de Oak Farm. No hay nadie más. Firmamos juntas los papeles y está registrado.

Rebecca agachó la cabeza, como si quisiera meterse debajo de la mesa.

—Él y yo firmamos un acuerdo privado que lo convertía en un tercer socio sin que lo supieras. Sabíamos que nunca aceptarías a Grant, pero lo necesitábamos, así que su abogado lo arregló todo. Es legal; no lo entiendo muy bien, pero es legal. Él prometió no entrometerse en la empresa. Seríamos

nosotras las que lo dirigiríamos y cumplió su parte. Invirtió el dinero, nos facilitó los contactos y...

—Espera. —Lil volvió a detener a su amiga. Cerró los ojos y su cerebro pareció activarse. Grant y Rebecca la habían engañado. No le importaban sus propósitos, la única realidad era que ellos habían actuado a sus espaldas. A medida que asumía la magnitud de su traición, sintió que una rabia sorda la invadía—. Me engañaste. Me mentiste. Durante años... Yo confiaba en ti, confiaba tanto en ti que compartí contigo mi sueño, lo construí contigo y todo este tiempo... todos estos años... tú...

Estaba tan furiosa que no conseguía que le salieran las palabras. Rebecca parecía profundamente arrepentida, pero no le importaba, porque acababa de tirar por tierra años de amistad.

—Lo hicimos por ti —aseguró Rebecca—. No teníamos mala intención. Solo queríamos ayudarte...

—Necesito salir de aquí —aseguró Liliana. De repente, el aire se había vuelto opresivo. Grant Miller. Siempre Grant Miller. ¿Es que nunca la dejaría en paz? ¿Sería siempre la sombra que la perseguía? ¿Y Rebecca? Su mejor amiga, su amiga más querida, su familia. Habían vivido juntas durante un año, trabajado juntas, se habían apoyado en los buenos y en los malos momentos, y tenía que reconocer que hubo momentos realmente malos para las dos. Su mentira parecía haber ensuciado todo aquello.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó antes de ponerse en pie—. El acuerdo es entre Grant y tú. Podríamos haber deshecho la sociedad y jamás me habría enterado...

—Yo... No sé cómo dejar Oak Farm sin perjudicarte. Necesito el dinero; quiero montar mi propia academia de *ballet*, pero tú no podrás comprar mi parte, así que necesitarás un nuevo socio y Grant... en fin... él ha pensado...

—Rebecca tomó aire—. Él quiere comprar mi parte y ser tu socio.

Liliana cerró los ojos. Se sentía sobrepasada, con tantas emociones recorriendo su cuerpo que no era capaz de asimilarlas todas. Se puso en pie

muy despacio, cogió su bolso y, sin mirar a Rebecca, abandonó la mesa, pero antes de salir a la calle lo vio. Grant Miller. Allí estaba, acodado en la barra, con una copa en la mano, mirándola fijamente con aquellos ojos de color azul grisáceo, tan parecidos a los de su hermana y a la vez tan diferentes. Lo había odiado, lo había amado. Él había vuelto su vida del revés una y otra vez, pero hacía años que creía que se había librado de él para siempre. Sin embargo, comprendió, nunca se había deshecho de él. Había estado en su vida siempre, como una sombra, agazapado, aguardando el momento oportuno para volver a salir a la luz y destruirla.

Le sostuvo la mirada tan solo un par de segundos, los suficientes para detectar que su corazón palpitaba a demasiada velocidad, y después salió a la calle con paso decidido.

Había refrescado, pero no notó el cambio de temperatura.

## Capítulo 3

Grant Miller todavía era capaz de recordar la primera vez que vio a Liliana Peña. Su primer encuentro tuvo lugar en la cocina de la mansión Miller una fría mañana de invierno. La señora Danvers, que en aquella época realizaba las funciones de ama de llaves y niñera, repiqueteaba las uñas contra la encimera, mientras Grant y Rebecca, que tenían cinco y tres años respectivamente, pintaban en sus cuadernos. Grant había dibujado tres niños de cabeza deforme con ojos gigantes, cuerpos estrechos y largas piernas; por su parte, la pequeña Rebecca pintaba garabatos de colores, con una importante presencia del naranja. Aunque no se distinguía ninguna figura, la niña explicó que se trataba de un barco. Grant indicó a su hermana que coloreara el mar de azul, pero ella continuó aplicando el tono naranja de manera concienzuda hasta que se cansó y buscó un lápiz violeta.

La señora Danvers echó un ostentoso vistazo a su reloj y resopló enfadada. Tenía que entrevistar a una nueva chica de servicio, pero la joven llegaba tarde y el ama de llaves no se caracterizaba por su paciencia con la impuntualidad. A los niños Miller no les gustaba demasiado la señora Danvers, con sus horarios inflexibles y sus pequeños ojos fieros en los que jamás encontraron ternura alguna. Pero, en realidad, los niños Miller estaban acostumbrados a que los adultos de su entorno no se mostraran demasiado afectuosos. Conrad y Terri Miller no eran precisamente unos padres cariñosos y apenas pasaban tiempo con sus hijos. La exitosa empresa de su padre se

encontraba en Charlotte y él dormía la mayor parte de la semana en su piso de la ciudad. En cuanto a Terri Louise Miller (de soltera, Stevenson), viajaba con frecuencia para cumplir con sus numerosos compromisos sociales y, cuando se instalaba en la fría y ostentosa mansión de Oak Hill, siempre parecía tener demasiadas ocupaciones: reuniones del consejo local, fiestas benéficas, inauguraciones y entregas de premios, organizar fiestas y barbacoas o preparar su próximo viaje. Conrad y Terri Miller pasaban por las vidas de sus hijos como veloces sombras, mientras la señora Danvers procuraba que todas las necesidades de los pequeños estuvieran atendidas y que la casa funcionara como un reloj.

Unos golpes en la puerta de servicio interrumpieron la apacible mañana y, cuando la señora Danvers abrió, se escuchó el rugido del viento y una corriente de aire frío invadió la estancia. Grant alzó la vista y observó a las dos figuras que acababan de entrar: una mujer y una niña pequeña, cogidas de la mano. Ambas estaban cubiertas con gruesos abrigos de color entre gris y marrón, bastante feos, pero abrigados. La mujer se inclinó para quitar la bufanda y el gorro de la pequeña con movimientos torpes que delataban su nerviosismo. Mientras liberaba a la niña de la ropa de abrigo, se disculpó con la señora Danvers y explicó algo sobre una avería en el coche y que, como acababa de llegar a la ciudad, no conocía a nadie que pudiera quedarse con su hija mientras ella hacía la entrevista.

Con sequedad, la señora Danvers envió a la niña junto a Grant y su hermana. Era menuda y algo gordita, con la nariz aplastada, el pelo negro y los ojos oscuros que destacaban sobre su piel clara. Tenía un aspecto saludable y feliz, pero su madre, que se había quitado el abrigo, parecía demasiado delgada y cansada. Sin la bufanda ni el gorro, se reveló como una mujer muy joven, casi recién salida de la adolescencia, pero Grant apenas se fijó en ella y se concentró en su hija. La pequeña se dirigió con rapidez hacia los hermanos Miller, se encaramó a una silla y estudió atentamente sus dibujos.

—¡Qué feos! —exclamó al tiempo que señalaba las figuras cabezonas de Grant y después estudió admirada los garabatos de Rebecca. El chico parpadeó un par de veces y miró su dibujo. La figura central era él mismo y le flanqueaban las dos personas más importantes de su vida: su hermana y su mejor amigo, Tyler Hamilton. Era un buen dibujo, aunque tal vez debería haber pintado el pelo de Rebecca algo más largo y las orejas de Tyler un poco más pequeñas. Le gustaban especialmente el fondo verde y el intenso sol amarillo con rayos, le habían quedado muy bien, pero aquella niña había mirado con desprecio su dibujo. No debería importarle, pero le importó, y enfurruñado buscó un lápiz marrón y empezó a alargar el pelo de su hermana. Mientras, Rebecca permitió que la recién llegada añadiera algunos garabatos rojos a su dibujo.

—Ahora está mejor —aseguró Grant, tratando de llamar la atención de la niña nueva. Había corregido las orejas de Tyler y añadido un par de nubes azules, pero la pequeña ni siquiera miró su dibujo. A sus cinco años, Grant Miller no estaba acostumbrado a que lo ignoraran. Solía ser el centro de las miradas en el jardín de infancia y en las fiestas que celebraban sus padres. Al contrario de su hermana, que parecía invisible, él nunca pasaba desapercibido. Rebecca le profesaba una admiración sin límites, su opinión se imponía siempre en los juegos con sus compañeros, le bastaba sonreír para que las madres de sus amigos se deshicieran en tiernos elogios, sus profesores lo trataban con abierta simpatía e incluso su madre, cuando estaba presente, concentraba toda su atención en su adorable primogénito y lo presentaba con orgullo a sus amistades, que no dudaban en hacer fiestas a aquel niño guapo y encantador.

Conrad Miller era el único que parecía inmune a su magnetismo y Grant trataba de llamar desesperadamente la atención de su padre cuando se encontraba en su presencia, pero solo conseguía miradas de disgusto y palabras impacientes. Grant nunca parecía cumplir las expectativas de su padre y este no se mostraba demasiado indulgente con sus travesuras

infantiles. Pese a todo, el niño prefería enfadarle a que no le hiciera caso, que era lo habitual.

Grant no soportaba que lo ignoraran y, por esa razón, quiso que aquella niña morena y vivaracha mirara su dibujo, pero ella solo parecía tener ojos para su hermana. Entre las dos se había establecido una corriente de simpatía y parecían encantadas de estar juntas.

—Ya he arreglado el dibujo —insistió Grant y, de pronto, se sintió un poco ridículo. Él era Grant Miller y no tenía que impresionar a una estúpida niña de tres años que no entendía nada de dibujos—. Está mejor que el vuestro —aclaró con suficiencia y entonces, sí, la niña alzó la cabeza y clavó en él sus ojos oscuros y brillantes.

—No es verdad —protestó la pequeña—. Ni siquiera tienes un barco, solo tres cabezas feas.

—Bueno, vuestro dibujo tampoco parece un barco. Son manchas de colores.

Si hubiera visto la mirada herida de su hermana, Grant habría rectificado, pero toda su atención estaba concentrada en la niña morena, que, con el ceño fruncido, los labios apretados y las aletas de la nariz hinchadas, parecía furiosa.

—¡Es un barco! —aulló—. Y tú eres un niño tonto que no sabe dibujar.

Grant no supo qué le pasó en aquel momento. Su mano pareció cobrar vida propia, agarró el dibujo de las niñas y, ante la mirada atónita de ellas, lo rompió en dos. El llanto desconsolado de Rebecca lo devolvió a la realidad y contempló confuso los pedazos de papel. Grant solía cuidar de su hermana pequeña; era protector y cariñoso con ella y nunca le hacía daño. Aturdido, quiso disculparse, pero la recién llegada se abalanzó sobre él furiosa y empezó a golpearle.

—¡Lo has roto! Eres malo, malo, malo.

—Ha sido por tu culpa —aseguró cuando consiguió quitársela de encima. Recogió su dibujo y, enfadado, se marchó a su cuarto. Allí contempló el

papel durante un par de minutos y después lo rompió. Era un buen dibujo, pero no quería guardarlo.

Aquel primer encuentro marcó el inicio de su relación. Elena empezó a trabajar para los Miller como limpiadora y cocinera y la señora Danvers permitió que Liliana se convirtiera en la compañera de juegos de Rebecca y, así, sin que se dieran cuenta, las Peña cambiaron para siempre la vida de los hermanos Miller.

Elena se ganó con rapidez el afecto incondicional de los niños. Siempre tenía una palabra cariñosa para ellos, los consolaba con ternura cuando se caían y mediaba con paciencia en sus peleas. Los hermanos Miller se acostumbraron con rapidez a su acento musical y, sobre todo, a sus besos y abrazos. Nadie los acariciaba nunca. Sus padres los trataban de forma distante y a la señora Danvers, o a cualquiera de los otros empleados, jamás se les habría ocurrido abrazarlos, así que durante mucho tiempo no echaron en falta el contacto físico, pero Elena, tal vez por su carácter latino, estaba acostumbrada a expresar su afecto con gestos cariñosos. Los abrazaba cuando estaban tristes, cogía sus manos cuando quería decirles algo importante, les revolvía el pelo cuando bromeaba y les daba besos porque sí, porque le apetecía, sin ninguna razón aparente. Al principio, los hermanos Miller miraban aterrados a aquella joven tierna y besucona, pero en poco tiempo se acostumbraron a aquel despliegue de afecto y nada había que les gustara más que sentarse en el regazo de la joven, sentir sus maternales brazos y aspirar el olor a pan y a galletas de su piel.

También su alimentación mejoró considerablemente. Elena tenía buena mano para la cocina y, aunque en las ocasiones importantes los Miller contrataban a un cocinero francés para encargarse del menú, ella se ocupaba de las comidas diarias.

—Nada de comida mejicana. Engorda muchísimo —ordenó Terri Miller

cuando conoció a su nueva empleada dos semanas después de que se incorporara a su puesto. Grant, que estaba bebiendo un vaso de zumo, sintió vergüenza por la forma en la que habló su madre.

—No soy mejicana, señora —aclaró Elena Peña con tono humilde—. Y la señora Danvers ha confeccionado los menús semanales, así que espero que esté todo a su gusto.

Terri asintió satisfecha y Grant notó una sensación de alivio, porque por un momento había temido que su madre la echara. Pero Elena resultó ser una cocinera excelente que supo adaptarse a los altos niveles de exigencia de sus jefes y, con el tiempo, los Miller prescindieron del cocinero francés para las ocasiones especiales. A veces, cuando la señora Miller estaba de viaje, la señora Danvers permitía que Elena cocinara empanadas, arepas y sabrosas sopas y arroces que hacían las delicias de los niños y del personal de servicio. También la estirada ama de llaves parecía disfrutar de los novedosos sabores, pero cuando el matrimonio Miller se encontraba en la mansión, Elena se limitaba a preparar menús más apropiados para paladares estadounidenses. «Cocina sin corazón», aseguraba Elena, que no apreciaba particularmente la gastronomía norteamericana y solo aprobaba algunos platos de la cocina sureña, precisamente aquellos que la exquisita señora Miller no quería encontrar sobre su mesa por considerarlos demasiado toscos.

Elena llenó de calidez la infancia de los hermanos Miller y se los ganó poco a poco, con besos, palabras amables y guisos caseros, pero Liliana se introdujo en sus vidas como un torbellino. Rebecca y ella se convirtieron en las mejores amigas y Grant tuvo que soportar la presencia de aquella orgullosa e irritante niña que no le hacía demasiado caso. Las pequeñas iban juntas a clase, jugaban en el jardín o en el cuarto de Rebecca, inventaban cuentos y pintaban hadas y elfos en sus cuadernos. Lil, la más atrevida de las dos, enseñó a su hermana a escaparse de la mirada vigilante de la señora Danvers para trepar a los árboles, chapotear en charcos de barro, saltar entre las rocas, columpiarse en un viejo neumático y deslizarse por la barandilla de

la escalera. Grant nunca había conocido a una chica tan valiente. Jamás lloraba cuando se caía, aunque se hiciera una buena herida, se acercaba sin miedo a todo tipo de animales y no dudaba en meterse en una pelea, incluso con el propio Grant, que le sacaba dos años y varios centímetros de altura. Él solo quería que ella le hiciera caso, lo invitara a compartir sus juegos y, en secreto, ambicionaba con despertar en Liliana cierta admiración. Quizás por eso, cuando la niña estaba presente, alardeaba cuanto podía. Se exhibía haciendo equilibrios sobre un tronco de madera, se lanzaba de cabeza a la piscina y retaba a Tyler a carreras cada vez más largas solo con el objetivo de que Liliana Peña lo mirara. Sin embargo, aquella molesta niña no parecía deslumbrada por sus esfuerzos.

Desesperado, trató de llamar su atención de cualquier manera. Al principio se limitaba a hacerla rabiar: le quitaba un juguete, la empujaba cuando se cruzaban en el pasillo y le tiraba el vaso de leche encima cuando su madre no miraba. Lil nunca se chivaba, pero no esperaba demasiado para perpetrar su venganza y a menudo rodaron sobre la hierba del jardín, mientras ella utilizaba toda la fuerza de sus brazos y sus piernas para atacar al infame hermano de su mejor amiga. Con el tiempo, él descubrió sus puntos débiles y no dudó en utilizarlos en su contra. Liliana era orgullosa, demasiado orgullosa, y no soportaba las burlas que ponían en relieve su pobreza, así que Grant se metía con ella, con sus ropas baratas, la caravana en la que vivía y sus juguetes de segunda mano. Aprendió a mirarla por encima del hombro y a reírse de sus maneras en la mesa, a burlarse de su nariz aplastada («nariz de mono», la llamaba) y a despreciar sus gastadas pertenencias. Entonces sí conseguía captar la atención de la niña, que se revolvía furiosa contra él y le dedicaba los insultos más elaborados de su repertorio.

—Déjala en paz —le decía Tyler con gesto serio, cuando sus comentarios se volvían demasiado hirientes—. Solo es una niña pequeña...

—Pues muerde con la misma fuerza de un lobo —rezongaba Grant con una mueca de dolor, mientras se palpaba el brazo donde aquella niña salvaje

había clavado sus pequeños dientes. Para irritación de Grant, su gesto solo conseguía arrancar una carcajada en su mejor amigo.

En el otoño de sus siete años encontró otra manera de atraer a Liliana, mucho más efectiva que los insultos y las peleas. Sucedió la tarde que la señora Danvers recogió sus disfraces de Halloween para el festival escolar: de bruja para Rebecca y de elegante vampiro para Grant. Liliana, que reutilizaría el disfraz que le había hecho su madre el año anterior, miraba con cierta envidia la elegante falda de raso hecha a medida de su mejor amiga.

—Es preciosa —susurró con reverencia.

Rebecca se encogió de hombros. A su hermana nunca le había importado demasiado la ropa y le daba igual ponerse un disfraz que otro. Descalza, practicaba un par de posiciones de *ballet*. Había empezado a tomar clases el año anterior y estaba entusiasmada con la danza. Tumbado sobre la alfombra, Tyler hojeaba un cómic, mientras Grant miraba por la ventana la irritante lluvia que los mantenía confinados.

—Me aburro —suspiró Tyler, tirando el cómic sobre el sofá, a sabiendas de que su madre aún tardaría una hora en recogerle.

La lluvia caía con mayor intensidad, el viento agitaba los árboles y los niños dieron un respingo cuando sonaron un par de truenos bastante seguidos, aunque todos fingieron que no les importaba. Fue entonces cuando a Grant se le ocurrió la maliciosa idea de escabullirse a la cocina, hacerse con una vieja linterna que la señora Danvers guardaba en un cajón y apagar las luces de la sala con tanta fortuna que en ese momento la luz de un relámpago iluminó la habitación y los rostros pálidos de sus compañeros.

—Grant Miller, deja de hacer tonterías y enciende la luz —exclamó Liliana, pero el chico se limitó a reírse por lo bajo, se sentó sobre la alfombra y encendió la linterna. No daba demasiada luz, tal vez se estaban gastando las pilas, pero resultaba suficiente para proporcionar a la sala un aspecto fantasmal.

—¿Tienes miedo, Peña? —preguntó, trabándose un poco con la «ñ» de su

apellido—. ¿Qué crees que te va a pasar en la oscuridad?

—Yo no tengo miedo de nada —aseguró la niña y, a la débil luz de la linterna, sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Pues deberías... Los fantasmas andan inquietos estos días y nunca se sabe qué puede pasar —aseguró imitando el tono de un popular presentador de televisión que conducía un programa sobre misterios y fenómenos paranormales. Lil soltó una risita y se sentó sobre la alfombra, frente a él. Aquello lo animó a continuar. Tyler se incorporó con expresión interesada y se situó a su derecha. Rebecca fue la única que no se movió y Grant echó un vistazo preocupado a su hermana. Solo tenía cinco años y no quería asustarla. Lil tenía la misma edad, claro, pero estaba hecha de otra pasta. Por un momento dudó en seguir adelante con la broma, pero al final Rebecca se acercó con paso cauteloso y cerró el círculo. Grant tomó aire. No había planeado nada, pero se tropezó con la mirada ansiosa de Liliana. Ella esperaba algo grande de él y no iba a decepcionarla. Recordó una vieja historia de fantasmas que había oído a alguno de los mayores, sobre un crimen en Oak Farm, la vieja granja abandonada de las afueras, y empezó a contarla, añadiendo detalles de su propia cosecha. Sospechaba que la historia no era más que una burda mentira, pero Lil lo miraba por primera vez solo a él, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Por fin había capturado su atención y era tal su entusiasmo que no se dio cuenta de lo bien que se le daba contar historias y que no solo tenía a Liliana boquiabierta, sino también al resto de su audiencia. El chillido de Rebecca en el momento cumbre de la historia atrajo a Elena, que puso fin a la sesión fantasmagórica y regañó a Grant por asustar a las niñas. En honor a la verdad, Lil no parecía ni una pizca asustada y, mientras acompañaba a su madre y a Rebecca a la cocina, se giró y le dedicó una sonrisa traviesa. El corazón de Grant hizo entonces algo extraño: se saltó un latido. El chico se quedó paralizado, aun sentado sobre la alfombra, tratando de averiguar qué había pasado, pero Ty le dio una palmada en la espalda e interrumpió su introspección.

—Una buena historia... Deberíamos hacer una sesión en Halloween con Connor y los demás chicos.

Todavía aturdido, Grant asintió en silencio. Apagó la linterna y, recuperada la calma, propuso a Ty echar una partida al Scalextric antes de que llegara su madre.

Repitió la sesión con su pandilla en Halloween y, aunque resultó bastante divertido, no pudo compararse a la vez anterior. A fin de cuentas, Grant estaba acostumbrado a ser el eje de su grupo de amigos y a contar con su completa atención, pero Liliana lo miraba con un nuevo respeto y no quería perderlo, así que, de vez en cuando, organizaba sesiones fantasmales con las niñas. Elena siempre los pillaba, pero a Grant no le importaba la regañina. Aquellas tardes suponían una tregua en sus batallas cotidianas con Liliana y no estaba dispuesto a renunciar a ellas.

## Capítulo 4

El silencio de su apartamento fue como un bálsamo tras el ajetreo en cocinas durante las dos agotadoras jornadas que duró la reunión anual de Healy Cosmetics para presentar su nueva línea de productos de belleza, el balance anual de cuentas y las próximas campañas publicitarias. De la organización del evento se encargó Abigail Costello, a quien Rebecca y Liliana contrataron el año anterior, cuando resultó evidente que Rebecca no podía atender sola al cada vez mayor número de clientes y, al mismo tiempo, impartir sus clases de *ballet* en la academia Carrington. Abby, que rondaba los cuarenta años y que aparcó su carrera profesional durante una década para dedicarse a sus tres hijos, tenía una asombrosa capacidad de gestión, mucha iniciativa y un entusiasmo contagioso por el trabajo. Para el evento de Healy Cosmetics, se arriesgó con un gran despliegue para dar cobertura a las necesidades de aquel nuevo e importante cliente. Convirtió el granero, espacio que normalmente utilizaban para los actos con mayor número de asistentes, en un gran auditorio e instaló un escenario, confortables butacas y pantallas gigantes. Allí se celebró la mayoría de los actos, aunque también utilizaron el jardín para los almuerzos y el comedor principal para la cena de gala.

Liliana estaba agotada. Durante dos días apenas salió de la cocina de Oak Farm, donde ella y su equipo prepararon desayunos, almuerzos y aquella increíble cena en la que su equipo se lució con un espectacular menú. Sin

embargo, Lil agradecía aquel exceso de trabajo, porque le había permitido no pensar demasiado en el engaño de Rebecca ni en las intenciones de Grant. Llevaba varios días rehuyendo a su socia y, aunque sabía que debía sentarse con ella y empezar a resolver la disolución de la sociedad, aún no estaba preparada.

Se descalzó, anticipando los beneficios de una larga ducha caliente, pero antes de llegar al cuarto de baño, sonó el timbre de la puerta. Estuvo tentada a fingir que no se encontraba en casa, pero un nuevo timbrazo, algo impaciente, la resolvió a posponer la ducha. No la sorprendió demasiado encontrarse con Ethan Bradley al otro lado de la puerta. Suponía que en algún momento tendría que hablar con su vecino y novio de su mejor amiga.

—Si vienes a hacer de caballero andante, puedes ahorrártelo —indicó mientras se apartaba para dejarle pasar.

Ethan entró con paso tranquilo, arrastrando su cojera, y esbozó una sonrisa de medio lado, que tuvo la virtud de iluminar su rostro sombrío. En el instituto, las chicas estaban deslumbradas por su aspecto de pirata español, con el pelo y los ojos oscuros, la varonil mandíbula y el atlético cuerpo que lucía el entonces capitán del equipo de hockey, pero un accidente de coche había acabado con aquella romántica imagen. Curiosamente, tras el accidente, su aspecto asemejaba más que nunca a lo que sería un verdadero corsario: tuerto, cojo y con cicatrices. Su ojo izquierdo, apagado y sin vida, parecía cubierto por un velo, y una larga cicatriz, una fea y rugosa cicatriz, cruzaba su mejilla desde el rabillo del ojo hasta casi la comisura de la boca. Junto a la cojera, aquellas eran las señales más evidentes que le había dejado el accidente, aunque su cuerpo escondía otras heridas. Había sido un chico muy atractivo, pero su aspecto actual ya no provocaba en las mujeres miradas de deseo, sino de aprensión. No en Rebecca, claro. Su chica lo consideraba el hombre más guapo y sexy del planeta, tanto que le sorprendía que no hubiera una larga hilera de mujeres tratando de robarle el novio.

—No vengo a hacer de intermediario —aseguró mientras tomaba asiento

en uno de los taburetes altos que rodeaban la pequeña isla de la cocina y, ante la imponente presencia de Ethan, al que la rehabilitación regaló unos impresionantes músculos, pareció que el apartamento de Liliana se reducía.

—Si quieres que perdone a Rebecca...

—Ah, no, en eso no voy a meterme. Es asunto vuestro y no pienso estar en medio.

—Entonces... ¿a qué has venido?

—Bueno, también soy tu amigo y he supuesto que necesitarás desahogarte con alguien.

Lil entrecerró los ojos.

—¿Pretendes que te cuente lo enfadada que estoy con tu novia?

Ethan se encogió de hombros.

—Todos sabemos, ella incluida, que no hizo bien engañándote, aunque fuera por una buena causa. Pero tienes razón, no puedo sentarme contigo mientras te despachas a gusto contra ella.

—Entonces no me sirves de mucho... —suspiró Lil, mientras sacaba una jarra de té helado de la nevera y servía dos generosos vasos.

Sentados el uno frente al otro, bebieron despacio.

—Voy a echaros de menos —reconoció Liliana al final, cuando ya no soportó más el espeso silencio que se había instalado entre ambos—. Echaré de menos incluso a la traidora de tu novia...

—Es decir que no solo estás enfadada por el engaño... —Ethan esbozó una sonrisa triste—. Rebecca también te va a echar de menos. Muchísimo. Es uno de mis grandes miedos, ¿sabes? Voy a arrastrarla a una nueva ciudad y a embarcarla en una nueva vida y me da miedo que eso acabe pasándonos factura. Tú eres su familia, todo lo que le queda. Sus padres nunca formaron parte de su vida y quiere a su hermano, pero tienen una relación complicada. El resto de vuestro grupo de amigos tiene su vida lejos de aquí, van y vienen, pero vosotras tenéis un lazo especial y yo soy el que va a romperlo.

—Creí que venías a que me desahogara yo y resulta que eres tú el que lo

necesita —interrumpió Liliana con una sonrisa socarrona—. Vamos, Ethan, no es la primera vez que Rebecca y yo nos separamos. Vivió en Seattle, ¿recuerdas? No pisó Oak Hill en tres años y, aun así, seguimos siendo amigas. Y ella estará bien: contigo, con su academia de *ballet*, hará nuevos amigos... Estaréis bien los dos.

—¿Y tú?

—Pues yo os echaré mucho de menos. Muchísimo. Ya no os tendré enfrente, ni tendré a nadie a quien cuidar...

Ethan enarcó una ceja.

—¿Tú nos cuidas?

—Venga ya, Ethan, tú sabes que, sin mí, vuestra dieta sería de lo más deficiente. No sé cómo os vais a alimentar cuando os trasladéis. Entre los dos apenas sabéis preparar cuatro platos básicos...

Ambos se rieron un poco y el ambiente se volvió más distendido.

—¿Qué vas a hacer con Oak Farm? —preguntó al fin Ethan y Liliana negó con la cabeza.

—No lo sé, de verdad. Pasé por el banco, pero no me concederán un préstamo para comprar la parte de Rebecca.

—Necesitas un nuevo socio.

—No pienso trabajar con Grant —aseguró con firmeza.

—¿Tienes más opciones? ¿Otros posibles inversores?

Liliana apretó los labios y negó con la cabeza. No, no tenía ningún posible inversor a la vista. Incluso había tanteado a Abby sobre la posibilidad de ser socia, sin llegar a hablarle de la marcha de Rebecca, pero se había negado, alegando que, con tres niños (y tres matrículas universitarias acechando en el horizonte) no podía permitirse esa inversión.

—Está bien, Lil, no te preocupes. Rebecca no te presionará, ya la conoces.

—Eso creía...

—No digas eso, sabes que no es cierto. También sabes que acabarás perdonándola, así que no tiene demasiado sentido que os tiréis el poco tiempo

que nos queda en Oak Hill sin dirigiros la palabra.

—Creí que no ibas a hacer de intermediario.

Ethan ahogó un suspiro.

—Supongo que no puedo evitarlo —dijo con su gran sonrisa de buen chico, que arrugó un poco su cicatriz.

Trató de ignorar la conversación con Ethan, pero Lil no podría evitar a su socia eternamente. Estaba posponiendo de forma absurda la búsqueda de una solución para la empresa y tenían que comunicar a la plantilla la marcha de Rebecca. De momento, había conseguido que Grace mantuviera la boca cerrada, pero no confiaba demasiado en aquella chica y sabía que tarde o temprano acabaría contándoselo a alguien.

Tenía que hablar con Rebecca, se repitió Liliana una vez más a solas en su despacho, mientras revisaba de nuevo las cuentas, como si los números fueran a cambiar por arte de magia bajo su atenta mirada y convertirse en cifras atractivas para los inversores. La realidad era que a nadie parecía interesarle Oak Farm, pese a la excelente valoración de sus clientes y la calidad del servicio. Los inversores solo se fijaban en los beneficios y Oak Farm apenas daba lo suficiente para mantenerse en pie.

—Tienes una visita.

Thomas se asomó a la puerta y Liliana alzó confundida la cabeza. Algo en la voz del cocinero llamó su atención, no sabía bien qué era, cierto nerviosismo, o quizás algo de ansiedad. Tenía los ojos brillantes y se mordía el labio.

—¿Quién es?

—¿Que quién es? Bueno, no lo sé... Ha preguntado por ti —explicó, mientras la mirada se le escapaba hacia el pasillo, como si estuviera deseando regresar a su puesto.

Lil frunció el ceño.

—¿Desde cuándo dejas entrar a cualquiera en mi cocina? Estás muy raro...  
—farfulló al tiempo que se ponía en pie.

—Es muy guapo —susurró Thomas, antes de correr (¡correr!) de vuelta a las cocinas de Oak Farm.

No debió sorprenderla ver a Grant Miller en el centro de la sala, rodeado del personal femenino y de Thomas. Siempre había sido así. Desde que alcanzó la adolescencia, cada vez que Grant entraba en algún lado, todas las chicas interrumpían lo que estuvieran haciendo para contemplarlo con expresión soñadora. Tenía el mismo pelo castaño claro y los mismos ojos de color azul grisáceo de su hermana, incluso sus rasgos eran parecidos, pero si en Rebecca resultaban anodinos, en Grant rozaban la perfección. El traje oscuro acentuaba su aspecto firme y masculino y todo en él desprendía una innata elegancia, desde la forma de arquear las cejas hasta la manera casual en la que se inclinaba hacia su interlocutor. Lil no era inmune a su encanto, pero había aprendido tiempo atrás a no dejarse impresionar por toda aquella belleza, a controlar su propio cuerpo para no quedarse sin respiración en su presencia ni sentir que su estómago daba un vuelco. Tras su larga ausencia, debía de estar desentrenada, porque lo vio más atractivo que nunca, pero la rabia resultaba el mejor inhibidor de la libido. Estaba enfadada con Grant, muy enfadada, así que no tuvo que fingir indiferencia ante su demoleedor aspecto.

Ahogó un bufido y alzó la barbilla.

—¿Qué haces tú aquí?

Tan solo Grant giró la cabeza. El resto de sus adoradores siguió mirándole con expresión embelesada, pero él clavó sus increíbles ojos del color de un cielo de tormenta en Liliana. Conservaba el mismo semblante serio y contenido que tenía cuando se marchó, aquel que había sustituido al despreocupado Grant Miller de la adolescencia, barriendo su temperamento jovial y frívolo.

—Tenemos que hablar —dijo con voz neutra.

Liliana asintió y se dirigió a su despacho. Le pareció escuchar protestas ahogadas a su espalda cuando Grant la siguió y contuvo un nuevo bufido. No quería que él intuyera su mal humor; no pensaba darle a Miller ni una sola pista más sobre su estado de ánimo, porque, conociéndolo, acabaría utilizándolo en su favor.

Tomó asiento y ambos permanecieron en silencio mientras Grant observaba el pequeño despacho de Liliana. En realidad, no había demasiado que ver: una mesa con un ordenador, un armario, una estantería con libros de cocina, carpetas y algunas fotos. Grant estudió atentamente una de las imágenes, en la que una Liliana más joven aparecía acompañada por el personal de The Black Sheep, realizada durante las segundas navidades que trabajó en la taberna, cuando Lil por fin se había recuperado de los acontecimientos del año anterior. El musculoso brazo de Ben Tucker rodeaba sus hombros y, aunque Smiley mantenía su habitual expresión impenetrable, había algo protector en aquel abrazo. Liliana, con un gorro de Santa Claus, sonreía abiertamente. Alrededor de ellos, se congregaban las cuatro camareras que trabajaban por aquella época en el bar y los dos ayudantes de cocina, todos sonrientes y con gorros navideños. Durante un buen rato, que tuvo la virtud de poner nerviosa a Liliana, Grant contempló la foto y luego se volvió hacia ella, ocupó una de las sillas vacías y entrecerró los ojos, tal vez calibrando cual sería la mejor estrategia para abordarla.

—Mi respuesta es no —aseguró Liliana antes de que él tuviera tiempo de decir nada. Y entonces Grant Miller esbozó una sonrisa lenta y perezosa, la misma peligrosa sonrisa que la había perseguido toda la adolescencia y, por un momento, pareció aquel chico encantador, alocado y mujeriego que tan bien recordaba, aquel que podía hacerla temblar con una sola mirada y desear cosas que no eran para ella.

—No creo haber hecho ninguna pregunta.

Su tono parecía divertido y Liliana comprendió que Grant no había cambiado tanto, que en el fondo seguía siendo aquel niño que disfrutaba

mofándose de ella, pero Lil había crecido y tenía mejores recursos para hacer frente a sus burlas.

—Los dos sabemos a qué has venido. Rebecca me dijo que quieres quedarte con su parte del negocio. No entiendo muy bien qué pretendes con ello ni me importa, pero no te quiero aquí.

—Me necesitas.

—No.

—No mientas, Lil, no va contigo. Esto —y alzó teatralmente la mano derecha— se mantiene por arte de magia, pero no durará mucho. Acabará desplomándose si no se toman las medidas necesarias. Medidas que ni mi hermana ni tú sabéis tomar.

La arrogancia de su tono fue la gota que colmó el vaso.

—Rebecca y yo no somos unas incompetentes. Nosotras levantamos este negocio, lo hicimos crecer de la nada y hoy día da trabajo a mucha gente, así que no vengas a decirme que no sé qué estoy haciendo. He trabajado muy duro para conseguir lo que tengo; a mí no ha venido papá a regalarme un puesto en su empresa.

Grant se echó hacia atrás, como si la última frase le hubiera golpeado en el rostro, pero recuperó con rapidez la compostura.

—Sé lo que habéis hecho Rebecca y tú —aseguró, ignorando el insulto de su contrincante—. Habéis hecho un gran trabajo, no pretendía menospreciarlo, pero tú eres cocinera y mi hermana es bailarina. Reconoce que no sabéis demasiado sobre llevar un negocio. Aun así, lo habéis hecho muy bien. Habéis llegado hasta aquí con vuestros propios medios y es increíble, pero los números no mienten y estáis sobre la cuerda floja. Lograréis manteneros en pie, sí, pero ¿durante cuánto tiempo? Esa es la pregunta. —Su voz se había vuelto suave, persuasiva, esa voz cálida que se colaba lentamente bajo la piel del que le escuchaba, pero Liliana conocía bien todos sus trucos y se mantuvo firme. Grant suspiró, relajó los hombros e inclinó el cuerpo, como si quisiera acercarse a ella, a pesar del escritorio que

los separaba—. Quiero formar parte de todo esto, Lil. Lo quise desde el principio, pero me conformé con invertir algo de dinero y pasarnos algunos contactos. Desde el momento en el que Rebecca me habló de tu proyecto, supe que funcionaría, que era una buena idea. Me entusiasmé tanto con él que tuve que implicarme de alguna forma...

—Engañándome.

—Sí —admitió, encogiéndose de hombros, como si aquel detalle no tuviera importancia—. Era la única forma de hacerlo.

Liliana lo estudió con atención.

—¿Qué hay de tu trabajo?

—Lo he dejado. Tanto si me aceptas como socio o no, ya no trabajo en Miller & Co.

Parecía muy seguro de sí mismo. En realidad, nunca había observado tanta firmeza en él. Aún recordaba con rabia su cobardía, su incapacidad para enfrentarse a su padre y a ella misma, esa cobardía que los separó una y otra vez y acabó años atrás con aquella huida a Filadelfia que, empezaba a intuir, aún no le había perdonado y que tal vez estuviera en la base de toda la ira que sentía contra él. Habían pasado muchos años desde entonces. Grant volvió a Charlotte y luego se marchó a Londres y ella pensó que, por fin, se había librado de él para siempre.

—¿Y tu padre?

Grant clavó sus increíbles ojos en algún punto de la pared detrás de ella y, cuando volvió a mirarla, Lil supo que no contestaría a su última pregunta.

—Piénsalo, Liliana. Sé que tú y yo tenemos un pasado y que hice demasiadas cosas mal, pero creí que todo eso había quedado atrás, tal como dijiste la última vez que nos vimos. Si lo piensas bien, soy la única opción que tienes.

—No eres mi única opción.

Grant sonrió y esta vez había cierta tristeza en su sonrisa, como si realmente lamentara utilizar con ella sus trucos más sucios.

—Ningún banco te hará un préstamo ni conseguirás otro inversor. Al final, Rebecca te dirá que se mantiene como socia económica para que no pierdas Oak Farm y entonces ella no podrá montar su academia de *ballet*. Y tú y yo sabemos que no permitirás que renuncie a su sueño, especialmente cuando ella te ayudó a cumplir el tuyo. Me parece que no tienes muchas opciones si no quieres cerrar y dejar sin empleo a toda esa gente que has mencionado antes.

Liliana lo odió un poco más, porque él sabía tocar las teclas precisas. No podía interponerse en el camino de Rebecca y no jugaría con el empleo de su gente. Había muchas personas que dependían de Oak Farm y no podía permitir que perdieran su trabajo. Su conciencia no se lo perdonaría, así que tendría que ser capaz de hacer cualquier cosa, incluso pactar con el mismo diablo.

Grant se puso en pie y rodeó la mesa para acercarse a ella. Se agachó hasta ponerse a su altura, pero mantuvo cierta distancia entre sus cuerpos, como si quisiera dejar claro que no pretendía intimidarla. Aun así, su conocido olor, una mezcla de jabón y colonia cara, la envolvió, logrando aturdirla.

—Piénsalo, es lo único que te pido.

—No creo que tú y yo debamos trabajar juntos. No solemos llevarnos demasiado bien —reconoció con tirantez, tratando de librarse de su aroma y de aquellos ojos tormentosos que nunca la habían mirado con tanta seguridad.

—Eso no es del todo cierto y lo sabes. Puedes decirte a ti misma que siempre nos hemos llevado mal, pero no es verdad.

No, no era verdad. Grant y ella habían sido muchas cosas a lo largo del tiempo: rivales, amantes, extraños... pero también hubo momentos, algunos momentos increíbles, en los que fueron amigos.

## Capítulo 5

Colarse en Oak Farm era un rito iniciático por el que debía pasar todo niño de Oak Hill. En el verano de sus ocho años, Grant y Tyler decidieron que había llegado el momento de cumplir con la tradición. Serían los primeros de la pandilla en lograr la hazaña, por lo que empezaron a planear cuidadosamente la aventura, tratando de que no se enteraran Connor MacMillan y el resto de los chicos. Tampoco debía de enterarse la madre de Ty, porque les prohibiría que se acercaran al ruinoso edificio. Con los padres de Grant no había que tener cuidado. No les importaría demasiado y, de todas formas, no creía que volviera a verles en todo el verano: su padre se encontraba en viaje de negocios y su madre se había escabullido a Europa, donde pasaría un mes bronceándose en alguna playa francesa.

Como todos los veranos, los hermanos Miller habían visitado a la tía Edith en Virginia al finalizar las clases. Edith Stevenson era una mujer gruñona y amargada, dueña de una gran fortuna y de una ostentosa casa en Richmond. Los hermanos Miller pasaban con su tía (tía abuela, en realidad) dos aburridas semanas escuchando las quejas de aquella mujer solitaria que había espantado a toda la familia y que se empeñaba en darles clase de protocolo y buenas maneras.

A su regreso a Oak Hill, los días transcurrieron largos y perezosos y la idea de colarse en Oak Farm empezó a tomar forma. La tarde elegida fue una como cualquier otra. Los chicos habían estado bateando un rato, mientras las

niñas jugaban y David, el hermano pequeño de Tyler, que les acompañaba cuando su madre tenía que hacer recados, leía un cómic a la sombra de un arce. Elena les preparó un improvisado pícnic en el jardín con limonada y galletas de azúcar, que los cinco niños devoraron con ansia. Rebecca se quedó dormida sobre la hierba después de la merienda, y los dos chicos decidieron que había llegado el momento de llevar a cabo su hazaña..

Se disponían a marcharse, pero Liliana los descubrió tratando de escabullirse e insistió en conocer sus planes. Su insistencia resultaba de lo más molesta, pero al final, ante su amenaza de avisar a la señora Danvers, accedieron a contárselo.

—¡Yo también quiero ir! —exclamó con entusiasmo la niña.

—Ni hablar —respondió Grant con rapidez—. Esto no es asunto de niñas pequeñas.

—¡Yo no soy pequeña! Solo tienes dos años más que yo, no te creas tan mayor.

—Me da igual lo que digas. No vendrás con nosotros.

—Yo también voy —insistió Lil con tono decidido. Se había puesto en pie para mirar desafiante a Grant, con los puños apretados y los ojos brillantes. Los hermanos Hamilton observaban divertidos la discusión, pero Grant estaba cada vez más furioso con aquella niña entrometida.

—No, no vienes. Eres demasiado pequeña y ni siquiera tienes bicicleta. Solo nos estorbarías.

Lil entrecerró los ojos y apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea, como siempre que Grant hacía alusiones a su pobreza.

—¿Qué pasa? —La voz somnolienta de Rebecca, recién despertada de su improvisada siesta, impidió que la discusión fuera más allá. En cuanto supo los planes de los chicos, se posicionó del lado de su mejor amiga y, al final, ellos accedieron a que los acompañaran.

Todos cogieron sus bicicletas y Grant, que tenía la mejor bici, se dirigió a Liliana con gesto hosco:

—Vamos, sube, que yo te llevo.

Durante un segundo, creyó que ella se negaría, pero al final la niña se sentó en la parte delantera del sillín, con las piernas alzadas sobre el manillar, y Grant, consciente del precario equilibrio, pedaleó con cuidado durante todo el camino hasta Haywood Road. Tyler fue el primero en cruzar la verja. El muro de piedra hacía tiempo que se había derrumbado y entre los robles centenarios surgió el espeluznante edificio, que parecía el escenario de una película de terror. Los cinco niños contemplaron Oak Farm con cierta aprensión. La granja se encontraba en un estado de total abandono, con puertas y ventanas desvencijadas, el tejado a medio derrumbar y el terreno descuidado, prácticamente convertido en una selva. Dejaron las bicicletas bajo uno de los robles y avanzaron en un silencio reverencial hasta llegar a las escaleras del porche, prácticamente oculto bajo la salvaje vegetación. Lo mismo sucedía con la amplia terraza del segundo piso, que quedaba escondida tras las gruesas enredaderas que habían colonizado el exterior del edificio. El revestimiento de la fachada, que en su origen debía de haber sido blanco, presentaba un tono grisáceo, y la segunda chimenea había desaparecido. Tan solo unos pocos ladrillos atestiguaban que una vez hubo allí una salida de humos.

—Yo no entro —dijo de pronto David; y Rebecca, que estaba más pálida que de costumbre, se sumó a él. La niña miraba asustada hacia el edificio y Grant tuvo que reconocer que la vieja granja imponía bastante temor. Incluso él se sentía intranquilo, aunque jamás dejaría que el resto se diera cuenta.

—Vaya par de valientes —exclamó sarcástico para ocultar su turbación—. ¿No prefieres quedarte con ellos? —preguntó a Liliana, pero la niña no parecía temerosa, sino que miraba con embeleso a Oak Farm. Grant no estaba dispuesto a ser menos que aquella niña entrometida y valiente, así que irguió los hombros, subió las escaleras del porche y empujó la destartada puerta.

El interior estaba oscuro, pero la luz de la tarde se colaba a través de las ventanas desvencijadas, permitiendo vislumbrar la sala polvorienta, con

marcas en las paredes donde una vez colgaron cuadros, y una amplia escalera que llevaba al segundo piso.

—Tened cuidado —susurró Tyler y Grant quiso preguntarle a su amigo por qué hablaba en voz baja, pero comprendió que él también prefería los susurros, como si su voz fuera a despertar algo tenebroso.

—Vamos por aquí —dijo Liliana y empezó a caminar resuelta hacia una de las puertas, pero Grant la detuvo agarrándola de la mano.

—Muévete con cuidado y no te separes de nosotros. No sabemos qué nos vamos a encontrar aquí dentro.

—¿Crees que nos va a atacar el fantasma de alguna de tus historias? —preguntó al tiempo que hacía una mueca burlona.

Molesto, Grant entrecerró los ojos, pero no la soltó.

—Puede haber animales de todo tipo, un agujero en el suelo o cualquier otra cosa. No te separes de nosotros —siseó con voz grave. De repente, lamentaba que Lil se hubiera empeñado en acompañarlos. Aquel no era un lugar seguro y él no sabía si conseguiría protegerla. Por alguna razón, sintió que era su obligación devolverla sana y salva, lo que aumentó su irritación, ya que él no había querido que los acompañara en aquella estúpida aventura que ya no parecía tan divertida, sino bastante arriesgada. ¿Quién podía asegurar que aquellas ruinas no se vendrían abajo en cualquier momento?

Se movieron despacio por las diferentes estancias, sorteando paredes caídas, cristales rotos y algunos muebles polvorientos, tan destrozados que nadie había considerado útil robarlos. Las maderas del suelo crujían a su paso y, a veces, se escuchaba algo deslizándose por un rincón. En realidad, no había demasiado que ver. Tan solo polvo, telarañas y el cadáver de algún roedor. Grant mantuvo la mano de Liliana agarrada con fuerza, pero la niña parecía relajada.

—Vamos al piso de arriba —dijo ella cuando terminaron de recorrer la planta baja.

Grant y Tyler cruzaron una mirada alarmada. La escalera no procuraba

demasiada confianza y sabían que parte del tejado se había derrumbado, así que subir al siguiente piso podría resultar peligroso.

—No creo que sea buena idea... —empezó a decir Grant, mientras Ty asentía. Entonces Liliana se soltó de su mano, masculló un «cobardes» que les llegó a los dos al alma y se escabulló escaleras arriba antes de que los chicos pudieran reaccionar. Los escalones crujieron de forma escandalosa bajo el paso firme de la niña y, cuando vieron desaparecer sus piernas, ambos se lanzaron en su persecución con menos cautela de la que hubieran querido mostrar.

—¡Lil, ven aquí! —gritó en susurros Grant. ¿Dónde se había metido? Una puerta chirrió, algo (o alguien) siseó y se escuchó un sonido seco que no supieron identificar. Guiados por su oído, recorrieron el pasillo, pero, al doblar una esquina, algo golpeó el hombro de Grant y un sonido gutural casi le hizo brincar, aunque reconoció de inmediato su procedencia. En otra ocasión se habría enfadado, tal vez era lo que Lil esperaba, pero no pudo contener una carcajada. Tenía que rendirse y reconocerlo: Liliana Peña era admirable. No conocía a ninguna chica que fuera capaz de entrar en un edificio en ruinas, moverse con seguridad en la oscuridad e incluso adentrarse sola en las habitaciones. La broma final no era más que la confirmación de que Lil era única. Tyler también empezó a reír y la niña se sumó a sus carcajadas. Durante un buen rato los tres rieron, mientras las sombras seguían cubriendo la casa.

—Vámonos, aquí no hay nada que ver —dijo al fin Tyler, pero un crujido en la planta baja les anunció que la puerta principal acababa de abrirse. Debían de ser Rebecca y David, que, cansados de esperar, habían decidido reunirse con ellos. Grant hizo un gesto para que los otros dos guardaran silencio y se escondieron entre las sombras. Escucharon a los niños recorrer la planta baja mientras les llamaban, pero ninguno emitió sonido alguno. Grant sintió la mano tibia de Liliana deslizarse dentro de la suya y la apretó con fuerza. Miró a la niña y encontró su sonrisa traviesa, esa misma sonrisa

que pocas veces le dedicaba y que tenía el poder de hacerle sentir cosas extrañas. Lil se mordió el labio con impaciencia. Los pasos vacilantes de Rebecca y David se acercaron a las escaleras y, cuando empezaron a subir, Grant abrió la boca y soltó un aullido atronador. Rebecca chilló, pero la voz calmada de David les llegó desde la planta baja:

—No tiene ninguna gracia, Grant.

Los tres aventureros rompieron a reír y se reunieron con sus compañeros. Grant tuvo que pedir disculpas repetidas veces a su hermana, pero la sonrisa cómplice de Liliana le ayudó a calmar su conciencia.

Desde la visita a Oak Farm, la relación con Liliana cambió por completo y durante aquel verano se hicieron amigos. Se acabaron los insultos y las peleas y Grant rescató su antigua bicicleta del garaje para que ella pudiese acompañarlos en sus excursiones. Juntos resultaban arrolladores, y Rebecca y Tyler observaban atónitos la extraña relación que se estableció entre ellos. Se retaban a carreras en bicicleta, a escalar árboles y rocas, a hacer equilibrios sobre troncos inestables y altas verjas, a cruzar a nado la piscina... Jugaban largas partidas al Conecta 4, al Mouse Trap y a otros juegos de mesa e incluso, pese a las protestas de Rebecca, que odiaba el béisbol, fueron un par de veces a batear a las canchas de Weston Park. Liliana no había cogido un bate en su vida, pero aquello no la arredró y las risas de Grant ante sus inútiles esfuerzos por golpear la bola solo acrecentaron su empeño en lograrlo.

—Ríndete, Lil, esto es demasiado para ti —la desafió con una sonrisa burlona, pero la niña apretó los labios y alzó la barbilla orgullosa. Al final Grant aparcó las burlas y con paciencia la enseñó a sostener el bate y a colocar el cuerpo en la posición correcta. Cuando Liliana consiguió golpear la bola por primera vez, brincó, bailó y chilló de alegría y Grant se sintió curiosamente feliz.

Dos días después, aprovechando que era el día libre de la señora Danvers, Lil arrastró a los hermanos Miller a la cocina para enseñarles a preparar galletas. Elena les ayudó a elaborar la masa y a darles forma, pero fue Liliana la que dirigió la sesión de repostería.

—Mezclad primero la mantequilla y el azúcar y luego añadid los huevos uno a uno —explicaba subida a un taburete para alcanzar la encimera de la cocina mientras asía con firmeza unas varillas—. ¡Uno a uno, Grant, no todos a la vez! Vale, ahora añadimos la vainilla...

Grant sonreía para sus adentros, asombrado de que le resultara tan agradable recibir órdenes de una niña de seis años. Prepararon *cookies* con trocitos de chocolate, galletas de limón, de mantequilla de cacahuete y de azúcar. Al terminar, se dieron un atracón hasta que Elena consideró que habían comido suficiente.

Su padre apareció de improviso cuando terminaban de recoger la cocina. Llevaban semanas sin ver a Conrad Miller, pero no se acercó a abrazarlos. Los hermanos enderezaron la espalda para saludarlo y permanecieron muy quietos, como si no supieran qué hacer. Él los observó con los labios apretados, los tres niños manchados de harina, con restos de azúcar en la boca y las mejillas, y sujetando los trapos con los que habían estado frotando la encimera para quitar pegotes de masa.

—¿No está la señora Danvers? —preguntó con tono ácido.

—Hoy es su día libre, señor —explicó Elena con su inglés musical—. ¿Necesita alguna cosa?

—¿Qué hacéis en la cocina? —preguntó al fin, mirando a los niños, aunque en realidad su primogénito acaparaba la mayor parte de la atención.

Grant tragó saliva. Su padre siempre lo ponía nervioso.

—Hemos hecho galletas —explicó con voz estrangulada.

—¿Galletas? ¿A eso dedicáis el tiempo? ¿A hacer galletas? —inquirió con evidente desdén, antes de ordenar a Elena que le preparase algo de cena y le subiera una bandeja al estudio. La tensión flotaba en el ambiente cuando se

cerró la puerta tras él. Grant, muerto de vergüenza, se sacudió un poco de azúcar que tenía pegada en los dedos. Llevaban un mes sin ver a su padre y, como siempre, parecía decepcionado con sus hijos, como si nunca hicieran lo que se esperaba de ellos. Todos permanecieron callados hasta que Lil rompió el silencio con voz alegre.

—Deberíais subirle un plato de galletas. Cuando vea lo buenas que están, querrá que las hagáis todos los días.

La vergüenza dio paso a la rabia y, sin poder contenerse, Grant arrojó al suelo el trapo con el que estaba limpiando y se volvió hacia Liliana con los puños apretados.

—Tú y tus galletas... Ha sido una idea estúpida. Eso me pasa por jugar con niñas pequeñas que solo saben hacer tonterías...

—Grant... —reconvino Elena con tono suave, pero el chico salió furioso de la cocina.

—¡No era un idea estúpida! —oyó gritar a Liliana antes de que se cerrase la puerta.

Pasaron tres largos días hasta que Grant y Liliana volvieron a encontrarse. Para entonces, su padre ya estaba de nuevo en Charlotte, la señora Danvers había establecido unas horas de estudio por las mañanas y los tres niños fingieron que la pelea en la cocina nunca había tenido lugar. Grant agradeció que Lil no mencionara su salida de tono y se comportó con más amabilidad de lo habitual durante unos días.

El inicio del curso se acercaba y Grant y Tyler, que querían entrar en el equipo de béisbol, empezaron a entrenar por las tardes. Se escabullían a Weston Park y allí practicaban jugadas. A veces los acompañaban las niñas, que se sentaban sobre la hierba para verles y, cuando regresaban cansados y sudorosos, Lil se ponía a su lado para dedicarle una sonrisa de ánimo.

—Os van a escoger a los dos.

Grant se frotó la nuca, nervioso.

—Hay otros chicos que juegan muy bien, aunque no creo que practiquen

tanto como nosotros.

El comienzo de curso trajo a Terri Miller de regreso a casa, bronceada y feliz. Anunció que quería pasar una temporada tranquila en Oak Hill y se sumergió con entusiasmo en la vida social de la localidad, retomando su papel de líder de la comunidad, una líder algo volátil, pero de la que ninguna institución local se atrevía a prescindir debido a su dinero y sus contactos. Sin embargo, para Grant y Rebecca no supuso un gran cambio volver a tener a su madre en casa, porque había días que solo se cruzaban con ella en el desayuno.

Las pruebas para el equipo de béisbol salieron bastante bien y los nombres de Grant y Tyler figuraban en la lista de admitidos. Orgulloso, regresó a casa. Quería contárselo a Elena, pero se encontró a su padre en el porche revisando unos documentos y, sin pensar, se detuvo a darle la gran noticia.

—¡He entrado en el equipo! —exclamó con entusiasmo. Conrad asintió y, por un momento, Grant advirtió un cierto brillo de satisfacción en sus ojos.

—¿Eres el capitán? —preguntó entonces su padre y Grant dejó de sonreír. Negó con la cabeza. Un chico de cuarto sería el capitán aquel año y probablemente después sería Tyler, pero no podía decirle eso a su padre. No, porque Conrad Miller no se conformaba con cualquier puesto. Se había hecho a sí mismo, tal como le gustaba recalcar cada vez que tenía ocasión. Había salido de la nada y había conseguido convertirse en uno de los hombres más ricos del condado a base de trabajo duro, astucia y alguna maniobra turbia; había fundado una empresa de éxito, se había casado con una rica heredera y se había comprado la casa más grande y ostentosa de la ciudad. Siempre había sido el primero en todo lo que se había propuesto y su hijo mayor solo era una decepción constante: notas mediocres, escasos logros deportivos, entretenimientos inútiles...

Conrad miró a su hijo con el ceño fruncido.

—Eres igual que tu madre. Un completo inútil —resopló, mientras volvía a concentrarse en los documentos que tenía en las manos.

Anonadado, Grant se dio la vuelta y caminó con largas zancadas a través del jardín. Le pareció que alguien salía detrás de un arbusto y de inmediato reconoció las rápidas pisadas que le seguían. Apretó el paso. No quería hablar con nadie y menos aún con Liliana. ¿Habría escuchado la conversación con su padre? Se moriría de vergüenza, o de rabia, no sabía muy bien, si aquella entrometida niña lo había oído.

—¡Grant! ¡Espera! —se atrevió a decir ella por fin, entre jadeos, al ver que no conseguía alcanzarle. ¿Es que no entendía que quería estar solo, que no quería hablar con nadie? —. ¡Grant!

Se detuvo con brusquedad y se dio la vuelta para enfrentarse con la mejor amiga de su hermana.

—¿Estabas espiando? ¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

—No espiaba —aseguró seria—. Estaba jugando al escondite con Rebecca y... No ha sido a propósito.

Grant asintió, aunque todavía estaba furioso.

—Un padre no debería hablar nunca así —añadió Lil con tono compasivo. Grant la odió: odió su mirada comprensiva, la ternura con la que inclinó la cabeza hacia él, odió que hubiera sido testigo del momento más humillante de su vida, que lo hubiera seguido como si necesitara que lo reconfortaran, como si ella tuviera el derecho a reconfortarlo, y estaba tan lleno de rabia que habló sin pensar:

—¿Y tú qué sabrás cómo tiene que hablar un padre? Ni siquiera tienes uno...

No se arrepintió cuando escuchó su brusca inspiración de aire ni cuando el dolor apareció en las pupilas oscuras e incluso sintió una maligna satisfacción al ver el brillo de rabia que iba adquiriendo su mirada. Liliana Peña alzó la barbilla orgullosa, apretó los labios, se dio la vuelta y se alejó de él.

Algo aplacado, Grant se dirigió al garaje, sacó su bicicleta y pedaleó hasta el camino de Stone Bridge con toda la velocidad a la que le permitían sus piernas, obligándose a no pensar en nada, porque si pensaba se vería de

nuevo desbordado por pensamientos de odio hacia su padre, hacia Liliana e incluso hacia Tyler.

Tardó unos días en recuperarse de las palabras de su padre y el orgullo le impidió disculparse con Liliana. Creyó que, al igual que tras el incidente de las galletas, podrían fingir que no había pasado nada, pero no contó con el desmedido orgullo de la niña. Durante meses, Liliana Peña evitó su presencia y no le dirigió la palabra y él añoró la complicidad que habían compartido durante el mejor verano de su vida.

## Capítulo 6

La primera vez que Liliana escuchó la expresión «basura de caravana» no fue un susurro en alguna de las mansiones del otro lado de la colina, donde vivían los Miller y el resto de su clase social. Tampoco en los barrios de clase media, ni siquiera un insulto despectivo en el patio del colegio. Fue uno de los propios chicos del parque de caravanas, que se revolvió contra ella a causa de su amistad con Rebecca. «¿Te crees mejor que yo? No eres más que basura de caravana, igual que todos nosotros. Nunca serás como ellos». Tenía solo cinco años y aquella repugnante expresión se metió bajo su piel. Quiso rebelarse, gritar que su madre y ella no eran eso tan horrible, que ellas no eran basura, pero el chico ya se había marchado.

Durante muchas noches paladeó con rabia la expresión. Se escondía bajo las sábanas y repetía las desagradables palabras, como si fueran una cantinela: «Basura-de-caravana-basura-de-caravana-basura-de-caravana...». Desde entonces empezó a mirar el mundo de otra forma, empezó a detectar el sutil desprecio con el que las madres de sus compañeros de clase evitaban a las Peña o la mirada desconfiada de los dependientes en las tiendas e incluso había algo en los ojos de algunos hombres que miraban a Elena, algo oscuro a lo que Liliana no sabía aún poner nombre, pero que resultaba desagradable y malo. Porque ellas no solo eran basura de caravana. También eran latinas y aquello, en una pequeña ciudad de Carolina del Norte, en la que el noventa por ciento de la población era blanca, no facilitaba la vida a los que tenían un

origen diferente. Ella podría haber alegado que su padre era tan blanco como cualquiera de aquellos que las miraban por encima del hombro. El propio color de su piel, más claro que el de su madre, lo atestiguaba, pero se negaba a mencionar a aquel hombre que las abandonó antes de que ella naciera.

No era fácil la vida en el parque de caravanas. Había buena gente, claro, gente como ellas, que carecía de recursos para ir a otro lugar: jubilados con pensiones ridículas o inmigrantes con trabajos inestables que luchaban por salir adelante. Pero también había otro tipo de gente. Mujeres que bebían demasiado, hombres que se gastaban sus escasas ganancias en apuestas clandestinas, niños que apenas hacían una comida al día, mujeres con cardenales en el rostro, ancianos feroces que musitaban palabras raras, adolescentes de mirada endurecida que hacían carreras de coches y robaban en la tienda de veinticuatro horas... No era un buen lugar para crecer, había demasiadas cosas oscuras agazapadas dentro de cada remolque, pero, con su temperamento alegre, Elena aseguraba que eran muy afortunadas, porque ella tenía un empleo fijo, que no daba para lujos, pero les permitía vivir sin estrecheces. Era suficiente para poner un techo sobre sus cabezas, comida en la mesa y un seguro médico al que Elena no estaba dispuesta a renunciar. Durante un tiempo, Lil le suplicó a su madre que salieran del parque de caravanas, que buscaran un apartamento, por diminuto que fuera, pero Elena hacía cuentas y no salían.

—Aquí estamos bien tú y yo. Hay lugares peores que este —trataba de explicar a su hija y la tristeza de su voz dolía tanto que Liliana dejó de protestar y empezó a soñar. Soñaba con salir del parque de caravanas y tener una casa de verdad en un vecindario tranquilo. Nadie las miraría entonces por encima del hombro, nadie pensaría que valían menos. Nadie las llamaría basura.

Después, cuando Grant Miller la llevó a Oak Farm, aquel edificio en ruinas se convirtió en una obsesión, en la base de todos sus sueños de infancia y a menudo se escabullía a la vieja granja para contemplarla embelesada e

imaginar que la convertía en un hogar.

Pero aquellos tiempos quedaban muy lejos. Las Peña habían logrado salir del parque de caravanas. Lil había alquilado un coqueto apartamento en un céntrico barrio y su madre, que había encontrado un buen hombre que la quería de verdad, vivía con su marido en Haywood, a menos de veinte minutos de Oak Hill, siguiendo la carretera del lago.

Tras la conversación con Grant, Liliana necesitó desesperadamente hablar con su madre. Elena, siempre equilibrada y tranquila, sabría aconsejarla, así que, aprovechando su mañana libre, se dirigió a Waterfront House, el pequeño hotel propiedad de su padrastro, Jason Reighard. Se trataba de un elegante edificio que imitaba el estilo de las construcciones de finales del siglo XIX. En su interior, albergaba media docena de habitaciones con baño privado, cada una decorada de manera diferente, pero todas con un estilo cálido y hogareño. En un edificio anexo, se situaba la vivienda de Jason y Elena, y allí los encontró, aunque pronto comprendió que no había llegado en el mejor momento.

Como hacía siempre, entró por la puerta de la cocina. Su madre rallaba zanahorias, aunque parecía más atenta a los gritos que se escuchaban en la habitación de al lado que al guiso que borboteaba en la cazuela, esparciendo un aroma que Liliana identificó de inmediato con el hogar.

—¿Qué es todo ese jaleo? —preguntó con curiosidad, mientras aspiraba, como una adicta, el olor de la cocina de su madre.

—Son Jason y Cam —explicó Elena después de abrazar a su hija.

Jason Reighard, el marido de su madre, había estado casado con anterioridad y de su primer matrimonio tenía dos hijos, más jóvenes que Liliana. Jordan, el mayor, acababa de empezar la universidad y Cam, de quince años, estudiaba décimo grado. Los tres hombres Reighard compartían un temperamento sosegado, así que Liliana se sorprendió al escuchar la violenta discusión.

—Pero ¿qué ha pasado? No es propio de ellos discutir así.

Elena movió la cabeza preocupada.

—Cam está en una edad difícil y los últimos meses ha cambiado mucho. Jason no sabe llevarlo demasiado bien y yo no quiero meterme, porque su madre está en medio de todo esto, así que creo que es mejor que me mantenga al margen.

Lil asintió comprensiva. La exmujer de Jason podía resultar agotadora y había que manejarla con mucha mano izquierda. Por suerte, Elena Peña tenía paciencia de sobra.

—Bueno, ¿qué haces por aquí? No sueles venir sin avisar.

Liliana se acercó a los fogones y removió el guiso de pollo, maíz y patatas que se cocinaba a fuego lento, consiguiendo así ganar algo de tiempo.

—Deja eso y ayúdame con el bizcocho de zanahoria, que voy algo retrasada —indicó Elena y Lil se acercó renuente a la mesa donde se encontraba su madre. Durante un buen rato, ambas trabajaron en silencio, hasta que al final, Liliana se atrevió a romperlo:

—Rebecca se marcha.

Su madre dejó de batir huevos.

—Lo sé. Me llamó la semana pasada para contármelo.

Lil dejó escapar un bufido y luego le contó toda la historia: la marcha de Rebecca, el engaño de los Miller y la descabellada propuesta de Grant. Su madre permaneció callada mientras ella hablaba y, cuando terminó, Liliana se sintió muy cansada.

—Es decir que ellos te ayudaron a cumplir tu sueño y, ahora que Rebecca tiene que seguir su propio camino, Grant quiere ayudarte a sacar Oak Farm adelante.

—Creo que no has entendido nada, mamá —suspiró Liliana, empezando a preparar la cobertura de queso.

—Sí, sé que te sientes dolida con Rebecca y que las cosas entre Grant y tú nunca han sido fáciles. —Lil abrió la boca para intervenir, pero su madre la detuvo con un gesto—. Es cierto que nunca me has contado nada, pero yo no

soy tonta. Eres mi hija y crié a ese chico. Vi como peleabais, pero también vi como os mirabais. Nunca quise meterme y no voy a hacerlo ahora, cariño. Te conozco y sé que, en realidad, ya has tomado una decisión.

Lil asintió con cierto pesar. Sí, ya había tomado una decisión. Lo supo desde el momento en que Grant entró en su despacho, a pesar de que lo había negado con todas sus fuerzas. Iba a aceptar el trato. No quería hacerlo, pero no le quedaba más remedio.

Una vez tomada la decisión, Liliana no era de las que perdían el tiempo. Aquella misma noche le escribió un mensaje a Grant para citarlo en Oak Farm; después, cruzó al apartamento de enfrente y llamó decidida a la puerta. Abrió la propia Rebecca, que la recibió con cierta cautela. Huck, un alegre y nervioso setter irlandés rojo, empujó a Rebecca, tratando de salir al rellano, pero la joven agarró con firmeza el collar del perro para que no saltase sobre Liliana.

—Solo he venido a decirte que voy a aceptar el trato con tu hermano, aunque te pido que no le digas nada hasta que yo lo hable con él. —Rebecca asintió en silencio, pero Lil leyó la pregunta en sus ojos y lanzó un sonoro suspiro—. No quiero estar peleada contigo. Odio lo que hiciste, aunque sé que tu intención era buena, así que supongo que tendremos que dejarlo correr.

Rebecca sonrió, con esa resplandeciente sonrisa que guardaba para unos pocos seres queridos. Huck agitó el rabo.

—He odiado todos estos días sin hablarnos. Me recordaba demasiado a otra época y no quería volver a ella —reconoció y los recuerdos de ambas retrocedieron a su infancia, cuando Terri Miller decidió que resultaba del todo inconveniente la amistad entre su hija y la hija de la cocinera. Las amigas tenían entonces siete años y Terri prohibió a Rebecca volver a relacionarse con Liliana. Ante la decidida oposición de su hija, jugó la única

carta que le permitiría salir victoriosa: el empleo de Elena. La amenaza surtió efecto. Rebecca y Liliana no podían permitir que Elena Peña perdiera su trabajo, así que aceptaron las órdenes de la señora Miller y dejaron de tratarse, a pesar de asistir a la misma escuela. Durante años cada una hizo su vida. Rebecca intentó hacerse un hueco entre las chicas de su misma clase social, pero nunca llegó a encajar del todo y acabó convirtiéndose en una niña solitaria, concentrada en las clases de *ballet*; Lil, por su parte, se sintió tan humillada que no volvió a acercarse a la mansión Miller y buscó su sitio entre los niños del parque de caravanas. Ninguna de las dos se atrevió a saltarse su promesa y, con el tiempo, olvidaron que hubo una época en la que fueron inseparables. Y así fue hasta que, en la adolescencia, Alison Parker volvió a reunir las para formar aquel extravagante grupo de marginados.

—Entonces era diferente. Éramos dos niñas y tu madre supo manipularnos. No nos peleamos ni nos traicionamos —reconoció Liliana, pero al ver la protesta en los labios de su amiga alzó la mano—. Ya, ya sé que tenías buena intención y has pedido disculpas, así que voy a aceptarlas y será mejor que dejemos el asunto aparcado.

—Eres la mejor, Lil —musitó Rebecca con los ojos húmedos, sin soltar a Huck—. ¿Cenas con Ethan y conmigo? Pero esta vez no cocinas; pediremos unas pizzas.

Liliana asintió y entró en el apartamento de su amiga.

Al día siguiente, Lil llegó antes de lo habitual a Oak Farm. Tras aparcar, permaneció unos minutos sentada al volante contemplando a través del cristal del parabrisas el edificio en el que había depositado todas sus esperanzas. Se alzaba ante ella blanco y majestuoso, con su elegante porche y su espaciosa terraza. Todo iba a cambiar y no estaba segura de sentirse preparada para afrontar los nuevos tiempos. Grant Miller volvería a entrar en su vida y ella tendría que tener mucho cuidado para que no volviera a colarse bajo su piel.

Debería dejar claro desde el principio que los uniría una relación estrictamente profesional, marcar las distancias y evitar cualquier tipo de atracción por él. Recordarse que ya lo intentaron, que fracasaron estrepitosamente, que él la decepcionó una y otra vez y que ella decidió dejarlo atrás.

Un golpe en la ventanilla de su izquierda la hizo alzar el rostro para tropezar con la mirada seria de Grant. Guapísimo, como siempre, tuvo que reconocer, pero, por suerte, ya no era una adolescente con las hormonas revolucionadas, sino una mujer que había trabajado muy duro y se enfrentaba a un momento crucial en su vida.

—Vamos a mi despacho. Estaremos más cómodos.

Él realizó un gesto apenas perceptible con la cabeza y la siguió. Rodearon el edificio para entrar por la puerta trasera, la que daba acceso directo a la cocina, vacía y extrañamente silenciosa a aquella hora del día.

Al llegar a su despacho, Lil guardó su bolso y tomó asiento tras la mesa. Se sintió más cómoda detrás del mueble, como si necesitara interponer algo entre ellos, cualquier cosa que marcara las distancias. No era una buena forma de empezar ningún tipo de relación, ni siquiera una laboral. Rebecca y ella se habían compenetrado bien, se habían apoyado en sus decisiones y habían discutido cada paso a dar, a veces estando de acuerdo y otras no, pero siempre abiertas al diálogo. ¿Cómo iba a trabajar con Grant? No había confianza ni complicidad de ningún tipo; ni siquiera parecían cómodos el uno con el otro. Ambos se observaban como si quisieran averiguar qué pensaba el otro para adelantar su siguiente movimiento. Parecían dos depredadores que se movían en círculos, tratando de adivinar en qué momento se iba a iniciar el ataque.

—Antes de que digas nada, tengo que hacerte una nueva propuesta —se adelantó Grant, mientras Lil terminaba de poner en orden sus pensamientos—. Dame un año. Intentémoslo durante un año y, si después de ese tiempo no consigo mejorar las condiciones de Oak Farm o no estás cómoda trabajando

conmigo, te cederé mi parte de la empresa sin coste alguno para ti. Lo dejaremos por escrito para que no haya confusión alguna y todo sea legal.

La inesperada propuesta la dejó paralizada. Grant Miller no era de los que ofrecían algo a cambio de nada.

—¿A qué viene esto? Sabes que iba a aceptar tu proposición...

Grant asintió lentamente, tan serio, tan seguro de sí mismo, que Lil quiso echarlo de su despacho, expulsarlo de los límites de Oak Farm, hacerlo salir de la ciudad, del condado, del estado. Lo mejor sería que se subiera a un avión y se quedara en Londres. La época más tranquila de su vida llegó cuando él puso un océano entre ambos.

—Entonces ¿por qué me propones esto ahora? ¿Por qué pones un límite, por qué me ofreces una salida? —Sin querer, notó cierta desesperación trepando por su garganta. Era su negocio, era su vida, y sentía que se le escapaba el control de las manos.

—No estás cómoda con este trato. No confías en mí y no crees que seamos capaces de trabajar juntos. No es una buena forma de empezar esta asociación. Yo sí creo que podemos hacerlo, pero no basta con que yo lo piense. Estoy seguro de que dentro de un año nos entenderemos bien, te demostraré que puedo hacerlo, que puedes fiarte de mí, que he venido para sacar Oak Farm adelante, pero si te sientes atrapada no funcionará. Quiero que estés cómoda y no se me ocurre otra forma mejor que ofrecerte un trato temporal. Si sabes que tienes una salida, tal vez te relajes y nos des una oportunidad.

Algo en su tono, una pizca de ansiedad, la puso en alerta. Fue como si la contenida imagen que él proyectaba temblara ligeramente.

—Estamos hablando de una oportunidad laboral, ¿verdad, Grant? Todo lo demás que hubo entre tú y yo quedó atrás hace mucho tiempo.

—¿No crees que podamos volver a ser amigos? —inquirió con una sonrisa insolente, la misma que lo había coronado como rey del instituto. Liliana tragó saliva y se recordó que él ya no tenía el poder de descolocar su mundo,

así que ignoró sus últimas palabras.

—Llamaré a lo largo de la mañana a mi abogado para que prepare los papeles y lo tengamos todo listo cuanto antes. Después, Rebecca, tú y yo deberíamos tener una reunión con todo el personal para explicarles los cambios y tranquilizarlos.

—¿Están nerviosos?

—Lo estarán —aseguró Lilitiana—. La marcha de Rebecca será un duro golpe y todos se preguntarán qué otros cambios va a haber. Cuando Rebecca se vaya, Abby se quedará sola para la organización de eventos, así que tendremos que contratar a alguien más, a no ser que quieras tú ocuparte de esa parte.

—¿Enseñarle a los novios decoraciones florales? —preguntó con ironía—. No, creo que no se me daría bien. Ya te he dicho que estoy aquí para ocuparme de la parte empresarial y creo que es bastante urgente, dada la situación de las cuentas. ¿Por qué no me enseñas todo esto? —Grant cambió de tema con brusquedad—. Me gustaría conocer a fondo este lugar.

—Claro —dijo Lilitiana, poniéndose en pie.

Él le cedió el paso en la puerta y, al cruzar junto a él, percibió de nuevo su familiar olor a jabón y colonia cara, pero no se permitió ni un solo titubeo. Con calma, le enseñó las cocinas, el comedor principal y el saloncito de la primera planta. En el sótano recorrieron la bodega y los almacenes y en el segundo piso encontraron otro comedor, que comunicaba con la terraza, así como las oficinas. Grant contempló con gesto satisfecho el amplio despacho de Rebecca.

—Hay algunas salas vacías. ¿A qué se debe?

Lilitiana se encogió de hombros.

—Esta planta es bastante grande y no sabíamos muy bien qué hacer con tanto espacio. Creíamos que con el tiempo se nos ocurriría darle algún uso, pero no ha sido así.

—Bien. Ya se nos ocurrirá cómo sacarle rendimiento.

La aplastante seguridad de Grant Miller, de aquel nuevo y desconocido Grant Miller, estuvo a punto de arrancarle un bufido, pero se contuvo a tiempo y se encaminó de nuevo hacia las escaleras.

—¿Quieres ver el jardín y el granero?

—Quiero verlo todo, Liliana. Hasta el huerto.

Lil se sonrió. Ella misma cuidaba aquel amplio trozo de tierra en el que había plantado verduras, hortalizas y algunos frutales, de los que tan a menudo se nutrían sus platos. Estaba especialmente orgullosa de los manzanos, que daban una dulce variedad de *Golden delicious*. Muchas de sus recetas incorporaban el dulce y refrescante sabor de aquellas manzanas. Acompañó a Grant en su recorrido por el jardín y, cuando llegaron al huerto, que habían dejado para el final, escucharon el motor de un par de coches que anunciaban la llegada de algunos de los empleados de Oak Farm. Ignorando su presencia, se adentraron en el huerto. Pasearon entre coles, zanahorias, chirivías, nabos y calabazas que aún tenían cierta tonalidad verdosa.

—En primavera cultivo espárragos, rábanos, fresas y arándanos, y este verano hemos tenido guisantes, judías verdes, pimientos, berenjenas, moras y melocotones. La semana pasada recogí los últimos tomates —explicó. Después le enseñó un parterre con plantas aromáticas, que fue lo primero que plantó tres años atrás.

—Esto debe dar mucho trabajo. —Calculó Grant, aunque no parecía un reproche; había cierta admiración en su tono de voz.

—Tengo ayuda. Los chicos de jardinería me echan una mano y a veces también lo hace Stella, nuestra repostera. Dice que la relaja arrancar malas hierbas cuando se pelea con su marido.

Habían llegado a los manzanos. El dulce olor a manzanas invadió el aire y Grant, como hipnotizado, acarició el tronco del árbol más cercano. Liliana tuvo una visión fugaz de otra época y otras manzanas, pero la desechó de inmediato y decidió que ya había pasado suficiente tiempo con su futuro socio aquella mañana. Había algo demasiado personal en la escena, Grant y

ella en el huerto de Oak Farm, envueltos por el embriagador perfume de las manzanas, ajenos al resto del mundo, como si no pesaran los años ni las decepciones.

—Deberíamos volver —sugirió, pero parecía más una orden y tuvo la virtud de sacar a Grant de su ensimismamiento—. Tengo que llamar al abogado, organizar el trabajo en las cocinas y preparar la reunión con el personal —enumeró antes de darse la vuelta y abandonar el huerto sin esperarlo.

## Capítulo 7

A los quince años, Grant Miller gobernaba el instituto de Oak Hill y se paseaba por los pasillos de la escuela como si se tratara de un dios intocable, ignorando los suspiros de las chicas y las miradas de envidia de los chicos. El mundo estaba rendido a sus pies y él parecía dispuesto a sacar partido a todo lo que la vida estuviera dispuesta a ofrecerle. Tenía dinero, amigos, chicas y una casa donde organizar las salvajes fiestas que le habían dado fama en todo el condado. Desde el divorcio, sus padres habían decidido hacer (aún más) su vida. Conrad Miller se instaló definitivamente en Charlotte con su nueva esposa y cedió la vivienda de Oak Hill a su exmujer. Sin embargo, Terri se escapó a la costa oeste para recuperarse del traumático divorcio, dejando a los niños al cuidado del personal de servicio. Al final, acabó mudándose a Los Ángeles, pero visitaba de vez en cuando Oak Hill, fingiendo cumplir un abnegado papel de madre durante un puñado de semanas al año. Llenaba de ropa de firma el armario de su hija, llevaba a los niños a cenar al club y se convertía en la participante más activa de la vida social de Oak Hill, tal como había hecho siempre, para después desaparecer de nuevo durante dos o tres meses.

Grant consideraba que todo era ventajas en aquella situación. No había ningún adulto que pusiera freno a su alocada adolescencia: sus notas caían en picado, se metía en peleas con los novios de las chicas con las que se enrollaba, la policía había desmontado ya cinco fiestas en su casa e incluso

pasó unas horas en comisaría cuando lo pillaron con Connor MacMillan y otros chicos entrando en el instituto de Haywood para robar un trofeo de baloncesto que el equipo local había arrebatado injustamente a Oak Hill en el último minuto del último partido de la temporada. Grant ni siquiera jugaba en el equipo de baloncesto, pero aquello no tenía importancia, porque el plan era lo suficientemente arriesgado como para tentarlo. Lo único que lamentaba, tal como le contó después a un asombrado Tyler Hamilton (su mejor amigo, más sensato, jamás lo acompañaba en aquellas alocadas aventuras), era que el idiota de Chase Reilly, que debía esperar en el coche a que salieran con el trofeo, tuviera las pocas luces de aparcar justo en la puerta del edificio, bajo la inclemente luz de la única farola de la calle, y decidiera que aquel era el mejor momento para fumarse un porro. El coche de la patrulla local se detuvo junto a él cuando apenas había dado la segunda calada y fue solo cuestión de minutos que cazaran al resto del grupo.

Acabaron en la comisaría de Haywood, y por allí pasaron todos los hombres ricos de Oak Hill, con sus respectivos abogados de aspecto servil y traje caro, que pagaron la multa y negociaron con el juez y los agentes para que aquel «ridículo incidente», tal como lo denominó el gobernador MacMillan, no llegara a oídos de la prensa local ni manchara el expediente de sus vástagos, en especial el del imbécil de Chase. El abogado del doctor Reilly, uno de los más solicitados cirujanos plásticos del estado, tuvo complicado sortear la denuncia por posesión de drogas y sudó tinta hasta lograr que retiraran los cargos.

También Conrad Miller llegó desde Charlotte, con el habitual gesto agrio que lo acompañaba cada vez que tenía que ocuparse de los líos de su primogénito.

—No entiendo qué ocurre dentro de tu cabeza —espetó sin mirarlo, mientras su abogado pagaba la multa. Grant se dio la vuelta para ocultar una sonrisa insolente. Le gustaba tensar la cuerda cuando se trataba de su padre. Sus disgustos le producían un maligno placer o, al menos, eso se decía a sí mismo, porque no estaba dispuesto a reconocer que una parte de él estaba

desesperado por encontrar la forma de atraer la atención de Conrad Miller—. Habéis tenido suerte de que el juez lo haya considerado una gamberrada adolescente, pero estoy harto de tu comportamiento. Empiezo a pensar que Alexa tiene razón y que debería enviarte a un internado en Europa. Cuanto más lejos te tenga, será mejor para todos.

Grant odió un poco más a su madrastra, aquella extravagante y ambiciosa pelirroja casi dos décadas más joven que su marido, que apenas soportaba la presencia de los hermanos Miller. Sabía que su padre muy bien podría cumplir con su amenaza, por lo que procuró no meterse en demasiados líos aquel verano, aunque no respiró tranquilo hasta que, a finales de agosto, la secretaria de su padre le comunicó que había formalizado su matrícula en el instituto.

Feliz, se dispuso a afrontar con renovadas energías los festejos del Día del Trabajo, que todos los años marcaban el fin del verano y el inicio del curso escolar. Aquel año la ciudad había sido seleccionada por el comité del condado para acoger el Festival de la Manzana, por lo que el ayuntamiento había preparado un amplio programa de actividades durante cuatro días que culminaría el lunes con el habitual desfile del Día del Trabajo. En realidad, a Grant Miller no le importaban demasiado todas aquellas celebraciones, pero cualquier excusa era buena para que los adolescentes de Oak Hill se divirtieran un poco antes del comienzo de las clases.

Una bronceada Terri Miller, que había pasado sus vacaciones en la costa italiana, se presentó a tiempo para participar en la ceremonia de apertura que tuvo lugar en la plaza del Palacio de Justicia y a la que los hermanos Miller se vieron obligados a asistir. Su madre les ordenó ponerse sus mejores galas y los dos se sentaron junto a la mujer del alcalde para escuchar los pomposos discursos y los aplausos de la muchedumbre. Grant miró de reojo a su hermana. Desde el divorcio se había distanciado de ella y, aunque compartían casa, apenas se trataban. Fuera de la escuela, Rebecca dedicaba muchas horas a las clases de *ballet* y se encerraba en su habitación cuando Grant celebraba

alguna de sus fiestas. Solían coincidir en el desayuno y, pese a los esfuerzos de Elena para que entablaran una conversación amistosa, los dos hermanos se ignoraban el uno al otro con bastante eficacia.

—¿A qué hora acaba esto? —susurró Grant. Su hermana lo miró incrédula y algo escamada, como si tratara de adivinar el motivo por el que su hermano, de repente, le dirigía la palabra.

—Deben quedar unos cinco minutos —explicó, encogiéndose de hombros—. De todas formas, mamá cuenta con nosotros en el desayuno de la iglesia. Si estás pensando en escabullirte, lo vas a tener difícil.

Grant gruñó por lo bajo. Su madre no exigía a menudo la presencia de sus hijos, pero, cuando lo hacía, resultaba implacable; si Terri Miller había decidido que asistirían a ese desayuno, no había nada en el mundo que lograra librarlos, así que Grant aplaudió el último discurso, que corrió a cargo del gobernador MacMillan, y, tras estrechar la mano de un montón de desconocidos, acompañó a su madre y a su hermana al desayuno en la parroquia. Al menos, allí pudo servirse un gran plato con tortitas, beicon, huevos revueltos y manzanas cocidas con canela y azúcar moreno.

—Por favor, Grant, no te pongas tanta comida. Es de mal gusto —siseó su madre con una sonrisa tensa, mientras fingía buscar al pastor Goodall con la mirada, pero su hijo se limitó a guiñar un ojo y apoderarse de una generosa porción de tarta de chocolate.

—Estoy creciendo, mamá. Siempre tengo hambre —aseguró con una sonrisa pícara antes de sentarse junto a su hermana. Rebecca, que se había servido un poco de fruta y un té, miró con horror el plato a rebosar de Grant.

—No puedes comer todo eso.

Grant no contestó y, con meticulosa precisión, empezó a engullir su desayuno. Por supuesto, todas las mujeres mayores de cuarenta años aprobaron el apetito del joven Miller y sus hijas se acomodaron en su misma mesa hasta conseguir que Rebecca la abandonara con un bufido. Grant la vio escaparse por una puerta lateral, sin que su madre se diera cuenta, pero él ya

no tenía ninguna prisa. Tenía comida y chicas a su alrededor. No necesitaba nada más.

—Está todo delicioso —aseguró Grant, mientras guiñaba un ojo a Winnie Goodall. Un movimiento brusco al otro lado de la sala lo distrajo. La madre de Winnie regañaba a una chica que acababa de entrar, seguramente una trabajadora de las granjas, porque vestía unos desgastados vaqueros, una vieja camisa a cuadros y uno de esos chalecos con el logo de la cooperativa. A pesar de la distancia y de la horrible vestimenta, Grant pudo apreciar las generosas curvas de la recién llegada, pero cuando ella se giró, sintió que se le secaba el paladar. Liliana Peña. Parecía imposible que aquella chica de caderas rotundas fuera la misma chiquilla con la que discutió y jugó durante su infancia. Ella, por supuesto, no reparó en su presencia. Tras la bronca de la señora Goodall, empezó a descargar varias tartas de manzana de un cesto y a colocarlas sobre la mesa.

Sin pensarlo, Grant se levantó de golpe, murmuró una vaga excusa a las chicas de su mesa y, como si un hilo invisible tirara de él, se dirigió hacia Liliana con todo su instinto depredador en alerta. Solo cuando estaba a unos pocos pasos de ella, cayó en la cuenta de una realidad aterradora. Liliana Peña, con sus tentadoras curvas, solo tenía trece años. No los aparentaba, por supuesto. Ninguna chica de trece lucía aquel aspecto y, desde la madurez que le conferían sus quince años, se recompuso a tiempo y evitó hacer el mayor de los ridículos. Los chicos de su clase no reparaban en las chicas de octavo grado, aunque parecieran alumnas de décimo; ni siquiera debería estar mirando a esa chica, vestida con ropas viejas y polvorientas, que no enseñaban ni un ápice de piel. No era su tipo, desde luego, pero no pudo evitar fijarse en la gruesa trenza oscura que caía sobre su hombro izquierdo y la dulce curva de su cuello, que emergía tentadora cuando se inclinaba para colocar las tartas. Se sintió turbado de nuevo; lo mejor sería darse la vuelta y alejarse de Liliana, pero fue incapaz de moverse.

—¿Del parque de caravanas a trabajar en una granja? Eso es todo un

ascenso social —señaló sarcástico, tratando de ocultar su reciente confusión. Lejos de lo que esperaba, sus palabras le dejaron un regusto amargo en la boca; él solía ser despreocupado y burlón, pero nunca cruel.

Sin embargo, antes de que el arrepentimiento llegara a sus labios en forma de excusa, se encontró con unos ojos grandes y oscuros que lo miraban con furia. Reconoció de inmediato la barbilla orgullosa y los puños apretados y no pudo evitar una sonrisa nostálgica. Había echado de menos a Liliana, mucho más de lo que había creído. Ella, a diferencia del resto de las chicas, jamás rehuía de un buen desafío.

—Lárgate, Miller. Estoy trabajando y no tengo tiempo para tonterías —respondió, antes de darse la vuelta y continuar con su tarea. Grant parpadeó. No estaba acostumbrado a que las chicas lo ignoraran y había olvidado que hubo una época en la que tuvo que esforzarse para llamar la atención de Liliana Peña.

—Venga, era una broma; no seas así —aclaró con tono conciliador, pero la adolescente le lanzó una ojeada desdeñosa y siguió a lo suyo—. ¿Estás ayudando en la parroquia?

—Déjame, Grant. No quiero que la señora Goodall vuelva a regañarme.

—Contesta a mi pregunta y te dejaré tranquila.

Liliana resopló de una forma bastante encantadora y se volvió hacia él con gesto defensivo.

—Me han contratado en la granja Summerfield para echar una mano durante el festival. Tenía que haber traído las tartas a primera hora, pero me he retrasado. ¿Contento? Pues vuelve con tu gente y déjame en paz.

Pero Grant no era de los que cumplían sus promesas, así que se limitó a apoyarse en una columna y la observó con gesto concentrado.

—Miller, me estás poniendo de los nervios. Has dicho que me dejarías tranquila si te daba una respuesta.

—No estoy haciendo nada —respondió con una sonrisa perezosa, aquella con la que volvía locas a las chicas. Incluso le pareció escuchar un jadeo

contenido desde el otro extremo de la sala. Juraría que Faith O’Leary y Holly Rowe no le quitaban el ojo de encima, pero él concentró toda su atención en Liliana—. Solo espero a que termines para coger un trozo de tarta.

—¡Bien! Ya está. He acabado. Disfruta de tu desayuno —exclamó Lil, dando un paso atrás. Grant se acercó hacia ella con movimientos felinos y gesto estudiadamente encantador, pero solo consiguió que Liliana pusiera los ojos en blanco y se cruzara de brazos. La jugada le salió mal, porque en vez de dejarla sin palabras, fue él quien enmudeció al percibir el olor a manzanas de su piel. Estaba por todas partes, ese aroma fresco y dulce, que parecía envolverla, y que lo dejó fuera de combate sin que ella moviera un solo dedo.

—¿No querías un trozo de tarta? —preguntó la joven, mirándolo con extrañeza. Grant tragó saliva y asintió. Después, con una torpeza inusual cogió un plato y cortó una porción. Liliana lo observaba con suspicacia, pero pareció cansarse del lamentable espectáculo que estaba dando y se dio la vuelta—. No tengo tiempo para esto; me marcho.

La vio desaparecer entre la gente, algo aturdido, y se llevó un trozo de tarta a la boca. El intenso sabor de las manzanas obcecó todos sus sentidos y ni siquiera fue consciente de que Winnie Goodall estaba de nuevo a su lado.

Una hora después, Grant logró escaquearse de su madre y agradeció que la señora Goodall hubiera acaparado a Winnie, liberándole de su compañía. No solía rechazar a las chicas guapas y dispuestas, pero desde su encuentro con Liliana y su forma directa de enfrentarlo, las empalagosas sonrisas de Winnie le habían parecido bastante tontas. Por una vez, le había gustado no ser objeto de miradas lánguidas y estudiadamente seductoras, y el carácter desafiante de Liliana Peña le parecía refrescante. Si olvidaba su extraña turbación final, provocada seguramente por el hambre, debía reconocer que aquellos pocos minutos con Lil habían sido lo más emocionante de la semana.

Debía reunirse con Tyler en las canchas del río, donde su amigo iba a participar en el torneo de baloncesto, pero, en su lugar, echó a andar hacia Main Street. Allí se había instalado el Mercado de la Manzana y durante un

rato paseó entre los abarrotados puestos. Los artesanos locales exhibían sus trabajos, los granjeros vendían cestos de manzanas y productos elaborados con la deliciosa fruta (mermeladas, conservas, tartas, bizcochos...) y artistas callejeros animaban el ambiente con títeres, música y actuaciones de magia.

Divisó el puesto de la granja Summerfield, uno de los más solicitados por los vecinos, y se acercó con paso indolente. Liliana trabajaba sin descanso. Desde lejos, pudo estudiarla con calma. No, desde luego no aparentaba trece años y no era solo por aquellas nuevas curvas de su cuerpo, sino por el aplomo y la madurez que desprendían cada uno de sus gestos. Atendía a los clientes con rapidez y eficacia y destilaba una amabilidad que Grant no había vislumbrado en ella cuando eran niños. En realidad, reconoció, no sabía nada de Liliana Peña. Desde que su madre intervino para romper su amistad con Rebecca, habían mantenido las distancias y, aunque se habían visto a menudo durante aquellos años (era imposible no encontrarse con alguien en una ciudad pequeña como Oak Hill), no habían vuelto a hablarse. Al principio la había echado de menos, igual que Rebecca, pero después se acostumbraron a su ausencia.

—Tienes que dejar de perseguirme —susurró Grant, inclinándose sobre ella para que nadie más lo escuchara.

—¿Qué haces aquí? —refunfuñó en voz baja y con el ceño fruncido—. Vete, estoy trabajando.

—¿Algún problema, Liliana? —preguntó la señora Powell, echando un rápido vistazo al rostro serio de su empleada. Liliana se apresuró a negar con la cabeza.

—Solo vengo a por uno de esos deliciosos pastelillos de manzana. Los he olido desde el otro extremo del mercado —comentó Grant. Esbozó su sonrisa más encantadora y guiñó un ojo, lo que hizo que la señora Powell rompiera a reír ante el descarado del chico.

—Invita a tu amigo a un pastel, Liliana, y luego puedes tomarte un descanso. Alex me echará una mano —indicó la dueña de Summerfield,

mientras señalaba a uno de los hermanos Muñoz. Alex, otro de los chicos del parque de caravanas, asistía a la misma clase con Grant, así que ambos se saludaron con un rápido gesto de barbilla.

—No hace falta que lo invite. Puede pagar este pastel y todo el maldito puesto —masculló Liliana por lo bajo. Su jefa, por supuesto, no la escuchó, pero Grant, lejos de ofenderse, esbozó una amplia sonrisa. Sí, definitivamente Liliana Peña era una refrescante novedad.

La adolescente envolvió el pastelillo en papel de estraza y se lo tendió sin ninguna ceremonia. Después se dio la vuelta y salió del puesto con largas zancadas. Sin pararse a pensarlo, fue detrás de ella.

—¿Vas a perseguirme todo el día? —inquirió Liliana, deteniéndose bajo la sombra de una acacia. Grant ignoró la pregunta, se apoyó en el tronco y mordió el pastel—. ¿De veras vas a comértelo? Creí que ya habías desayunado en la iglesia.

—No he comido mucho —aseguró con desfachatez. El pastelillo estaba rico, aunque no tan bueno como la tarta que había probado en la parroquia—. ¿Quién hizo las tartas?

Lil se apoyó en el tronco, imitando su postura.

—Yo las hice —reconoció con cierto fastidio, pero cambió el tono al percibir el gesto admirativo del chico—. Ayer estuve toda la tarde horneando tartas para la parroquia y se supone que esta mañana el padre de Alex, que es quien nos consiguió el trabajo, debía traerme al pueblo. Pero el señor Powell quiso que cargáramos antes las manzanas en la furgoneta y nos hemos retrasado. Por eso he llegado tarde.

Grant devoró el último trozo del pastelillo y miró de reojo a Liliana. Se sentía a gusto allí, en silencio, bajo la sombra del árbol, junto a su antigua rival. La chica, que había caído en un extraño mutismo, se mordía el labio, pensativa.

—¿Por qué te intereso de repente? —preguntó con brusquedad—. Llevamos años sin hablarnos y de pronto me sigues a todas partes.

Grant se encogió de hombros.

—No sé. Te he visto en la parroquia y me has parecido diferente.

—¿Diferente? ¿Diferente de qué?

—Del resto de las chicas, supongo —reconoció, estudiando atentamente la punta de las zapatillas.

Liliana lo miró sorprendida, como si estuviera tratando de calibrar su respuesta y decidir si enfadarse o no.

—¿Diferente? ¿Eso qué quiere decir? ¿Peor vestida, pobre, latina?

—Yo que sé, Lil, simplemente diferente —resopló, intentando ordenar sus ideas: no quería reconocer que se había sentido atraído por una cría de trece años, aunque en aquel momento, tras haber asimilado su nuevo aspecto, el físico de Liliana ya no parecía importante. O, al menos, no tan importante—. Las otras chicas no me hablan ni me miran como tú. Suspiran, tontean, ya sabes lo que quiero decir... Me gustó comprobar que eras la misma Liliana de antes, que no te acobardas delante de mí ni me miras embobada...

—¿Mirarte embobada? Las chicas de esta ciudad son de lo más tontas... —Se rio Liliana, lo que ofendió un poco al chico, aunque se repuso enseguida. En realidad, pensó con condescendencia, aunque Lil aparentara ser mayor, solo tenía trece años.

—¿Vas a estar todo el día en el puesto de Summerfield? —preguntó. Ella negó con la cabeza.

—Solo hasta las dos. Y ya debo volver... —empezó a decir.

—Podría venir a buscarte luego —la interrumpió Grant antes de que se alejara, algo sorprendido de su propio ímpetu.

—¿Por qué?

—Me apetece saber de ti. —Liliana lo miró suspicaz—. Antes éramos amigos...

—Ni hablar. Yo era amiga de tu hermana. Tú ni siquiera me caías bien.

—Sí que te caía bien... A veces...

—Cuando no te portabas como un imbécil.

—Cuando no me portaba como un imbécil —corroboró con una sonrisa—. ¿Puedo venir a buscarte? —insistió—. Podemos ir a alguno de los conciertos de Weston Park.

Ella todavía lo miraba con cierta desconfianza, pero notó que no parecía tan segura como antes.

—Por favor... —suplicó. Nunca, en toda su vida, había suplicado a una chica.

—Está bien —claudicó—. Ven a buscarme, pero si no te comportas, me marcharé y tú te olvidarás de que existo.

Grant asintió con una sonrisa radiante.

—Me portaré bien. Nada de burlas. Solo dos amigos que van a un concierto.

—No somos amigos —respondió brusca, mientras echaba a andar hacia el puesto. De repente, se giró y lo miró de frente—. No creo que a tu madre le haga gracia que hables conmigo. Sigo siendo la hija de su cocinera y no quiero que mi madre pierda su empleo.

—No te preocupes por mi madre —aseguró. En realidad, no creía que Terri Miller recordara siquiera la existencia de Liliana, pero no pensaba enojarla reconociéndolo.

## Capítulo 8

La reunión con los empleados de Oak Farm tuvo lugar dos días después de que firmaran los papeles necesarios para que Grant comprara la parte de Rebecca y se asociara con Liliana. Los nuevos socios también firmaron un acuerdo privado por el que Grant se comprometió a abandonar Oak Farm en el plazo de un año si Liliana así lo determinaba, lo que le proporcionó cierta tranquilidad. No entendía demasiado bien el propósito de Grant con aquel acuerdo que claramente le desfavorecía, pero no iba a cuestionárselo. Necesitaba todos los recursos disponibles para protegerse de él, y Grant le había ofrecido una salida a la que no pensaba renunciar.

Antes de empezar la reunión con la plantilla, Grant las detuvo y las miró con el ceño fruncido.

—No podéis entrar así. Parecéis demasiado nerviosas y eso no les va a dar mucha confianza, así que calmaos un poco.

Tenía razón, por supuesto, pero a Liliana le fastidió que las tratara con aquella condescendencia.

Las chicas respiraron hondo y los tres entraron en el granero, donde iba a celebrarse la reunión. Primero habló Rebecca, que explicó con voz trémula su marcha y agradeció a todos los empleados su trabajo y su cariño. Acabó llorando y no fue la única. Gruesos lagrimones caían por el rostro de Stella, Abby se sonó ruidosamente la nariz y una de las camareras, la pelirroja Karen, se secó con disimulo los ojos. Incluso Wyatt, el jefe de sala, parecía

emocionado. Liliana abrazó a Rebecca y estuvo a punto de derrumbarse. Estaban cerrando una etapa muy importante de sus vidas y, aunque seguirían siendo amigas, ambas sabían que ya nada sería igual. Ya no trabajarían juntas, ni vivirían la una enfrente de la otra. Ya no cenarían juntas en la cocina de Oak Farm al cerrar un evento importante, ni se acurrucarían en el sofá de Liliana para ver una película o tomar una copa mientras hablaban de lo divino y lo humano, ni saldrían a bailar en su noche libre hasta desgastar los tacones. Ethan no las llevaría a navegar al lago en primavera, ni pasarían horas y horas en el despacho de Rebecca atendiendo los distintos detalles de su negocio. Lil estuvo a punto de llorar, pero la presencia de Grant le hizo contener las lágrimas. No pensaba mostrarle su faceta más vulnerable y menos aun cuando, apenas quince minutos antes, las había conminado para que se comportaran con profesionalidad. Así que soltó a su amiga y se giró hacia los empleados de Oak Farm. Con voz tranquila explicó la nueva situación, la llegada de Grant como socio y les pidió que continuaran trabajando con normalidad.

Después, cedió el turno a Grant, que pronunció unas breves palabras sobre su incorporación a la empresa. Resultó algo frío y Liliana percibió de inmediato cierta prevención en los empleados. Conocía bien a todos los que estaban reunidos en aquella sala, porque no solo trabajaban para ella. En Oak Farm había encontrado una segunda familia, conocía y quería a todas aquellas personas con las que a diario se dejaba la piel para sacar adelante la empresa.

—Perdonad, pero, con la marcha de Rebecca, ¿me ocuparé yo sola de la organización de los eventos? —preguntó Abigail cuando cesaron los aplausos de bienvenida que la plantilla dedicó a Grant.

Liliana se inclinó un poco para responder a Abby, pero Grant se le adelantó.

—Habría que hacer algunos cambios, por supuesto, aunque aún es un poco prematuro para hablar de ello. Tal vez deberíamos tener una reunión para

hablar de la situación de tu departamento. De momento, es mejor que sigáis trabajando como hasta ahora. Durante los próximos días me gustaría conoceros a todos y ver como trabajáis para entender cómo funciona la empresa. Podéis pasar por mi despacho cuando queráis para comentarme vuestras preocupaciones o si detectáis alguna posible mejora en vuestros departamentos. Estudiaré vuestras propuestas atentamente.

Durante la siguiente semana, Grant se convirtió en una especie de sombra que estaba en todas partes. Silencioso, se deslizaba por los comedores, las oficinas, la cocina... Observaba el trabajo de los jardineros y los camareros, revisaba los pedidos de los proveedores, asistió a cada evento de aquella semana y se quedó a diario hasta altas horas de la noche revisando cada papel, cada anotación, cada factura, cada contrato de Oak Farm. Liliana procuraba mantener una actitud serena, pero había algo en los ojos escrutadores de Grant, analizándolo todo, que la ponía nerviosa. Estuvo tentada a echarlo de la cocina un par de veces, pero se contuvo a tiempo. No podía desautorizarlo nada más llegar tan solo porque su presencia la enervaba. Sentía sus ojos vigilantes, atentos a cada detalle, incluso tuvo la desfachatez de probar algunos platos. Pidió permiso antes, por supuesto, con su acento educado de clase alta, pero Liliana no se sintió cómoda hasta que lo vio abandonar las cocinas y dirigirse a su despacho.

No era la única en estar intranquila. También el resto del personal parecía nervioso por la presencia callada y observadora de Grant y algunas de las chicas, especialmente las más jóvenes, se volvían en extremo torpes en su presencia y se les caían los vasos y los cubiertos para desesperación de Liliana, que ya preveía un escenario parecido al que vivió en el instituto, cuando todas las chicas suspiraban al paso de Grant Miller y hacían lo imposible por llamar su atención.

Una mañana vio a Wyatt acompañándolo por el comedor, poniéndolo al día del trabajo, las funciones y los horarios de los camareros; también le vio recorrer el jardín junto a Jesús y le sorprendió el contraste entre la alta y

esbelta figura de Grant, con su paso flexible y elegante, y el robusto y tosco corpachón del jardinero, y una tarde que subió a la oficina para entregarle unas facturas, se encontró a Grace, con la cadera apoyada en la mesa, demasiado cerca de Grant, que permanecía sentado en la silla que había sido de Rebecca. La chica, tal vez la única de la plantilla con la que Liliana nunca había llegado a congeniar, se inclinaba sobre él con coquetería, mientras se acariciaba uno de sus sedosos rizos rubios y le sonreía seductora, exactamente igual que había visto hacer a cientos de chicas desde que Grant Miller entró en la adolescencia. Estaba acostumbrada a su efecto en las mujeres, pero aun así sintió una incómoda sensación en la boca del estómago.

—¿Puedes dejarnos un momento, Grace? —pidió con más brusquedad de la que le habría gustado. La chica, que no se había dado cuenta de la presencia de Liliana, dio un pequeño saltito, algo ridículo, pero recuperó la compostura con rapidez y abandonó el despacho contoneándose ostensiblemente. Sin embargo, Grant no le prestó atención alguna, sino que centró su inexpresiva mirada en Liliana.

—Tú dirás... —dijo, invitándola a tomar asiento, pero Liliana permaneció en pie y se limitó a dejar las facturas sobre la mesa.

—Solo te traía esto —indicó. Quiso marcharse sin decir nada más, pero nunca fue de las que se callaban, así que no pudo evitarlo—. No deberías tontear en el trabajo. Este es un sitio pequeño y puede complicar mucho las cosas.

Le pareció que las comisuras de Grant temblaban un poco, como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—¿Celosa?

—¿De ti? —inquirió con un bufido—. A mí me da igual lo que hagas mientras no afecte al negocio, y esa —dijo, señalando con la cabeza a la puerta por la que había salido Grace—, es una lianta de cuidado, así que yo que tú me andaría con ojo, porque no podemos permitirnos una demanda por acoso o algo parecido.

Grant se levantó con lentitud y se acercó a ella hasta quedar a su altura, obligando a Liliana a alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No he acosado en mi vida a una mujer y, por supuesto, no he alentado a Grace. De hecho, he dejado claro que no estoy disponible para ella, aunque parece que le cuesta entenderlo. Seré más firme la próxima vez para que no le queden dudas de ningún tipo.

Hacía años que no estaban tan cerca y Liliana se sintió un poco mareada al percibir su cercanía. Olía demasiado bien y resultaba imponente con el traje oscuro, la camisa blanca y la corbata azul, anudada con un sofisticado y perfectamente simétrico nudo Plattsburgh. No era ella una experta en moda masculina, pero aún recordaba aquella tarde en el apartamento de Charlotte, donde vivió cuando estudiaba en la Escuela de Cocina. Una de aquellas tardes en las que él se arreglaba para asistir a un compromiso social, una fiesta que había organizado su madrastra, y ella, desde la cama, lo miraba anonadada. El muy presumido le mostró diez nudos de corbata, todos realizados con una pasmosa perfección técnica que la dejó estupefacta. Adoraba a aquel Grant despreocupado y alegre y su irresistible sonrisa, llena de picardía. «¿Cuál te gusta más?», preguntaba provocador, mientras ella sopesaba seriamente arrancarle la corbata y la camisa y devolverlo a la cama. Rechazó los recuerdos con un nervioso movimiento de cabeza y dio unos pasos hacia atrás para alejarse de él. No permitiría que los recuerdos felices de su pasado con Grant se colaran en su actual relación laboral. Por el bien de Oak Farm, debía mantener las distancias con él, así que masculló una despedida y se dirigió a la puerta, pero se abrió antes de que ella tocara el pomo y Rebecca asomó la cabeza.

—¡Qué bien, estáis aquí los dos! ¿Cómo va todo? ¿Te tratan bien por aquí? —preguntó a su hermano, mientras le guiñaba un ojo. En realidad, era la tercera vez aquella semana que Rebecca aparecía de improviso en Oak Farm, y los nuevos socios intercambiaron una mirada de entendimiento. A Rebecca le estaba costando soltar amarras, pero debía de asumir de una vez que se

había ido.

—Cariño ¿qué haces aquí? —preguntó Liliana con su voz más suave, reprimiendo el sarcástico «otra vez» que pugnaba por salir de su boca.

—Solo quería saludar a la gente y ver qué tal os iba, comprobar que no os habéis tirado los trastos a la cabeza, esas cosas... —explicó con una amplia sonrisa—. Tal vez pueda echaros una mano con la transición... Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que queráis.

—Rebecca... —El tono serio de Grant puso en guardia a su hermana, que sacudió la cabeza, algo nerviosa. Miró a uno y a otro antes de hacer un mohín.

—¿Estoy siendo pesada?

—¡No, claro que no! —exclamó con rapidez Liliana, mientras Grant alzaba los ojos hacia el techo. La joven lanzó a su socio una mirada de reconvención y se acercó a su amiga—. Entendemos que te inquiete, pero estamos bien. Grant se está haciendo a todo esto y seguro que acabaremos entendiéndonos, de verdad, así que deja de preocuparte y céntrate en la mudanza.

—No eres muy sutil, ¿sabes? Vale, dejaré de venir por aquí. Ethan me ha dicho lo mismo esta mañana cuando le he comentado que me pasaría a veros, aunque... —remarcó triunfante—, en realidad, vengo a entregaros una invitación. Los padres de Ethan quieren hacernos una pequeña fiesta de despedida en su casa y cuentan con vosotros. Será el jueves.

La casa de los Bradley se encontraba en uno de los barrios de clase media de la ciudad. Era una de esas casas unifamiliares de dos plantas, con la fachada blanca, porche, tejado a dos aguas, garaje y jardín que se extendían por hileras en algunos distritos de la ciudad. El de los Bradley era fácilmente reconocible por el buzón rojo de aire antiguo, el único en toda una calle de prácticos y modernos buzones negros.

Habían retirado la mayoría de los muebles de la planta baja para hacer sitio

a los invitados, porque la pequeña fiesta que en un principio había previsto Yvonne Bradley se le había ido de las manos. Liliana atravesó con cierta dificultad el pasillo, saludando caras conocidas, mientras buscaba a los homenajeados. Los encontró en el salón, rodeados de gente. Ethan, que había prescindido de la corbata, charlaba con Bella Carrington, antigua profesora de *ballet* de Rebecca y directora de la academia en la que su amiga había dado clase durante los últimos años. La mujer lucía un estrambótico mono verde, de telas amplias y fluidas, que hacía destacar su pelo del color del fuego. Su aspecto contrastaba con la sencilla sobriedad de Rebecca, ataviada con un simple vestido negro de corte evasé, que dejaba a la vista sus larguísimas, delgadas y musculosas piernas de bailarina.

—Tu suegra se ha vuelto loca. ¡Ha invitado a media ciudad! —susurró Liliana, mientras Rebecca la llevaba a un aparte entre risas.

—Lo sé. Dijo que quería hacer una pequeña reunión con unos pocos amigos y apenas cabemos en la casa. Deberías ver la que lio en un cumpleaños de su marido hace años —explicó con mirada soñadora. Durante unos segundos Rebecca pareció sumergirse en un recuerdo agradable, seguramente relacionado con Ethan, pero volvió a la realidad con rapidez—. Estás increíble, ¿sabes? —aseguró mientras estudiaba con admiración el vestido de encaje color vino. Liliana no solía gastar en caprichos, pero se enamoró de aquel vestido en cuanto lo vio en el escaparate. El encaje, sobre un forro del mismo color, se adaptaba a sus curvas, pero resultaba muy elegante, con las mangas largas, el escote ondulado y la falda que terminaba justo encima de la rodilla—. Siento que tu madre no haya podido venir. ¿Has visto a mi hermano? No lo encuentro por ninguna parte.

—No. Lo dejé en Oak Farm revisando las cuentas del año pasado. ¿Cuándo se volvió tan meticuloso?

—Ni idea. En Londres, supongo —conjeturó Rebecca, antes de arrastrarla escaleras arriba.

—Oye, ¿a dónde vamos?

—Necesito un respiro y Ethan me ha sugerido que debería escapar un rato, antes de que su madre abra la ronda de discursos.

—¿Discursos? Oye, sabe que no os mudáis al otro extremo del país, ¿verdad? Solo estaréis a cinco horas de la ciudad.

Rebecca rio y empujó la puerta del antiguo dormitorio de Ethan. Se quitó los tacones y se tumbó sobre la cama.

—Pobre Yvonne, lo lleva fatal. Ethan es su único hijo y siempre han estado unidos, pero desde el accidente aun lo estuvieron más. Sabe que todo esto es bueno para Ethan y para mí, pero nos va a echar mucho de menos. Y nosotros a ella. La verdad es que los padres de Ethan son estupendos y siempre nos han apoyado mucho, incluso aquella época en la que yo lo fastidié todo.

—¿Te vas a poner melancólica? Porque entonces creo que voy a necesitar una copa.

Rebecca se puso en pie de un salto.

—Espera un momento. ¡No te muevas! —gritó mientras salía del cuarto.

Liliana aprovechó para curiosear la habitación. Había algunos trofeos deportivos, diseños de barcos, una foto del que supuso que era el abuelo de Ethan y otra de una Rebecca más joven, cuando vestía siempre de negro, llevaba un *piercing* en la nariz y se maquillaba los ojos con gruesos trazos oscuros.

—Mira a quién me he encontrado —anunció Rebecca con voz cantarina. Llevaba una botella y un cuenco con hielo y, tras ella, entró Grant con unos vasos en la mano. La seguía con gesto serio, aunque pareció quedarse ensimismado mirando a Liliana y su vestido de encaje hasta que Rebecca lo golpeó en el hombro y rompió su extraño silencio.

—Estás guapa —comentó con la voz algo más ronca de lo habitual y luego carraspeó para recuperar su tono normal. Liliana, que sintió un conocido escalofrío recorriendo su espalda, se removió inquieta.

—Siempre está guapa. No sé cómo no te has dado cuenta antes —indicó su

hermana con un resoplido, mientras se dejaba caer de nuevo sobre la cama.

—Tienes razón. No sé cómo no me he dado cuenta antes —respondió Grant con una sonrisa torcida que solo pudo ver Liliana. Si Rebecca apreció el tono irónico de su hermano, lo ignoró deliberadamente.

—Bien, brindemos —dijo agitando una botella de ginebra de ruibarbo que provocó de inmediato un gesto asqueado en su hermano.

—No pienso beber eso... A mí dame una bebida de verdad.

Rebecca no le hizo caso; sirvió tres copas de líquido rosado y se las entregó.

—He estado pensando en vosotros dos y no me quedo del todo tranquila. Estoy segura de que podéis llegar a entenderos bien, incluso podríais ser amigos si os los proponéis, pero me da miedo que, en cuanto salga de la ciudad, empecéis a tiraros los platos a la cabeza. —Lil intentó protestar, pero Rebecca siguió hablando—. No, escuchadme. Estáis muy solos los dos, así que tenéis que prometerme que intentaréis llevaros bien. A ti —señaló a Grant—, Londres te ha sentado fatal. No sé por qué te fuiste, pero has vuelto muy cambiado. Es como si te hubieran absorbido toda la energía, y tú —se volvió hacia Liliana—, solo te dedicas a trabajar. Por eso tenéis que prometerme que cuidaréis el uno del otro, que intentaréis ser amigos y que no os enredaréis en vuestros estúpidos juegos de rivalidad. ¿De acuerdo?

Ambos sabían que era mejor darle la razón, así que prometieron a regañadientes llevarse bien, aunque Grant recordó a su hermana que ya no tenía ocho años. Rebecca se rio un poco y los tres brindaron antes de reunirse con los demás en la fiesta. Bajaron a tiempo para escuchar el emotivo discurso de Yvonne y la cómica despedida de Tommy Markey, el mejor amigo de Ethan, que había venido desde Atlanta solo para asistir a la fiesta.

Liliana se escabulló a un rincón, tratando de ocultarse entre la multitud, por si acaso a la señora Bradley se le ocurría pedirle que hablara en público. Grant, con un vaso de *bourbon* en la mano, le hizo una mueca burlona desde el otro extremo de la sala y Liliana pensó que quizás Rebecca tenía razón y

deberían dejar atrás el pasado. Sería más fácil trabajar con Grant si se llevaban bien, aunque tendría que marcar con cuidado las líneas rojas para evitar traspasar los límites y volver a caer en la estúpida atracción que siempre ejerció sobre ella el hermano de su mejor amiga.

Tres días después, el camión de mudanzas paró junto al edificio CreekrIDGE y unos fornidos hombres vaciaron el piso de Ethan y Rebecca en unas pocas horas. Cuando la última caja estuvo cargada, Liliana contempló desolada cómo el operario cerraba el camión. Esperó junto a Grant, mientras la pareja se despedía de los padres de Ethan (Yvonne lloraba ruidosamente y Steve Bradley tenía la nariz roja y los ojos húmedos). Después, Ethan estrechó la mano de Grant y a ella la aplastó entre sus musculosos brazos en un apretado abrazo, tal vez el gesto más afectuoso que había tenido con Liliana en todos aquellos años.

—Te prometo que cuidaré de ella y que siempre serás bienvenida en nuestra casa cuando quieras visitarnos —afirmó en voz baja y Liliana sintió un profundo agradecimiento porque Rebecca contara en su vida con un hombre tan bueno y leal como Ethan Bradley. Lo vio alejarse arrastrando su cojera e inclinarse para meter a Huck en el coche. Luego se giró hacia Rebecca, que había terminado de despedirse de Grant, y las dos amigas se cogieron de las manos. La noche anterior habían dormido juntas en el apartamento de Liliana, en su particular fiesta de despedida. Lil cocinó los platos favoritos de Rebecca, compartieron una botella de vino de saúco y escucharon canciones emblemáticas de su adolescencia. Se rieron recordando viejas anécdotas, lloraron mientras se juraban amistad eterna como si volvieran a tener seis años e incluso llamaron a Alison a Nueva York a una hora poco adecuada para compartir con ella el emotivo momento. Ali no pareció molesta porque la despertaran, prometió visitar a Rebecca en su nueva casa y les habló un poco sobre su embarazo hasta que su marido le arrancó el móvil de la mano, mientras mascullaba que sus amigas tenían que crecer de una vez y dejar dormir a los adultos.

—Tenemos que irnos —tartamudeó Rebecca con los ojos húmedos. Las dos amigas se abrazaron por última vez—. Vendremos en Navidad y tú tienes que visitarnos pronto, ¿vale? Eso va por ti también —dijo, girándose hacia Grant—. Ah, se me olvidaba. Tienes que salir de ese hotel en el que has estado viviendo, así que esta mañana he llamado al casero y está dispuesto a alquilarte nuestro piso.

Liliana miró boquiabierta a su amiga y borró de un plumazo la pena por su marcha, pero no tuvo la oportunidad de discutir con ella, porque Rebecca le entregó un juego de llaves a Grant, se volvió hacia ella para darle un beso rápido en la mejilla y entró en su coche, aparcado detrás del de Ethan.

—No vas a instalarte en el piso de enfrente, ¿verdad? —inquirió con la vista fija en los dos coches, que desaparecieron calle abajo.

Grant guardó un elocuente silencio.

—Bueno, en algún sitio tengo que vivir. Mi hermana tiene razón: no puedo quedarme para siempre en el hotel y este barrio me gusta —respondió al fin—. ¿Acaso te asusta que esté demasiado cerca?

Su voz sonó profunda y tentadora y, aunque no se permitió desviar los ojos de la carretera, sintió su mirada tratando de escudriñar su rostro.

Sí, estaba asustada. A pesar de que unos días antes estaba dispuesta a firmar una tregua con Grant, ya no sabía qué hacer. Siempre que le permitía entrar en su vida, acababa un poco más rota y después tenía que recoger los pedazos para recomponerse entera. No creía ser capaz de enfrentarse una vez más a Grant Miller.

Tal vez era más cobarde que antes. O, simplemente, por fin había aprendido la lección que la vida intentaba darle.

## Capítulo 9

La biblioteca municipal no era el lugar favorito de los adolescentes de Oak Hill. Los estudiantes preferían utilizar la del instituto, recientemente remodelada y con un archivo actualizado, así que apenas frecuentaban el sombrío edificio de la calle Aldridge, con sus estrechas ventanas que apenas permitían el paso de la luz natural, sillas incómodas y mesas llenas de pintadas y arañazos. El ayuntamiento llevaba una década prometiendo trasladar las dependencias a un edificio de mayor presencia, más amplio y mejor situado, pero siempre encontraba algún motivo para retrasar el proyecto.

Sin embargo, para los planes de Grant Miller, resultaba perfecto el escaso interés que despertaba la biblioteca municipal entre sus compañeros, porque Liliana tenía la costumbre de estudiar allí todas las tardes, después de las clases. Lo descubrió al poco de comenzar el curso, una aburrida tarde que se saltó el entrenamiento de béisbol y la vio en el aparcamiento, quitando la cadena a su bicicleta de segunda mano.

Había pasado con Lil algunos buenos ratos durante el Festival de la Manzana, incluso fueron juntos al desfile del Día del Trabajo, pero con el comienzo del curso, cada uno regresó a su lugar: él con los chicos populares de décimo curso y ella con los ignorados del parque de caravanas. Se había cruzado con ella un par de veces; siempre iba acompañada por alguno de los hermanos Muñoz o por aquella chica con gafas, cuyo nombre era incapaz de

recordar (tal vez nunca lo supo), pero ni siquiera se habían saludado. Sin embargo, había echado de menos a la adolescente descarada que le hacía reír con su sarcástico sentido del humor y que se comportaba como si él fuera un chico más y no un dios caído por error en la Tierra. Resultaba agradable tener una conversación de verdad con una chica, que esta no se limitara a asentir embelesada a todo lo que él decía, que fuera capaz de discutir con él e incluso decirle «no» sin titubeos.

Por ese motivo, cuando vio a Liliana en el aparcamiento, se acercó a saludarla y ella no se molestó en ocultar su enfado con él por haber fingido que no se conocían. Grant tuvo que disculparse un par de veces e incluso tuvo la desfachatez de sugerir que lo había hecho para que no llegara a oídos de su madre, con el único objetivo de proteger el empleo de Elena Peña. Una descomunal mentira, por supuesto, pero resultó de lo más efectiva, porque una avergonzada Liliana se excusó por haber pensado mal de él. Grant, acostumbrado a salirse con la suya y persuadir a los demás, no sintió un ápice de culpabilidad.

Acompañó a Liliana a la biblioteca y no hizo más que observarla mientras estudiaba y, de vez en cuando, la molestaba con algunos comentarios burlones, con los que consiguió arrancarle más de una sonrisa. Desde entonces, las tardes que no tenía entrenamiento (o las que decidía pasar de él con cualquier absurda excusa que el entrenador jamás ponía en duda) se acostumbró a buscar la compañía de Liliana. Pasar tiempo en la biblioteca benefició a las notas de Grant, porque llevaba al día los deberes e incluso comenzó la lista de lecturas de la profesora Ahlberg.

A veces, cuando Grant ya no soportaba más el encierro, se escabullían a Stone Bridge para andar descalzos entre las rocas como si fueran dos pilluelos o se perdían entre la espesa vegetación que rodeaba Oak Farm, lugar por el que Lil parecía sentir cierta fijación, para comer empanadas que ella misma hacía y que él devoraba con su insaciable apetito adolescente.

Había conseguido sofocar la atracción inicial que sintió por Liliana y,

aunque a veces se le iban los ojos hacia sus tentadoras curvas (a fin de cuentas, era un adolescente de quince años y ella, una chica muy guapa), se había convencido de que solo quería la amistad de Lil, porque, para lo otro, ya había suficientes chicas dispuestas a darle lo que quería. Podía enrollarse con Winnie Goodall o con Tiffany Hazel los fines de semana, durante las salvajes fiestas que celebraba en su casa, mientras Liliana dedicaba los sábados por la noche a trabajar de canguro. De esa forma, Grant podía fingir que nada había cambiado y pasar el tiempo con sus amigos, como siempre había hecho. No podía permitirse que aquella extraña amistad saliera a la luz. Era Grant Miller y nadie entendería que perdiera el tiempo una chica de octavo. Aquello proporcionaría más munición a Connor MacMillan, que desde el verano parecía disputarle de forma soterrada el liderazgo en el grupo de los populares. No parecía que hiciera nada, pero Grant notaba que intentaba desplazarlo con pequeñas y absurdas artimañas que pasaban desapercibidas para el resto, pero que él veía con claridad. Su amistad con Liliana, la chica de octavo, pobre y latina, que vivía en el parque de caravanas y pasaba los fines de semana trabajando de canguro, sería el fin de su ascendente social en el instituto y no estaba dispuesto a renunciar a su trono. No, era mejor que su amistad con Lil quedara en las sombras, confinada a las tardes de biblioteca y las excursiones a Oak Farm.

—¿Por qué no estudias en casa? —le preguntó en cierta ocasión, cuando llevaba media hora haciendo aburridos garabatos en su cuaderno de matemáticas mientras la observaba de reojo escribir una larga redacción.

—Porque no —respondió Liliana con sequedad.

—Podríamos ir a mi casa —propuso, mientras se bajaba la visera de la gorra para que no le reconociera Alison Parker, la única estudiante, aparte de Liliana, que a veces se dejaba caer por la biblioteca, aunque se sentaba en una de las mesas del fondo y nunca parecía reparar en ellos.

—Sí, claro... A nuestras madres les encantaría verme por allí. Oye, no te he pedido que me acompañes. ¿No tienes entrenamiento o algo así? Porque yo

tengo que estudiar, ¿sabes?

—Nunca pensé que fueras del tipo empollón —reconoció. La verdad es que aquella chica lograba sorprenderle. Estudiaba con ahínco, sacaba buenas notas, trabajaba los fines de semana sin quejarse y ocultaba en su mochila una o dos novelas. Nunca pensó que Liliana fuera del tipo intelectual. No casaba con su recuerdo de niña salvaje.

—No soy una empollona —protestó—, pero las buenas notas dan becas con las que comprar libros de texto, material escolar y hasta pagar las excursiones. No tengo muchas posibilidades de ir a la universidad, pero un buen expediente ayudaría en caso de que quisiera hacerlo.

Grant la miró sorprendido. Nunca había pensado en la universidad como un sueño inalcanzable y, por un momento, se sintió incómodo consigo mismo. No le gustaba el espejo del mundo que Liliana ponía frente a él. De niños, se había metido con frecuencia con ella por vivir en una caravana, aún lo hacía de vez en cuando, tan solo por molestarla y ver brillar sus ojos de furia, pero, en realidad, cada vez admiraba más su forma de enfrentarse a la vida, sin dramatismo, con fuerza y valentía. Era una luchadora, más madura, más inteligente y más resuelta que la mayoría de las chicas de décimo. Qué demonios, jamás lo reconocería en voz alta y menos ante ella, porque le haría parecer vulnerable, pero aquella chica valía más que toda la gente que lo rodeaba, más que él mismo.

La dejó estudiar un rato, mientras observaba de reojo la curva desnuda de su cuello. Como de costumbre, llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza lateral, y hacía tiempo que se había fijado en el pequeño lunar que se ocultaba tras su oreja derecha. A menudo lo miraba, escudriñándolo con disimulo, sin entender demasiado bien por qué le interesaba tanto aquel diminuto lunar cuya existencia ella seguramente desconocía y que él atesoraba como un preciado secreto. Cuando las ganas de inclinarse y acariciar ese punto exacto fueron demasiado intensas, se levantó de golpe y masculló una despedida. Se alejó de ella con largas zancadas, mientras se recordaba a sí mismo que

Liliana Peña no le atraía en absoluto.

Liliana no le atraía. Se lo repitió al día siguiente mientras se enrollaba con Ava Compton bajo las gradas durante la tercera hora, a pesar de que Tyler se había besado con ella unas cuantas veces el año anterior. No parecía que a Ty le importara; también él tenía su particular club de fans. Ambos parecían atraer a las chicas con demasiada facilidad y, tal vez, se dijo, aquella era la razón por la que le gustaba pasar tiempo con Liliana, porque ella no lo miraba como el resto. De hecho, estaba bastante seguro de que Lil ni siquiera reparaba en su atractivo. En realidad, y a pesar de que los Muñoz la acompañaban a todas partes como dos perros guardianes, como si de algún modo ella les perteneciera, no parecía haberse fijado en ningún chico. Era cuestión de tiempo, claro. En cualquier momento a Liliana empezaría a gustarle alguien, compartiría su primer beso con algún idiota que no supiera apreciar el regalo y él fingiría que no le importaba.

En el instituto seguían sin hablarse, como si no se conocieran, pero un día él rompió su propia regla al verla llegar tarde a clase y sin sus habituales acompañantes. En el pasillo ya solo quedaban algunos alumnos que se apresuraban para llegar a tiempo a sus respectivas aulas. Aprovechó que nadie miraba para tomarla del brazo y tirar de ella hasta uno de los laboratorios de Química. Lil trató de soltarse, mientras lo increpaba en voz baja, pero al final se rindió y se dejó llevar.

—¿Qué haces? Tengo clase de Inglés y llego tarde.

—Tengo un plan mejor —aseguró, asomándose al cristal de la puerta para cerciorarse de que el pasillo estaba vacío.

—Yo me voy a clase. Déjame pasar —dijo, empujándolo. Grant la dejó salir con una sonrisa burlona. Todos se encontraban ya en sus aulas, así que se apoyó en las taquillas y se distrajo observando el perturbador movimiento de sus caderas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó ella, dándose la vuelta, y Grant dejó de admirarla y se rio entre dientes. Sabía que no iba a resistirse a una buena aventura. Nunca lo había hecho de niña y se alegraba ver que todavía conservaba esa parte de sí misma.

—Desde luego un plan bastante mejor que la clase del profesor Kennedy —aseguró con su voz más persuasiva. Lil se mordió el labio, pensativa, y Grant desechó un par de pensamientos sucios como si fueran molestos mosquitos.

—No hagas que me arrepienta. Espero el mejor plan de la historia —contestó al fin, avanzando hacia él. Grant tuvo que acallar una carcajada estentórea que amenazaba con escapar de su garganta, agarró con firmeza su mano, sintiéndose mejor al notar la tibieza de su piel, y la arrastró fuera del instituto. En realidad, no tenía ningún plan, pero era bueno improvisando. No debían quedarse en Oak Hill, así que cogieron el autobús a Haywood y, veinte minutos después, paseaban por el centro del pueblo vecino, donde nadie los reconocería. La invitó a desayunar tortitas en una pequeña cafetería y ella parecía contenta, más relajada que en otras ocasiones. Nunca había llevado a una chica a comer tortitas y le gustó la camaradería que compartieron mientras daban cuenta del desayuno y hablaban de las últimas películas que habían visto. Lil no iba mucho al cine, pero los Muñoz solían alquilar películas los jueves y la invitaban a verlas. Grant sintió una punzada de celos al oír hablar de sus perros guardianes y ahogó esa sensación con un buen trago de su chocolate.

En Haywood había abierto recientemente una pista para patinaje sobre ruedas, que, por supuesto, a aquellas horas estaba vacía. Liliana se negó a entrar, alegando que jamás había patinado, pero Grant consideró aquella razón poco consistente e insistió hasta que ambos se encontraron en un lateral de la pista, montados sobre unos patines de alquiler, y con Liliana agarrada a su brazo con expresión de susto. Le gustaba la sensación de tenerla pegada a su cuerpo mientras trataba de sostenerse sobre los patines. Tal era la fuerza

con la que ella se agarraba que seguramente le dejaría marcas en la piel, pero pensó que cada cardenal merecería la pena.

Se movieron despacio sobre la pista y él le enseñó los rudimentos básicos para manejarse con los patines. Terminaron en el suelo cuatro o cinco veces hasta que Liliana fue capaz de sostenerse con cierto equilibrio y empezó a rodar aferrada a él. Una hora después, ella consiguió dar una vuelta a la pista con postura forzada, pero sin apoyo alguno, y Grant aplaudió sus nuevas habilidades. Lil lo miraba feliz, con los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y la respiración algo jadeante. Grant nunca había visto nada tan bonito como Liliana Peña en aquel momento y casi sin pensar rodó hasta ella. Al llegar a su altura, Lil se agarró a su jersey, porque aún no tenía controlado del todo el asunto del equilibrio. Deberían marcharse, pero permaneció allí un buen rato, inclinado sobre ella, mirándola fijamente a los ojos, esos ojos oscuros y profundos que parecían leerle por dentro. La sonrisa de Lil había desaparecido y durante una fugaz milésima de segundo le pareció que la chica había mirado su boca con algo parecido al deseo. Tal vez no. Tal vez eran sus propias ganas de besarla, de olvidar todo lo que los separaba, esos dos años que en aquel momento parecían un mundo porque se encontraban en etapas distintas, su posición en el instituto, las sutiles intrigas de Connor para destronarlo... Todas parecían ridículas excusas para no reconocer que le gustaba esa chica dura y valiente que encaraba la vida de frente.

Le acarició con suavidad la mejilla y la vio tragar saliva. Estaba nerviosa y, tal vez, confusa, como si estuviera descubriendo algo en aquel mismo instante. Su descubrimiento debió ser realmente perturbador (y Grant rogaba que él estuviera en el centro de ese descubrimiento), porque perdió el equilibrio y sus pies empezaron a deslizarse en todas direcciones. La agarró con fuerza para que no cayera y regresaron a las gradas. Acababa de decidir que iba a ser el primer beso de Liliana Peña. Un solo beso y seguiría adelante, porque no podía tener nada más con ella. Ni siquiera debería tener ese primer beso, pero ya no resistía más, así que lo tomaría y después todo volvería a su

lugar.

Devolvieron los patines y se dirigieron hacia la salida.

—Deberíamos volver a Oak Hill —sugirió Liliana con la voz algo temblorosa, pero Grant negó con la cabeza, la cogió de la mano (había descubierto que le gustaba la sensación de sus manos unidas) y caminaron hacia las afueras del pueblo, en dirección al lago Murray. Había decidido quedarse con el primer beso de Liliana y no pensaba esperar. Si esperaba, algún idiota de su clase se adelantaría o tal vez alguno de los Muñoz decidiría dejar de hacer de guardaespaldas y adoptar el papel de novio. La palabra «novio» provocó un estremecimiento de rechazo en él: no sabía si por el compromiso que implicaba o por el hecho de pensar que Lil pudiera salir con alguien, pero no parecía el momento para dejar que su mente se adentrara en esos derroteros.

Habían llegado al embarcadero. Era más pequeño que el de Oak Hill, pero parecía un buen sitio. El lugar adecuado para que una chica tuviera un buen primer beso. Un sitio especial. La luz se filtraba a través de los árboles, cuyas hojas tenían ya todos los colores del otoño, esa explosión de naranjas, rojos y amarillos que eran característicos del condado. No habían pronunciado palabra desde que salieron de la pista de patinaje y Lil parecía algo asustada. Quizás estaba apretando mucho su mano o la miraba con demasiada intensidad, pero todo aquello también resultaba nuevo para él y no sabía hacerlo mejor.

—Voy a besarte —anunció con voz ronca—. Si quieres... —añadió casi en un susurro, rogando porque ella no lo rechazara, porque acababa de darse cuenta de que la decisión no podía tomarla él, sino que ella tenía la última palabra.

Tuvo suerte. La chica asintió lentamente, casi como si no se creyera lo que estaba a punto de pasar, y él agradeció en el fondo de su alma que ella lo hubiera aceptado.

Se inclinó con suavidad sobre su rostro y se detuvo a escasos milímetros de

sus labios. Fue consciente de la solemnidad del momento, mucho más que en su propio primer beso, del que en realidad no recordaba demasiado, solo que hubo mucha saliva y que no se atrevió a cerrar los ojos.

Acarició su mejilla, más para darse un momento a sí mismo que para tranquilizar a Liliana, y después posó sus labios sobre los de ella. Cerró los ojos al sentir su tacto suave y procuró no dejarse llevar para no asustarla. Quería darle un primer beso perfecto, así que acarició sus labios con delicadeza y se cuidó de dejar las manos quietas. En realidad, descubrió algo sorprendido, no necesitaba nada más. Resultaba bastante bueno estar allí, escuchando el murmullo de las hojas y el agua, sintiendo los labios cálidos e inexpertos de Liliana, mientras sostenía con ternura su rostro. Cuando se separaron, ella esbozaba una sonrisa dulce, algo tímida, el tipo de sonrisa que nunca había visto en ella. Le gustó mucho. Mucho más de lo que debería. Y, sin poder evitarlo, la besó de nuevo, con besos suaves y leves, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para besarla.

No lo tendría, sin embargo. Hicieron la vuelta a Oak Hill en una especie de ensueño, casi como si flotaran. La besó otra vez al bajar del autobús y pensó que tal vez podrían seguir besándose unos días más. Tendría cuidado de que nadie les viera y evitaría deslumbrarla demasiado. No quería a una treceañera enamorada pegada a los talones, pero aún no estaba listo para renunciar a ella.

Trató de explicarle lo que pretendía, aunque disfrazó un poco sus intenciones. Ella lo escuchó con atención, con la mirada seria.

—¿Entonces quieres que nos veamos en secreto? ¿Para que nuestras madres no se enteren? —preguntó ella, algo confusa. Grant no se sintió culpable por su mentira y asintió con expresión inocente, como si le estuviera haciendo un favor.

—Creí que no querías arriesgar el trabajo de tu madre, pero si no te importa...

Liliana accedió con rapidez. No quería que por su culpa despidieran a su

madre.

Funcionó durante algunas semanas. Él siguió acompañándola a la biblioteca las tardes que no tenía entrenamiento e intentaba besarla, sin hacer caso de los manotazos de Liliana para que la dejara estudiar. Aun así Grant procuró portarse bien, dejar las manos quietas, ir despacio para no asustarla, permitiéndole marcar su propio ritmo. Jamás había sido tan considerado con nadie y resultaba una experiencia nueva aquello de anteponer las necesidades de otro ser humano.

Los fines de semana, Liliana trabajaba de canguro, así que Grant no interrumpió su rutina de fiestas, aunque evitó enredarse con ninguna chica. No había hablado de exclusividad con Liliana, pero no le apetecía estar con nadie más. Logró eludir los maliciosos comentarios de Connor sobre su extraño período de abstinencia y creyó que podría tenerlo todo, mantener su liderazgo y salir con Liliana en secreto, sin que nadie descubriera su debilidad por la chica inadecuada.

Les pillaron de la forma más tonta, una fría tarde de principios de diciembre, cuando al salir de la biblioteca, Liliana declaró que estaba helada y necesitaba una bebida caliente. Ni siquiera pensó en la posibilidad de que les descubrieran cuando la arrastró a Joe's para tomar un chocolate. No era el sitio más elegante de la ciudad, pero sí de los más conocidos. Se sentaron en una mesa algo apartada y bebieron el chocolate mientras planeaban una futura escapada a Haywood para volver a patinar. Con ternura, la acarició detrás de la oreja, justo sobre aquel lunar de cuya presencia no se había atrevido a hablar, para seguir guardándolo como un lugar propio, y no pudo resistirse a besarla.

—Nos pueden ver —le recordó Liliana antes del segundo beso con una sonrisa traviesa y él pensó que no le importaba.

Sin embargo, al día siguiente, al llegar al entrenamiento, se encontró con las miradas socarronas de Connor y Chase y algunos comentarios burlones que lo pusieron en guardia.

—¿Hay algo que me quieras decir? —se enfrentó a Connor cuando regresaron al vestuario tras el entrenamiento, después de haber soportado dos horas de risas y susurros.

—No pasa nada, Grant. Solo nos preguntábamos dónde te metes últimamente. Ya apenas pasas tiempo con nosotros y en las fiestas pareces... distraído. Nos preguntábamos si tal vez necesitas cambiar de ambiente, tal vez darte una vuelta por otros barrios menos... limpios...

Grant aguantó bien la mirada desafiante de Connor. Podía fingir que no sabía de qué hablaban, pero aquello acabaría volviéndose contra él.

—Bueno —dijo al fin, adoptando su tono más despreocupado—, ya sabes que me aburro con facilidad y a veces necesito buscar nuevas opciones.

Chase lanzó una risotada.

—Tío, ya te vimos ayer en Joe's buscando nuevas opciones con esa chica del parque de caravanas. Demasiado cría para ser un buen fichaje, ¿no? —Grant apretó los puños, pero el idiota de Reilly no pareció darse cuenta—. Tal vez cuando le hayas enseñado un par de cosas, sea algo más interesante.

Estuvo a punto de estrellar su puño contra la gigantesca boca de Chase, pero recobró la sensatez a tiempo y se limitó a esbozar una sonrisa torcida.

—Yo no enseño a niñas, Reilly. La chica es la hija de una empleada de mi madre y fui amable con ella, porque está colada por mí. Ya sabes...

Los chicos hicieron varias bromas al respecto y Connor pareció aceptar la derrota. Solo Tyler lo miró serio, como si no hubiera creído una sola palabra, pero no estaba dispuesto confesarle a nadie, ni siquiera a su mejor amigo, el cuelgue que tenía por Liliana.

No supo por qué se comportó así al salir del vestuario, cuando se encontraron con las animadoras que salían de su propio entrenamiento. Tal vez porque tenía quince años y era idiota y quiso demostrar que era el mismo de siempre. Fue la única razón que tuvo para dejarse besar por Ava Compton. Ni siquiera le gustó, pero lo peor vino después, cuando se separó de ella y descubrió unos ojos oscuros que lo miraban atónitos desde el otro lado de la

calle.

Apenas tuvo tiempo de atisbar su dolor. Lil se dio la vuelta, montó en su bicicleta y desapareció calle abajo.

## Capítulo 10

—Habrá que despedir al quince por ciento de la plantilla.

Liliana miró estupefacta a Grant. Apenas había coincidido con él los últimos días, ni siquiera sabía si ya estaba instalado en el apartamento de Ethan y Rebecca, pero de repente había recibido un seco mensaje en el que la convocaba a una reunión en su despacho. Se había quedado un tanto cohibida al entrar en la sala. El imponente aspecto de Grant, con su traje hecho a medida y la corbata perfectamente anudada, contrastaba más que nunca con su sobria vestimenta de chef: chaquetilla blanca, pantalones negros, zapatos cómodos, el pelo recogido en un tirante moño y, por supuesto, la cara limpia, sin rastro de maquillaje. Por suerte, recordó a tiempo que ya no trataba de gustar a Grant Miller y recuperó la confianza en sí misma.

—¿Cómo dices? ¿Despedir? —preguntó aturdida, como si no hubiera escuchado bien.

—He examinado cuidadosamente la situación de la empresa y he observado cómo trabajan todos los departamentos. Sobran camareros, puedes prescindir de un par de personas en cocina y desde luego no necesitamos tres jardineros. En cambio, falta personal en las oficinas, que es donde se captan clientes...

—Un momento —lo interrumpió Liliana, mientras notaba que una bola de furia empezaba a ascender desde la boca de su estómago—. ¿Pretendes echar a mi gente?

Grant enarcó las cejas con un vago gesto de sorpresa. ¿De verdad no esperaba que ella se opusiera a aquella horrible medida?

—No es nada personal, Liliana. Los números no cuadran y el exceso de plantilla es una de las razones, aunque no es la única medida que tendremos que tomar.

Más enfadada de lo que nunca había estado, se puso en pie de golpe, apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó amenazadora sobre su socio. Se había movido con tal brusquedad que un mechón de cabello se soltó de las apretadas horquillas y le acarició la barbilla. La mirada de Grant se detuvo un momento en ese mechón y, por un momento, pareció que iba a alargar la mano y retirárselo de la cara, pero ella se irguió con rapidez.

—Escúchame bien, porque solo lo voy a decir una vez —aseguró sin tratar de detener su ira—. No vamos a echar a nadie a la calle. Esa gente es *mi* gente y se ha dejado la piel en esta empresa. Algunos, como Thomas, renunciaron a un buen trabajo para sumarse a este proyecto cuando no era más que un plan incierto llevado por dos mocosas que no tenían ni idea de levantar un negocio. Otros, como Stella y Wyatt, nos enseñaron muchísimo. Yo venía de trabajar en una taberna y tu hermana de estudiar *ballet*, jamás nos habíamos enfrentado a un trabajo de estas características y ellos pusieron toda su experiencia a nuestra disposición.

—No estaba pensando precisamente en Thomas, Stella o Wyatt cuando hablaba de los despidos —afirmó con voz tranquila.

—¿Ah, no? ¿Y a quién quieres que despidamos? ¿A Karen, que es una madre divorciada con un exmarido que se acuerda de pasarle la pensión tan solo un par de meses al año? ¿A Doug, que acaba de salir de la Escuela de Cocina y tiene un talento enorme, pero que estaba vendiendo zapatillas de deporte porque nadie le daba una oportunidad? ¿O a Jesús, que tiene sesenta años y no lo contratarán ya en ningún sitio? Sé que con dos jardineros sería suficiente. Eso es lo que pensé cuando contratamos a los hermanos Gómez, pero después conocí a su padre. El hombre llevaba tres años sin trabajo y aquí

hay mucho que hacer, así que le ofrecimos un empleo. No sabes cómo se emocionó cuando le propusimos que trabajara con nosotras... Además, los Gómez no solo se ocupan del jardín, sino de todas las tareas de mantenimiento y el montaje de las instalaciones en cada evento. Te aseguro que no les falta trabajo.

Liliana vio que Grant resoplaba por lo bajo y sintió cierto regocijo al comprobar que estaba perdiendo la calma. No reconocía a ese Grant frío y distante que había vuelto de Londres; quería sacudirlo, que reaccionara y se enfrentara a ella. Estaban peleando una batalla importante y no quería estrellarse contra un muro.

—Todo el mundo tiene problemas y no me gustan los despidos, pero vosotras habéis contratado más empleados de lo necesario y, en cambio, os habéis desentendido de las oficinas, que era donde se necesitaba gente. Esto no es personal, es una cuestión de empresa. Si no tomamos medidas, no será el quince por ciento de la plantilla la que se marche. Tendremos que cerrar y entonces todos se irán a la calle.

—¿Que no es personal, Grant? No hay nada más personal que el trabajo, especialmente para la gente que no tiene un montón de dinero en el banco desde que nació.

—¡No me vengas con esas, Lil! —Grant dio una fuerte palmada a la mesa, haciendo saltar por los aires su imagen calmada. Tenía la mandíbula tensa y sus ojos empezaron a brillar peligrosamente—. No saques a relucir el dinero de mi familia para echármelo en cara, porque no se trata de eso y lo sabes. ¡Se trata de que dirigimos una empresa que está a punto de derrumbarse! Una empresa con exceso de personal que no puede permitirse tener más plantilla de la necesaria. Pero no es solo eso. Pagabais unos sueldos demasiado altos para el mercado actual y todos tus empleados tienen seguro médico y dental que les da cobertura a ellos y a sus familias. ¡Lil, esto es insostenible!

—¿Pretendes que les reduzca el sueldo? ¿Qué les quite la cobertura médica? ¿En serio te has venido de Londres para esto, Miller?

—¡Pretendo que entiendas que diriges una empresa, no una ONG! Que tienes la responsabilidad de mantenerla en pie y no solo por ti, sino por tus empleados. No les servirá de nada que tengamos que cerrar y eso es lo que sucederá si no creces de una vez y entiendes que a veces en un negocio hay que tomar decisiones desagradables, pero necesarias. ¿Querías tener tu propia empresa, Lil? Pues bienvenida al mundo real, esto es lo que hay.

A aquellas alturas de la discusión, los dos se encontraban en pie, inclinados el uno hacia el otro, separados tan solo por el escritorio de Grant. Ambos tenían los ojos brillantes, los puños apretados y la respiración entrecortada.

Grant se mesó los cabellos con cierta desesperación, desordenando su perfecto peinado. Estaba más guapo que nunca, pero Liliana hizo un esfuerzo para evitar la atracción y concentrar sus energías en el asunto de los despidos. Se enderezó con lentitud, clavó los ojos en su contrincante y alzó el dedo índice de forma amenazadora.

—No vamos a despedir a nadie ni a recortar sueldos ni a quitar seguros médicos. El único que saldrá por esa puerta dentro de un año serás tú, Grant, así que si quieres que esto funcione, tendrás que buscar otra solución.

Después se giró y abandonó el despacho con toda la dignidad posible. En el pasillo se encontró con las figuras paralizadas de Abby y Grace, que la miraban estupefactas. Parecían dos estatuas. Liliana no tuvo duda alguna de que habían escuchado buena parte de la discusión, a pesar de que la puerta estaba cerrada, así que se dirigió hacia ellas con paso enérgico y miró de frente a Grace.

—No habéis oído nada. ¿Está claro? —inquirió con un tono levemente amenazador. Vio que Grace tragaba saliva y supuso que en aquel instante debía de tener aspecto de loca, pero no le importó en absoluto. Grace tenía la lengua demasiado larga y no quería asustar al resto del personal, así que lo mejor era atarla en corto desde el primer momento.

Se alejó de las chicas a paso rápido y bajó a la cocina. El turno había terminado y ya no quedaba nadie, ni siquiera Thomas, que a veces la

esperaba para charlar un rato antes de que Josh pasara a buscarlo. Se alegró de que no estuviera, porque no creyó ser capaz de guardarse su enfado y sabía que no podría desahogarse con su amigo. Bajo ningún concepto podía permitir que la sospecha de despidos empezara a deslizarse entre los trabajadores de Oak Farm.

Debería irse a casa, pero tenía tanta energía recorriéndole las venas que empezó a pasear nerviosa de un lado a otro. Estaba furiosa con Grant. No recordaba haber estado tan enfadada con él nunca, ni siquiera cuando le vio besar a Ava Compton y rompió su estúpido e inocente corazón de treceañera. En aquella época, el dolor fue más intenso que la rabia, tanto que creyó que sería incapaz de reconstruirse si no hacía algo drástico. Así que corrió a los brazos de Mike Muñoz con el único objetivo de olvidar a Grant. No lo consiguió, claro, siguió estúpidamente enamorada de él durante mucho tiempo, igual que el resto de las adolescentes de Oak Hill, solo que ella lo disimulaba mejor, disfrazándolo bajo una capa de sarcasmo y distancia. Se obligó a olvidarlo y creyó que podría lograrlo saliendo con otros chicos, pero ninguno fue nunca el adecuado. Nadie entendió que no era más que una adolescente confusa, tratando de sobrevivir. Tuvo que hacer oídos sordos a lo que las otras chicas murmuraban sobre ella y a las asquerosas pintadas que aparecieron sobre su taquilla cuando empezó a salir con Alex. Pasó enfadada buena parte de su adolescencia: enfadada con Grant, con las cotillas de la escuela, con los chicos que no le interesaban pero le hacían feas insinuaciones tan solo porque había estado con unos cuantos chicos (nunca tantos como aseguraban los rumores, pero los suficientes para crearle mala fama). Al final, superó a Grant, aprendió a ignorar los comentarios maliciosos y descubrió que no estaba sola el día que Alison Parker venció su timidez y se sentó junto a ella en la biblioteca municipal para hacer juntas los deberes. Alison, que ya entonces era amiga de Rebecca, la incluyó en su grupo de marginados y Liliana encontró por fin su sitio, recuperó a su mejor amiga, ganó la amistad inquebrantable de Alison, David y Scott y dejó de

estar enfadada con el mundo.

El sonido de los coches interrumpió el curso de sus recuerdos. Supuso que Grace y Abby ya se habían ido; tal vez Grant también se había marchado, aunque lo dudaba. Estaría en su despacho, mascullando contra su testaruda socia y sirviéndose una copa de *bourbon*, si es que se había tomado la molestia de comprar una botella. En caso contrario, tendría que conformarse con el dulzón ron caramelo que guardaba Rebecca en su despacho. Aquello la hizo reír entre dientes y la relajó un poco. No permitiría que Grant despidiera a nadie. Pensándolo con frialdad, podía entender sus argumentos, aunque no los compartía. Durante unos segundos, echó de menos a Rebecca, pero supo que no serviría de nada añorar a su antigua socia. Tenía que convencer a Grant de que buscara otra forma para salvar el negocio y la única manera era hacerle entender qué significaba realmente Oak Farm, hacerle comprender que era algo más que un negocio, pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo.

De camino al coche, pensó en llamar a Rebecca, pero no creyó que fuera buena idea. Grant era su hermano y tenían una relación bastante frágil. Había mejorado en los últimos años, pero no quería causar desavenencias entre ellos. No, Grant y ella eran socios y debían resolver sus problemas sin implicar a Rebecca.

No tenía muchas ganas de volver a casa, así que se dirigió a The Black Sheep. Ben Tucker la recibió con un gesto seco de barbilla, al que ella respondió con una mueca burlona.

—Buenas noches, jefe.

—Hace años que dejé de ser tu jefe —respondió Tucker con gesto hastiado, como si estuviera harto de mantener aquella misma conversación una y otra vez, pero a Liliana le pareció detectar cierto brillo de diversión en la mirada. En el fondo, Ben siempre había sentido cierta debilidad por Liliana y ella era de las pocas personas que lograban arrancarlo de su mutismo habitual—. ¿Hoy tomarás una bebida de verdad o me pedirás otra extravagancia?

Lil se rio bajito y miró a su antiguo jefe con regocijo. El enfado con Grant estaba desapareciendo y se sintió mucho mejor.

—Seguro que traes esas cervezas por mí.

—Por supuesto. Nadie más las pide. Solo la bailarina y tú.

—Rebecca se ha ido...

—Eso he oído. —Ben abrió un botellín de cerveza de frambuesa y lo puso frente a su antigua empleada. Con un suspiro, Liliana dio un trago y empezó a hablar. Le contó que echaba de menos a Rebecca, la situación de Oak Farm, la pelea con Grant... Era fácil hablar con Ben Tucker. No interrumpía, pero había bondad en su mirada. Comprensión. Afecto.

—¿Algún consejo? —inquirió cuando terminó su patético discurso. Unos clientes se acercaron a la barra a pagar y Ben los atendió, aunque parecía que se tomaba demasiado tiempo. Liliana dio la espalda a la barra y saludó desde lejos a Daisy, que se movía con agilidad entre las mesas.

—¿Así que quieres mostrarle a Grant el valor de Oak Farm? —Lil asintió. Sí, exactamente, eso quería, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo—. Pues tendrás que recurrir a lo que mejor sabes hacer.

La enigmática respuesta la dejó estupefacta, pero Ben no parecía dispuesto a continuar la conversación. Recogió algunos vasos, sirvió un par de pintas que le pidió Daisy y atendió a un nuevo cliente. Liliana trató de llamar su atención, pero su antiguo jefe parecía muy ocupado y no le hacía caso. Al final, Liliana pasó al otro lado de la barra y empezó a servir a los clientes mientras lanzaba miradas enfurruñadas al dueño de The Black Sheep, hasta que este claudicó y decidió darse por aludido.

—Solo por aclararlo... No te estás refiriendo al sexo, ¿verdad? Porque no pienso acostarme con él para evitar los despidos...

Ben tuvo un repentino acceso de tos y Liliana no pudo evitar una carcajada. Pocas cosas ponían nervioso a Ben Tucker y a ella le divertía tomarle el pelo. Tenía la secreta esperanza de hacerlo reír algún día, pero, de momento, se conformaba con ponerlo nervioso.

—No me refería a *eso* —balbuceó al fin aquel gigante rubio, mientras se pasaba la mano por la barba—. Tú sabes perfectamente de qué estaba hablando...

Sí, lo sabía. Ben hablaba de cocina, pero no sabía cómo cocinar algo podía convencer a Grant para que buscara otra forma de salvar Oak Farm.

—Lo pensaré —musitó al fin, antes de despedirse con gesto ausente de su antiguo jefe.

Aquella noche durmió intranquila, sin parar de darle vueltas a la discusión con Grant y a las palabras de Ben. Encontraría una forma de solucionarlo, se dijo al día siguiente bajo la ducha y se repitió lo mismo durante todo el camino de vuelta a Oak Farm.

Se sintió aliviada al ver que el coche de Grant no estaba en el aparcamiento de empleados, pero cuando llegó a su despacho, se encontró con una preocupada Abby. Había olvidado por completo que Abigail y Grace habían sido testigos de su encarnizada pelea.

La organizadora de eventos parecía bastante nerviosa y quiso hablar de lo sucedido el día anterior. ¿Iba a haber despidos? ¿Tan mal estaba la empresa? ¿Oak Farm tendría que cerrar? Acumulaba una pregunta tras otra y Liliana, con infinita paciencia, trató de tranquilizarla.

—Grant y yo solo estamos estudiando distintas posibilidades. No hay nada definitivo y yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para encontrar una solución alternativa a los despidos —aseguró con firmeza.

Ya a solas, pudo llamar a los proveedores para contratar los suministros necesarios para la semana siguiente y después se escondió en el huerto. Allí, mientras trabajaba en sus plantas, podía pensar. Pero no conseguía encontrar ninguna solución para salvar Oak Farm ni para convencer a Grant de que había que respetar los puestos de trabajo, los salarios y el seguro. No estaba dispuesta a renunciar a nada de eso, ni siquiera el seguro. Su madre le había inculcado la importancia de tener uno. Uno de los grandes miedos de Elena Peña era que alguna de las dos cayera enferma y no poder costear los gastos

médicos.

Su madre siempre tenía buenos consejos, pensó mientras limpiaba de malas hierbas el terreno. Con esa idea en la cabeza, regresó al edificio, se lavó, se cambió y se dirigió a la cocina para dirigir los trabajos del día. Terminaron temprano y Thomas insistió en que se tomara una copa con el equipo.

—Desde que Rebecca se ha ido, solo trabajas. Necesitas un respiro. ¿Hace cuánto no tienes una cita?

Liliana se escabulló como pudo. No recordaba cuánto hacía de su última cita. ¿Ocho, nueve meses? Quizás un año. No había salido mucho últimamente, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza como para pensar en hombres, así que le contestó a Thomas con evasivas y se dirigió a Haywood por la carretera del lago. Llegó a Waterfront House a tiempo para sentarse a cenar con su madre y Jason y se sintió reconfortada en cuanto olisqueó el asado de carne. Durante la cena, escuchó a su padrastro hablar con orgullo de su hijo mayor. Jordan estaba en su primer año de universidad y parecía irle muy bien.

—¿Qué hay de Cam? —se interesó Lil, recordando la pelea que había escuchado la última vez que visitó Waterfront House.

Jason se encogió de hombros.

—Está en una edad difícil, pero se le pasará —afirmó como si necesitara creer en sus propias palabras. Liliana advirtió el discreto gesto de su madre para que dejara el tema y procedió a contarles el problema con Grant. Elena se horrorizó al escuchar sobre los despidos, pero Jason cabeceó, comprensivo con la medida.

—A ningún empresario le gusta despedir a la gente, Liliana. A veces hay que tomar decisiones amargas. Parece que Grant ha estudiado a fondo los problemas de la empresa y no parece haber encontrado otra solución...

—Seguro que la hay —aseguró rotunda—. ¿Cómo no va a haberla? Él solo necesita saber que Oak Farm es algo más que un negocio. No es como la

empresa de su padre. Oak Farm es algo más.

Los tres permanecieron callados un buen rato.

—Lo que no sé es cómo hacérselo comprender... —susurró al final Liliana, mientras masticaba el último trozo de carne—. Mamá, está todo buenísimo. No sé si es por tu asado, pero ahora me siento mejor.

—Por supuesto —aseguró Elena, que siempre creyó en el poder sanador de la comida—. Una mesa con buena comida y compañía. No se necesita nada más para que el mundo se ponga en orden.

Algo se activó de repente en el cerebro de Liliana. La idea empezó a tomar forma dentro de ella y no pudo evitar una carcajada. Jason la miró con curiosidad, pero Elena sonreía satisfecha.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Creo que sí... ¡Tengo que irme! —exclamó al tiempo que se ponía en pie. Le dio un beso a su madre, un rápido abrazo a su padrastro y salió disparada hacia el coche.

## Capítulo 11

A las seis de la mañana de un domingo, Joe's era el único lugar de Oak Hill donde se podía tomar un desayuno decente, así que cuando Kenneth Hoyle insistió que no podría dormir sin comer antes unos huevos revueltos y un par de tostadas francesas, Grant propuso a sus invitados coger los coches y dirigirse al centro para llenar el estómago. La ventaja de estudiar en una universidad cerca de casa era que podía visitar con frecuencia la ciudad y organizar alguna de sus famosas fiestas. Su hermana jamás había protestado por aquellas multitudinarias reuniones. Aún no había conseguido digerir el extravagante cambio de Rebecca y le costaba reconocer a su delicada hermana pequeña en aquella adolescente vestida de negro y con un piercing en la nariz. Seguían manteniendo una relación distante y, cuando Grant ocupaba la mansión, Rebecca se recluía con los marginados de sus amigos en la casa de la piscina, manteniéndose ajena a los excesos de las fiestas de su hermano, que habían convertido a Grant en toda una leyenda dentro el campus.

Se había tenido que conformar con una universidad de segunda, porque sus mediocres notas del instituto le impidieron acceder a los centros más exigentes. Tuvo que lidiar con la nueva decepción de su padre, que siempre creyó que estudiaría en alguna universidad importante, tipo Duke o Stanford, y conformarse con una pequeña universidad privada de Charlotte. En realidad, nunca le interesó ese brillante futuro que Conrad Miller esperaba de

su primogénito, pero, al mismo tiempo, la nueva decepción de su padre se convirtió en una pesada losa que fingió ignorar. Así que afrontó la vida universitaria con la misma despreocupación con la que había sobrellevado la del instituto, como si nada importara más que la adoración de sus compañeros, las noches de fiesta y las diferentes chicas que pasaban por su cama.

—Podríamos haber desayunado en la casa, ¿no? —preguntó la rubia con la que había compartido sábanas unas horas antes, sentándose en su regazo. Grant chasqueó la lengua algo molesto. La chica era del tipo pegajoso y no parecía entender que su relación no iba a ir más allá de las horas compartidas aquella noche.

—Bien, chicos, ¿qué va a ser?

Su voz barrió el sonido de las risas de sus compañeros y Grant dejó que el conocido escalofrío recorriera su columna vertebral antes de alzar los ojos y mirar a Liliana Peña. Jamás lo reconocería en voz alta, pero ella era la única razón por la que llevaba dos años arrastrando a sus amigos a Joe's para tomar uno de los grasientos desayunos de la cafetería. Desde que Lil empezó a trabajar allí como camarera, Grant frecuentaba su turno de manera casual, siempre rodeado de amigos y con alguna chica colgada del brazo. Fingía ignorarla, aunque a veces no podía evitar dirigirle algún comentario sarcástico para el que ella siempre tenía respuesta. Le gustaba espiarla a hurtadillas, tal como había hecho en el instituto desde que no quiso escuchar sus excusas por besar a Ava Compton. Creyó que conseguiría persuadirla, pero Liliana ni siquiera discutió con él. Se encerró en sí misma y lo evitó durante los días que faltaban para las vacaciones de Navidad. Grant y su hermana pasaron las fiestas entre Charlotte y Los Ángeles, en las casas de sus padres, y, cuando regresaron, Lil se paseaba orgullosa de la mano de Mike Muñoz.

La primera vez que vio a la nueva pareja, fue como si un puñetazo en el estómago lo hubiera dejado sin aire. No había estado con ninguna chica desde

el beso con Ava, pero tras aquel encuentro decidió que no se iba a dejar pisotear por una cría que no lo había dejado explicarse. Demasiado orgulloso para arrastrarse, se dejó envolver en una espiral de chicas y fiestas que lo hicieron aún más popular. Liliana no se quedó atrás. Para escándalo de toda la escuela, durante años saltó de un hermano Muñoz a otro, como si fuera incapaz de decidirse entre Alex y Mike, aunque no fueron los únicos con los que salía. A ella no parecían importarle los rumores, los comentarios desdeñosos de las otras chicas ni las pintadas soeces con su nombre en los aseos masculinos. Caminaba con orgullo por los pasillos, con la barbilla alzada y el paso seguro, e incluso, a veces, le parecía que, cuando lo miraba, había cierto desafío en sus ojos.

Se convirtieron de nuevo en rivales, y durante los dos últimos años que Grant pasó en el instituto, el cruce de sarcasmos e insultos velados pasó a ser la única forma en la que podían hablarse. Ella se burlaba de sus aires de niño rico y él la trataba con fingida displicencia y, aunque disfrutaba de aquellas batallas verbales, algo dentro de él anhelaba una tregua, porque era la chica más inteligente, dura y divertida que había conocido. Sin embargo, no estaba en su naturaleza esforzarse para conquistar a una chica, así que se acostumbró a verla pasear de la mano con Mike Muñoz o aferrarse a la cintura de Alex cuando este la llevaba en su moto. Él podía tener a cualquier chica de la ciudad, prácticamente le suplicaban que les hiciera caso, así que no entendía aquella insana obsesión con la adolescente del parque de caravanas. No entendía por qué cada noche acudía a su mente el recuerdo de aquel beso perfecto junto al lago ni por qué soñaba de forma obsesiva con el lunar detrás de su oreja o con la dulce curva de su cuello. Él era Grant Miller y se escuchaban suspiros de admiración cada vez que entraba en la cafetería, pero él solo veía los desafiantes ojos oscuros que parecían retarlo.

Lo peor fue cuando Lil recuperó la amistad con su hermana y entró a formar parte de aquel raro grupo de marginados, junto a la tímida Alison Parker y los frikis de David Hamilton y Scott Williams. No supo cómo había

pasado, pero Rebecca y Liliana volvían a ser inseparables y él sintió aquellos celos casi enfermizos por su propia hermana. Los ahogó, por supuesto, como hizo con todos y cada uno de los sentimientos que despertó en él Liliana Peña en sus últimos años de instituto. Después se marchó a la universidad y, por fin, superó a aquella chica dura y orgullosa que una vez lo trajo de cabeza. Siempre había muchas chicas a su alrededor, chicas guapas que lo miraban con adoración y estaban dispuestas a pasar un buen rato con él. Tan solo se permitía una pequeña debilidad: una vez al mes, cuando organizaba una fiesta en la mansión, acudía a aquella cafetería solo para contemplarla durante un rato, con aquel horrible uniforme de color celeste, el delantal blanco y el pelo pulcramente recogido en una coleta. Un hombre normal se sentiría más atraído por la rubia en minifalda y amplio escote que se sentaba en su regazo, pero a Grant Miller se le iban los ojos detrás de aquella camarera morena que lo miraba como si fuera un diminuto insecto y con la que una vez compartió el mejor beso del mundo.

—¿Y tú, Miller? ¿Lo de siempre?

Grant parpadeó y se dio cuenta de que todos habían hecho sus pedidos menos él. Asintió, con la boca algo seca, y la vio alejarse, incapaz de quitar la mirada del movimiento cadencioso de sus caderas.

Apenas prestó atención a la conversación de su grupo. No era más que otra conversación estúpida de fin de fiesta, con todos demasiado cansados y demasiado borrachos como para decir cuatro o cinco frases con sentido. No era su caso. Aquella noche apenas había bebido un par de copas e incluso había dormido un rato tras el polvo con la rubia de su regazo. Le molestaba su peso, pero resultaba un buen escudo de defensa frente a Liliana. No creía que a ella le importase, pero él se sentía menos vulnerable.

La vio regresar a la mesa, con la bandeja cargada. Repartió los platos y sirvió café con mano firme. A él le dejó el último, pero le sirvió una generosa porción de tarta de manzana. Sabía que ella las preparaba y era incapaz de resistir la tortura de comerlas. Los últimos años los había gastado rechazando

la ridícula atracción que sentía por Liliana Peña y, al mismo tiempo, buscándola en instantes fugaces y trozos de tarta que alimentaban su recuerdo. Cuando se inclinó para servirle el café, tuvo una visión efímera de su perfecto lunar tras la oreja derecha y sintió ganas de reír cuando ella arrugó la nariz al detectar el olor a tabaco y whisky que despedía su piel. No era fumador habitual, pero cuando estaba de fiesta solía fumarse dos o tres cigarrillos.

—¿A qué hora acabas el turno, preciosa? Podríamos dar luego una vuelta —propuso Kenneth con su voz más seductora. Liliana no pareció molesta por el abierto coqueteo ni por las risas despectivas de las chicas que los acompañaban.

—No salgo con universitarios. Fanfarronean mucho, pero en realidad no saben lo que hacen —aseguró con tono burlón. Los chicos se rieron y silbaron.

—¡Deja que te demuestre lo que sabe hacer este universitario! —exclamó Kenneth, pero Liliana se alejó de ellos para atender a otros clientes. Ya no volvería a la mesa hasta que tuviera que llevarles la factura y recoger la propina, así que Grant obligó a la rubia a bajar de su regazo y se concentró en su desayuno. La vería de nuevo dentro de cuatro semanas, cuando regresara para una nueva fiesta, y repetirían la misma escena con ligeras variaciones.

Almorzar con su padre en algún buen restaurante de la zona financiera se había convertido en una extraña costumbre que se repetía todos los meses. Tras el largo abandono de su infancia, a pesar de los desesperados intentos por llamar la atención de su padre, de repente parecía que Conrad Miller sentía un nuevo interés por su hijo mayor. No le darían el título al padre del año, pero se sentaban el uno frente al otro durante media hora, devoraban sendos bistecs y hablaban de la compañía, de las noticias económicas y de las clases. Nada más, pero a Grant aún le sorprendía que mostrara algún interés

en él.

—Alexa quiere que vayas a cenar el jueves que viene —dijo su padre, mientras sacaba la tarjeta para pagar la cuenta. Grant contuvo una mueca de desagrado. En los últimos tiempos su madrastra, doce años mayor que él, había empezado a lanzarle miradas coquetas y a soltar pequeñas insinuaciones. Grant estaba acostumbrado a captar la atención femenina y a dejarse llevar por sus instintos; no tenía problemas en dormir con la novia de un amigo o montárselo durante una tutoría con una de las nuevas adjuntas, pero aquello cruzaba de largo sus escasos límites morales.

—Tengo ya planes para el jueves —aseguró con su expresión fingida más sincera.

—Deshazlos —ordenó su padre, al tiempo que se ponía en pie y sacaba su teléfono móvil.

Grant se quedó solo en la mesa, ensimismado en sus pensamientos. Sabía que, pese a sus reticencias, acabaría acatando la orden de su padre y el jueves asistiría a la cena. Apuró su copa de agua y se dispuso a salir cuando la camarera que los había atendido se acercó a él. Era una bonita pelirroja que le había sonreído con embeleso desde que entró por la puerta del restaurante.

—Mi turno termina ahora —susurró la joven, procurando que el jefe de sala no la escuchara.

Grant esbozó una sonrisa perezosa. Tenía que terminar un trabajo, pero podía retrasarlo unas horas.

Quince minutos más tarde conducía su nuevo Porsche hacia Cordelia Park, con la camarera pelirroja sentada en el asiento del copiloto, mientras le daba indicaciones para llegar a su apartamento. Se habían enrollado un rato en el aparcamiento, pero la joven no quería que alguno de sus compañeros la viera, así que lo invitó a acompañarla a casa.

—Eres muy guapo —ronroneó, mientras lo besaba en el cuello. Grant la apartó entre risas y fijó de nuevo su vista en la calzada. Entonces la vio. Liliana Peña, con una pesada mochila, cruzando la calle a paso rápido. La

sorpresa lo dejó paralizado y la siguió con la mirada, incrédulo. ¿Qué hacía Liliana en Charlotte? Debería estar en clase. Hasta donde él recordaba, seguía siendo una alumna de último año en el instituto. El sonido de varios *claxons* furiosos lo sacó de su ensoñación. Aparcó de cualquier manera, saltó del vehículo y persiguió entre la gente la trenza oscura que se dirigía hacia la estación de tren.

—¡Lil! ¡Eh, Liliana! —la llamó cuando estuvo lo bastante cerca para que lo oyera. La joven se giró con la sorpresa pintada en el rostro, que de inmediato cambió a un gesto de disgusto—. ¿Qué haces aquí? —preguntó en cuanto llegó a su altura.

La vio morderse el labio, indecisa, y mirar hacia arriba, como si estuviera maldiciendo para sus adentros, y Grant tuvo que contener una carcajada. Estaba seguro de haberla pillado haciendo algo que no debía. No sabía el qué, pero estaba en sus manos y aquello le causó un alegre regocijo.

—No estoy aquí —respondió al fin y se dio la vuelta, dispuesta a seguir su camino, pero Grant la retuvo, agarrándola del brazo con suavidad.

—Nada de eso, jovencita —replicó, imitando el tono de voz de un profesor severo. Después, miró con ostentación el carísimo reloj que llevaba en su muñeca izquierda y abrió desmesuradamente los ojos—. Dime, ¿no tendrías que estar ahora mismo en clase de Cálculo o de Inglés?

—De Historia —reconoció con fastidio.

—No, no, Lil, saltarse la clase del profesor Collins, eso no está bien. Nada bien... Aprovecharse de un profesor despistado que nunca pasa lista no es algo que hagan las buenas chicas.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

Grant asintió. Luego la estudió atentamente y la sonrisa se borró de su rostro.

—No te estás escapando de casa, ¿verdad? ¿Es eso? ¿Acabo de pillarte en una fuga?

—No seas melodramático —resopló—. ¿Tú crees que le haría eso a mi

madre?

No, claro que no, Lil no haría eso, pero tampoco era de las que se saltaban las clases. Pese a su fama, en realidad seguía siendo una buena estudiante que pasaba las tardes en la biblioteca y cubría el turno de desayunos en Joe's los fines de semana. Tan solo el asunto de los chicos (una larga lista de chicos, según los rumores) rompía su imagen de adolescente modelo.

—¿Qué pasa? ¿Nos vamos?

Grant se había olvidado por completo de la camarera pelirroja que esperaba en su coche. La chica se había acercado a ellos y le acarició el brazo, pero apenas le prestó atención; todo él estaba pendiente de Liliana. La adolescente esbozó una media sonrisa y empezó a preparar su huida, pero la retuvo agarrándola con firmeza del codo.

—Lo siento, ha surgido algo, así que tendremos que cancelar nuestros planes.

La pelirroja, cuyo nombre era incapaz de recordar, aunque estaba seguro de haberlo sabido en algún momento, trató de protestar, pero Grant cortó sus quejas con unas cuantas seductoras promesas que tuvieron la virtud de calmarla y que se ganaron un resoplido por parte de Liliana. En cuanto la mujer desapareció calle abajo, Grant arrastró a la adolescente hasta la cafetería más cercana, pidió dos cafés (solo con mucha azúcar para él, con leche, crema de avellana y chocolate espolvoreado para Lil, después de que ella estudiara la carta con tanta atención como su libro de Ciencias) y se sentaron junto a un gran ventanal.

—¿Me cuentas ahora qué estás haciendo en Charlotte?

Liliana hundió una cucharilla en la montaña de crema que coronaba su café y después cerró los ojos mientras se la introducía en la boca con tal gesto de placer que Grant se removió inquieto en la silla.

—En realidad, no tengo por qué darte ningún tipo de explicación, Miller.

—En realidad, yo puedo llamar a tu madre ahora mismo y decirle dónde te he encontrado.

Aquella frase le valió una de las furibundas miradas que tanto había añorado en los últimos tiempos y tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada feliz. Resultaba absurdo lo mucho que deseaba la atención de Liliana Peña después de todos aquellos años.

—Está bien —claudicó—. Te lo contaré, pero luego dejarás que siga mi camino y tú te marcharás con tu pelirroja. ¿De acuerdo?

Grant se encogió de hombros, no queriendo comprometerse a nada, pero Liliana interpretó que aceptaba el trato. Tomó una nueva cucharada de crema y empezó a hablar:

—El profesor Collins nos puso un trabajo obligatorio para fin de curso. Tenemos que realizar el árbol genealógico de nuestra familia. Debíamos remontarnos tantas generaciones como pudiéramos y acompañarlo de una redacción de al menos diez páginas sobre nuestros antepasados.

—¿Todo esto tiene que ver con tu padre? —preguntó Grant, intuyendo de golpe hacia dónde se dirigía la conversación. Elena y Liliana nunca mencionaban al padre de la joven y todo lo que sabía de él era que se había desentendido de Elena desde el momento en el que supo que estaba embarazada.

—Empecé a escribir mi árbol genealógico. Seguro que no te sorprende saber que terminé pronto: mi nombre, el de mi madre y los de mis abuelos, a los que ni siquiera conozco porque no quisieron saber nada de mi madre desde el momento en el que anunció que estaba embarazada y no iba a casarse. —Lil dejó vagar la mirada entre la clientela de la cafetería, como si estuviera buscando a alguien, pero a los pocos segundos volvió a concentrarse en Grant—. Nunca me ha importado mi padre, de verdad. No he pasado mi infancia torturada por su ausencia ni queriendo conocerlo. De niña hice algunas preguntas, pero tampoco me quitaba el sueño. Sin embargo, haciendo este trabajo... Supongo que ahora tengo curiosidad por saber algo de mi padre y conseguir algunas respuestas.

—¿Tu madre te contó alguna vez cómo se conocieron?

—La historia de mis padres es tan tónica que da hasta vergüenza contarla. Chico blanco de buena familia se enamora de chica latina pobre, la deja embarazada poco antes de graduarse y después no quiere saber nada de ella por miedo a arruinar su futuro. Parezco el fruto de una mala telenovela —dijo y esbozó una sonrisa burlona que contagió a Grant.

—Así que vas a buscarlo. ¿Tu madre te ha dicho donde encontrarlo?

—No. A mi madre ni siquiera le he hablado del trabajo del profesor Collins, pero sabía su nombre y el instituto donde estudiaron. No es mucho, pero David y Scott son capaces de hacer magia con un ordenador. No tardaron ni dos días en dar con él. Ahora vive en Norfolk.

Hacía un buen rato que Grant había terminado su café, pero no se había percatado de que la taza estaba vacía hasta que la miró para hacer tiempo, mientras calculaba su siguiente paso. No necesitó demasiado para tomar una decisión. Se dijo que ella era la mejor amiga de su hermana, que era demasiado joven para viajar sola a otro estado, pero supo que se engañaba a sí mismo. No era un caballero de brillante armadura ni Liliana una delicada damisela. Iba a ayudarla por una única razón: llevaba cuatro años deseando romper la distancia que había entre ellos y por fin había encontrado la forma de volver a colarse en su vida, aunque fuera de forma efímera.

—Es decir, que vas a Norfolk. En tren. ¿Y dónde vas a dormir?

Lil se encogió de hombros.

—Es un viaje de diez horas. Pensaba tomar el tren nocturno.

—Ya. Una chica de diecisiete años sola en un tren nocturno. Eso no va a pasar —aseguró Grant con firmeza, previendo en su mente unos cuantos peligros que no permitiría que corriera la orgullosa joven.

—¿Cómo dices? —La adolescente se puso en pie de un salto con tal ímpetu que tiró la taza vacía de Grant. Él la recogió con lentitud y la miró con fijeza hasta que volvió a sentarse.

—Yo te llevaré a Norfolk. En coche tardaremos la mitad de tiempo. Podemos estar ahí en cinco horas.

—No voy a ir contigo a ninguna parte.

—Entonces te vuelves a Oak Hill, porque es la única opción que te voy a dar si no quieres que avise a tu madre. A propósito, ¿dónde piensa ella que vas a pasar el fin de semana?

—Cree que voy a acompañar a tu hermana a una audición de *ballet* para la universidad.

—¿Y Rebecca ha permitido que te marches sola?

—No le he dejado muchas opciones —aseguró con cierta suficiencia.

—Bien, entonces somos muy parecidos, porque yo tampoco te dejaré elegir.

Diez minutos después se encontraban en el coche de Grant. Lil, con gesto enfurruñado, miraba por la ventanilla, pero Grant era incapaz de dejar de sonreír. Después de cuatro años, Liliana Peña estaba en su coche y ambos se habían embarcado en una nueva aventura.

## Capítulo 12

Los «domingos de tamales» eran uno de los mejores recuerdos de infancia de Liliana. No sucedían con frecuencia, porque se trataba de una receta demasiado laboriosa, pero de vez en cuando su madre preparaba aquellas sabrosas delicias envueltas en hoja de plátano. Cuando destapaba la suya, siempre tenía la sensación de estar abriendo un regalo, un delicioso regalo que dejaba escapar un aroma exquisito que llenaba el estómago con solo olerlo. Mientras preparaba el sofrito se sintió transportada a la caravana en la que creció y se vio a sí misma observando con atención todos los pasos que seguía su madre para preparar el plato, de modo que, ya adulta, podía copiarlo con absoluta precisión, sin olvidar ningún detalle: poner la noche anterior las carnes en adobo, limpiar bien las hojas de plátano, no dejar que la masa se secase demasiado, conseguir que el guiso estuviera en el punto justo de sazón y, por supuesto, cerciorarse de que cada tamal contara con una ramita de perejil que resaltaría aún más el sabor de las carnes.

Los tamales, ya armados, llevaban más de una hora cocinándose al vapor cuando llegaron los Gómez. Les había escrito la noche anterior para pedirles que acudieran antes que el resto de los empleados. Había sido algo ambigua en los mensajes a la plantilla, a través de los que convocó a una reunión temprana a todo el personal. Grant había insistido en saber de qué se trataba, pero ella solo dio respuestas evasivas hasta que su socio se rindió y dejó de escribir.

Jesús Gómez abrió los ojos desmesuradamente, aspiró el olor de la cocina y sonrió.

—Así debe de oler el Cielo, muchacha —afirmó en español. Luego, los tres jardineros escucharon atentamente las instrucciones de Liliana y se dirigieron hacia el exterior para montar las mesas. Agradeció que aquel otoño estuviera siendo especialmente cálido y les permitiera celebrar la reunión al aire libre.

Cuando el resto de la plantilla llegó, todos se quedaron asombrados al ver aquel despliegue: las largas mesas cubiertas con manteles blancos, la delicada vajilla decorada con flores (en vez de los sencillos platos blancos del comedor de empleados) y las fuentes tapadas, que mantenían calientes los tamales. Grant, algo apartado, estudiaba el escenario con suspicacia.

—Os agradezco mucho a todos que hayáis venido a pesar de ser vuestro día libre —aseguró Liliana cuando todo el personal estuvo reunido y se vio rodeada de rostros expectantes—. Sé que los lunes no abrimos y que os he avisado con muy poca antelación, pero hemos tenido muchos cambios últimamente y creí que sería una buena idea empezar esta nueva etapa con una celebración. La marcha de Rebecca nos ha descolocado a todos, pero no tenéis que pensar que algo termina, sino en lo que viene ahora. Empezamos una nueva etapa y quiero que la afrontemos con ganas, con ilusión y con energía. Este desayuno es también una forma de darle la bienvenida a Grant, de recibirlo en Oak Farm con los brazos abiertos —añadió volviéndose hacia su socio, que la observaba con los brazos cruzados y una leve sonrisa burlona, aunque rápidamente adoptó un gesto serio al advertir la atención de la plantilla—. Creo que es una buena manera de que os conozcáis un poco mejor, fuera de la locura del día a día. —Lil tomó aire y miró las caras sonrientes que la rodeaban. Solo Abigail y Grace, que se mantenían algo apartadas, parecían serias—. He preparado algo diferente de lo que suelo cocinar, pero es una receta muy importante para mí, así que espero que la disfrutéis.

Hubo aplausos y silbidos y todos se abalanzaron sobre los deliciosos paquetitos. Karen y Jennifer, otra de las camareras, empezaron a servir las bebidas y Liliana se sentó en la cabecera de la mesa, con Thomas y Abigail a cada lado. Había colocado a Grant en el otro extremo, situado estratégicamente entre Stuart, uno de los camareros, y Donna, una de las ayudantes de cocina.

Escuchó los suspiros de placer que emitieron todos al cortar las cintas que ataban los tamales, dejando escapar el delicioso aroma.

—Esto está buenísimo, jefa —aseguró Doug, mientras masticaba con los ojos cerrados. A su lado, Grace le echó una ojeada de aprensión y se llevó delicadamente el tenedor con un poco de comida a la boca. Lo probó algo tensa, pero de inmediato sus ojos se abrieron—. Bueno, ¿eh? —preguntó Doug a la chica con una amplia sonrisa, al tiempo que le daba un codazo. Grace frunció los labios, molesta por la familiaridad del ayudante de cocina, pero al final esbozó media sonrisa. El desgarbado Doug se quedó mirándola embelesado, como si acabara de descubrir algo maravilloso.

Liliana charlaba con Thomas, pero de reojo observaba a Grant, que conversaba educadamente con sus compañeros de mesa. Al cabo de un rato, una nerviosa Donna, que no hacía más que lanzar miradas admirativas a su nuevo jefe, se cambió de sitio y Jesús ocupó su lugar. Grant se sirvió un segundo tamal y Lil tuvo que esconder una sonrisa. Siempre le había sorprendido su desmedido apetito. Podía comerse las raciones de tres personas sin pestañear y disfrutaba de cada bocado, paladeándolo como si quisiera extraer todos sus matices. Por eso siempre le gustó cocinar para él, porque había pocas cosas en el mundo tan increíbles como la expresión de placer de Grant Miller cuando comía algo que le gustaba; era una expresión casi tan intensa como la que tenía cuando hacían el amor, con los ojos llenos de deseo y la sonrisa de felicidad. Desde el otro extremo de la mesa, Grant la descubrió con la vista fija en él. Trató de ocultar su sonrojo y fingir indiferencia, pero, durante unos segundos eternos, se quedó atrapada en su

mirada, como si no hubiera pasado el tiempo y ellos siguieran sumergidos en aquella burbuja que crearon años atrás para estar juntos y apartados del mundo, cuando parecía que se amaban y que no podían vivir el uno sin el otro.

Liliana apartó de su mente las imágenes del pasado y se obligó a volverse hacia Abigail para interesarse por las últimas trastadas de sus hijos. Escuchó atenta el relato de la orgullosa madre durante un rato, hasta que logró calmar los recuerdos. Entonces se disculpó con sus compañeros de mesa y se dirigió hacia su socio. Sintió sus ojos tormentosos clavados en ella, siguiendo cada paso que daba en su dirección, pero no se acobardó. Tenía una misión y no iba a dejarse amedrentar por unos ojos bonitos que la miraban con algo muy parecido al hambre. Conocía esa mirada, la había visto otras veces, pero en esta ocasión no iba a dejarse enredar por el deseo.

—¿Todo bien? —preguntó al llegar al otro extremo de la mesa.

—Reconocería la cocina de tu madre en cualquier lugar —aseguró Grant con voz grave, provocando una sonrisa cómplice en Liliana.

Sin pensar, lo cogió de la mano, la apretó con suavidad y lo hizo poner en pie, alejándolo de la mesa.

—¿Esto significa que la discusión de ayer está olvidada? —preguntó Grant, inclinándose sobre ella para que nadie más lo escuchara. La piel de su cuello se erizó al sentir el cálido aliento masculino como una caricia, así que se apartó un poco de él y evitó la pregunta. No, por supuesto que la discusión no estaba olvidada, pero no pensaba decírselo. En cambio, lo arrastró de una persona a otra, presentándolo oficialmente a toda la plantilla, y supo llevar con habilidad las conversaciones al terreno que le interesaba para que Grant escuchara lo que ella quería que oyera. Así, Jesús le contó cómo había enseñado a Liliana a cuidar el huerto, Karen habló sobre la angustia de su hija de once años por tener que llevar aparato dental, Thomas se deshizo en elogios sobre el menú previsto para la boda de los Merriweather, Doug se explayó sobre lo mucho que había aprendido en los últimos meses con

Liliana, una emocionada Donna les enseñó el folleto de la fantástica residencia privada en la que iba a ingresar a su madre enferma de Alzheimer, Abigail mostró orgullosa algunas fotos de sus hijos y Stella recordó su llegada a Oak Farm.

—Trabajé durante quince años en uno de los mejores restaurantes de San Diego y, cuando cerró sus puertas, me quedé sin trabajo. No encontraba nada y a mi marido tampoco le iban demasiado bien las cosas. Estábamos en una situación bastante desesperada cuando a mi hija pequeña se le ocurrió colgar fotos de mis postres en su cuenta de Instagram y explicó que necesitaba trabajo. —Stella se quitó de un manotazo una lágrima furtiva. Luego tomó con cariño la mano de Liliana—. Esta niña contestó de inmediato para citarme a una entrevista y no lo dudé ni un instante. Tomé el primer vuelo que encontré y me presenté aquí. Estaba muy nerviosa, porque había otras cinco aspirantes, todas más jóvenes que yo...

Cuando terminó su relato, Grant arrastró a Liliana a un rincón.

—No creas que no sé lo que estás haciendo —señaló, pero no parecía enfadado. Incluso creyó detectar cierta diversión en su tono.

—¿Y funciona?

—Un poco. No soy de piedra, ¿sabes? Y todo este número lacrimógeno que me has montado, reuniendo a toda la gente, cocinando una receta que me trae buenos recuerdos, haciendo que todos me cuenten su vida...

—Solo quiero que sepas que esa gente que quieres despedir son personas reales, no firmas al pie de un contrato; gente con sueños, con familias, con problemas de verdad, gente que da lo mejor de sí misma en el trabajo, que se esfuerza cada día para que demos un buen servicio... No quiero despedir a ninguno de ellos, ni siquiera a la cotilla de Grace. Eres un hombre inteligente, seguro que se te ocurre algún otro plan para que salgamos adelante.

Grant se rio por lo bajo.

—No seas tan obvia, por favor... Está bien. Dame un par de días y veremos qué se puede hacer, aunque no me dejas mucho margen. —Tiró de ella una

vez más y la llevó detrás de uno de los centenarios robles que crecían en la finca—. Pero aceptarás el plan que te proponga y cumplirás con él ¿de acuerdo? No podemos quedarnos de brazos cruzados y seguir como si no pasara nada, esperando la caída.

Estaban demasiado cerca y él la miraba con una intensidad nueva, que no se parecía en nada al hombre frío y distante de los últimos años, pero tampoco al antiguo y despreocupado Grant. Algo la alertó en su interior, porque sospechaba que ese nuevo hombre podía ser mucho más peligroso que el adolescente que había amado, pero fue incapaz de contener el ligero vuelco de su estómago.

—¿Te has instalado ya en el piso? —preguntó. Le costó reconocer su propia voz, que sonó como un graznido, pero Grant no pareció darse cuenta.

—No.

—¿Por qué no te has mudado aún? —Por un momento, creyó que no la había escuchado. Tenía la vista fija en el horizonte y parecía ausente, así que murmuró su nombre para traerlo de vuelta—. Grant...

—No parecía hacerte demasiada gracia que me instalara en el mismo edificio y no pretendo hacerte sentir incómoda en tu propia casa. Le he pedido a la madre de Tyler que me busque un piso y me ha dicho que en la inmobiliaria tienen varios que podrían interesarme, así que iré a verlos.

Liliana se sintió conmovida. El antiguo Grant pocas veces pensaba en algo más que en su propio bienestar. Con ella había actuado de manera desinteresada en algunas ocasiones, pero no acostumbraba a mostrar demasiada empatía por los demás. Durante años, solo había pensado en sí mismo, llegando incluso a dejar de lado a su hermana en su etapa más vulnerable. Desde el divorcio de sus padres se distanció de Rebecca, tal vez una de las pocas personas a las que Grant realmente quería, y se desentendió de ella, a pesar de que la joven estaba pidiendo a gritos que alguien le hiciera caso.

—Estos días tengo la sensación de que no te conozco en absoluto —

reconoció, moviendo la cabeza con cierto pesar—. No puedes seguir en el hotel y es ridículo que busques apartamento cuando tienes uno disponible. Instálate en el piso de Rebecca y céntrate en el trabajo.

Quiso alejarse de él, pero Grant la retuvo cogiéndola del brazo con suavidad. Sintió la calidez de sus dedos atravesando la ropa y trasladándose a su piel, pero se obligó a mantener la calma y no soltarse de golpe. No pensaba demostrarle que aún tenía la capacidad de alterarla.

—¿De verdad que no te importa?

—No, Grant, no me importa. Me da igual donde vivas y seré capaz de soportar tu desfile de chicas. Solo espero que ya no celebres el tipo de fiestas que tanto te gustaba montar en tu antigua casa, pero, si lo haces, ya se encargará el señor Sicalowski de ponerte en tu sitio —contestó, pensando con malicia en su gruñón vecino del piso de abajo.

—Ni fiestas ni desfile de chicas. Ya no hay nada de eso, Liliana —aseguró Grant con voz grave antes de soltarla. Lil miró su expresión seria y supo que era cierto, que llevaba una vida muy distinta a la que había acostumbrado. Tal vez tenía una novia en Londres, pensó, una novia rubia y elegante, que hubiera ido a la universidad y vistiera ropas caras, alguien que encajara en su círculo, el tipo de mujer con el que siempre supo que acabaría. Sintió una cierta opresión en el pecho al pensar en esa posible novia y trató de eludir su ficticia imagen. Inspiró con fuerza y ocultó su turbación bajo una sonrisa fría.

—Lo que sea, Miller. Tu vida no es asunto mío.

Él no respondió, pero mientras se alejaba pudo sentir los ojos de Grant clavados en su espalda.

La llegada de Grant al apartamento de enfrente fue tan sigilosa que Liliana solo se enteró cuando ya llevaba varios días instalado. Se encontraron en el portal el siguiente domingo por la mañana. Ella llevaba una bolsa de *croissants* de El Café de Lucy, la pequeña pastelería de Willow Avenue, y

pensaba regalarse un buen desayuno mientras planificaba los cambios para el menú de los Green. Acababa de introducir la llave en la cerradura, cuando escuchó un saludo ronco a su espalda. Antes de girarse ya sabía que encontraría a Grant, pero no estaba preparada para el aspecto que presentaba: sudoroso, despeinado y con ropa deportiva. Su pecho subía y bajaba entre sonoras respiraciones, como si hubiera estado corriendo, lo que, dado su atuendo, resultaba bastante probable.

—Se me había olvidado lo que es correr al aire libre —explicó mientras recuperaba el aliento—. En Londres solía correr en la cinta, pero no tiene comparación.

Liliana asintió, incapaz de decir una palabra. Hacía dos meses, Grant Miller estaba al otro lado del océano y, de repente, había vuelto a su vida. A todos los ámbitos de su vida. Lo encontraba en el trabajo y también en casa y lo peor de todo era que ella misma le había abierto las puertas. Con reticencia y procurando marcar las distancias, pero allí estaba, convertido en su socio y en su vecino.

—Tienes que hablarme, Lil —dijo él ahogando un suspiro mientras llamaba al ascensor—, o creeré que no eras del todo sincera cuando me dijiste que me instalara en el piso de Rebecca.

—No, claro que no. No tengo ningún problema —aseguró, pero él arqueó una ceja, incrédulo, y eso la hizo reír. Cuando se calló, Grant parecía más relajado.

—No creí que alguna vez fuera a acusarte de mentirosa. ¿Por qué me dijiste que me instalara en el edificio si no te hace gracia?

Las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron en la cabina. Subieron en silencio y, solo al llegar a su rellano, Liliana se atrevió a contestarle:

—Tú y yo arrastramos una historia, Grant. Creí que ya te había sacado de mi vida, pero vuelves a estar en ella.

—Ya no soy el mismo —aseguró en voz tan baja que casi pareció un

susurro.

—Lo sé. Me cuesta mucho reconocerte, pero sigues siendo tú y una parte de mí...

—¿Sí? —la apremió y ella juraría que, por un instante, le pareció detectar un brillo de anhelo en su mirada.

—Te superé hace mucho tiempo, Grant. Quiero que eso quede claro. Todo lo que sentía por ti desapareció y no quiero que vuelva —aseguró con dureza.

Grant echó la cabeza hacia atrás, como si lo hubieran golpeado, pero asintió con gravedad.

—¿Quieres que me vaya?

Un agujero se abrió en el pecho de Liliana. La posibilidad de que volviera a irse la aterró y se odió a si misma por ello. Grant llevaba demasiados años entrando y saliendo de su vida, alternando los papeles de rival, amigo y amante; debería haberlo sacado de su sistema hace mucho tiempo y, sin embargo, había vuelto a permitir que se colara en su vida. ¿Cómo podía ser tan contradictoria?

—La verdad es que no sé lo que quiero —reconoció con tristeza antes de entrar en su piso.

Dejó las llaves en la repisa y miró la bolsa de *croissants*. Había perdido el apetito. Necesitaba desahogarse y no tenía a nadie a quien recurrir. Este sería el tipo de cosas que le contaría a Rebecca, pero Grant era su hermano. ¿Cómo iba a explicarle que estaba aterrada porque volvía a sentir algo por él? No tenía muy claro de qué se trataba. Tal vez solo era deseo, o quizás añoranza por un amor perdido. Fuera lo que fuera, no era bueno para ella, porque desde los trece años Grant Miller había entrado y salido de su vida dejándola cada vez un poco más rota y ella había vuelto a sus brazos una y otra vez hasta que tuvo la fortaleza de cerrar aquella puerta definitivamente. Entonces no tuvo dudas de estar haciendo lo correcto.

No llamó a Rebecca. En su lugar marcó el número de su madre y le habló del éxito de los tamales. Elena aplaudió su idea.

—Estoy segura de que a Grant y a ti se os ocurrirá algo para sacar Oak Farm adelante. Acabaréis haciendo un buen equipo, no tengo duda.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. Os conozco muy bien a los dos y sé que podréis entenderos.

—Mamá, hace años que no sabes nada de Grant. No tienes ni idea del hombre en que se ha convertido.

Elena guardó silencio durante unos segundos y Liliana tuvo que recordarle que seguían al teléfono.

—En realidad, Grant me llama de vez en cuando. Siempre lo ha hecho. Y cuando vivía en Charlotte venía a veces a verme.

La sorpresa dejó estupefacta a Liliana.

—¡Nunca me habías dicho que hablabas con Grant!

—Le perdí la pista cuando se fue a estudiar a Filadelfia, pero, cuando regresó, retomó el contacto. Incluso cuando se marchó a Londres me llamaba de vez en cuando. Es un buen chico y, reconozcámoslo, soy lo más parecido que ha tenido a una madre. Terri Miller nunca se ocupó demasiado de él y a su padre no empezó a interesarle hasta que fue un adulto.

—No entiendo nada... ¿Y de qué hablabais?

—Eso, cariño, no es asunto tuyo.

—¿Hablabais de mí?

—No mucho. A veces.

—Tenías que habérmelo dicho... —protestó.

—No. Tú nunca me has contado que pasó entre Grant y tú. Él tampoco, no te vayas a pensar que me ha contado cosas vuestras. Solo se interesaba por saber qué tal te iba, nada más. Pero yo no soy tonta: os he criado a los dos y os conozco bien. Sé que lo que calláis es más importante que lo que decís.

—No sabes nada —respondió Liliana, algo seca, pero su madre se rio y no pareció molesta.

—En realidad, no. Solo espero que me lo cuentes cuando estés preparada...

—¿Igual que tú me hablaste de mi padre?

Ambas permanecieron en silencio y Liliana supo que se había pasado, pero ya no tenía remedio. Las palabras se habían escapado de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—Siempre respondí a todas tus preguntas sobre él, pero no había mucho que contar. Me enamoré de un chico que me dejó cuando más lo necesitaba y no volvió. —Elena tragó saliva y bajó la voz, como si le costara seguir la conversación—. ¿Necesitas saber cosas sobre tu padre? ¿Te gustaría conocerlo o algo así?

—No, mamá. En realidad, no lo necesito —aseguró Liliana y rogó para que su madre la creyera, porque era cierto: no había vuelto a pensar en su padre en los últimos diez años, desde aquel viaje a Norfolk que volvió a introducir a Grant en su vida.

## Capítulo 13

Nunca llegaron a conocer al padre de Liliana, pero, mirándolo con retrospectiva, tal vez no fue lo importante de aquel viaje. Durante la mayor parte del trayecto de ida, la adolescente apenas despegó los labios, pero a Grant no le molestó. Escucharon música, disfrutó de los cambios en el paisaje y en algún momento pararon en un Walmart para que él comprara algo de ropa y un cepillo de dientes, ya que se había embarcado sin equipaje en aquella extravagante aventura. Llegaron a Norfolk al anochecer y ambos estuvieron de acuerdo en buscar un lugar para dormir. Alquilaron una habitación en un pequeño hotel de las afueras, que, pese a la oposición de Liliana, pagó Grant. Se aseguró de que el cuarto tuviera dos camas separadas y, satisfecha, dejó atrás su mutismo cuando él permitió que lo invitara a una pizza en un restaurante cercano. Lil perdió la rigidez que la había acompañado durante las últimas horas y se interesó por su vida universitaria. La conversación fluyó con naturalidad y él tuvo que admitir que estaba más a gusto con Liliana que con cualquier otra chica. A sus diecinueve años no sabía explicarse demasiado bien qué le sucedía con ella. Que lo atraía estaba claro. Nunca había dejado de gustarle. Pero había algo más, una conexión entre ellos que iba más allá de las ganas que tenía de besarla. Y tenía muchas, pero intuía que Lil no le permitiría ningún tipo de acercamiento.

—¿Estás nerviosa? —preguntó algo más tarde, cuando cada uno estaba tumbado en su cama y él podía escuchar sus constantes movimientos, como si

no llegara a encontrarse cómoda.

—Un poco —confesó—. ¿Sabes que nunca le había mentado a mi madre?

—Pues para ser la primera vez, lo has hecho con una mentira enorme...

Permanecieron en silencio durante un buen rato, hasta que ella lo rompió con un susurro:

—Gracias por venir conmigo, Grant.

Hacía mucho tiempo que ella no pronunciaba su nombre. Desde el incidente de Ava Compton, siempre lo llamaba por su apellido, con la clara intención de marcar las distancias y mostrar cierto desprecio. Escucharla decir su nombre removi6 algo dentro de 6l, algo c6ldido y desconocido, que lo hac6a sentir inseguro. Fingi6 dormir y un rato despu6s advirti6 que la respiraci6n de la chica se hab6a vuelto m6s pesada, como si hubiera ca6do en un profundo sue6o.

Al d6a siguiente, Grant sali6 a buscar algo de desayuno para dejar a Liliana ducharse tranquila. Todav6a se sent6a perturbado por las sensaciones que hab6a despertado en 6l con tan solo pronunciar su nombre, pero decidi6 actuar como si ella no le interesara. Sin embargo, no result6 f6cil mostrar indiferencia cuando regres6 a la habitaci6n. Flotaba en el aire un intenso olor a manzanas y Lil ya estaba vestida, pero el cabello h6medo, a6n sin peinar, le daba un aspecto delicioso. Parec6a demasiado joven e inocente y 6l dese6 de repente que aquella aventura, en la que se hab6a embarcado con tanta alegr6a, terminara cuanto antes.

Se dirigieron hacia la casa del padre de Liliana, un bonito edificio de ladrillo de una sola planta en una zona cara. Grant par6 el motor del coche frente al edificio y esper6 a que Liliana saliera, pero ella no se movi6. Durante un buen rato, permanecieron encerrados en el coche, contemplando la fachada.

—Tal vez ni siquiera est6 en casa —sugiri6 Grant al ver que Liliana no parec6a dispuesta a bajar, tan solo por calmarla, pero ella parec6a extra6namente tranquila.

—¿Podemos quedarnos aquí un poco más?

—Podemos hacer lo que quieras —aseguró Grant con tono firme.

Y eso hicieron. Se quedaron en el coche durante algo más de una hora, en silencio, mirando el edificio, del que no salió ni entró nadie. Le hubiera gustado que ella compartiera con él lo que pensaba o, simplemente, cogerla de la mano, pero no hizo ninguna de las dos cosas.

—¿Sabes? Creo que en realidad no necesito conocerlo —dijo ella al fin con voz serena.

—¿Seguro?

—Vine aquí por un impulso, pero ahora sé que no me hace falta. No necesito respuestas. Tengo una madre increíble que me quiere muchísimo. Si mi padre hubiera querido saber de mí, podría haberme buscado; ha tenido mucho tiempo. David y Scott lo encontraron en solo dos días y son dos chicos de diecisiete años. Un adulto con recursos no habría tenido problema en encontrarme si hubiera querido.

—Entonces... ¿nos vamos?

Liliana asintió, mientras volvía a ponerse el cinturón de seguridad.

—Siento que hayas hecho el viaje para nada.

Grant se encogió de hombros y la miró de reojo. No creía haber hecho el viaje en balde, pero ambos se habían quedado con una sensación agri dulce. Siguiendo su instinto, condujo hasta la playa.

—¿Qué haces? —se extrañó su acompañante, al ver que aparcaba.

—Ya que estamos aquí, he pensado que podíamos dar un paseo por la playa.

Jamás olvidaría, en todo lo que le restaba de vida, la mirada extasiada de Lil, sus ojos oscuros y profundos brillando de emoción, y la enorme sonrisa con que recibió la noticia.

—Nunca he visto el mar —confesó, y aquel reconocimiento sacudió el mundo de Grant de una forma desagradable. Le pareció imperdonable que una chica de diecisiete años no hubiera visto nunca el mar y se sintió un

privilegiado por poder estar a su lado en un momento tan importante. Cogidos de la mano caminaron sobre la arena y él no desvió la mirada del rostro de Liliana, absorbiendo todas las emociones que se dibujaban en él. No supo cuánto tiempo permanecieron así: ella contemplando el mar, arrobada; él incapaz de apartar los ojos de su cara, incapaz de explicarse cómo conseguía resistirse a tanta belleza y a tanta fuerza. La adolescente rompió aquel instante suspendido en el tiempo: se volvió, lo obligó a inclinarse y lo abrazó. Sintió que el corazón empezaba a palparle a toda velocidad y tuvo que cerrar los ojos y estrechar su cintura con fuerza durante los segundos que duró aquel breve abrazo.

—Gracias —susurró ella, provocándole un dulce cosquilleo en el cuello al notar la calidez de su aliento. Cuando se separaron parecían dos chicos torpes e inexpertos, ambos ruborizados y sonrientes.

—¿Te atreves a bañarte? —preguntó Grant, con una nueva energía recorriendo sus venas. Empezó a quitarse sus caras deportivas y ella, con una carcajada, se deshizo de los pantalones. Un minuto después ambos estaban en ropa interior y se miraron sin disimulo, recorriendo cada centímetro de sus cuerpos expuestos.

—Creí que íbamos a bañarnos —le recordó con una sonrisa traviesa y, sin pensar, corrieron por la arena cogidos de la mano hasta llegar al mar—. ¡Está helada! —chilló Lil al sentir el impacto del agua, pero no interrumpió el baño. Aguantó con estoicismo durante quince largos minutos, en los que jugaron como dos chiquillos y se retaron a carreras y aguadillas, exactamente igual que cuando eran niños y se bañaban en la piscina de los Miller. Después, agotados y temblorosos, se tumbaron sobre la arena para secarse al sol.

—¿Estás segura de que no quieres conocer a tu padre? —preguntó él, consiguiendo que ella se girara hasta quedar tumbada de lado.

—Segura.

Se sintió atrapado por aquella mirada oscura e intensa, y como si un hilo

invisible tirara de él, acarició su mejilla. Le sorprendió la tibieza de su piel y deslizó los dedos sobre su cara, dibujando las líneas de su barbilla y el contorno de sus labios. Se inclinó para besarla, pero cuando estaba a tan solo unos milímetros, ella giró el rostro y se apartó.

—Estoy saliendo con Alex —explicó con voz ronca y la realidad golpeó a Grant en el pecho. Algo viscoso y desagradable se extendió por su interior, obligándolo a tragar saliva y a separarse de ella, incrédulo.

—¿Y por qué no está él aquí? —inquirió con más dureza de la que pretendía, mientras se ponía en pie y empezaba a vestirse. Con un suspiro, ella también se incorporó, se sacudió la arena y recogió su ropa.

—Porque no lo sabe. Alex y yo... No tenemos ese tipo de relación, pero no me enrolló con otros cuando estoy con él.

Grant asintió con brusquedad y regresó al coche. Escuchó sus pasos apresurados tras él y se dijo que no era tan importante, que se había dejado llevar por la intensidad del momento y que no le importaba en absoluto que Liliana estuviera con otro.

Grant estaba demasiado acostumbrado a esconderse de sí mismo, así que no le fue difícil engañarse e ignorar la pequeña cicatriz que dejó en él el desenlace de su breve escapada. Durante los siguientes meses adoptó una actitud amistosa con Liliana cada vez que se cruzaban en Oak Hill. El viaje a Norfolk había supuesto un punto y aparte en su relación y ambos se trataban con una cordialidad desconocida hasta entonces. Mientras tanto, continuó su vida crápula en la universidad. Seguía siendo el chico más popular, más divertido y más encantador del campus y, aunque a veces aquellas etiquetas pesaban demasiado, procuraba no pensar en ello.

—En algún momento tienes que sentar la cabeza —gruñía su padre en los almuerzos y cenas familiares en los que trataba de mostrar su mejor faceta, pero Conrad Miller, de una forma u otra, estaba al tanto de la vida de su hijo

—. Necesitas entrar en una buena Escuela de Negocios y no lo conseguirás si sigues distrayéndote con chicas y fiestas.

—Vamos, Conrad, deja que el chico se divierta. Los hombres de su edad tienen demasiada energía para malgastarla en la biblioteca —lo defendía su madrastra, mientras trataba de acariciarlo con disimulo. Asqueado, Grant evitaba a Alexa, cuyos avances cada vez resultaban más descarados y desagradables.

En realidad, cada vez era más consciente de lo vacía que resultaba la vida que llevaba, pero no sabía parar. Si lo hacía, tal vez descubriría que estaba más solo de lo que realmente creía. ¿En cuántos de sus nuevos amigos podía confiar realmente? No estaba seguro de querer conocer la respuesta. Echaba de menos a Tyler, pero su mejor amigo estudiaba en Boston y apenas se veían un puñado de veces al año.

Pero el otoño siguiente todo cambió. Rebecca se marchó a estudiar a Seattle, Elena Peña dejó su empleo en la mansión para casarse y, de repente, nada lo ataba a Oak Hill. Solo quedaba aquella enorme casa vacía, aquella casa que había sido testigo de todos sus desenfrenos, donde ya nadie lo esperaba. Se sintió cansado, solo, hastiado de sí mismo y su propia vida. El largo catarro que cogió antes de Halloween lo apartó de las juergas universitarias durante una temporada y hasta empezó a eludir a su padre y sus exigencias académicas, cada vez más apremiantes. Había cumplido veinte años y algo en su interior le exigía cambiar, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Su padre esperaba de él que se graduara con un buen expediente, hiciera un posgrado en una Escuela de Negocios con cierto renombre y se incorporara a trabajar en su empresa. La idea no le disgustaba, tal vez porque no había ninguna otra alternativa que lo atrajese. Él no era como Rebecca, que llevaba entregada al *ballet* desde que era una niña, o como Tyler, que desde la adolescencia tenía clara su vocación de periodista. Y la idea de trabajar para su padre, obtener por fin su respeto, le parecía bastante tentadora.

Pese a sus buenas intenciones, su trabajo en la universidad dejaba mucho que desear. Nunca fue un buen estudiante y carecía de la constancia necesaria para conseguir algo más que aprobados mediocres. El escaso interés que despertaban en él las materias que cursaba no le facilitaba la tarea, pero, tras algunas reuniones con su tutor, consiguió establecer un nuevo plan de estudio.

—Menos fiestas y más biblioteca —resumió el profesor O’Neill y Grant creyó que podría lograrlo.

Aquel año, su padre insistió en que asistiera a la fiesta de Navidad de la empresa. Era la primera vez que lo invitaba y se sintió ridículamente abrumado. La celebración tuvo lugar en una lujosa sala para eventos y congregó a toda la plantilla de Miller & Co. Acudió a la fiesta junto a su padre y Alexa y llevó como acompañante a Bianca Livingstone, una de las jóvenes más destacadas de la alta sociedad de Charlotte. Alta, rubia, elegante e hija de una de las mejores amigas de su madre, la acompañante perfecta para este tipo de eventos, tal como le hizo saber Terri Miller en una de las esporádicas conversaciones telefónicas madre-hijo. Su padre aprobó la elección, lo que le hizo sentir como si hubiera ganado una medalla olímpica.

Descubrió que las fiestas de empresa podían ser algo muy aburrido. Su padre lo arrastró de grupo en grupo, presentándole a los otros socios, todos los jefes de departamento y a los empleados que consideraba más relevantes. Acostumbrado a desenvolverse con soltura en cualquier ambiente, Grant se encontró encandilando a unos y otros mientras se paseaba por la sala con Bianca colgada del brazo. Conrad parecía satisfecho con su comportamiento y Grant pensó que jamás se había sentido tan cerca de su padre. Después de una infancia de abandono y una adolescencia de enfrentamientos, encontrarse en aquella posición con su progenitor resultaba, como poco, sorprendente.

La reconoció desde la otra punta de la sala. Llevaba el mismo uniforme que el resto de los camareros (camisa blanca, pantalones negros, zapatos planos), pero Liliana Peña resultaba inconfundible. Asombrado, la vio

moverse entre los invitados llevando con soltura una pesada bandeja cargada de aperitivos y tuvo que resistir la tentación de cruzar la sala a la carrera. La observó durante un buen rato, llevando y trayendo bandejas, mostrándose eficiente y resuelta. Solo cuando tuvo la certeza de que su padre estaba distraído, se disculpó con Bianca y la siguió mientras abandonaba la sala con la bandeja vacía. Ella no pareció darse cuenta de su presencia hasta que la agarró del codo y la arrastró por el pasillo.

—¡Grant! ¿Qué haces? ¡Estoy trabajando!

Los camareros que salían con nuevas bandejas con bebidas y aperitivos les dirigieron miradas de extrañeza, pero nadie los importunó. Grant empezó a abrir puertas hasta que dio con una habitación vacía.

—¿Qué haces trabajando en la fiesta de empresa de mi padre?

Lil parpadeó confusa y puso los ojos en blanco.

—Ni siquiera sabía que era la empresa de tu padre. Estoy cubriendo a una de mis compañeras de piso, que trabaja en una empresa de *catering*. Está enferma y me ha ofrecido sustituirla en la fiesta de hoy.

—¿Una de tus compañeras de piso? —preguntó confuso. Aquel trimestre apenas había frecuentado Oak Hill, así que le había perdido la pista a Liliana. Con paciencia, Lil le explicó que estudiaba en una Escuela de Cocina en Charlotte y compartía piso con dos chicas.

—Así que ahora vives en la ciudad...

—Bueno, los fines de semana vuelvo a Oak Hill. Sigo haciendo el turno de mañana en Joe's. El sueldo es bastante mejor que lo que pagan en Charlotte... Oye, tengo que volver al trabajo.

Grant no la escuchó. Recorrió con avidez las líneas de su rostro, aquella encantadora nariz aplastada, las cejas finas, la boca grande y generosa... Llevaba años deseando en secreto a aquella chica, portándose como un cobarde que no se atrevía a intentar conquistarla. El antiguo Grant haría un comentario burlón y la dejaría marchar, pero algo dentro de él estaba cambiando y necesitaba hacer las cosas de manera diferente. Lil debió

advertir algo en su expresión, porque dio un paso atrás. Sabía que la estaba mirando con una intensidad abrasadora, la misma que había intentado ocultar durante los últimos cinco años, pero ya no estaba dispuesto a reprimirla. Antes de que Liliana pudiera reaccionar, estampó su boca contra la de ella y la besó como llevaba deseando desde hacía mucho tiempo. Escuchó su jadeo de sorpresa, pero no disminuyó la intensidad del beso y la devoró con un ansia incontenible. Cuando sintió que los dedos de ella se deslizaban entre sus cabellos y respondía con idéntica pasión, lanzó un gruñido de satisfacción y profundizó su beso.

Enloquecido, la atrajo hacia sí, logrando que sus cuerpos quedaran pegados por completo, casi como si fueran a fundirse en uno solo. Deslizó su boca hambrienta por la garganta femenina, aspirando con fruición su conocido olor a manzanas, y dejó que sus manos recorrieran frenéticas las pronunciadas curvas de la joven por encima de la ropa. Liliana respondía con igual ardor, como si quisiera regalarle de golpe todas las caricias que se habían escamoteado durante años. La habitación se llenó de suspiros y jadeos y faltó muy poco para que él le arrancara aquel horrible uniforme de camarera. Solo un atisbo de cordura lo obligó a detenerse. Por mucho que la deseara, no había esperado cinco largos años para resolver lo suyo con Liliana con un polvo frenético en una sala escondida durante la fiesta de su padre. Apoyó la frente sobre la de ella y trató de recuperar el aliento.

—Te deseo tanto, Lil —susurró cuando fue capaz de articular una palabra coherente—. Tanto...

—Esto es una locura...

—No digas eso, no te echés atrás.

—Estoy trabajando, Grant. Esto no es...

Él asintió. Por supuesto, tenía razón. La besó con suavidad y contempló satisfecho sus labios hinchados.

—Vuelve al trabajo, pero esto no ha terminado aquí.

—Grant...

—No. Te llevaré a casa cuando acabes y hablaremos entonces— afirmó, y volvió a besarla, porque era incapaz de dejar de hacerlo.

—Tú no quieres hablar.

—Vuelve al trabajo. Hablaremos luego —repitió mientras abría la puerta. No había nadie en el pasillo y la empujó con suavidad hacia el exterior, ignorando la mirada confusa que le lanzó ella antes de regresar a su puesto. Grant permaneció unos minutos más en la habitación, tratando de calmarse para que su excitación no resultara demasiado evidente cuando volviera a la fiesta.

Sentía la sangre corriéndole en las venas con una vitalidad desconocida y, durante el resto de la velada, lo acompañó una resplandeciente sonrisa que provocó unos cuantos enamoramientos entre las empleadas de Miller & Co.

## Capítulo 14

Sobre la mesa de trabajo se extendía una muestra del menú para la cena de aniversario de los Green, que querían celebrar sus cincuenta años de casados con una gran fiesta que reuniera a su extensa familia y sus amigos más queridos. Liliana y Thomas, que aprovechaban las mañanas que el resto del personal libraba para ensayar nuevos platos y elaborar los menús para los eventos, se habían reunido para trabajar en aquel encargo. El cocinero probó los raviolis de calabaza y *ricotta* con salsa de almendras e hizo un gesto de aprobación.

—¿Qué lleva el relleno? ¿Salvia y algo de nuez moscada? —El chef saboreó de nuevo la salsa—. Es un plato perfecto, Lil. Delicado y adictivo. Les va a encantar.

Liliana asintió complacida. Los Green habían solicitado algunos cambios de última hora en el menú y había trabajado a contrarreloj en las nuevas propuestas.

—¿Son los nuevos platos para el aniversario de los Green? —preguntó el nuevo socio de Oak Farm, que acababa de entrar en la cocina. Liliana lo estudió de reojo. Nunca le habían resultado especialmente atractivos los hombres con corbata, pero nadie sabía llevar los trajes como Grant. Seguramente se los hacían a medida, porque tenían una caída perfecta y realzaban su esbelto cuerpo.

—Sí —carraspeó algo inquieta—. ¿Quieres probarlos?

Rebecca no intervenía nunca en los menús, pero le gustaba catar las nuevas elaboraciones.

—La ensalada de espárragos asados es espectacular, pero lo mejor son los raviolis. La jefa se ha superado —indicó Thomas con orgullo mientras sacaba un tenedor limpio.

Grant probó los platos. Con cada bocado que se introducía en la boca, cerraba los ojos y masticaba con lentitud, como si estuviera deleitándose con todos los sabores. Había algo demasiado íntimo en aquella escena que puso a Liliana nerviosa, pero, al mismo tiempo, no podía apartar la vista de su socio, como si estuviera hipnotizada por su sola presencia. Cuando terminó, Grant la miró fijamente y sus labios se curvaron en una lenta sonrisa; parecía intuir todas las confusas sensaciones que se arremolinaban en el interior de la joven.

—Son perfectos, Thomas. Tienes razón —aseguró con voz ronca y grave que provocó un escalofrío en Liliana. Tragó saliva, inquieta bajo el escrutinio de aquellos ojos azul grisáceo, y empezó a recoger los platos.

—Bien, pues ya hemos terminado. Yo recogeré, Thomas.

El cocinero miró a uno y otro socio con una leve sonrisa y asintió.

—Está bien. Entonces me voy... A propósito, Josh me está organizando una fiesta sorpresa de cumpleaños para dentro de dos jueves, así que no hagáis planes.

Liliana se echó a reír.

—Thomas, el objetivo de un cumpleaños sorpresa es que sea sorpresa...

El cocinero sonrió y guiñó un ojo.

—No te preocupes. Me haré el sorprendido tan bien que Josh no sabrá nunca que lo he descubierto —aseguró antes de abandonar la cocina. Todavía con una sonrisa bailando en los labios, Liliana terminó de recoger.

—Tengo ya listo el plan de actuación y quería comentarlo contigo —anunció Grant, apoyándose en una de las encimeras—. Sin despidos —matizó con una leve sonrisa burlona, pero parecía bastante satisfecho de sí

mismo.

—Bien. Escuchemos como vas a salvar Oak Farm de la ruina.

—Lo haremos los dos, Lil. Estamos juntos en esto —aclaró—. ¿Subimos a mi despacho? Tengo allí todos los papeles.

Grant se adelantó mientras Liliana se cambiaba de ropa. Se quitó la chaquetilla blanca y se soltó el pelo. Una vez vestida con unos cómodos vaqueros y un jersey de punto fino, se dirigió al despacho de su socio. Grant había hecho algunos cambios en la antigua oficina de Rebecca, dándole un aire más sobrio y masculino que nunca imaginó propio de él, no al menos del Grant decadente y frívolo del instituto y los primeros años de universidad. Era una imagen, claro, Liliana lo sabía bien, porque había sido testigo en algunas ocasiones de esa parte oscura que se escondía dentro de él y que la atraía sin remedio, esa parte de sí mismo que él se negaba a dejar que saliera a la superficie, una parte que hablaba de soledad, de abandono, de inseguridad... Se había enamorado una y otra vez de las distintas versiones de Grant, del Grant manipulador y del Grant generoso, del niño que la desafiaba, del adolescente que la ignoraba, del joven encantador y del hombre confuso y, aunque siempre procuró no mostrar cuánto la afectaba, nunca se engañó a sí misma sobre sus propios sentimientos.

—Puedes sentarte —indicó Grant ligeramente divertido. Ruborizada, Lil se percató de la absurda forma en que se había quedado apoyada en el quicio de la puerta, como si no se atreviera a entrar. Avanzó despacio, tomó asiento y Grant le entregó unos papeles para que los estudiara—. Una de las cosas que me llama la atención son los bajos precios que ofrece Oak Farm. La ganancia es mínima y no está acorde a los precios que ofrecen otras empresas de la zona.

—Pretendíamos que fuera asequible. El club es carísimo y solo unos cuantos privilegiados pueden permitírselo. Queríamos ser una alternativa más económica.

—No, lo que hacemos es desvalorizarnos. Oak Farm ofrece un servicio de

calidad y eso se paga. Te aseguro que la gente lo paga. Revisaremos los precios para ampliar el margen de ganancia.

El tono de Grant no admitía réplica y Liliana no se opuso. Escuchó todos los nuevos planes, como crear un servicio de *catering*, reforzar la captación de clientes, remodelar las salas vacías para convertirlas en espacios útiles y aumentar la presencia en ferias del sector.

—Necesitamos más personal en las oficinas. Grace me ha pedido dejar de ser ayudante y pasar a organizar eventos. —Liliana ahogó un grito de protesta—. Sé que ella no te gusta demasiado, pero ha trabajado durante un año con Rebecca y Abigail y creo que está preparada para dar el salto.

Liliana sintió algo feo deslizarse por dentro de ella. Grace era una chica muy guapa, vestía con clase y ya la había visto tontear con Grant.

—¿En serio te ha convencido para que la asciendas?

Grant enarcó las cejas ante el tono agresivo de su socia, pero su expresión permaneció impassible.

—Voy a ignorar la insinuación de tu tono. Estará a prueba durante seis meses bajo la supervisión de Abigail y contrataremos a una persona más para el departamento, así como un asistente. ¿Quién se ocupa de la página web y las redes sociales?

Fue una larga reunión, pero cuando terminaron, Liliana se acomodó satisfecha en su silla. Grant había diseñado un plan integral que evitaría la quiebra de Oak Farm sin necesidad de despedir a ningún empleado.

—Sabía que podrías encontrar una solución mejor a los despidos.

—Si aumentamos la clientela y el nuevo servicio de *catering* funciona, entonces puede que todo esto sirva de algo. Tienes que saber que es un plan muy arriesgado y que no garantiza nada, pero a mí también me gusta más esta idea que la de los despidos. En Miller & Co. nunca nos habríamos planteado otra posibilidad, pero aquí todo es diferente y eso me gusta... Entonces... ¿estás de acuerdo?

Había cierta ansiedad en su voz y Liliana se sintió tentada a cogerle de la

mano para calmarlo. Lo había hecho muy bien. Había dejado de lado la medida fácil, la que les habría permitido salir del lío en que se encontraban de forma rápida, y había trabajado en un plan inteligente para sacar adelante la empresa. Se sintió orgullosa de él, del hombre en el que se estaba convirtiendo y de su innegable implicación con Oak Farm y su gente.

—Sí, Miller, estoy de acuerdo.

—No me digas Miller. Ya no somos rivales, Lil —aseguró conteniendo un suspiro—. Vamos, te invito a una copa.

—No estoy vestida para ir a ningún lado —se negó. No estaba muy segura de querer ampliar su relación con Grant más allá de los límites de Oak Farm e ir a un bar con él no parecía una buena idea.

—La tomaremos aquí —dijo. Se puso en pie y se dirigió al armarito donde Rebecca solía guardar las bebidas. Sacó una botella de *bourbon* y miró dubitativo el resto de las opciones—. Hay una cosa dulzona que se supone que es ron con licor de caramelo y unos restos de vodka con manzana. Supongo que mi hermana y tú seguís teniendo unos dudosos gustos alcohólicos...

Lil se rio y aceptó el vodka. Fue a buscar un par de copas y algo de hielo y se sentó en el cómodo sofá que Rebecca instaló en su despacho y que Grant había conservado. Él pareció dudar un momento, pero al final se sentó a su lado, dejando cierta distancia entre sus cuerpos, como si temiera estar demasiado cerca de ella.

—Háblame de Londres —le pidió, en parte para romper el silencio y en parte porque sentía curiosidad por conocer su vida al otro lado del océano. Grant apretó los labios y echó la cabeza hacia atrás, hasta dejarla apoyada en el respaldo del sofá, dejando a la vista las líneas de su cuello. Lil tuvo una visión fugaz de sí misma depositando tiernos besos en aquel cuello, recordó el tacto y el olor de su piel... y se obligó a dejar de pensar.

—No hay mucho que contar —aseguró Grant—. Me dediqué a trabajar. Es todo lo que hacía.

—Algo más harías —susurró ella, sorprendida por la seriedad de su tono.

—Hacía siempre frío en Londres —explicó. Levantó la cabeza y Lil se sintió aturdida por la tristeza que podía leer en sus ojos—. Incluso en verano, siempre tenía frío y no era por el clima. Era yo... Me había vaciado por dentro y parecía vivir dentro de una jaula. Ir a Londres fue un error. Lo mejor que he hecho ha sido volver aquí...

Liliana no esperaba una confesión tan personal. Al antiguo Grant no solían gustarle las conversaciones profundas que desvelaran su vulnerabilidad. Tenía cierta habilidad para esconderse detrás de la burla y del sarcasmo, pero el nuevo hombre que había regresado de Londres no tenía miedo a exponerse tal cual era.

—Tal vez Londres no te ha sentado tan mal como crees... Has crecido —dijo sorprendida de su descubrimiento.

—Bueno, tenía que suceder alguna vez... ¿Otra copa?

Liliana negó con la cabeza. Había tenido suficiente de Grant Miller por un día y, en realidad, no podía permitirse volver a conectar con él.

—Tengo que irme —aseguró y él la miró largamente, pero no la detuvo. Se limitó a asentir con la cabeza mientras Liliana abandonaba el despacho.

La cabeza rubia de Grace asomó en su oficina la tarde siguiente y pidió permiso para entrar. Liliana trató de ocultar su sorpresa ante la presencia de la antigua ayudante de Rebecca y la invitó a sentarse con gesto amable, pero Grace permaneció de pie.

—Solo quería darte las gracias por la oportunidad. Grant me ha dicho que tú estabas de acuerdo en el cambio de puesto y solo quería decirte que no os arrepentiréis de haber confiado en mí.

—Eso espero, Grace. —Su voz sonó más severa de lo que pretendía, pero la joven no pareció molesta.

—Sé que no te gusto mucho, pero quiero que sepas que me voy a esforzar

por hacerlo bien.

—No me caes mal —aseguró Liliana—, pero me encantaría dejar de encontrarte escuchando a hurtadillas.

Grace asintió e incluso pareció algo avergonzada, lo que causó cierta ternura en Liliana.

—¡Jefa! Thomas dice que cuando tengas un momento te pases por la cocina. —Doug entró derrapando y se detuvo en seco al descubrir a Grace.

—¡Doug! No puedes entrar así en mi despacho.

—Lo...lo siento, jefa. No sabía que estabas reunida —aseguró el chico rojo como un tomate mientras lanzaba a Grace una mirada anhelante que decía mucho sobre sus sentimientos. La joven no pareció darse cuenta de la perturbación que provocaba en el desgarbado ayudante de cocina, porque se limitó a sonreír con educación antes de abandonar la sala, dejando en el aire la estela de un sofisticado perfume. Liliana casi pudo palpar la evidente decepción de Doug, pero Grace Campbell no parecía de las que se fijaban en chicos como Doug Sullivan, con su delantal de cocina, su larga nariz y los dientes algo separados. Las chicas como Grace solían preferir a elegantes ejecutivos con traje y corbata, que irradiaban atractivo y dinero.

—Vamos, Doug, veamos que quiere Thomas —indicó al chico con tono suave para sacarlo de su ensoñación.

No supo nada de Grant durante aquella jornada, pero la noche siguiente lo encontró en el rellano de su apartamento. Estaba vestido con unos vaqueros y una camiseta y parecía más joven que el hombre con traje y corbata que cada mañana aparecía en Oak Farm. Se paseaba de un lado al otro y, cuando la vio salir del ascensor, se dirigió hacia ella con paso firme.

—Tengo en mi apartamento algo que te pertenece. —Liliana lo miró sorprendida—. Dice que es tu hermanastro.

Atónita, lo siguió a su casa. Lo primero que le sorprendió fue la ausencia de muebles, como si todavía no se hubiera instalado del todo. Un sofá y una mesa era todo lo que contenía el desangelado salón, pero no se detuvo a

analizarlo, porque, sentado en el suelo, junto a una vieja bolsa de deporte, estaba Cameron Reighard. Su hermanastro, un adolescente de quince años, jugueteaba con el móvil, pero, cuando levantó la vista, Lil solo percibió una aguda tristeza en sus ojos castaños.

—Cam, ¿qué haces aquí a estas horas? —preguntó inclinándose sobre él. Percibió que Grant se retiraba con discreción hacia el otro extremo del cuarto e intercambió una mirada preocupada con su socio.

—Estaba en la puerta de tu apartamento cuando he llegado y he creído conveniente que te esperara en mi piso hasta que llegaras —explicó Grant—, pero no ha sido muy comunicativo.

—Estoy aquí, ¿sabes? —interrumpió Cam con tono agresivo—. No hables de mí como si no estuviera en la habitación.

—Cam... —le reprendió Liliana.

—Lo siento —refunfuñó el chico—. Me he peleado con mi madre y sé que mi padre se pondrá de su parte. ¿Puedo quedarme contigo esta noche? No quiero volver a casa.

—¿Tus padres saben que estás aquí?

Cam agachó la cabeza, avergonzado, y Liliana asintió.

—Iba a pedir una pizza. ¿Qué tal si pido para los tres mientras tú llamas a los padres de Cam? —propuso Grant. La mirada de Cameron pareció ablandarse al escuchar la palabra «pizza» y Liliana asintió, agradecida. Los dejó escogiendo los ingredientes de la pizza y ella aprovechó para cruzar a su apartamento y llamar a Jason.

—No sé qué le pasa a este chico —se quejó su padrastro cuando le hubo contado la historia—. Lleva una temporada muy difícil: falta a clase, saca malas notas y no hace más que discutir con su madre y conmigo... Tal vez a ti te cuente qué le sucede...

Cuando Liliana regresó al apartamento de Grant, encontró a los dos sentados en el sofá, viendo vídeos en el móvil del adolescente.

—He hablado con tu padre, Cam. Parecía muy preocupado... ¿Se puede

saber qué ha pasado?

El chico guardó silencio y siguió concentrado en el móvil. Grant negó con la cabeza e indicó a Liliana que lo siguiera a la cocina.

—No lo presiones. Tal vez luego, cuando estéis a solas, quiera contártelo. Déjalo que se relaje y te lo dirá...

—¿Desde cuándo sabes tanto de adolescentes, Miller?

—Bueno, una vez fui uno de ellos, y sé lo que puede llegar a hacer un chico para llamar la atención de sus padres.

—Venga ya... Los padres de Cam no tienen nada que ver con los tuyos. Ellos quieren a sus hijos y se preocupan por ellos. —Liliana se llevó la mano a la boca y miró horrorizada a Grant, al darse cuenta de lo que había dicho—. No quería...

—Da igual, Lil, es la verdad —la interrumpió con una sonrisa nostálgica. Ambos se quedaron callados y solo entonces Liliana se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. Grant alargó la mano con lentitud, casi como si pidiera permiso, y le retiró un mechón de cabello de la cara. Sus dedos rozaron accidentalmente la piel; o tal vez no tan accidentalmente, sospechó Liliana cuando el toque se convirtió en una suave caricia que envió cientos de descargas eléctricas por todo su cuerpo. «Si Grant inclinara la cabeza solo un poco, podría besarlo», pensó. ¿Besaría diferente el nuevo Grant o sería como en el pasado, capaz de hacer desvanecer el mundo solo con el roce de sus labios?

—El caso es que los padres de Cam están pendientes de él —se obligó a decir para ocultar su turbación, al tiempo que daba un paso hacia atrás—. Jason es un buen hombre y la madre de Cam es algo complicada, pero quiere a sus hijos.

La llegada de la pizza interrumpió la conversación y los tres se sentaron en el suelo del salón para cenar.

—Tío, no tienes ni una silla. ¿Te han robado? —preguntó Cam antes de dar un mordisco a su porción.

—Es que me acabo de instalar y no he tenido tiempo para ocuparme de los muebles.

—Pues deberías hacer algo al respecto. Este piso da pena...

Cuando terminaron la pizza, Liliana y Cameron se despidieron de Grant. Lil le dio las llaves a su hermanastro para que abriera y ella se volvió hacia su socio para agradecerle que se hubiera ocupado del chico. Grant se encogió de hombros, quitándole importancia, y esperó a que ellos entraran en casa para cerrar la puerta.

Una vez dentro, Cam se dio una ducha mientras Liliana preparaba la habitación de invitados, el mismo dormitorio que había ocupado Rebecca durante el año en el que vivieron juntas, antes de que se mudara con Ethan. Echaba mucho de menos a la pareja y, aunque había hablado con Rebecca bastantes veces desde que se había mudado, no era lo mismo. Añoraba tener cerca a su mejor amiga, pasar tiempo con ella. Le gustaría hablarle de los confusos sentimientos que despertaba Grant en ella, de las ganas que había tenido de besarle en la cocina de su apartamento, del constante esfuerzo que le suponía mantener las distancias con él. Lo cierto era que Grant no había intentado ningún tipo de acercamiento; alguna mirada intensa o la leve caricia cuando le retiró el pelo, pero se había mostrado en todo momento respetuoso y no había dejado caer ni una sola insinuación de que estuviera interesado en ella como algo más que una socia o una amiga.

Y, sin saber por qué, sintió que se abría un inmenso agujero dentro de su pecho.

## Capítulo 15

Perseguir a una chica no entraba en su forma de proceder habitual, pero cuando regresó a la sala de eventos, después de dejar a Bianca en casa, descubrió que Liliana se había marchado. Encontró a algunos de sus compañeros, que estaban terminando de recoger los restos de la fiesta, y una de las camareras le indicó que Lil parecía tener prisa. «Cobarde», pensó para sus adentros, pero, lejos de estar enfadado, incluso le resultó divertida aquella patética huida. Sentado en el taxi que lo llevó de vuelta a la residencia, trató de averiguar el siguiente paso a dar y descubrió, algo sorprendido, que no sabía muy bien qué hacer a continuación. No tenía forma de localizarla. No tenía su teléfono y no sabía dónde vivía ni a qué escuela asistía. Se le pasó por la cabeza la idea de llamar a Rebecca o a Elena para pedirles el número de Liliana, pero no encontró ninguna excusa plausible que justificara su repentino interés en dar con ella. Intentaría localizar a la empresa de *catering* para que le dieran su teléfono o su dirección, pero dudaba de que se lo facilitaran, pensó mientras entraba a oscuras en su dormitorio, tratando de no despertar a su compañero de cuarto. Solo cuando se metió en la cama, recordó que ella había comentado que seguía haciendo el turno de desayunos en Joe's. Satisfecho, se dijo que podía esperar unos días para resolver aquel asunto y se durmió de inmediato.

El sábado a las seis de la mañana condujo hasta Oak Hill, aparcó el coche y se dirigió con paso exultante a la cafetería del centro. No había demasiada

clientela, así que ocupó una de las mesas vacías y recorrió la sala con la vista hasta que dio con Liliana. Se encontraba junto a la barra, con aquel horrible uniforme celeste y el pelo recogido en una coleta. La chica lo descubrió al mismo tiempo y su cara de estupor lo hizo sonreír. Había logrado pillarla con la guardia baja.

—¿Qué haces tú aquí?

—Desayunar, por supuesto —aseguró con tono burlón—. Creo que hoy tomaré el especial y la tarta de manzana.

—Le diré a Sheila que te tome nota.

—No sabía que me tenías miedo.

—¿Miedo? ¿De ti? —La falsa carcajada que brotó de su garganta le confirmó que, por mucho que lo negara, estaba aterrada. La observó a través de los párpados entornados, pero ella supo aguantarle la mirada—. Te traeré tu desayuno —claudicó al fin y diez minutos después regresó con una pesada bandeja. Puso delante de Grant una gran taza de café oscuro, un vaso de zumo de naranja y varios platos con dos huevos fritos con patatas, cuatro tiras de beicon, tostadas, tortitas con sirope de fresa (le sorprendió de manera satisfactoria comprobar que recordaba su sabor favorito) y una generosa porción de tarta de manzana.

Grant se concentró en su desayuno, pero su cabeza no paraba de darle vueltas a la forma de abordar a Liliana. Llevaba cinco años deseando a aquella chica. Cinco años intercambiando pullas y sarcasmos, viéndola pasearse de la mano de Mike Muñoz o aferrarse a la cintura de Alex cuando la llevaba en su moto. Cinco años escuchando su nombre unido al de otros chicos, cruzándose con ella en la mansión cuando se recluía con Rebecca y el resto de marginados en la casa de la piscina, soñando con un beso que en su cabeza se había magnificado hasta convertirse en el beso perfecto, un beso que no podía haber sido tan bueno como recordaba, tan puro e inocente, porque dudaba que él supiera apreciar algo de esas características. Pero lo cierto era que, pese a todas las chicas que habían pasado por su cama desde

que perdió la virginidad con Jenna Quinn, tres años mayor que él y una de las bellezas del condado, ninguna de aquellas chicas había despertado en él la atracción que sentía por la orgullosa amiga de su hermana. El beso en la fiesta de Miller & Co le había confirmado el único dato que le faltaba: que ella también lo deseaba con la misma intensidad. Aquel beso no había tenido nada de inocente. Había sido un beso sexual, lleno de promesas apasionadas, y él ya había esperado bastante. Estaba harto de negarse a sí mismo lo que quería, harto de sustituirla con chicas que le parecían anodinas y cuyos nombres era incapaz de recordar. Quería a Liliana en su cama y, como había descubierto que ella también lo deseaba, no estaba dispuesto a esperar otros cinco años. Ni siquiera creía que fuera capaz de esperar cinco días.

—¿Más café? —La voz de Liliana lo sacó de su ensimismamiento. Algo había cambiado en su tono. Demasiado amistoso. Estaba claro que ella también había decidido variar de estrategia y adivinó su intención: fingir que el beso de la otra noche no había ocurrido. Sonrió para sus adentros. Liliana Peña iba lista si pensaba que permitiría que se saliera con la suya—. ¿Sabes? Será la última vez que te sirva. A partir de la semana que viene empezaré a trabajar en la cocina. Joe cree que si me han admitido en la escuela de Charlotte, ya estoy lista para freír huevos y hacer tortitas.

El sarcasmo de su voz no fue suficiente para ocultar el orgullo. Para cualquier otra persona, trabajar en las cocinas de Joe's no supondría una gran mejora, pero para Liliana era una oportunidad: el primer paso en su futura carrera de cocinera.

—Estoy seguro de que los grandes chefs también empezaron friendo huevos —dijo, y Liliana lo estudió con atención, como si quisiera encontrar en él algún indicio de mofa, pero Grant mantuvo la expresión seria.

—Pues sí, la mayoría de los cocineros que admiro empezaron desde abajo, en los puestos más humildes de una cocina o trabajando en locales pequeños. —Esbozó una pequeña sonrisa y Grant supo que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Es estupendo. Creo que esto se merece una buena celebración. ¿Qué tal una cena en The Fig Tree?

Se quedó tan sorprendido como Liliana de sus propias palabras. Nunca había pretendido pedirle una cita. Él no tenía citas. De hecho, no creía haber llevado jamás a una chica a cenar o al cine. ¿Por qué iba a hacerlo si desde que había llegado a la adolescencia las chicas se le ofrecían en cualquier ocasión sin necesidad de pasar dos horas de inaguantable cháchara observándolas jugar con una ensalada o tragarse una película que no le interesaba? Pero ahí estaba, a sus veinte años, pidiéndole a una chica su primera cita y descubriéndose bastante nervioso por si ella lo rechazaba. Era tan ridículo que estuvo a punto de reírse de sí mismo.

—¿U-una cena? ¿En un restaurante?

—Estoy seguro de que sabes que The Fig Tree es un restaurante. —De hecho, era el mejor restaurante de Charlotte y dudaba de que Liliana hubiera estado allí alguna vez. Era el tipo de pulla que él habría lanzado cuando estudiaban en el instituto, pero tuvo el acierto de callarse; quería que ella aceptase a salir con él, no darle una excusa para no volver a dirigirle la palabra.

—No creo que sea una buena idea...

—Pues yo creo que es una idea excelente —aseguró él, tomándola de la mano. Tiró de ella hasta que se sentó en la silla vacía que había junto a él. Debía de estar demasiado aturdida, porque, en otras circunstancias, Lil jamás se habría sentado en la mesa de un cliente mientras estaba trabajando—. Me gustas mucho, Liliana, no puede ser un secreto para ti y menos después del beso del otro día. Me gustas muchísimo —repitió haciendo énfasis en sus palabras, como si quisiera dejar clara su sinceridad— y quisiera que me dieras la oportunidad de demostrártelo. Tan solo quiero probarte que no soy el imbécil que piensas y que podamos conocernos de verdad.

Liliana lo miró a los ojos y tragó saliva. Él se dio cuenta de que no había soltado aún su mano y la sintió tibia y palpitante. La apretó con suavidad,

queriendo transmitirle un poco de valor, pero Lil no lo necesitaba.

—Está bien. Pero solo es una cena, no te hagas grandes ilusiones.

Él prometió que no lo haría con su sonrisa más encantadora y no dejó de sonreír cuando ella escribió en una servilleta su número de teléfono y su dirección. Salió de Joe's con el estómago satisfecho y la sensación de haberse comportado como un hombre por una vez en la vida y no como un chico egoísta y despreocupado.

La cena en The Fig Tree resultó todo un éxito. Recogió a Liliana en su apartamento y pasó el escrutinio de sus dos compañeras de piso (una chica con pesadas gafas de pasta y sonrisa agradable y una pelirroja malhumorada que no pareció demasiado impresionada por su perfección física). Liliana estaba preciosa con un vestido de tubo que resaltaba todas sus curvas y, aunque no pertenecía a ningún diseñador de renombre, no desentonaba en el sofisticado ambiente del restaurante. La conversación, al principio algo torpe, empezó a fluir cuando trajeron los entrantes. Liliana parecía maravillada ante los platos, saboreaba cada bocado, analizaba sus componentes y deducía cómo debía de haberlos cocinado el chef. Grant disfrutó con la charla y se interesó por la Escuela de Cocina. Entusiasmada, Liliana le habló de sus clases y de sus compañeros y después quiso saber más cosas de la universidad en la que él estudiaba. Tras la cena, dieron un largo paseo por las calles de Charlotte y pasaron más de media hora besándose en el coche hasta que ella dio por finalizada la cita. Grant regresó exultante a su habitación y, nada más llegar, la llamó solo para escuchar su risa ronca al otro lado de la línea y arrancarle la promesa de que irían al cine dos días después.

Grant se preguntó por qué había malgastado su adolescencia sin citas. Ir al cine era el mejor invento del mundo. Ni siquiera llegó a enterarse del título de la película que escogió Liliana, porque le resultaba imposible apartar los ojos de ella y, diez minutos después de que empezara la proyección, comenzaron a

besarse y no dejaron de hacerlo hasta que aparecieron en pantalla los títulos de crédito. Cuando salieron a la calle, Liliana parecía avergonzada de su comportamiento, pero él estaba tan contento que la agarró de la mano con firmeza y la arrastró a la primera pizzería que encontró. Se despidieron hasta después de las navidades con otra sesión de besos largos en el portal de ella y al día siguiente Grant se trasladó a casa de su padre para ocupar uno de los dormitorios de invitados, tal como hacía siempre durante las fiestas, mientras la residencia permanecía cerrada. Rebecca llegó desde Seattle y no dio muestras de conocer sus citas con su mejor amiga. Se sintió aliviado; por un momento, temió que su hermana pudiera pedirle unas explicaciones que no estaba preparado para dar. Sin embargo, se encontró echando de menos la conversación apasionada e inteligente de Liliana y la mañana de Navidad la llamó para saber qué tal iban las celebraciones con su nueva familia. Eran las primeras navidades desde la boda de Elena y Liliana había ido a Haywood para pasarlas con su madre, su padrastro y sus dos nuevos hermanos. Si Liliana pareció sorprendida por su llamada, no lo mostró y en cambio le habló emocionada del hotel de su padrastro, de lo feliz que parecía su madre y de lo bien que había conectado con sus hermanastros, a los que, hasta el momento, solo había visto unas cuantas veces. Grant los había conocido el verano anterior, durante la boda de Elena con Jason Reighard, a la que asistió obligado por su hermana como deferencia a la que fue la única adulta que se preocupó por ellos durante su solitaria infancia. En realidad, se alegraba mucho de que Elena hubiera encontrado un buen hombre y que la pequeña familia de Liliana hubiera aumentado.

En un impulso, compró cinco libros de cocina como regalo de Navidad para Liliana, que esta recibió cuando regresó de Haywood con evidentes muestras de entusiasmo, aunque algo avergonzada por no tener un regalo para él. A Grant no le importó, pero se dejó invitar a una cena casera y, por primera vez, Liliana cocinó para él, aprovechando que sus compañeras de piso se habían marchado a sus respectivos hogares con motivo de las fiestas.

Liliana lo recibió ataviada con un cómodo vestido de punto y él tuvo que recordarse que Lil quería agasajarlo para contener las ganas de abalanzarse sobre ella y olvidarse de la cena. Así que le dio un beso casi casto en los labios y se sentó a la mesa, dispuesto a disfrutar de una de las mejores cenas de su vida.

Liliana tenía magia en las manos. Era todo lo que podía decirse a medida que probaba un plato tras otro, asombrado por la delicadeza y el equilibrio de cada bocado.

—Vas a ser una estrella de la cocina —aseguró mientras la carne se deshacía en su boca, enviándole cientos de cálidas sensaciones por todo el cuerpo, y ella se rio, con una risa ronca y seductora que hasta aquel momento solo había escuchado en sueños. No creyó ser capaz de llegar al postre, pero cuando vio las copas con la ligera *mousse* de chocolate, estuvo a punto de caer de rodillas y pedirla en matrimonio. Ella sonreía todo el rato, como si estuviera leyendo dentro de él, y, cuando Grant terminó su postre, se dio cuenta de que el de ella continuaba intacto.

—¿No tienes más hambre? —preguntó extrañado, porque Liliana jamás le había parecido una de esas chicas que renuncian al postre.

—No de chocolate —respondió ella y había un nuevo fuego en su mirada cuando se acercó a él, se sentó sobre su regazo y empezó a besarlo. No supo cuánto tiempo estuvieron así. En realidad, no supo tampoco cuándo se levantaron y trasladaron los besos al dormitorio de Liliana. Solo cuando ella empezó a desabrochar los botones de su camisa, fue consciente de que estaban tumbados sobre la cama y que ella tenía el vestido por la cintura.

—Eres preciosa —aseguró antes de hundir los labios en la curva de su cuello y recorrer kilómetros de piel tibia y estremecida con las manos y la boca, embotándose del sutil olor a manzanas de su piel, perdiéndose en cada curva de aquel cuerpo delicioso y perfecto que parecía hecho para sus manos y para su lengua. Cuando por fin ella lo recibió, Grant Miller supo que hasta entonces solo había sido un crío, un chico estúpido que no sabía nada de sexo

ni de mujeres a pesar de todas las chicas que pasaron por su cama, porque solo entre los poderosos muslos de Liliana Peña comprendió que el sexo era algo más que cuerpos encajados y sensación de placer, que el sexo podía hacer tambalear el mundo y desplazarlo de su eje, porque las caricias de aquella chica apasionada y tierna que tenía entre los brazos podían llegar a un lugar de él que había permanecido intacto, un lugar más allá de la piel, de la razón y del deseo, un lugar que él mismo desconocía poseer y despertaba tantas sensaciones que resultaba aterrador, glorioso y apabullante, todo al mismo tiempo. Se derrumbó sobre ella sobrecogido por la experiencia y tan cansado y trémulo que no tuvo fuerzas para analizar lo que había pasado en aquella cama, así que se limitó a abrazar su cintura y a quedarse dormido mientras los dedos gráciles de Lil acariciaban su espalda.

—Creo que deberías invitar a Bianca a salir —le indicó su padre dos días después, cuando consiguió localizarlo en el móvil—. Causó muy buena impresión en la fiesta de la empresa y estoy pensando en hacer negocios con su padre.

Grant había pasado cuarenta y ocho grandiosas horas encerrado en el apartamento de Liliana y solo lo abandonó porque ella lo echó entre risas, asegurándole que tenía que trabajar. Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero la sensación de bienestar no lo abandonó ni siquiera cuando llegó a casa de su padre, y se encontró con una Alexa enfurruñada por algún motivo relacionado con su fiesta de Nochevieja. Grant los ignoró a ambos (las quejas de Alexa, las exigencias absurdas de su padre sobre Bianca) y se limitó a preparar su maleta. Como todos los años, Rebecca y él pasarían unos días con su madre en Los Ángeles, pero en aquella ocasión los hermanos Miller no parecían demasiado deseosos de abandonar Carolina del Norte. Él hubiera preferido quedarse con Liliana y sospechaba que Rebecca también quería pasar más tiempo con su novio. Había empezado a salir con Ethan Bradley la

primavera anterior y, pese a la distancia (Bradley estudiaba en Virginia y su hermana en Seattle), parecía que estaban haciendo funcionar la relación.

La noche antes de viajar a Los Ángeles, salió con Tyler y el resto de la pandilla de Oak Hill, a los que no veía desde el verano. Bebieron cerveza y recordaron los viejos tiempos. Ty tenía una novia nueva en Boston, Connor salía con una chica de Pasadena y hasta Chase Reilly parecía haber sentado la cabeza con una modelo canadiense que había sido portada de un catálogo de lencería. Estuvo tentado a hablarles de Liliana, pero no sabía muy bien qué eran Liliana y él y no quería ensuciarlo. Conociendo a la mayoría de aquellos chicos, harían algunos comentarios de dudoso gusto sobre la fama de Liliana y no tenía ganas de acabar pegándose con sus viejos amigos de la adolescencia, así que no les contó nada y al día siguiente voló a Los Ángeles con su hermana.

Adelantó su vuelta para pasar unos días con Liliana antes de que empezaran las clases y así dio comienzo el invierno más cálido de su vida. Asistía a clase por la mañana y, en una especie de regresión adolescente, pasaba las tardes con Liliana estudiando. A veces iban a la biblioteca y se sorprendía al comprobar la cantidad de trabajo teórico que tenía un estudiante de cocina, y otras veces se quedaban en el apartamento de Lil. Él estudiaba, acodado en la barra de la cocina, o redactaba algún trabajo en su portátil, mientras ella cocinaba, poniendo en práctica todo lo que aprendía durante las clases. Con frecuencia, sus compañeras de piso estaban por ahí, pero no parecían incómodas con su presencia, aunque sospechaba que lo toleraban debido a las toneladas de comida que preparaba Liliana y que ellas luego se comían gratis.

Las noches en las que Liliana trabajaba en la empresa de *catering*, Grant regresaba a su habitación de la residencia, pero si no trabajaba, se quedaba a dormir en el apartamento de las chicas, de tal manera que Jill, la pelirroja con tendencia al malhumor, había llegado a insinuar que Grant debería empezar a pagar parte del alquiler. Por supuesto, la tranquila Erin se colocó bien las

gafas y se apresuró a asegurar que era una broma.

Se habían habituado el uno al otro con una naturalidad asombrosa, pero jamás llegaron a definir con palabras qué tipo de relación mantenían, al igual que no supieron poner nombre a los sentimientos que estaban despertando en ellos. Pasaban juntos el mayor tiempo posible, hacían planes a corto plazo e intercambiaban llamadas y mensajes cuando estaban un día sin verse, pero ninguno de los dos pronunció una sola palabra que pudiera poner límites a su relación. Grant no había vuelto a mirar a otra chica y ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Liliana pudiera salir con otros hombres. El sexo entre ellos seguía siendo una experiencia inaudita, como si hubieran borrado de un plumazo sus relaciones pasadas y estuvieran descubriéndolo todo por primera vez. Cada beso, cada caricia, cada mordisco, cada abrazo era una experiencia nueva y parecían dos adolescentes ignorantes que exploraban sus cuerpos y experimentaban nuevas e increíbles formas de hacer el amor.

Por su parte, Conrad parecía cada vez más contento con el comportamiento de su hijo: sus notas habían mejorado considerablemente, ya no solía frecuentar las fiestas más salvajes de la ciudad e incluso había dejado de fumar, porque a Liliana le molestaba el olor a tabaco. Los almuerzos mensuales se volvieron más habituales y Conrad empezó a invitarlo a algunos actos sociales. Grant procuraba escaquearse, pero a veces no tenía más remedio que asistir a una fiesta o a una cena. En el fondo, no le importaba demasiado. Resultaba bastante agradable la nueva consideración en la que parecía tenerlo su padre y no encontró nada malo en acceder a sus peticiones.

Así, en aquellas celebraciones, acompañaba a las hijas de aquellos hombres que hacían negocios con Miller & Co. Descubrió que, asistir junto a esas chicas, chicas como Bianca o como Keira Stern, no solo contentaba a su padre, sino que mantenía a raya los descarados avances de Alexa, así que ganaba por partida doble. Prefería a Keira, que además de inteligente era muy divertida y que también lo utilizaba a él para ocultar ante sus padres su

homosexualidad, que aún no estaba preparada para reconocer en público. Dejarse ver con Grant, le evitaba dar explicaciones sobre con quién salía en realidad.

En cuanto a Bianca, nunca pareció esperar de Grant nada más que se comportara como el acompañante perfecto. Jamás hubo por su parte ninguna indicación de que quisiera nada del joven Miller, y Grant sospechaba que, en realidad, a Bianca no le gustaba demasiado, pero la chica era demasiado educada para demostrar su antipatía. Así que Grant cumplía con sus cada vez más frecuentes deberes sociales y, después, volvía junto a Liliana, a la burbuja que habían creado para ellos dos, una burbuja llena de comida deliciosa, besos dulces, encuentros apasionados y largas conversaciones hasta altas horas de la noche sobre casi cualquier tema que se les ocurriera.

Sí, fue un invierno cálido y joven, lleno de ternura y de pasión, pero pasó rápido y, al final, con la llegada de la primavera, todo resultó demasiado frágil.

## Capítulo 16

Cameron no se mostró demasiado comunicativo a la mañana siguiente. Apenas dejó escapar un puñado de gruñidos como respuesta a las preguntas de Liliana mientras engullía un plato de huevos revueltos y un trozo de tarta de manzana, así que se rindió y lo dejó desayunar en paz. Estaba claro que el chico no contaría nada hasta que estuviera preparado y ella no sabía cómo tratar a su hermanastro. Se dio cuenta de que, en realidad, apenas lo conocía. Los doce años de diferencia que había entre ellos eran demasiados. Cam tenía seis años cuando sus padres se casaron y ella dieciocho. Entonces era un buen chico, educado y tranquilo, que miraba a su padre como si fuera un superhéroe y seguía a todas partes a su hermano mayor. Otros niños en sus circunstancias no habrían llevado muy bien el nuevo matrimonio de su padre, pero Jordan y Cam parecían querer mucho a Elena y se alegraban cuando coincidían con Liliana en Waterfront House, aunque después los nuevos hermanastros no se hacían demasiado caso. Lil era una adulta con una ajetreada vida en Charlotte y ellos unos niños que pasaban con su padre uno de cada dos fines de semana.

—¿Todo esto tiene que ver con que Jordan se haya ido a la universidad? — preguntó Liliana en un último instante de lucidez, pero la expresión de Cam se volvió hosca y optó por callarse. Así que terminaron de desayunar en silencio, guardó un trozo de tarta de manzana en un *tupper*, lo dejó junto a la puerta de Grant y bajó con Cam al garaje. Condujo hasta Haywood, aparcó

junto a la puerta del colegio privado en el que estudiaba su hermanastro y esperó a que bajara del coche. El chico lanzó una mirada torva al edificio y se rascó la nuca.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche también? —preguntó bajito. Liliana sintió una oleada de ternura. Cam ya no parecía un adolescente huraño y enfadado, sino un niño confuso y perdido. Lil sabía un poco de adolescentes confusos... Ella lo había sido. Todos sus amigos también. Tal vez todos los adolescentes del mundo se encontraban en un permanente estado de confusión, incluso aquellos que mejor lo disimulaban.

—Por supuesto. ¿Necesitas que te recoja o puedes ir en autobús hasta Oak Hill?

Después de que el chico bajara del coche, Lil se dirigió a Waterfront House para hablar con Jason y su madre sobre Cameron, pero no logró sacar nada en claro. Jason estaba tan confuso como su hijo y no entendía su nueva personalidad. ¿Dónde estaba el chico tranquilo y cariñoso de antes? ¿El que se sentaba a dibujar en la mesa de la cocina mientras hablaba de sus programas favoritos de la tele? ¿O el que ocupaba un rincón del salón con cientos de *legos* para construir naves espaciales imposibles? En su lugar había quedado un joven enfurruñado que se pasaba el día jugando a videojuegos y reclamando que lo dejaran en paz.

—Su madre dice que no entiende lo que le pasa, que siempre está de mal humor y que sus notas han bajado...

Liliana se dirigió hacia Oak Farm dándole vueltas al asunto, aunque sin llegar a ninguna conclusión. En la puerta de entrada vislumbró la elegante figura de Grant, hablando con una mujer alta y rubia, vestida con un abrigo blanco y un bolso rojo con aspecto de costar más que todo el contenido del armario de Liliana. La mujer se inclinaba hacia Grant mientras hablaba y le tocaba el brazo con familiaridad. Lil permaneció unos minutos en el coche, observando a la pareja. En un momento de la conversación, su socio echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. No una risa de compromiso, sino

una carcajada auténtica, que la transportó de inmediato a una época feliz, en un apartamento de tres habitaciones en un tranquilo barrio de Charlotte. Cientos de imágenes fugaces cruzaron por su mente, recuerdos de Grant dormido en su cama con una sonrisa en los labios, de su ceño fruncido mientras estudiaba acodado en la barra de la cocina, de su risa jovial cuando trataba de robar de las cazuelas cualquier experimento gastronómico que ella estuviera preparando, de las largas conversaciones hasta altas horas de la madrugada hablando sobre todo lo que se les ocurría. Hablaban de cine y de libros, de sueños realistas e imposibles, del parque de caravanas y de Conrad Miller. Hablaban mucho del padre de Grant, había ahí una herida enorme, aún abierta y sangrante, aunque él ni siquiera parecía darse cuenta. Tal vez por eso no debió sorprenderla que, a la hora de la verdad, lo escogiera a él y a su mundo, pero lo cierto es que la pilló desprevenida, porque durante un tiempo creyó que ella le bastaba para ser feliz. No sabía entonces que la felicidad no te la da otra persona; era demasiado joven para entender que solo uno mismo puede darse el equilibrio necesario y Grant estaba demasiado roto por dentro sin saberlo.

Lil apartó los recuerdos de su cabeza y volvió a mirar a la pareja que conversaba en el porche. No sabía quién era esa mujer: tal vez una cliente o una amiga o, quizás, una novia. La novia que Conrad Miller siempre deseó para su hijo y no la chica pobre del parque de caravanas que trabajaba en una cocina. Aquella idea, la de que hubiera encontrado por fin una mujer apropiada, se deslizó como un jarabe amargo por su garganta y se enfureció consigo misma por el vaivén emocional en el que había caído desde que Grant Miller había vuelto a colarse en su vida, así que salió del coche y se encaminó hacia la parte trasera del edificio para entrar por el acceso a la cocina. Siempre entraba por ahí y no pensaba acercarse al porche para curiosear lo que no debía.

En la cocina de Oak Farm, Stella le enseñaba a Doug a preparar un delicado crujiente de naranja, Thomas tenía el día libre y Donna, otra de las

ayudantes de cocina, charlaba en la puerta con el más joven de los hermanos Gómez. Liliana se apresuró a cambiarse de ropa y, con la chaquetilla de chef y las doce horquillas infernales en su cabeza, repartió el trabajo de la jornada y se puso manos a la obra. No era el mejor día para dejarse llevar por las emociones, porque por la tarde se celebraba el té quincenal de El Avispero, un club cultural formado íntegramente por mujeres (no porque fuera un club femenino, sino porque ningún hombre se había apuntado), que se reunían para merendar y hablar sobre literatura, cine, arte y música. La reunión se celebraba en el pequeño salón de la planta baja, que Rebecca se había empeñado en incluir cuando hicieron la reforma y que Liliana nunca supo qué uso darle hasta que las fundadoras del club escogieron Oak Farm para sus reuniones.

Aquella tarde, las mujeres de El Avispero que probaran los *scones* de mascarpone y cerezas iban a conocer el sabor de los celos, lo que seguramente agriaría la tertulia, pero Liliana no podía evitar que sus emociones se trasladaran a los platos. La elegante rubia de la entrada y su trato familiar con Grant habían llegado a un lugar oscuro que habitaba dentro de ella y solo podía calmarse a través de la cocina. Por suerte, Stella y Doug se ocuparían del cumpleaños del pequeño Peter Jameson, porque no le apetecía nada contagiar de infelicidad la merienda de los niños.

Cuando los camareros se llevaron la última bandeja, Liliana felicitó a sus empleados y se escapó a su despacho para quitarse las horquillas punzantes del pelo y ponerse un grueso jersey de lana y unos viejos vaqueros. Cocinar había aplacado su montaña rusa emocional, pero aún estaba intranquila. Debería volver a casa con Cam, pero prefirió sumergirse en el huerto y trabajar un poco en él. Regó algunas plantas que parecían necesitar un extra de agua y observó la extraña decoloración de las hojas de uno de los manzanos. Tendría que preguntarle a Jesús, porque, aunque había aprendido mucho sobre el cuidado de plantas en los últimos años, aún había cosas que se le escapaban. Escuchó pasos en la tierra y alzó la cabeza, esperando

encontrar al jardinero, pero en su lugar descubrió a Grant, sorteando calabazas con sus elegantes zapatos.

—He bajado a la cocina y ya no quedaba nadie más que Stella, pero me ha dicho que te encontraría aquí. Quería saber qué tal iban las cosas con Cam, pero no he tenido un minuto libre para acercarme a verte.

Liliana se mordió la lengua para que las palabras «mujer», «rubia» y «entretenido» no se escapasen de su boca, pero ya había exorcizado en la cocina las emociones negativas, y pudo hablar sobre el silencio de Cameron y su petición de quedarse en su casa.

—Jason ha hablado con su ex. Parece que está bastante desesperada con él y cree que le vendrá bien quedarse unos días conmigo, fuera de casa, a ver si se calma y nos dice a alguno qué le pasa realmente.

—Si necesitas algo...

—Estaremos bien —aseguró. No quería dejarlo entrar más, si daba un paso más dentro de su vida lo ocuparía todo de nuevo y ella volvería a enamorarse de él, lo sabía, empezaba a ver todas las señales luminosas del camino. Los celos que había sentido aquella mañana habían sido el último aviso y Liliana no era tan ingenua como para ignorar la indicación de peligro. Se inclinó para arrancar un cardo y, por el rabillo del ojo, vio que Grant se quitaba la chaqueta. La colgó de una rama, se desabrochó los botones de las mangas de la camisa y las subió hasta los codos antes de agacharse y empezar a arrancar malas hierbas.

Liliana no dijo nada. Trabajaron en silencio, roto solo por algunas indicaciones que daba a su socio cuando lo veía perdido. Recogieron manzanas y un par de calabazas, arrancaron algunas plantas aromáticas que no habían sobrevivido a los fríos nocturnos y aplicaron en la tierra una mezcla que le había proporcionado Jesús y que presumiblemente mantenía a las hormigas lejos del huerto. Cuando terminaron, Liliana se fijó en Grant y no pudo evitar una sonrisa. Estaba terriblemente guapo, con su elegante traje arrugado y la camisa llena de manchas de tierra. En algún momento la

corbata había ido a hacer compañía a la chaqueta. Podía ver la piel de gallina de sus brazos, porque la temperatura había bajado y la fina camisa que llevaba no lo protegía del frío, pero lo mejor de todo era aquella expresión absurdamente feliz de su rostro, como si aquel rato en el huerto le hubiera proporcionado cierta paz.

—Será mejor que nos vayamos. Ya está oscureciendo y empieza a refrescar.

—Me ha gustado trabajar en el huerto. Espero que no te importe si de vez en cuando me paso por aquí.

—Tú no tienes ni idea de trabajar la tierra...

Grant se encogió de hombros, con su antigua sonrisa encantadora.

—Aprendo rápido y seguro que Jesús puede enseñarme todo lo que te enseñó a ti. La próxima primavera podemos dividir el huerto en dos y ver a quién se le da mejor eso de cultivar la tierra.

Liliana echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, porque allí estaba el Grant de su infancia, aquel que la desafiaba continuamente. Algunos de sus mejores recuerdos de entonces estaban llenos de los retos de Grant, de aquellas ridículas competiciones que los enfrentaban y, a la vez, los acercaban, en una ridícula rivalidad que escondía una amistad incipiente que nunca dejaron crecer demasiado.

—Creo que he conseguido un nuevo cliente —explicó Grant mientras caminaban hacia el aparcamiento de empleados después de que ambos se lavaran un poco y ella recogiera su bolso—. Una vieja amiga trabaja en una editorial y están buscando un sitio nuevo para hacer la presentación del catálogo de novedades para el próximo año. Asistirá la prensa, blogueros del sector, escritores, lectores... Algo grande. Oak Farm se ajusta bastante a lo que están buscando, pero necesita el visto bueno de sus jefes. Nos ha invitado a una fiesta que va a dar la editorial para presentarnos.

La imagen de la elegante rubia volvió a su cabeza, pero esta vez no se alteró.

—¿Yo también tengo que ir?

—Eres socia de la empresa, no solo la cocinera. Sé que con Rebecca te metiste en la cocina y te olvidaste de lo demás, pero de vez en cuando tienes que hacer este tipo de cosas. Es importante.

—Creí que habías venido para ocuparte de esas cosas —refunfuñó por lo bajo y él se rio con suavidad.

—Gracias por la tarta de manzana —dijo de pronto y, cuando Lil alzó la cabeza, se encontró con aquella mirada tormentosa que la atraía como un imán. No quería sentirse atraída por Grant Miller, pero notaba que sus fuerzas empezaban a flaquear.

—No es nada, Grant. Me sobraba un poco y sé que siempre fue tu postre favorito.

No debería haberle dejado el *tupper* junto a la puerta aquella mañana. No sabía por qué lo había hecho. Tal vez para agradecerle su tacto con Cam. O porque durante años él se sentó en la misma mesa de Joe's solo para comer las tartas que ella hacía incluso cuando solo era camarera. O porque, en la época en la que fueron novios o amantes o lo que hubieran sido Grant y ella, él solía suplicar que las hiciera mientras la salpicaba de besos delicados y persuasivos. O, quizás, porque cada vez que horneaba una tarta de manzana pensaba en él, incluso cuando creía que lo había superado y los separaba un océano.

—Hacía años que no comía tarta de manzana. Nunca la pido en ningún sitio. En realidad, desde los quince años solo como tarta de manzana si la has hecho tú.

La confesión los dejó a los dos paralizados y Liliana supo que ya no hablaban solo de un postre, que había ahí algo más hondo, que él trataba de hacerle comprender algo que ella no quería saber; no necesitaba saberlo. Lo odió un poco, porque, por alguna extraña razón, su corazón había empezado a latir acelerado. Solo eran manzanas. Nada más que manzanas, masa y azúcar, y no significaban nada. O, al menos, no quería que lo significara.

Lo oyó suspirar y retroceder un paso, como si quisiera darle espacio y lo odió más todavía. Lo odió por haberse convertido en un hombre más respetuoso, por haber dejado de ser el crío que la arrollaba con un amor desbocado y después la dejaba. Lo odió por haber crecido, porque sabía que si no lo odiaba, volvería a enamorarse de él y no podía permitírselo, así que abrió su coche, se sentó tras el volante y se alejó de Grant.

Por suerte, Cam la esperaba en casa, así que cuando llegó no tuvo tiempo para perderse en pensamientos oscuros. Preparó una cena rápida y se sentó junto a su hermanastro en la barra de la cocina, dispuesta a tener la conversación que él había rehuido aquella mañana, pero Cameron sorteó todos sus intentos con secos monosílabos y largas ojeadas a su móvil con el ceño fruncido. Si hubiera estado más centrada, habría insistido, pero se encontraba agotada y no sabía cómo enfrentar a aquel adolescente encerrado en sí mismo, así que prefirió irse a su cuarto y llamar a Alison.

Ya que no podía hablar con Rebecca, tendría que discutirlo con otra persona y Ali, que nunca juzgaba a nadie, era la amiga idónea. Así que llamó a su amiga a Nueva York, escuchó los avances de su embarazo y después se lo contó todo. Todo. Desde el día que Grant Miller la llevó a Oak Farm montada en el manillar de su bicicleta hasta su reciente conversación en el huerto. No se dejó nada: las rivalidades de su niñez, el verano de la tregua cuando casi fueron amigos, el encuentro en la parroquia, las tardes de estudio en la biblioteca, la pista de patinaje de Haywood, aquel perfecto primer beso junto al lago, su relación secreta, el beso de Ava Compton, los años de rivalidad adolescente, la mesa de Joe's, el viaje a Norfolk, la fiesta de Navidad de Miller & Co. y aquel beso que se la llevó por delante, la felicidad en un apartamento de Charlotte y todo el dolor que trajo después, cada encuentro y cada desencuentro, la alargada sombra de Conrad Miller, sus propias inseguridades, Filadelfia, The Black Sheep, la paz que consiguió tras su huida a Londres, las mentiras de Rebecca y el regreso de Grant convertido en un hombre distinto al joven que se fue. Y, cuando terminó de hablar, se

sintió limpia, relajada, a gusto consigo misma, como si se hubiera vaciado por dentro.

—Lo quieres —afirmó Alison cuando acabó su largo discurso.

—Claro que no. Estuve enamorada de él hace muchos años y después lo olvidé.

—Yo también creí haber superado a Tyler...

—Ali, cariño, Tyler y tú erais los únicos que no os enterabais de vuestros propios sentimientos. No tiene nada que ver.

Escuchó la risa suave de su amiga y le pareció verla sentada en su apartamento del Village, con su pelo rubio recogido en una coleta y sus chispeantes ojos azules. Era incapaz de imaginarla embarazada. Cuando pensaba en Alison, siempre veía a la adolescente de vestidos vaporosos que se sentó a su lado en la biblioteca para hacer los deberes. Después se fue a la universidad y luego encontró trabajo en Nueva York. Desde entonces se veían solo una o dos veces al año, así que no era de extrañar que su imagen adulta a veces se le escapara.

—Mándame una foto. No te imagino embarazada.

—Tyler dice que estoy muy guapa, pero en realidad me he puesto enorme y eso que todavía estoy en el segundo trimestre.

—Creo que podrías convertirte en elefanta y Tyler seguiría pensando que eres una especie de ángel caído en la Tierra.

—¡Qué exagerada! —se carcajeó Alison como si Liliana bromeara. No lo hacía. Lo había dicho en serio—. Estuvo aquí, ¿sabes?

—¿Quién? —preguntó por inercia, pero no hacía falta: sabía la respuesta—. ¿Grant?

—Sí. Cuando volvió de Londres se quedó una noche en Nueva York y pasó a vernos. Al principio me pareció que estaba demasiado serio. Habló con Tyler mucho rato en la cocina, pero durante la cena se mostró más relajado. Ty no me contó de qué hablaron, pero, cuando se marchó, me dijo que por fin Grant estaba empezando a encontrarse a sí mismo y que eso lo

alegraba, porque en los últimos años no había estado bien.

Liliana suspiró. No quería seguir hablando de Grant, así que cambió de tema y le preguntó a Alison sobre su trabajo.

Aquella noche Liliana soñó con Grant. No era la primera vez que sucedía. Desde el desayuno de tamales, se había despertado varias noches turbada e inquieta. La imagen de Grant acariciándola con delicadeza la perseguía en sueños y aquello no era algo que deseara repetir. Volver a soñar con Grant Miller no eran buenas noticias, así que se despertó de mal humor y contagió su enfado a las tortitas de arándanos, de modo que Cam se fue al colegio con el ceño más fruncido que de costumbre.

Le sobraron tres tortitas, pero se las comió para no sentir la tentación de llevárselas a su vecino.

## Capítulo 17

**E**l día que todo se derrumbó amaneció plácido, con los dos durmiendo en la cama de Liliana. Grant fue el primero en despertar y, aun medio dormido, sonrió al descubrir el cuerpo desnudo de Lil pegado al suyo. Se movió con cuidado y dejó caer besos somnolientos por su espalda hasta que la escuchó gemir bajito. Sonrió contra su piel, besó el pequeño lunar escondido tras su oreja y la hizo volverse despacio.

—Tengo tutoría —explicó con voz ronca, mientras hundía la nariz en su cuello para empaparse del olor a manzanas. Deslizó los labios por la garganta femenina y ronroneó satisfecho cuando las manos de ella se aferraron a sus cabellos y lo obligó a subir para besarlo en condiciones. Podría pasarse todo el día en la cama con Lil, pero ella tenía clase y él una cita con el profesor O’Neill, que odiaba la impuntualidad. Aun así, remoloneó cinco minutos más, arrancando suspiros a la joven con caricias cada vez más atrevidas hasta que el sonido de una puerta los obligó a reaccionar.

—Las chicas ya están levantadas —murmuró Liliana, dándole un último beso—. Necesito darme una ducha y estoy segura de que tú no querrás marcharte sin desayunar.

—Puedo desayunarte a ti —señaló con una sonrisa pícara, pero Lil era una chica dura. Lo empujó fuera de la cama, se levantó, sacó ropa limpia del armario y se dirigió al cuarto de baño. Grant se dejó caer de nuevo sobre el colchón y escuchó el agua de la ducha correr mientras examinaba el

dormitorio de Liliana: sus muebles de segunda mano, la pila de libros y apuntes sobre la mesa y el corcho con fotografías de su madre y sus amigos. Lo conocía de memoria: desde la foto del baile de graduación, con los cinco amigos del instituto de punta en blanco y sonrisas radiantes, a la instantánea de la boda de Elena y Jason en la puerta del ayuntamiento. Había una foto de Liliana con sus compañeras de apartamento durante una noche de marcha, otra con Rebecca y Ethan navegando en el lago, Lil posando con sus compañeras de Joe's, todas con el espantoso uniforme celeste, e incluso los Muñoz estaban en aquel corcho, en dos imágenes antiguas que le resultaban odiosas. No había ni una sola imagen de él y Grant pensó que le gustaría mucho que su cara colgara en esa pared, entre todas las personas que eran importantes para Liliana. En realidad, no tenían muchas fotos juntos; él guardaba unas cuantas en el móvil, pero estaba seguro de que Lil también había sacado algunas.

El sonido de la ducha se apagó y supo que tenía que vestirse. Cuando llegó a la cocina, ya estaba allí Erin, vestida con un jersey deforme, el pelo castaño recogido en una estrambótica coleta en lo alto de la coronilla y sus enormes gafas de pasta. Bebía café y leía muy concentrada en su *e-reader*, tanto que no se percató de la entrada de Grant. Él contuvo una sonrisa. Nunca, hasta Liliana, había tenido amigas y, de pronto, se veía rodeado de chicas que le caían bien y con las que no tenía ningún interés en acostarse. Tal vez eso era crecer: dejar de mirarse a sí mismo y descubrir a las personas que lo rodeaban. Jill lo empujó por accidente al entrar con precipitación en la cocina. Masculló una especie de disculpa (o un insulto por estar en medio, no quedó muy claro) y se abalanzó sobre el café.

—No llego a clase. ¡Erin, esto abrasa! —aulló al agarrar la cafetera. La soltó de golpe y agitó la mano. Su tranquila compañera dejó la lectura y la miró con paciencia.

—Cógela con un trapo. Ya sabes que el asa siempre quema cuando el café está recién hecho.

—No debería quemar —gruñó la pelirroja.

—Pero quema y no tenemos dinero para comprar una nueva.

—Yo podría... —empezó a decir Grant.

—Ni hablar —Lil lo cortó antes de que pudiera prometerles la mejor cafetera del mercado—. No tienes que comprarnos una cafetera.

—En realidad, debería —intervino Jill con la mirada afilada—. Siempre está aquí y dicen que es rico. ¿Eres rico?

Grant se rio por lo bajo. Tal vez debería dejar su residencia y trasladarse al apartamento de las chicas. Lo pasaba mucho mejor con ellas que con su compañero de cuarto y con la ventaja de tener a Liliana en exclusiva todas las noches. Como por arte de magia, apareció ante él una generosa porción de bizcocho y un café. Sí, podía acostumbrarse a esa vida... Sexo increíble por las noches, comida deliciosa para desayunar, unas compañeras de piso divertidas y una novia tierna y apasionada. El pensamiento lo tomó por sorpresa. Nunca había tenido una novia. Liliana y él ni siquiera habían hablado sobre lo que eran o lo que esperaban el uno del otro, pero la realidad era que su relación se parecía mucho a la de cualquier pareja. Solo que ellos no hablaban de sentimientos. Hablaban de muchas cosas, pero no de su relación. Quizás debería empezar a pensar qué significaban realmente el uno para el otro. No lo tenía muy claro; ninguna chica lo había hecho sentir como Liliana. ¿Sería aquello amor? No podía estar seguro. Nunca había estado enamorado y desconocía por completo los síntomas.

—No llegarás a la tutoría. —Lil lo sacó de su ensoñación con unas palmaditas en el hombro.

—Tienes razón. ¿Te veo luego?

—Hoy trabajamos —le recordó Jill, que había conseguido a Liliana un empleo fijo en la empresa de *catering*.

—Y tu padre quería que fueras a una fiesta, ¿recuerdas?

Era cierto. Había prometido asistir a la fiesta de los Stern. Le fastidiaba no ver a Liliana aquella noche, pero al menos pasaría el rato con Keira, que era

bastante divertida. Otra amiga. Desde luego, Liliana le había echado a perder, pensó divertido.

—Entonces te llamo luego —aseguró. La besó antes de salir y dejó a las tres chicas en la cocina, terminando su desayuno.

Llegó a tiempo a la tutoría. El profesor O'Neill parecía bastante contento con su trabajo de los últimos meses. Los profesores le habían informado del notable cambio del chico, así que lo felicitó con calor y lo instó a que no se durmiera en los laureles. Bastante orgulloso de sí mismo, una sensación no demasiado conocida para él, se dirigió al aula y pasó el resto de la mañana de clase en clase. Almorzó en la cafetería, charló un rato con Tyler por videoconferencia y después llamó a Liliana para saber qué tal marchaba su día. Ella, por el contrario, parecía disgustada. No le había ido bien en clase, apenas había tenido tiempo para almorzar un sándwich y le habían puesto una clase a última hora de la tarde, por lo que apenas tendría tiempo para regresar a casa y cambiarse antes de ir a trabajar.

—No deberíamos haber salido de la cama —sentenció con tono festivo y le pareció que ella sonreía al otro lado de la línea. Satisfecho, se fue a la biblioteca y pasó unas horas estudiando antes de ir a la residencia y cambiarse para la fiesta.

La casa de los Stern no tenía nada que envidiar a la de los Miller. Se encontraba en el lujoso distrito de Eastover y era un impresionante edificio histórico de ladrillo rojo de dos plantas. Había intentado llegar pronto para cumplir con su papel de acompañante, pero parecía que todo el mundo había querido ser puntual en aquella ocasión. Incluso su padre y Alexa estaban ya allí y el ceño fruncido de Conrad le indicó que no estaba demasiado contento.

—Lo siento, creí que llegaba en hora —se disculpó en voz baja con Keira, pero ella le quitó importancia a su retraso con un gesto amable. Luego aceptó el brazo que él le ofrecía y compuso su sonrisa más encantadora.

—Bueno, Grant, vamos a darles el espectáculo que quieren, pero nos divertiremos un poco a costa de los pomposos y estirados amigos de nuestros

padres. O incluso de nuestros propios padres... —bromeó y él soltó una carcajada.

Cumplieron con su papel a la perfección. Iban de grupo en grupo, mostrándose amables y conversadores, como una pareja compenetrada. Keira estaba preciosa y, como hija del anfitrión, era reclamada por unos y otros, y Grant la acompañaba con una sonrisa galante a todas partes. Sí, todo iba bien hasta que la vio con su uniforme de camarera, moviéndose a través de los invitados con una bandeja de bebidas. No podía ser que, de todas las fiestas que se celebraban aquella noche en la ciudad, ella estuviera trabajando en la misma a la que él asistía como invitado.

—¿Una copa? —les ofreció una camarera y Grant no tuvo que girarse para reconocer la voz tensa de Jill. La pelirroja lo miraba con furia y parecía a punto de estamparle la bandeja en la cara.

—Jill, ¿qué...? —empezó a decir, pero los ojos se le fueron detrás de Liliana. ¿Le habría visto? Sí, seguro que sí. Al menos eso indicaba la tensión de sus hombros y la evidente manera en que evitaba mirar hacia donde se encontraba él. En ese momento, Keira le dio un ligero apretón en el brazo y tiró de él con suavidad.

—Grant, el señor Henderson quiere saber si estás pensando en hacer prácticas este verano.

Aturdido, sacudió la cabeza y contestó algo que esperaba que sonara coherente al tal Henderson, pero sus pensamientos iban detrás de Liliana. Había algo mal en aquella escena: ella sirviendo bebidas, mientras él se paseaba con otra chica en una fiesta elegante. Sintió una punzada de culpabilidad, pero la rechazó de inmediato. Él no había hecho nada malo. Su padre esperaba de él que cumpliera con determinados compromisos sociales y Lil lo sabía. No le había hablado de Keira ni de Bianca, pero no era como si la hubiera engañado. Keira se estaba convirtiendo en una buena amiga, una buena amiga lesbiana, recalcó para sus adentros, y Bianca ni siquiera le caía bien. Y ellos no eran novios, añadió mientras la buscaba entre la gente. La

localizó en una esquina, retirando copas vacías que los invitados habían dejado sobre una mesa. No, no eran novios, ni nada por el estilo. Si fueran novios, Liliana no podría estar sirviendo mesas, sino que estaría a su lado, con un elegante vestido y sonriendo a un montón de desconocidos. Seguro que ella no quería eso. Él mismo se habría escaqueado de haber podido.

—¿Se puede saber qué te pasa? —siseó Keira—. ¿Te encuentras mal? Hace un rato que no pareces tú mismo...

—Yo... Creo que necesito que me dé el aire —dijo entre titubeos. Podía racionalizarlo todo lo que quisiera, pero si la situación fuera al revés, si él estuviera sirviendo en el lugar de Liliana y la viera a ella en la fiesta acompañada de otro tipo, estaría muy molesto. No, no, más que molesto, estaría furioso. Y seguramente celoso, así que lo mejor que podía hacer era buscarla para aclararlo todo.

Dio un paso en su dirección, pero Liliana ya no estaba allí. Parpadeó, aturdido y miró de un lado a otro.

—Bueno, bueno, bueno... Aquí está mi chico favorito. —La voz atronadora del señor Stern sonó a su lado y sintió como le rodeaba los hombros con el brazo—. Le decía a tu padre que últimamente se te ve más centrado, ¿eh? Quiero creer que la influencia de mi hija se ha dejado notar. —Grant miró confuso la reluciente calva del hombre y tragó saliva. Su padre y su madrastra estaban a su izquierda. Alexa sonreía desdeñosa, pero nadie parecía notarlo—. Así que estoy esperando a ver cuándo os decidís a hacer oficial vuestra relación...

—¡Papá! —exclamó Keira y su risa sonó escandalizada—. Ya sabes que Grant y yo solo somos amigos.

—Ya, ya... Ya sé que el muy sinvergüenza picotea aquí y allá, se deja ver contigo, con Bianca Livingstone..., pero el chico está madurando y tiene que sentar la cabeza, tener una novia formal...

Grant sintió que el aire se había vuelto pesado y denso. Le costaba respirar. Se giró despacio. Lil estaba justo detrás de ellos, con una bandeja llena de

copas de champán, lívida como el papel. Parecía a punto de desplomarse sobre el suelo y aferraba la bandeja con tanta fuerza que podría partirla.

—Lil... —susurró con voz ronca, pero ella no pareció escucharle. Esperó a que Alexa cogiera una copa y se dio la vuelta, alejándose de ellos. Quiso salir tras ella, pero el brazo de su padre agarrándolo con firmeza le impidió seguirla.

No volvió a verla el resto de la noche. Ni a ella ni a Jill y, en cuanto se libró de su padre y de los Stern, se escabulló a la cocina para buscarla. Nadie parecía haberlas visto hasta que la gerente le informó que se habían ido porque una de ellas se encontraba enferma. Buscó un rincón tranquilo y la llamó al móvil, pero estaba apagado. Lo intentó varias veces, siempre con el mismo resultado, así que buscó a Keira para disculparse e irse de la fiesta.

—¿Dónde vas? —le preguntó su padre—. Esto no será por esa chica, ¿verdad? Esa camarera...

—No lo entiendes, no sabes quién es...

—Por supuesto que sé quién es —dijo su padre y Grant lo miró sorprendido. ¿Su padre había reconocido a Liliana? Estaba seguro de que no había vuelto a verla desde que era una niña—. Es una chica que no te conviene. Sin dinero, sin contactos. No es nadie.

Grant suspiró. No, su padre no sabía quién era y no sabía si aquello lo tranquilizaba o lo enfurecía, pero, de momento, tenía otras prioridades, así que se libró de él, esperó a que el aparcacoches trajera su vehículo y condujo hasta el apartamento de las chicas.

Por supuesto, nadie abrió la puerta a pesar de que llamó al timbre al menos media docena de veces. Solo cuando empezó a golpear la madera con la palma de la mano, una enojada Jill abrió una rendija para espetarle que se largara.

—Quiero hablar con ella. No es lo que parece.

—Sí que es lo que parece, Grant, y ella no quiere hablar contigo, así que lárgate.

—No me iré sin hablar con ella. Tiene que saber...

Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta se abrió del todo y pudo ver a Liliana. Se le encogió el corazón al verla. Tenía los ojos rojos, la cara hinchada y huellas de llanto en las mejillas.

—Lil... —la llamó con suavidad, pero su voz tuvo el efecto contrario. Los ojos de Liliana relampaguearon de furia y él alzó las manos con gesto inocente—. No hay nada entre Keira y yo, de verdad. No me acuesto con ella ni somos novios. Somos amigos y hago de acompañante en algunas fiestas. Ella es lesbiana —aseguró con rapidez, tratando de poner todas las cartas sobre la mesa para convencerla de que no tenía nada de qué preocuparse, pero Liliana entornó los párpados y lo encaró con expresión hostil.

—Eso no cambia nada, Grant —dijo con voz dura como el pedernal—. No cambia el hecho de que yo vuelvo a ser tu sucio secreto. —Algo se removió dentro de él. No había nada sucio en lo que tenía con Liliana. No lo hubo cuando tenía quince años y, desde luego, no lo había en su actual relación. Quería decírselo, pero entendía que ella no fuera a creerle—. Quiero que te vayas y que no me busques más. Esto que teníamos —afirmó señalándolos con gesto vago— se ha acabado aquí.

—Lil...

La puerta se cerró antes de que pudiera decir nada más y supo que no serviría de nada que insistiera aquella noche. Apoyó la frente contra la puerta y sintió un dolor sordo en el pecho al oírlos sollozos de Liliana amortiguados por la madera de la puerta. Escuchó la voz brusca de Jill y el dulce susurro de Erin y supo que podía irse. Ellas cuidarían de Liliana y él esperaría a que se tranquilizara para hablar con ella.

No consiguió que aceptara a sentarse con él hasta una semana después. Quedaron en una cafetería cerca de la Escuela de Cocina, y Grant, que había pasado una semana como alma en pena, sin ir a clase y con aspecto de

náufrago (al menos así lo había definido su compañero de habitación), se afeitó y se puso su mejor camisa para la cita, pero la Liliana que se sentó frente a él no pareció demasiado impresionada con su aspecto. De hecho, le costó reconocer la versión dura y distante de aquella chica con la que había compartido risas, confidencias y besos durante los últimos meses. Liliana escuchó sus explicaciones, asintió varias veces a lo largo del relato, como si realmente comprendiera todo lo que Grant decía, y en ningún momento perdió el tono calmado y la expresión impassible.

—No es necesario que vuelvas a disculparte —aseguró al quinto «lo siento» del chico—. No has hecho nada malo. Es solo que somos dos personas muy distintas con vidas muy diferentes. Hemos pasado juntos un tiempo estupendo...

—No digas eso —susurró Grant con la voz rota—. Suena a despedida.

—Es lo mejor, Grant, antes de que todo esto se vuelva más confuso. Tu padre quiere ciertas cosas de ti y tú no quieres decepcionarlo, ¿me equivoco?

Grant agachó la cabeza.

—Yo... Algo se me ocurrirá, Lil. No haré más de pareja de Keira o de Bianca. Eso no será un problema.

—Pero yo no podré participar en esa parte de tu vida.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres ir conmigo a todas esas fiestas aburridas, a las cenas con los socios de mi padre y a los cientos de estúpidos compromisos que organiza Alexa? —preguntó confuso.

—¡No! No es que quiera ir a todo eso... —Por un momento, pareció que su máscara impassible iba a resquebrajarse, pero recuperó con rapidez la falsa calma—. No se trata de que yo quiera ir, se trata de que tú y yo solo existimos dentro de mi apartamento. No sé si me entiendes...

Sí, la entendía, pero no sabía a dónde quería llegar. Su padre había sido bastante tajante al respecto durante la semana anterior. Una chica como Liliana no encajaba en sus vidas y no estaba dispuesto a consentir que Grant estropeará su buena imagen con la chica inadecuada.

*—Acuéstate con ella si quieres, pero sabes que no puede haber nada más. Necesitas una chica como Keira o Bianca, exactamente igual que todos nosotros. Una chica que sepa estar en los sitios, que sepa tratar a la gente de forma adecuada... Todos lo hacemos. Yo lo hice. Dos veces. Primero con tu madre. Pertenece a una de las familias más poderosas y antiguas de Charlotte. Fue una boda muy ventajosa para ambos. Pero con los años... bien, ella estaba más preocupada por su vida social que por la mía y eso no era bueno para los negocios. Alexa cumple mucho mejor su papel.*

Había sido un discurso tan cínico que Grant se encontró sin palabras, exactamente igual que en la cafetería con Liliana. Todo resultaba demasiado confuso. No quería dejarla escapar, pero tampoco decepcionar a su padre. Se había pasado toda la vida buscando su aprobación y, cuando por fin empezaba a conseguirlo, tenía que renunciar a lo único que verdaderamente quería.

Miró a Liliana y quiso prometerle que todo iba a cambiar, que podía hacerlo mejor, pero las palabras parecían atascadas en su garganta. Necesitaba pensar. Su relación se había precipitado de tal forma que no sabía qué hacer. Ni siquiera le había dado tiempo a pensar en lo que verdaderamente sentía por Liliana y, de repente, todo se había vuelto una decisión crucial.

—Necesito pensar —dijo, pasándose la mano por la cara, como si quisiera arrastrar todas las dudas que lo carcomían—. Todo va demasiado rápido...

Apenas llegó a vislumbrar la sonrisa triste de Liliana.

—Yo creo que todo está bastante claro, Grant. Escucha, el mes que viene empiezan los exámenes. Tengo que centrarme en ellos y tú también. Tal vez podamos posponer las decisiones para cuando acabe el curso, ¿te parece?

Le estaba ofreciendo una salida fácil y él se odió por aceptarlo. Hubiera preferido gritos e insultos, pero aquella Liliana sensata y calmada, como si no le importara que él saliera de su vida durante un mes, le resultó una

desconocida. Asintió y la vio dejar la cafetería sin volver la vista atrás.

## Capítulo 18

Thomas estaba un poco bebido, lo suficiente para que le entrara la risa floja al abrir el regalo de su novio y descubrir una PlayStation.

—Pero este regalo ¿es para ti o para mí? —preguntó cuando consiguió controlar las carcajadas. Josh, que parecía bastante satisfecho de sí mismo, se encogió de hombros.

—Para los dos, claro. Jugar acompañado es más divertido, aunque también te he comprado ese aburrido jersey negro que querías.

Thomas volvió a reír, sacudió la cabeza, abrazó a su novio y le dio un beso en la coronilla. Hacían una curiosa pareja: Thomas, con sus espaldas anchas, la incipiente barriga y su aspecto tranquilo; y Josh, flaco como una escoba, siempre en movimiento como una lagartija. Llevaban cuatro años juntos y eran de esas parejas sólidas que evitaban los dramas. Justo todo lo contrario a lo que habían sido Grant y ella, pensó Liliana con un suspiro, mientras se servía una segunda copa de vino. Vino normal, como el que bebía la gente corriente. Echaba de menos a Rebecca y sus extravagantes bebidas...

Doug estaba apoyado en una columna, con la mirada seria clavada en algún punto de la sala. Se había puesto una chaqueta oscura, que le daba un aspecto aún más desgarbado que de costumbre, aunque, fiel a su estilo, debajo de la misma llevaba una camiseta de Spiderman. Preocupada por la expresión sombría de su rostro, se acercó a él y, cuando llegó a su altura, siguió la dirección de su mirada, que la llevó directamente a Grace Campbell.

La recién ascendida organizadora de eventos estaba muy guapa, con un escotado vestido azul y largos pendientes de plata. Tonteaba con Grant descaradamente. Sonreía, le tocaba el brazo, agitaba las pestañas... Había sacado todo el arsenal de seducción, ese que Liliana, pese a la fama que arrastró en el instituto, jamás utilizó con ningún chico. Ella siempre había sido de las directas. Si un chico le gustaba, salía con él; si no, pasaba, pero no perdía el tiempo haciendo caídas de ojos y frunciendo los labios.

Tenía que reconocer que la actuación de Grace no parecía estar surtiendo efecto. Grant se mantenía erguido, con una actitud amable, pero distante. La ligera tensión de su mandíbula indicaba que estaba a punto de perder la paciencia. De repente, su socio alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Durante un segundo pareció que el resto de la gente, las decenas de invitados que se apretujaban en el salón de Thomas y Josh, desaparecían. Grant arqueó las cejas, pero Liliana rompió la conexión y se volvió hacia el ayudante de cocina. El chico estaba colado por Grace, pero ella no parecía hacerle demasiado caso.

—¿Salimos fuera un rato? Aquí hace mucho calor.

Doug se sobresaltó. Ni siquiera parecía haberse percatado de la presencia de su jefa, así que Liliana tuvo que repetir la pregunta y el chico asintió. Se deslizaron entre la masa de cuerpos hasta alcanzar la terraza y, una vez fuera, el contraste de temperatura les puso la piel de gallina, pero Liliana agradeció el aire frío.

—Creo que ni siquiera sabe que existo —farfulló el chico al cabo de un rato con la vista perdida en la oscuridad. Liliana no respondió. Entendió que Doug solo estaba reflexionando en voz alta y no buscando palabras de consuelo, así que se limitó a apretar su hombro con afecto.

La puerta de la terraza se abrió, dejando escapar al exterior una ráfaga de voces y risas, pero de inmediato volvió a hacerse el silencio. Liliana se giró un poco y vio a Grant, que se acercaba a ella con su abrigo en la mano.

—Hace ya frío para estar aquí fuera —dijo mientras la ayudaba a ponerse

la prenda. Liliana agradeció el gesto con un «gracias» que sonó estrangulado. No quería que él fuese tan amable, ni saber que estaba pendiente de sus movimientos, porque entonces ella podría acabar ablandándose—. Doug, ¿te importa llevarle a Grace una copa de vino? Me ha pedido una, pero necesito que me dé un poco el aire.

Habló con tono casual, pero no engañó a Liliana. El ayudante de cocina miró a su jefe con los ojos muy abiertos y después esbozó una amplia sonrisa que dejó al descubierto sus dientes separados.

—Sí, jefe, claro. ¡Yo me encargo! —exclamó con un nuevo entusiasmo y regresó al interior con tanta rapidez que estuvo a punto de golpearse con la puerta.

—¿Ahora haces de casamentero, Miller? —inquirió con tono burlón y los labios de Grant se curvaron en una sonrisa perezosa.

—En realidad, solo atiendo a mis propios intereses y ahora mismo mi interés se centraba en conseguir un rato a solas contigo.

El estómago de Liliana dio un vuelco y ella supo que eso no era bueno. Ni hablar. Se alejó de Grant unos pasos y se acodó sobre la barandilla, con la mirada perdida en la lejanía.

—Vas a perder. Lo sabes, ¿verdad? —La voz de Grant sonó baja, casi como un susurro.

—¿Cómo dices?

—Que vas a perder esta lucha que has montado contra ti misma desde que volví de Londres.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí. Tratas de mantenerte a distancia de mí y yo estoy intentando respetarlo, de verdad, aunque cada vez me resulta más difícil.

Se volvió enojada hacia él y casi chocó con su cuerpo, porque había avanzado hasta situarse detrás de ella. La golpeó su familiar olor a jabón y colonia cara, ese olor que volvía una y otra vez a su vida por más que intentaba alejarlo.

—¿Que estás intentado respetar las distancias? ¡Estás en todas partes! En el trabajo, en casa, en mi huerto, aquí... Desde hace meses allá donde voy, estás tú, invadiéndolo todo de nuevo. ¿Por qué lo haces? ¿Qué quieres de mí? —Su voz sonó casi suplicante, como si estuviera llegando al límite de sus fuerzas. Grant la miró con gravedad, alargó la mano y acarició su mejilla. Nunca su contacto le había parecido tan tierno.

—Lo quiero todo... O nada... Lo que estés dispuesta a darme, Lil.

—¿Por eso has vuelto de Londres?

Grant suspiró, se metió las manos en los bolsillos y retrocedió un paso.

—He vuelto por muchas razones: para liberarme de mi padre, para tomar las riendas de mi vida, para trabajar en algo que me entusiasme y que me haga sentir orgulloso y también para descubrir si me queda alguna oportunidad contigo. Creía que las había perdido todas, pero esta guerra que has montado me hace pensar que tal vez estaba equivocado, que quizás todavía puedas sentir algo por mí y me permitas demostrarte que he crecido y que he aprendido un par de cosas en el camino.

—¿Qué has aprendido? —susurró Liliana, acercándose a él, como una polilla atraída hacia la llama de una vela. Grant alargó de nuevo la mano y deslizó un dedo por su mandíbula, en un gesto lento y cariñoso que se quedó grabado en su piel, y después tragó saliva, como si estuviera nervioso o buscando dentro de sí mismo la resolución necesaria para respetar las distancias que ella había impuesto.

Lo vio rendirse. Fue así de simple. De pronto sus ojos se oscurecieron, su mirada adquirió una nueva seguridad, la mano que acariciaba su barbilla se trasladó a su nuca y todo sucedió a cámara lenta, pero fue incapaz de impedirlo. Grant se inclinó sobre ella, rozó su boca con los labios, y luego la atrajo hacia él para besarla. El mundo volvió a desaparecer, esta vez, de verdad, no quedó nada. Ni siquiera escuchó el sonido de su copa de vino estrellándose contra el suelo. Solo sentía la boca de Grant, sus manos sujetándola con firmeza, su añorado cuerpo contra el de ella. Se sumergió en

su olor a jabón y colonia y ya no supo nada más. Eran de nuevo Grant y Liliana en su burbuja, besándose como solo ellos sabían hacerlo, como si no hubiera nada mejor ni más importante en el mundo. Le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con el mismo entusiasmo. Igual que había sucedido junto al lago y en la fiesta de Navidad de Miller & Co. y en la puerta de la cafetería frente a la Escuela de Cocina... Fue tan perfecto como todos los primeros besos que habían compartido una y otra vez a lo largo de su vida. Y habría seguido besándolo durante horas si él no hubiera recuperado la cordura y se hubiera separado.

Liliana parpadeó confusa cuando sintió el aire frío en el lugar donde antes estaba el cálido cuerpo de Grant. Por inercia, se movió hacia delante, buscándolo, y él la agarró las manos con fuerza antes de llevárselas a la boca y cubrirlas de besos.

—Lo siento, Lil. Te juro que no tenía intención de abalanzarme sobre ti, que era sincero cuando dije que te estaba dando tiempo para saber si querías darme una nueva oportunidad...

—¿Eh?

Liliana todavía respiraba aturdida, incapaz de atender al discurso de Grant, pero poco a poco regresó a la realidad. Esperó sentirse horrorizada por lo que acababa de suceder, pero dentro de sí misma solo encontró una gran confusión.

—Creo que me iré a casa... —murmuró, alejándose de él, y lo último que vio antes de salir de la terraza fue la elegante espalda de Grant y sus hombros abatidos, como si acabara de fallar una prueba.

Ni siquiera se despidió de Thomas y se alegró de no haberse llegado a beber la segunda copa de vino, porque necesitaba de toda su concentración para regresar a casa. Quince minutos después aparcó el coche y apoyó la cabeza contra el volante. Grant la había besado. Y ella le había devuelto el beso. Con entusiasmo. ¿Es que acaso no había aprendido nada? ¿Seis años después iba a cometer los mismos errores de antes? Parecía que sí, que iba a

tropezar con la misma piedra. Tal vez debería claudicar, dejarse llevar. Aceptar de una vez por todas que jamás superaría a Grant Miller, porque volvía a sentirse atraída por él y no por el chico que fue, sino por este hombre nuevo que estaba empezando a conocer. Y le gustaba. Le gustaba mucho, aunque no quisiera.

Agotada, salió del coche y se encaminó hacia el ascensor. Se cruzó con una pareja, a la que saludó distraída, y, mientras subía, le escribió un mensaje de disculpa a Thomas por haberse ido de su fiesta de manera precipitada. El apartamento estaba a oscuras y pensó que Cam ya se habría acostado. O tal vez estuviera en su cuarto viendo una película en el portátil. Escuchó un ruido sordo en el salón y encendió la luz. Su hermanastro y otro chico se pusieron en pie de un brinco. El otro chico tropezó y se cayó del sofá. Cam estaba sin camiseta y se abalanzó sobre la prenda para ponérsela precipitadamente. Liliana se quedó mirando la escena, boquiabierta. Los dos chicos, rojos como un tomate, balbuceaban disculpas e incoherencias, pero ella permaneció quieta, en la puerta del salón, y ni siquiera se dio cuenta de que su bolso había resbalado al suelo y todo su contenido se había desparramado.

—Dijiste que volverías tarde —farfulló Cam al fin, mientras su amigo o novio o lo que fuera se ataba las zapatillas.

—No me has pedido permiso para traer a nadie a casa y, que yo sepa, este sigue siendo mi apartamento —soltó al fin. Luego se volvió hacia el chico rubio y le tendió la mano—. Soy Liliana, la hermana de Cam.

—Hermanastra —puntualizó el adolescente.

—Oliver —se presentó el rubio al mismo tiempo, algo titubeante—. Soy su... su...

—Mi novio —aclaró Cam con tono desafiante. Lil suspiró. Es decir, que todo se trataba de aquello... Se obligó a contener una sonrisa.

—Bien. Pues la próxima vez que quieras traer a tu novio a casa, me pides permiso. Y nada de montártelo en mi sofá.

—¿Hola? —La voz de Grant sonó en el recibidor. Se había dejado abierta la puerta de la entrada—. ¿Lil? ¿Cam? ¿Estáis bien?

El hombre que había estado besando media hora antes apareció en su salón con gesto preocupado. Cam y Oliver intercambiaron una mirada.

—Estamos bien, Grant. Es solo que el adolescente okupa se ha creído que en mi casa no hay reglas.

Grant miró confuso a los reunidos en el salón y Liliana tuvo que emplear todo su autocontrol para no echarse a reír. La noche estaba resultando por completo surrealista.

—¿Habéis cenado? —Los chicos negaron con la cabeza—. Yo tampoco y estoy muerta de hambre. Que alguien pida comida china, mientras me cambio —indicó mientras se agachaba para recoger el bolso y sus pertenencias desperdigadas—. Grant, puedes quedarte si quieres. Cam, preséntale a tu novio.

No esperó a escuchar la respuesta. Se dirigió hacia su dormitorio, suspiró de alivio cuando se deshizo de los tacones y se apresuró a quitarse la falda de tubo para ponerse unos pantalones cómodos y una camiseta.

La comida china no tardó en llegar y los cuatro cenaron sentados en el suelo. Grant habló con los chicos de cine y de videojuegos. Ella los escuchaba, pero no intervino demasiado en la conversación. De vez en cuando, pillaba a Cam mirándola de reojo, como si estuviera evaluándola, pero fingió que no se daba cuenta y se concentró en sus tallarines con gambas. No estaban demasiado buenos, pero tenía hambre, porque en la fiesta de Thomas apenas había llegado a comer un par de tartaletas de cangrejo.

—¿Vives en Haywood? —preguntó a Oliver cuando ya hacía un buen rato que habían terminado de cenar. El adolescente asintió—. ¿Y cómo has venido?

—En autobús —respondió el chico. Liliana miró la hora en su móvil y comprobó que el último autobús había salido hacía horas.

—¿Y cómo pensabas volver?

El joven se encogió de hombros, indiferente, y ella sacudió la cabeza.

—Vamos, te llevaré a casa.

—Déjalo, Lil. Yo lo llevo —la interrumpió Grant—. Quédate con Cam.

«Tienes mucho que hablar con él», parecía decir la mirada de su socio y ella asintió. Ambos recogieron los restos de la cena para dar tiempo a los dos adolescentes a despedirse y, cuando por fin Grant y Oliver se marcharon, le hizo un gesto a Cam para que se sentara en el sofá junto a ella.

—Así que... ¿esta es la razón?

Cam agachó la cabeza, avergonzado, y Liliana sintió una intensa ternura por el adolescente. Lo abrazó con fuerza hasta que notó que el chico se relajaba y le devolvía el abrazo.

—¿Cómo se lo digo a mis padres? ¿Y en el colegio? Ya soy bastante raro sin añadirle que me gustan los chicos. Soy el *nerd* de los videojuegos y los cómics. Súmale esto y mi vida se convertirá en un infierno.

—¿Se meten contigo?

Cam se encogió de hombros.

—A veces...

—Vale, vamos por partes. En primer lugar, no ha estado bien que trajeras a un chico a casa a escondidas. Me da igual si tienes novio o novia. Así no se hacen las cosas. ¿Quieres invitar a Oliver? Me parece bien. Pide permiso y pondremos algunas reglas. —Cam asintió, con la vista fija en sus zapatillas—. Y deberías hablar con tus padres. Están preocupados por ti y muy confusos. Cam, te quieren mucho... ¿Crees que va a suponer un problema que les digas que te gustan los chicos?

—No lo sé —murmuró—. No lo creo... Es solo que antes de hablar con ellos tenía que entenderme a mí mismo, ¿sabes? Me ha costado un poco darme cuenta de lo que me estaba pasando.

Su voz sonó cansada, como si hubiera regresado de un largo viaje y por fin hubiera llegado a su destino. No, no era fácil ser adolescente. Ella aún

recordaba lo que se sentía.

—En cuanto al colegio... ¿Te he hablado alguna vez de David? ¿O de Scott? —Cam sacudió la cabeza—. Son dos de mis mejores amigos, aunque ya no viven en Carolina del Norte, pero fuimos juntos al instituto...

Durante un buen rato le habló de David y de Scott, que, en realidad, tanto se parecían a Cam, con su pasión por los ordenadores, los cómics y las novelas de fantasía y de ciencia ficción. Los raros de la clase. Los *frikis* marginados. Los solitarios. Por suerte, no estuvieron solos, porque se tuvieron el uno al otro y a Alison y a Rebecca y a ella misma. Cinco adolescentes raros, marginados y solitarios, que se encontraron en el camino y juntos pudieron sobrevivir al instituto.

Cuando terminó de hablar de ellos, Cam, que parecía más relajado, le contó las burlas de sus compañeros, las confusas emociones que había vivido en los últimos meses y, con una sonrisa tímida, incluso se atrevió a hablar un poco sobre Oliver.

—¿Tengo que volver mañana a casa? —preguntó entre bostezos.

—No, Cam. Puedes quedarte el tiempo que necesites, pero debes saber que tus padres están preocupados. —El adolescente volvió a bostezar—. Creo que será mejor que te acuestes.

Cameron asintió y se marchó a su cuarto arrastrando los pies. Liliana echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo del sofá. Estaba agotada, pero sería incapaz de dormir. Había sido una noche demasiado intensa: Grant, Cameron... Le vendría bien una de las botellas raras que compartía con Rebecca. En realidad, lo que mejor le vendría era poder sentarse con su mejor amiga y contarle todo lo que estaba pasando. Rebecca era menos comprensiva que Alison y la espabilaría un poco, pero Rebecca estaba en New Bern, buscando local para su academia de *ballet* y viviendo en una empalagosa nube de amor, y no parecía buena idea ir a llorarle sus penas, especialmente las que estaban relacionadas con su propio hermano.

Escuchó unos toques leves en la puerta y se incorporó con dificultad. Le

pesaban el cuerpo y la cabeza, pero consiguió llegar hasta el recibidor y abrir después de ver a Grant a través de la mirilla. Llevaba la chaqueta en el brazo, el pelo revuelto y la camisa arrugada. Ya no parecía el hombre elegante que ocupaba todas las mañanas su despacho en Oak Farm, pero le gustaba más así. Le había pasado igual en el huerto, cuando acabó despeinado y lleno de tierra. Relajado. Sin preocupaciones. Feliz. Tan guapo que no entendía cómo había sido capaz de resistirse a él tanto tiempo, especialmente desde que había vuelto a besarle.

—No sabía si estabas despierta, pero quería decirte que dejé a Oliver en su casa. ¿Cam está bien? —preguntó en voz baja para no molestar a los vecinos.

—Sí, creo que está bien... O lo estará... Se ha acostado hace un rato; estaba muerto de sueño. Tú también pareces cansado... —Sin poder evitarlo, alargó la mano y acarició las profundas ojeras que adornaban su perfecto rostro. Grant cerró los ojos un momento y luego volvió a mirarla con intensidad.

—Ha sido una noche de muchas emociones, y tú y yo...

—Mañana, Grant. Ahora mismo ya no puedo más.

Grant asintió y avanzó un paso, hasta que Liliana tuvo que alzar la cabeza para poder ver su rostro. Creyó que iba a besarla de nuevo, que iba a tomarla en sus brazos y fundir la boca contra la suya, pero él se limitó a depositar un beso rápido en su frente y a dirigirse a su apartamento.

—Mañana —repitió Grant antes de entrar en su piso.

Y Liliana no supo si era una promesa o una amenaza.

## Capítulo 19

Se centró en los exámenes. Era lo mejor que podía hacer, lo más sensato, y pospuso todas las decisiones. Por primera vez en su vida, Grant estudió con ahínco para sacar adelante las asignaturas. Estudiar le permitía no pensar en Liliana, aunque por las noches, mientras escuchaba los pesados ronquidos de su compañero de cuarto, todo lo que veía era su precioso rostro, sus ojos burlones, el lunar escondido detrás de su oreja, la curva rotunda de sus caderas... La echaba tanto de menos que dolía, pero esperaba que aquel tiempo separados sirviera para que ella se calmara y él aclarara sus sentimientos. En realidad, tenía cierta sensación de alivio por haber conseguido un tiempo de descanso. Resistió el impulso de llamarla, o incluso de escribirle un mensaje, y solo cuando terminó los exámenes y comprobó que había aprobado el curso con las mejores notas que jamás había sacado, marcó su número. Lil no cogió la llamada. Ni esa vez ni las otras cuatro veces que intentó localizarla. Al final de la semana, se acercó al apartamento de las chicas. Le abrió Erin, descalza, con el pelo recogido con un moño flojo, unos *shorts* y una camiseta dos tallas mayores de lo que necesitaba. Lo observó con sus tranquilos ojos marrones tras las enormes gafas de pasta y creyó detectar cierta compasión en su mirada.

—No está aquí, Grant. Se ha ido de la ciudad.

—¿Ido? ¿A dónde? ¿Ha vuelto a Oak Hill?

Erin negó con un lento movimiento de cabeza, mientras se hacía un lado

para dejarlo entrar en el apartamento. Reinaba un extraño silencio dentro, como si la casa hubiera perdido toda la alegría.

—Ha conseguido un empleo de verano. En realidad, es una oportunidad única. Un restaurante de esos de primera fila, con estrellas Michelin y hasta algún James Beard<sup>[1]</sup>. Suelen escoger a dos o tres estudiantes cada verano para contratos en prácticas. Lil rellenó la solicitud antes de Navidad y no creía que se lo dieran, pero al final la han cogido. Estaba contenta, porque sería una gran experiencia...

Grant se quedó anonadado. Ella había huido. Nunca habría esperado que Liliana se comportara de forma tan cobarde.

—No me coge el teléfono...

Erin contuvo un suspiro.

—Dijo que era la segunda vez que le rompías el corazón...

Erin no quiso decirle dónde estaba Liliana y él no insistió. Tal vez fuera mejor así. Quizás su historia con Liliana solo alcanzaba para unos pocos meses de felicidad, una burbuja perfecta suspendida en el tiempo, pero incapaz de mantenerse intacta cuando rozaba la realidad. Ninguno de los dos había prometido nada, ninguno de los dos había luchado. Él la había herido y ella había escapado; no parecía que tuvieran mucho más que decirse.

No entendió muy bien la extraña sensación de frío que lo acompañó todo el verano. Los termómetros marcaban altas temperaturas (los días más calurosos llegaron a señalar 33 grados), pero aun así Grant siempre tenía frío. Lo achacó a los aires acondicionados de Miller & Co., donde pasó todo el verano en un empleo en prácticas en el Departamento Financiero. Trabajaba una media de once horas diarias, al servicio de un déspota ejecutivo al que no parecía importarle que fuera el hijo de Conrad Miller. Sospechaba que su padre había insistido en que nadie le otorgara un trato de favor y le parecía justo, aunque a veces recordaba sus indolentes veranos del pasado y sentía cierta nostalgia por la vida fácil.

No vio a su hermana aquel verano. Rebecca se fue con Ethan a navegar

durante algunas semanas y, después, se trasladó a Nueva York para hacer un curso de danza contemporánea; en Nueva York también pasó el verano Tyler, haciendo prácticas en una conocida revista. Connor MacMillan y Chelsea, su novia de Pasadena, que habían regresado de unas largas vacaciones en Europa, quedaron con él a mediados de julio y le organizaron una cita que él no pidió con una amiga de ella. Su cita parecía la perfecta novia de un futuro político. Era guapa, pero Grant se aburría con ella y desechó la idea de llevarla a la cama. No había vuelto a estar con nadie desde Liliana y quería romper esa racha de abstinencia, aunque fuera solo para demostrarse que ella ya no le importaba, pero no se atrevía a dar el paso. Los meses de verano pasaron, Conrad miraba a su hijo con un nuevo brillo de satisfacción y el frío parecía haberse instalado en sus huesos y no quería irse.

En septiembre empezó el último curso y por las tardes trabajaba como asistente en el Departamento de Clientes de Miller & Co. El nuevo puesto le gustaba más y se ajustaba mejor a su carácter, así que consideró que había avanzado. A mediados de mes, se saltó la última clase del jueves y se sentó en la cafetería que había frente a la escuela de Liliana. Esperó allí durante dos horas hasta que la vio salir, acompañada por dos chicas y un chico. Estaba más delgada, pero sonreía abiertamente. Grant sintió una opresión en el pecho, pero no se movió. La contempló charlar con sus amigos, despedirse y dirigirse a la parada de autobús. Cuando se subió al vehículo, Grant pagó los tres cafés que había tomado y regresó a Miller & Co. Trabajó durante cuatro horas y al salir se tomó una copa en un pub de la zona, lleno de jóvenes y brillantes ejecutivos que querían comerse el mundo. Una rubia con traje sastre se acercó a la barra y trató de darle conversación. Las frases cortantes de él no parecieron desanimarla y al final acabaron echando un polvo rápido en los servicios femeninos. Tiritaba cuando llegó a la residencia, se dio una larga ducha y acabó llorando bajo el agua caliente sin entender muy bien qué le pasaba ni cómo detener el frío.

El verano dio paso al otoño y su vida se convirtió en una rutina de clases y

trabajo. De vez en cuando salía con sus viejos amigos, y su padre y Alexa volvieron a convencerlo para que asistiera a nuevos compromisos sociales. Bianca salía con un chico tan estirado como ella y Keira decidió salir del armario, lo que no la condenó al ostracismo, como creía, pero vivió algunas desagradables escenas con sus padres. Grant asistía solo a los eventos y a veces se encontraba escudriñando entre las camareras, buscando una cara conocida, pero no volvió a ver a Liliana o a Jill. Se acostó con algunas chicas. Chicas que no importaban y con las que el sexo era divertido, pero que no hacían tambalear el mundo. El tipo de chicas con las que un hombre estaba a salvo.

En navidades volvió a coincidir con su hermana. Rebecca estaba contenta en Seattle y parecía llevar bien su relación a distancia. Ya no tenía nada que ver con la adolescente oscura del pasado y Grant lamentó mantener una relación tan distante con ella. Era culpa suya, pero no sabía cómo iniciar algún tipo de acercamiento. Rebecca no parecía demasiado interesada en su familia. Tenía a sus amigos, a Ethan y al *ballet* y aquello parecía suficiente para ella. Durante el vuelo a Los Ángeles estuvo tentado a preguntarle por Liliana, pero pensó que sonaría raro que él se interesase por su mejor amiga.

El frío lo persiguió hasta Los Ángeles, así que no le extrañó que, a su regreso, siguiera sintiéndolo en cada hueso.

—Tienes mala cara —susurró Alexa durante una cena con uno de los clientes de Miller & Co. Su madrastra le puso la mano en la frente, al tiempo que, con disimulo, le acariciaba el muslo—. Estás ardiendo, Grant. Deberías ir al médico.

Él se apartó con brusquedad, se disculpó con el resto de los comensales y salió a la calle, donde lo golpeó una ráfaga de viento. Estaba tiritando, pero notó que una capa de sudor cubría su frente. No podía conducir en esas condiciones. Debería llamar a un taxi, pero no tenía fuerzas ni para alzar la mano.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—¿Grant?

El tono preocupado del aparcacoches quedó tapado por una voz femenina demasiado conocida. Hacía nueve meses que no la veía, pero se sintió feliz al escucharla. La vio entre brumas, como si la cubriera una especie de niebla, aunque pudo distinguir sus facciones preocupadas y su boca fruncida. La boca más bonita y besable que jamás había visto.

—Grant, no parece estar bien. ¿Qué te pasa? ¡Pero si estás ardiendo...! — Su mano fresca se posó sobre su frente y él cerró los ojos, perdiéndose en su contacto—. No puedes quedarte aquí. Tienes que ir a casa. ¿Sigues viviendo en la residencia?

Le gustaba su preocupación y hablaba tan rápido, hacía tantas preguntas, que él no tenía que hacer el esfuerzo de contestar. La escuchó llamar a un taxi y lo empujó hasta meterlo en el vehículo.

—¿Dónde te llevo, Grant? ¿A la residencia? —insistió de nuevo.

—Llévame contigo —suplicó con voz delirante.

—¿Conmigo? No, Grant, tienes que ir a casa y llamar al médico. Estás enfermo. Tienes mucha fiebre.

—Llévame contigo —repitió, recostándose sobre ella e inhalando su olor a manzanas. Probablemente era un sueño y estaba abrazando al aparcacoches, pensó en un destello de lucidez, pero no le importó. La escuchó suspirar. O tal vez resoplar, no estaba muy seguro, y luego dar la dirección de su edificio. Bien. Nunca debió abandonar su apartamento. Era allí donde él tenía que estar, pensó con absoluta seguridad. Sintió que el taxi se detenía, que alguien lo empujaba, el frío de la calle, el sonido de las llaves abriendo la puerta, lo arrastraban entre bufidos por las escaleras, de nuevo el sonido de las llaves y luego lo empujaban dentro de una habitación cálida. Cayó sobre un colchón blando y cómodo y unas manos gráciles empezaron a quitarle los zapatos y la ropa con evidente esfuerzo. Quiso decir algo, pero estaba muy cansado y después ya no se enteró de nada. Tuvo un sueño inquieto, sintió manos que lo tocaban, susurros enfadados y respuestas cortantes, alguien le puso una taza

en los labios, un paño húmedo en la frente, lo obligaron a tomar una pastilla. Se durmió y despertó varias veces.

—Tenías que haberlo llevado a su casa.

—Tal vez deberíamos llamar al médico. Tiene mucha fiebre...

En algún momento de la noche, se despertó. La luz de una lamparita iluminaba tenuemente la habitación. Tardó unos segundos en reconocer el cuarto de Liliana, los muebles de segunda mano, la pila de libros y apuntes sobre la mesa, el corcho lleno de fotos... Y luego la vio a ella, sentada en una butaca que solía estar en el salón, trasteando en el móvil.

—Tengo sed... —musitó. Liliana se levantó de un salto, se sentó junto a él y le tocó la frente con la palma de la mano.

—Parece que te ha bajado un poco la fiebre —aseguró y le ofreció agua de una taza.

—No eres un sueño —murmuró después de beber un par de sorbos.

—No.

—Te he echado de menos.

—No digas eso...

—Es la verdad —aseguró, cerrando los ojos—. Creo que he debido coger algún virus...

Se quedó dormido de nuevo y, cuando despertó, la luz ya entraba por la ventana. En la butaca estaba Erin, leyendo en su *e-reader*. Levantó la vista en cuanto lo sintió moverse.

—¡Vaya susto nos has dado! —exclamó, mientras se acercaba a él para ponerle el termómetro—. Liliana se ha echado un rato en mi cama y Jill está muy enfadada porque te trajo aquí —le informó, mientras le tendía una pastilla.

—Debería irme a casa... —Grant se pasó la mano por la mejilla y notó la barba incipiente y la piel pegajosa—. Me encuentro mejor.

—Todavía tienes fiebre. Creo que será mejor que no te muevas.

Erin y Liliana se turnaron para cuidarlo. Lil procuraba hablar lo

imprescindible y Grant no quiso abusar de su buena suerte. Al caer la noche, Jill entró en el cuarto con un cuenco de sopa que le recordó a los caldos sanadores de Elena Peña.

—No debió traerte aquí —le espetó la pelirroja, mientras le ponía la bandeja sobre las rodillas. Grant asintió.

Aquella noche durmió mejor y por la mañana ya solo tenía unas décimas. Se dio una ducha, que lo hizo sentirse reconfortado, y desayunó un té y unas tostadas con mantequilla que le preparó Liliana.

—Muchas gracias por cuidarme.

—Está bien, Grant, tenías una pinta horrible y no podía dejarte tirado.

—¿A pesar de que me odias?

Liliana suspiró y retorció un mechón de sus cabellos con los dedos.

—No te odio, Grant. Ni siquiera estoy enfadada contigo.

—Escapaste de mí...

—No quiero tener esta conversación.

—Está bien... Creo que debería irme a casa.

—Todavía tienes unas décimas...

—Me encuentro mucho mejor. Estaré bien en la residencia.

Liliana asintió y recogió los restos del desayuno. Después, lo acompañó a la calle, llamó a un taxi y esperó a que Grant se subiera al vehículo. Él le dio las gracias una vez más y se recostó en el asiento con los ojos cerrados.

Tardó un par de días en recuperarse y, cuando se encontró mejor, envió tres ramos de flores al apartamento con una nota de agradecimiento para cada chica. Aun esperó una semana más antes de ir a buscar a Liliana a la puerta de la escuela. Ella no lo vio hasta que casi estuvo a su lado. Lo miró con los ojos muy abiertos, pero no huyó. Lo saludó con voz ronca y recorrió sin disimulo su cuerpo con la mirada.

—Tienes mejor aspecto —dijo al fin. Grant asintió con una sonrisa. El frío había desaparecido e intuía que la presencia de Liliana tenía algo que ver en ello.

—Quiero agradecerte tus cuidados. Déjame invitarte a cenar.

—No hace falta...

Lil no parecía dispuesta a ceder ni él a admitir su negativa. Al final, consiguió que aceptara un café y se dirigieron al local de enfrente. Pidió los cafés (solo con mucho azúcar para él, con crema de leche, canela y vainilla para Liliana) y, tras un incómodo silencio, él preguntó por sus prácticas de verano y ella habló con entusiasmo de su trabajo en el restaurante y la excelente formación que había recibido allí. Por su parte, Grant la puso al día de su nueva situación en Miller & Co.

—¿Trabajas para tu padre? —Parecía decepcionada. O no. Quizás solo sentía curiosidad.

—Ese fue siempre el plan, pero no lo veo mucho. Soy solo un asistente. Sin favoritismos. ¿Sigues en la empresa de *catering*?

—No. Ahora trabajo por las noches de ayudante de cocina en un restaurante de la zona financiera y también en Joe's los fines de semana...

—Te he echado de menos —la interrumpió—. Muchísimo. He vivido como dormido desde que te fuiste y solo he despertado ahora que te he vuelto a encontrar.

—No digas eso. No tienes derecho...

—No, no lo tengo —reconoció él—, pero no quiero seguir como hasta ahora. Sé que no lo merezco, pero quiero pedirte una nueva oportunidad. Esta vez lo haré bien, lo prometo.

—No puedo. —Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero no llegaron a caer. Grant no creyó que fuera capaz de soportarlo si rompía a llorar—. Me ha costado muchos meses superar lo nuestro. En aquella fiesta comprendí muchas cosas, sobre todo que yo no formo parte de tu mundo y que nunca podré hacerlo. Siempre seré la chica latina del parque de caravanas, la hija de vuestra empleada doméstica. Yo soy la que te sirve copas, no la que camina de tu brazo en una fiesta.

—Siento mucho haberte hecho sentir así. Fui un imbécil...

—No, Grant, son mis propias inseguridades, pero también el mundo real en el que vivimos.

—Podemos cambiar ese mundo.

—No nos lo permitirán. Y habría que quererse muchísimo para intentarlo.

Nerviosa, Liliana hacía tamborilear los dedos sobre la mesa. Él atrapó su mano y la apretó con suavidad.

—¿Y tú me quieres? ¿Tanto como para intentarlo? —La voz le salió algo temblorosa y ella lo miró con ojos asustados—. Déjame decirlo de otra forma: estoy enamorado de ti. Nunca antes lo había estado y me ha costado un poco entender lo que sentía, pero ahora lo sé. Te quiero y creo que podemos intentarlo. Podemos contárselo a todo el mundo: a mis padres, a mi hermana, a tu madre... Irás conmigo a las fiestas y...

—Para, para, para —lo detuvo Liliana—. Hemos estado nueve meses sin vernos y ahora no puedes venir y decirme todo esto y esperar que yo... ¿Qué esperas exactamente?

—Espero que digas que me quieres, o al menos que podrías llegar a quererme con el tiempo, que aceptes a cenar conmigo esta noche y que empecemos a salir juntos como una pareja normal.

Liliana rio y se tapó la cara con las manos.

—Estás loco...

—Por ti —matizó él con su sonrisa más persuasiva y, cuando le guiñó un ojo, supo por su mirada brillante que había ganado aquella batalla.

—Yo también te quiero, Grant —suspiró—. Supongo que no puedo evitarlo.

—Bien. Creo que ahora deberíamos salir de aquí —aseguró con gesto pícaro. Se puso en pie, le tendió la mano y sonrió ante su gesto de confusión—. Necesito besarte en serio y no quiero que nos echen de la cafetería por escándalo público.

Liliana se rio, se puso el abrigo, aceptó su mano y se dejó llevar a la calle. Una vez en el exterior, la besó a conciencia, estrechándola con fuerza entre

sus brazos y sin creer demasiado en su buena suerte, pero dispuesto a aprovechar la nueva oportunidad que le daba el destino.

## Capítulo 20

Siempre se había considerado una mujer valiente, así que no se reconoció en aquella chica cobarde que al día siguiente llamó a Thomas para decirle que se tomaba el día libre, y se fue con Cam a Waterfront House porque el adolescente prefirió tantear primero a su padre y a Elena antes de enfrentarse a su madre. Lo hacía por Cam, claro, pero también era una forma de retrasar su encuentro con Grant. No había dormido bien y seguía tan confusa como la noche anterior.

Jason recibió a su hijo con cautela, como si caminara a través de una zona llena de minas y no supiera en qué momento iba a saltar todo por los aires. Liliana quiso darles privacidad, pero Cam la tomó de la mano y supo que la necesitaba a su lado. Así que se sentó junto a él, sin soltarle la mano, y dejó que se explicara en un largo, confuso y titubeante discurso, con las mejillas rojas y la mirada baja, que no levantó hasta que su padre se puso en pie, salvó la distancia que los separaba y envolvió al chico en un apretado abrazo.

Al final, lloraron todos. Cam, Elena, Jason y hasta la propia Liliana. Hubo muchas lágrimas y también risas nerviosas y Jason revolvió el pelo del adolescente con un gesto torpe, pero cargado de cariño, y luego Elena dijo que la situación pedía una buena comida, así que los cuatro se trasladaron a la cocina y acabaron comiéndose el congrio frito con arroz de coco que Elena tenía previsto para la cena y que sirvió para templar un poco los ánimos. Después, Jason se puso serio y le pidió al adolescente dar un paseo para

hablar de la situación del colegio. Padre e hijo se pusieron gruesas chaquetas de pana y desaparecieron camino del lago, mientras Elena y Liliana se preparaban un café.

—¿Qué crees que pasará con la madre de Cam? —preguntó Liliana, mientras mordisqueaba una galleta con trocitos de chocolate.

—No creo que Cam tenga que preocuparse por su madre. Pondrá el grito en el cielo porque él no le haya contado antes lo que sucedía e intentará controlarlo más, así que se pelearán bastante, pero lo apoyará en lo importante. Maggie es algo dramática, pero quiere a sus hijos.

—Cam quiere cambiarse de colegio e ir al instituto público. —Lo habían hablado en el coche, de camino a Haywood, y Liliana entendía las razones de su hermanastro.

—Eso ya va a ser más complicado. No creo que Maggie ceda en lo del instituto, pero Jason apoyará a su hijo y tal vez consigan convencerla más adelante...

Regresó a Oak Hill cuando ya había oscurecido. Cam se había quedado a dormir en casa de su padre y al día siguiente ambos irían a hablar con la madre del chico. Liliana le había hecho prometer que la llamaría por la noche para contarle cómo había ido. Se alegraba de haber conocido mejor al adolescente y se prometió que intentaría mantener con él una relación más estrecha. Iba a echarlo de menos aquella noche. Se había acostumbrado a tenerlo en casa, a sus hoscos monosílabos, sus zapatillas tiradas en cualquier rincón y sus libros de estudio apilados en la mesa del salón. Habían sido unos pocos días, pero su casa le iba a parecer más vacía que antes. Le sucedió lo mismo cuando Rebecca se trasladó a vivir con Ethan. Se mudó al piso de enfrente, pero, aun así, durante los primeros tiempos, el silencio de su apartamento le pareció opresivo.

Sumida en sus pensamientos, salió del ascensor. Grant la esperaba junto a la puerta de su apartamento, sentado en el suelo, en mangas de camisa y con la vista fija en sus zapatos. Parecía llevar ahí un buen rato. Cuando llegó

junto a él, levantó la cabeza y esbozó una sonrisa ladeada.

—Siempre te consideraré la chica más valiente que había conocido —afirmó con tono burlón. No parecía decepcionado ni enfadado. Liliana se rio un poco, porque había intentado evitarlo una vez más, pero él seguía apareciendo. Tal vez había llegado el momento de dejar de correr y aceptar que no parecía dispuesto a irse.

Sacó las llaves y abrió la puerta.

—¿Tienes hambre?

—No —dijo poniéndose en pie con agilidad—. Pero quiero entrar de todos modos.

Ella asintió y atravesó el umbral. Lo oyó seguirla y detenerse junto a la puerta del salón, mientras Lil continuaba hacia su dormitorio. Al llegar allí, se giró hacia él. Grant tenía los ojos fijos en sus caderas y ella sonrió de nuevo, aunque él no pareció darse cuenta.

—Ven —dijo. Solo eso. Grant alzó la cabeza como un rayo y supo por su gesto que no esperaba aquella invitación. Ninguno se movió. Él parecía estudiarla, como si no creyera lo que estaba ofreciendo, y Liliana le mantuvo la mirada. Estaba cansada de luchar contra sí misma, al menos aquella noche, así que se concedió una tregua. Ambos la merecían. Y deseaba a Grant. Tal vez no fuera demasiado inteligente por su parte dar aquel paso, sin estar segura de confiar en él, pero ya no podía más.

—¿Estás segura? —Su voz sonó ronca y cálida y un delicioso estremecimiento recorrió la espalda femenina.

—¿Lo estás tú?

Lo siguiente que supo fue que estaba en brazos de Grant y que la besaba casi con desesperación, como si necesitara entregarle de golpe seis años de besos condensados en uno solo. Tuvo que tirar de su pelo para separarlo un poco y poder leer su rostro. Vio el deseo marcado en cada uno de sus rasgos y eso la hizo soltar una risa baja. Él también se rio y aquello pareció relajar el ambiente. Volvieron a besarse, esta vez más despacio, al tiempo que las

manos de ambos recorrían hombros, espaldas, cinturas y caderas, tratando de reconocer el cuerpo del otro. Ella le arrancó sin querer un botón de la camisa al desabrocharla y a él le temblaron los dedos cuando intentó deshacerse de su sujetador. Volvieron a reír nerviosos, como dos torpes adolescentes en su primera vez, y ella hundió la nariz en la curva de su cuello para emborracharse de su olor a jabón y colonia, ese olor tan suyo, que solo poseía Grant Miller y al que había sido adicta años atrás. Aquel gesto hizo desaparecer la poca cordura que les quedaba.

—Me gustaría ir despacio, pero creo que no voy a poder —alcanzó a decir Grant entre fuertes respiraciones, casi disculpándose, y Liliana, impaciente, rodeó su cintura con las piernas y lo atrajo hacia sí, porque su piel parecía haber recordado de pronto que con Grant el sexo siempre era mejor, que iba más allá de la mecánica de dos cuerpos, más allá del placer físico (que lo había, y mucho), pero el sexo con Grant, ya fuera lento o rápido, tierno o desenfrenado, era más íntimo, más intenso, más pleno, y despertaba en ella emociones que habitaban en algún rincón de su interior, pero que nadie más que él lograba alcanzar.

Se despertó abrazada a él. Más que abrazada, enroscada a su cuerpo, en un nudo de brazos, piernas y sábanas, y esperó a que llegara el arrepentimiento o el miedo, pero estaba tan cómoda y relajada que volvió a quedarse dormida, no demasiado profundamente, en una duermevela relajada en la que percibía la respiración acompasada de su compañero, su piel cálida y la firmeza de su abrazo. Incluso notó, cuando se despertó, las caricias tiernas y lentas en su espalda y el tímido beso, casi etéreo, que depositó en su pelo antes de desenredar con cuidado sus cuerpos. «Esta vez lo haré mejor», prometió en un susurro bajo. Medio dormida lo oyó caminar hacia el cuarto de baño y escuchó el sonido de la ducha. Liliana hundió la nariz en la almohada, para empaparse de nuevo del olor de Grant, y ya no escuchó nada más hasta que la despertaron una lluvia de besos delicados y el olor a café recién hecho.

—Despierta, dormilona, que tenemos la boda de los Bland y tienes que

ponerte al frente de tu ejército de cocineros.

Liliana se rio entre dientes, se giró y su mirada somnolienta tropezó con el rostro feliz de Grant; tenía los labios algo hinchados por los cientos de besos que intercambiaron la noche anterior y la barba crecida, y estaba tan guapo que estuvo tentada a meterlo en la cama de nuevo.

Desayunaron en un cómodo silencio que ninguno de los dos parecía decidido a romper para mantener una conversación sobre la noche anterior o sobre el futuro. Eran como dos chiquillos tontos que solo sabían sonreír, sacudir la cabeza y ruborizarse. Todo bastante ñoño, tuvo que reconocer Liliana cuando Grant se marchó a su apartamento para afeitarse y ponerse ropa limpia.

Cada uno fue en su coche a Oak Farm. Liliana se dirigió a la cocina, se concentró en el trabajo y eludió las preguntas de Thomas sobre su ausencia del día anterior. Por suerte, el menú de bodas exigía una labor precisa y un intenso ritmo de trabajo y aquello evitó que pensara demasiado en los acontecimientos de la noche. Al menos hasta que salió el postre y, mientras el resto recogía la cocina, ella se disculpó y se dirigió a su despacho. Iba por el pasillo cuando empezaron a asaltarla las primeras dudas, pero al entrar en su despacho se encontró a Grant apoyado en la mesa, con su antigua pícaro sonrisa en los labios y una botella de *brandy* de manzana.

—Es la bebida más repugnante que he encontrado en la tienda, pero Rebecca dijo que solíais celebrar así los éxitos y esta boda ha salido perfecta.

Lil soltó una carcajada, dejó todas sus dudas en el pasillo y lo besó antes de buscar un par de vasos. Se bebieron media botella y tuvieron sexo contra la pared de su despacho y después otra vez en el apartamento de ella, tras comerse algunos restos del menú de bodas. Estaban volviendo a caer en los viejos hábitos, Liliana lo sabía, pero era incapaz de resistirse. Se encontraban de nuevo inmersos en su propia burbuja de sexo, largas conversaciones en la cama, películas en el sofá y cenas copiosas a altas horas de la noche. Procuraron mantener su activa vida sexual al margen de Oak Farm, pero

parecían incapaces de dejar las manos quietas y, a medida que avanzaba la semana, se fueron relajando. Así pasó que Stella los pilló saliendo del huerto despeinados y con las ropas arrugadas, que Thomas se dio de bruces en el almacén con ellos metiéndose mano como adolescentes (afortunadamente con toda la ropa aún en su sitio) y que Grace los descubrió besándose en la nueva sala de conferencias.

—No podemos seguir así. Somos unos irresponsables —aseguró Liliana cuando una ruborizada Grace cerró la puerta entre disculpas entrecortadas y miradas dolidas—. Esto se nos está yendo de las manos...

—Es que tenemos que recuperar seis años. Seis años, Lil...

—No llevas seis años sin una mujer —refunfuñó ella, porque no le gustaba su tono manipulador.

—Seis años sin ti y uno sin mujeres. Te aseguro que estoy muy necesitado —bromeó Grant, cuyas capas de frialdad, todas las que había traído de Londres, habían ido cayendo una a una a lo largo de aquella semana. Liliana no supo si ironizaba sobre su año de abstinencia, pero no quiso saberlo. Salió de la sala de conferencias con paso apresurado y se refugió en su despacho. Tenía veintisiete años, una empresa a su cargo y suficiente experiencia para saber que estaba haciéndolo mal, que estaba recayendo en los errores del pasado y que ya era demasiado mayor y tenía demasiadas responsabilidades para comportarse como una adolescente en celo. Grant y ella tenían que parar. O hablar. O dejar de verse. No sabía muy bien qué tenían que hacer, porque todo resultaba demasiado complicado. Trabajaban juntos. Eran socios. Y habían demostrado suficientes veces que no funcionaban, así que aquella noche, cuando terminó su jornada, se escabulló antes de que él apareciera y condujo hasta Waterfront House. Estaba huyendo de nuevo, pero no sabía hacerlo mejor. Así que se quedó a dormir en casa de su madre e ignoró las llamadas y los mensajes de Grant.

*Esta noche es la fiesta de la editorial. He alquilado un coche para que nos recoja a las seis.*

La nota, escueta y fría, la esperaba en la mesa de su despacho. La releyó tres veces antes de guardarla en un cajón y concentrarse en los nuevos menús para el invierno. Durante el almuerzo llamó a Cam para saber qué tal le iba. Se había acostumbrado a llamarlo de vez en cuando. Su madre no había sabido asimilar demasiado bien la homosexualidad de su hijo y le estaba costando adaptarse, así que las cosas andaban todavía algo tensas, pero el chico parecía más tranquilo, como si, al contarlo, hubiera liberado una parte de él.

—Creo que se trataba de aceptarme a mí mismo, más que de que me acepten los demás. Esa parte no está en mi mano... —explicó su hermanastro con una nueva madurez que reconfortó a Liliana—. Mamá está empezando a asumirlo, así que supongo que al final todo estará bien.

—¿Y el colegio?

—No es fácil. Hay algunos rumores sobre mí, pero creo que puedo con ello. Aunque estoy decidido a cambiarme el próximo semestre al instituto público. Oliver estudia allí y dice que el ambiente es mucho más tolerante. Papá me apoya y mi hermano dice que hablará con mamá. Espero poder pedir el traslado después de Navidad...

Liliana se alegró por su hermanastro y su reencontrado equilibrio. Ella debía aprender de él y madurar de una vez por todas. El mundo no giraba en torno a Grant Miller y ella no podía dejar que pusiera su vida del revés con unos cuantos encuentros sexuales, por muy increíbles que fueran. Tenía que dejar las cosas claras con él.

Se había comprado un vestido precioso para la fiesta de la editorial. Nada de prendas de *outlet* de varias temporadas atrás. Había dejado temblando sus ahorros, pero había merecido la pena. Un vestido sobrio y elegante, porque no olvidaba que iban a aquella fiesta a trabajar, a conseguir un nuevo e importante cliente.

El coche llegó a las seis en punto y Grant la esperaba junto a él, enfundado en un elegante abrigo negro y con guantes de piel. Su semblante serio no

auguraba una conversación amistosa, pero ella fingió ignorarlo. No era el momento de desmenuzar lo que estaba pasando entre ellos, así que se acomodaron en el asiento trasero, Liliana saludó al chófer y el vehículo puso rumbo a Charlotte. Grant, con el ceño fruncido, parecía concentrado en la pantalla de su móvil, así que Liliana fijó la vista en la ventanilla.

—Ayer desapareciste —dijo al fin Grant, aunque no levantó la mirada del teléfono—. Te llamé varias veces, pero parecía que te hubiera tragado la tierra.

—Estuve en casa de mi madre. Necesitaba pensar.

—¿En nosotros?

Liliana asintió y Grant alzó por fin la cabeza, clavando en ella sus ojos, que en aquel momento parecían más grises que de costumbre.

—Trabajamos juntos, Grant. Somos socios de una empresa de la que depende mucha gente. No podemos volver a las andadas.

—He cambiado.

—Eso dices, pero, en realidad, estamos cayendo en lo mismo de siempre.

—¿Es por el sexo? Sabía que íbamos demasiado rápido y soy consciente de que se nos ha ido un poco de las manos...

—¿Un poco? —La voz de Liliana sonó más aguda de lo normal—. ¿En serio, Grant? Nos han pillado tres veces montándonoslo en el trabajo. ¡En una semana! Y no te echo la culpa, es de los dos, que siempre caemos en la misma relación tóxica. Nos aislamos del mundo, nos encerramos y todo parece perfecto, pero no lo es. Tenemos que parar.

Grant ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Estás asustada.

—No me escuchas.

—Te escucho y estás aterrada, pero no puedo hacer nada. No tengo ninguna forma de demostrarte que puedes confiar en mí. —Parecía abatido y su tono no podía ocultar la frustración—. Puedo hacer mil promesas, pero la única forma en la que podré demostrártelo es si te quedas a mi lado.

Liliana sacudió la cabeza con pena.

—No puedo, Grant. Ya no es por mí, por nosotros. Si sale mal... ¿puedes asegurar que no afectará a Oak Farm o a la gente que trabaja allí?

—Te he firmado un papel que te garantiza que puedes echarme y quedarte con el control de la empresa. ¿Eso no te vale?

No, no le valía, porque no quería echar a Grant. Durante aquellos meses lo había visto implicarse en Oak Farm, aprender a valorar a la gente que trabajaba allí y ocuparse para sacarlo adelante. Trabajaba mucho, ella era consciente de todas las horas que había echado en la empresa desde que llegó, e intuía que sus planes para salvar el negocio iban a funcionar. Al principio habían tenido sus desencuentros, e incluso había dudado de sus medidas, pero Grant ya formaba parte de Oak Farm. Se sorprendió al descubrir que estaba contenta (y bastante agradecida) por contar con él en la empresa.

—Todo eso son excusas, Lil —aseguró él con tono cansado cuando el coche paró frente al hotel donde se celebraba la fiesta. No pudieron seguir hablando y Liliana casi agradeció la interrupción. Ella misma sabía que estaba levantando muros para protegerse, pero nadie podía culparla porque se hubiera activado su sentido de supervivencia.

Apenas habían atravesado la puerta, cuando una mujer rubia enfundada en un vestido plateado de tirantes finos se acercó a ellos con una inmensa y cordial sonrisa. Besó a Grant en la mejilla y tendió la mano a Liliana. La reconoció de inmediato, antes incluso de que dijera su nombre: la mujer rubia que vio con Grant en el porche de Oak Farm. Entonces no había llegado a ver su rostro, pero teniéndola de frente supo de inmediato quién era. No había olvidado su cara. Se trataba de la misma chica con la que Grant estuvo en aquella fiesta siete años atrás. Keira Stern. Sí, recordaba su nombre, lo recordaba todo, porque aquel día su corazón volvió a romperse en pedazos en el instante que vio a Grant en la fiesta, llevando del brazo a aquella sofisticada y preciosa chica, mientras Liliana, con su uniforme de camarera,

se movía entre los invitados con una bandeja y una sonrisa servil. Grant y su rubia acompañante se movían con desenvoltura entre los de su clase y compartían una evidente camaradería. Le creyó después, cuando aseguró que Keira y él solo eran amigos, y no porque sacara a colación la orientación sexual de la joven, sino porque sabía distinguir al Grant manipulador del honesto. Pero su fidelidad no podía ocultar lo evidente: que ella no encajaba en su mundo y que él lo sabía y por eso se hacía acompañar de chicas adecuadas que contaban con la aprobación de su padre.

Y allí estaba, años después, estrechando la mano de la misma mujer que la había hecho darse cuenta de que no estaba a la altura de Grant Miller, que seguía siendo la hija de la cocinera a la que no permitían jugar con la niña de la casa, la «basura de caravana» que crecía a orillas del río Fletcher, la adolescente con mala fama a la que el resto de las chicas miraban por encima del hombro, la estudiante de cocina que necesitaba dos trabajos para poder afrontar los gastos básicos de un piso compartido y la matrícula de la escuela. La chica que servía aperitivos, mientras su novio asistía a fiestas elegantes con jóvenes de su mismo nivel social. Por eso huyó de Grant en aquella ocasión, porque su orgullo no pudo soportar la vulnerabilidad que había despertado en su interior la perfecta imagen de Grant y Keira y la cruel sensación de que nunca sería suficiente para él.

Y en ese momento estaba allí, con un elegante vestido de noche, saludando a la mujer que representaba todos sus miedos, y resultó que Keira Stern era una mujer directa, franca y alegre, que parecía sentir verdadero afecto por Grant y que la estudiaba con atención, como si supiera quién era realmente Liliana y qué tipo de relación mantenía con Grant. Tal vez lo sabía, porque Grant siempre la consideró una buena amiga.

El escrutinio duró unos minutos, porque poco después los dueños de Oak Farm se vieron devorados por la vorágine de la fiesta. Keira les presentó a los directivos de la editorial y a la directora de Relaciones Públicas, quien les explicó que buscaban un entorno romántico para la presentación de las

novedades del siguiente año, ya que el sello se dedicaba en exclusiva a la publicación de novelas de romance. Grant y ella ponderaron las virtudes de Oak Farm, enseñaron fotos del edificio y su entorno y, en un momento de inspiración, Liliana contó la romántica historia de John y Violet Adkins, los primeros propietarios de Oak Farm. Durante la rehabilitación de la granja, Rebecca se había entusiasmado tanto con el edificio que investigó con ahínco sus orígenes y quedó fascinada con los primeros habitantes de la finca. En aquella época Liliana y Ethan tuvieron que escuchar con frecuencia el apasionado romance de los Adkins, así como su sorprendente evolución, que les llevó de una cabaña de troncos en un pequeño terreno a convertirse en una de las familias más poderosas del condado.

La jefa de Keira escuchó el relato casi sin pestañear y, cuando salieron de la fiesta, ya tenían asegurado un nuevo cliente que les permitiría cuadrar las cuentas antes de que finalizara el año.

Pese a las buenas noticias, hicieron el trayecto de vuelta a Oak Hill sumergidos en un incómodo silencio, como si ya no tuvieran nada más que decirse.

## Capítulo 21

Nunca llegaron a hacer pública su relación. Nunca fueron una pareja normal. Nunca existieron fuera del apartamento de Liliana. El mundo exterior y sus propios miedos ahogaron todas sus buenas intenciones. Al principio no se dieron cuenta. Las primeras semanas se aislaron de nuevo en su propia burbuja. Se habían añorado tanto y tenían tan poco tiempo el uno para el otro (las clases y el trabajo ocupaban la mayor parte de su jornada) que solo querían sepultarse bajo las sábanas, besarse, hacer el amor, hablar sobre todo y sobre nada. Jill puso el grito en el cielo cuando supo que Liliana había vuelto con él y apenas les dirigía la palabra.

—No debiste volver. No eres bueno para ella —sentenció una de las pocas veces que se dignó a sentarse junto a él en la cocina y luego no volvió a despegar los labios, pese a los intentos de Grant por justificarse.

Lil quiso contárselo en persona a Rebecca. No quería decirle por teléfono a su mejor amiga que estaba saliendo con su hermano, pero entonces el accidente de Ethan lo trastocó todo. Grant recibió la llamada de una Liliana temblorosa para contarle que el novio de Rebecca había tenido un accidente de coche y que estaba grave. Cuando llegó al hospital, encontró a su hermana destrozada e intentó cuidar de ella lo mejor que supo. Ethan estuvo una semana en coma y, cuando salió de este, echó a Rebecca de su vida. La pareja había tenido problemas anteriormente, pero Grant y Liliana asistieron atónitos a la ruptura, casi sin poder creer que dos personas tan enamoradas la

una de la otra hubieran acabado separadas.

Rota, Rebecca regresó a Seattle y Liliana no se atrevió a hablarle de su propia felicidad. Parecía demasiado egoísta en aquellos momentos, comentó con tristeza una noche, cuando ambos se abrazaban bajo las sábanas y compartían tiernas caricias.

En realidad, todo era más fácil así, descubrió Grant sorprendido. Al menos tuvo el valor de reconocerlo para sí mismo. No quería salir de la burbuja, dejar que el resto del mundo se inmiscuyera en su relación. Las palabras de Jill («no-eres-bueno-para-ella-no-eres-bueno-para-ella-no-eres-bueno-para-ella») lo acosaban por dentro y no quería ni imaginar la reacción de su padre, así que se aprovechó de la situación. Liliana trabajaba casi todas las noches en el restaurante de la zona financiera y los fines de semana seguía haciendo el turno de desayunos en Joe's; estaba tan atareada que en ningún momento se planteó la posibilidad de asistir a alguno de los compromisos sociales de Grant. Él acudía a las fiestas de Alexa o a las cenas con clientes sin acompañante, porque había aprendido la lección de la vez anterior: nada de rubias elegantes colgadas del brazo por mucho que su padre insistiera en que necesitaba una pareja adecuada. Quería hablarle de Liliana, pero siempre se echaba para atrás en el último momento. Se prometió a sí mismo que se lo contaría más adelante, cuando Liliana y él terminaran las clases y su relación se hubiera afianzado.

Su vínculo, al final, se reducía a las noches, cuando ambos regresaban agotados al apartamento de Liliana, donde Grant empezó a dejar mudas de ropa y algunas pertenencias casi sin darse cuenta. Jill bufaba, Erin callaba y Liliana parecía contenta, aunque demasiado cansada. Empezaban a preocuparle las profundas ojeras que lucía su novia y cada noche se prometía que la dejaría dormir, pero cuando se deslizaban bajo las sábanas y notaba el tacto de su piel tibia, no podía evitar besarla y hacerle el amor o responder a las caricias de ella.

Tal vez habría funcionado si no hubiera sido por aquella cena con Howard

Kane, un importante empresario de la costa este que estaba de paso en la ciudad y con el que su padre quería hacer negocios. Como siempre, accedió a los deseos de Conrad y asistió a la cena. Solo cuando llegó al restaurante se dio cuenta de que era el mismo en el que trabajaba Liliana. Al principio se sintió incómodo, como si estuviera haciendo algo mal. Él estaba cenando en aquel elegante local mientras su novia pelaba las patatas que iban a comer. Sin embargo, pronto se olvidó de Liliana. Su padre empezó a hablar con orgullo del trabajo que estaba haciendo Grant en Miller & Co., de las buenas notas que había conseguido en la universidad y de las distintas escuelas de Negocios a las que podría asistir.

—Creo que Filadelfia sería una buena opción. Así podrías trabajar en nuestras oficinas de la ciudad —sugirió dándole una palmada en la espalda, el gesto más cariñoso que había tenido con él en todos aquellos años. Había soñado con ese momento toda su vida, el momento en que su padre por fin lo miraría con orgullo, y aquello lo hizo sentir en paz consigo mismo.

El resto de la cena transcurrió como todas las demás. Hablaron de negocios y llegaron a algunos acuerdos. Todo el mundo parecía contento, así que cuando Howard Kane sugirió dar un paseo tras la cena y tomar una copa en un pub cercano, a todos les pareció una excelente idea. Salieron del local riendo y hablando. Alexa y la señora Kane iban delante y doblaron la primera esquina. Grant la vio enseguida. Era la puerta trasera del restaurante y junto a ella había tres empleados con sus delantales blancos y los gorros negros. Debían de estar en su rato de descanso y charlaban animados antes de regresar a su tarea. Liliana estaba entre ellos y sus ojos se cruzaron, atraídos por un imán. Ella sonrió, pero él de pronto se quedó paralizado. No podía presentar a Liliana así, vestida con el uniforme de ayudante de cocina. Había imaginado muchas veces el momento en que presentaría a Liliana a su padre y el escenario nunca era la puerta trasera de un restaurante, en una estrecha calle, y su novia vestida con sus ropas de trabajo y oliendo a cocina. Su semblante debió de expresar sus pensamientos, porque Lil dejó de sonreír y

lo miró con curiosidad. Había avanzado un par de pasos hacia él, pero se detuvo, como si no supiera qué hacer. Grant negó con la cabeza, un gesto casi imperceptible, y aceleró el paso hasta alcanzar a su padre y al señor Kane. Se alejaron de los trabajadores del restaurante sin percatarse de su existencia, pero Grant empezó a notar un sabor amargo en la boca. La expresión decepcionada de Liliana lo acompañó durante el resto de la noche y tuvo la sensatez de dormir en la residencia, en vez de en el apartamento de las chicas. Seguramente, no lo habrían dejado entrar.

La llamó al día siguiente, pero Liliana no respondió y, armándose de valor, fue a recogerla a la Escuela de Cocina después de las clases. Sabía que le debía una explicación, pero no esperaba la furia con la que lo recibió. Ni siquiera lo dejó hablar.

—¿Te avergüenzas de mí, Grant? ¿No soy suficiente para tu importante familia o sus elegantes amigos? ¡Sigo siendo tu sucio secreto, la chica con la que te acuestas, pero con la que no quieres que te vean en público!

—No es cierto. No me avergüenzo de ti, pero no era el momento adecuado. Quiero presentarte a mi padre y a Alexa, decirles que eres mi novia, pero no así.

—¿Así? ¿Qué significa así? ¿Así vestida o trabajando en el restaurante en el que habéis cenado?

—¡Sí, joder! Ya es bastante difícil mi relación con mi padre para complicarla de manera innecesaria. Podemos quedar a cenar con ellos cuando quieras. Te presentaré como mi novia y...

—Con un vestido elegante y en el entorno apropiado, ¿verdad? ¿Les dirás en qué trabajo? ¿O no es necesario darles esa información? ¿También les ocultarás quién es mi madre? ¿Que me crie en el parque de caravanas?

—¡No hace falta que sepan todo eso! —gritó exasperado. ¿Es que no lo entendía? La destrozarían. Alexa y su padre y todos los demás la mirarían por encima del hombro. Él quería ahorrarle todo eso, la humillación, el desprecio. Quería darle la oportunidad de encajar en su mundo.

—Pero es que esa soy yo y no me avergüenzo de nada, al contrario de lo que te pasa a ti.

—No me avergüenzo de ti, pero mi padre... ¿No lo entiendes? Está orgulloso de mí. Deberías ver cómo habla de mí ahora, cómo me mira... Creí que nunca lo conseguiría, pero quiere mandarme a las oficinas de Filadelfia y no como asistente, sino con mi propia cartera de clientes...

—¿Filadelfia? —Lil parecía anonadada—. ¿Cuándo? No me habías dicho nada...

—No lo sabía. Lo dijo anoche. En Filadelfia hay buenas escuelas de Negocios para hacer el posgrado y las oficinas de Miller & Co. mueven un volumen importante de clientes. Está contento con mi trabajo y me está dando una gran oportunidad.

—Y tú no quieres fastidiarlo presentándole a tu novia hispana y pobre que trabaja pelando patatas.

La verdad apareció desnuda ante él. Había fingido que todo aquello era por Liliana, para evitar que pasara por una situación humillante, pero no era verdad. Todo era por él mismo, por su obsesiva necesidad de agradar a su padre. «No-eres-bueno-para-ella-no-eres-bueno-para-ella-no-eres-bueno-para-ella». Las palabras de Jill sonaron en algún lugar de su mente y, aunque quiso acallarlas, supo que era cierto. No era bueno para Liliana. ¿Qué podía ofrecerle? Él sabía lo que quería. Lo había sabido la noche anterior: quería irse a Filadelfia, demostrarle a su padre que acertaba al apostar por él, y Liliana aún tenía que seguir un año más en Charlotte. No saldría bien. Ellos solo funcionaban en su burbuja, tras las paredes del apartamento de Liliana, pero nunca lo habían intentado en el mundo real. Tal vez era cierto y ella no era más que un sucio secreto. La había ocultado cuando tenía quince años y tiempo después seguía haciéndolo.

—Te lo voy a poner fácil —dijo Liliana con dureza—. No voy a cambiar. Voy a seguir siendo Liliana Peña, una estudiante de cocina con dos trabajos. No tengo ropas elegantes en mi armario y no tengo tiempo ni ganas para estar

a disposición de tu ajetreada vida social. El sexo es genial, pero no puede sostener una relación por mucho tiempo.

—Yo te quiero... —susurró él, pero sabía que no la amaba lo suficiente. No lo bastante como para pelear por ella. Había prometido que lo haría, pero tenía veintiún años y estaba demasiado confuso.

—Pues, ahora mismo, tú no me gustas demasiado...

No rompieron inmediatamente, pero se estableció entre ambos una distancia difícil de salvar. Grant notó la decepción de Liliana, su forma de retraerse, pero no se atrevía a realizar el único gesto que aliviaría su frialdad: hablar con su padre sobre su relación. Conrad estaba cada vez más encima de su hijo, siguiendo con interés cada paso que daba dentro de la empresa y fuera de ella, aplaudiendo su forma de tratar a los clientes y su desenvoltura en los actos sociales. Era por fin el hijo que siempre había querido y él no podía estropearlo. No era tan valiente.

Como todos los años, Alexa organizó una gran fiesta de cumpleaños para Conrad. Asistirían todos sus conocidos y Grant supo que ya no podía retrasarlo más. No podía ir sin Liliana a aquella fiesta. Tendrían que romper la burbuja, esa burbuja helada en la que habían vivido durante las últimas semanas, y salir al exterior. Cuando se lo propuso, ella no pareció demasiado entusiasmada, pero aseguró que iría. Incluso se compró un vestido para la ocasión. En esos días Grant se dirigió media docena de veces al despacho de su padre para hablarle de Lil, pero nunca llegó a entrar. Siempre encontraba una excusa para posponerlo. Cuando la noche de la fiesta fue a recoger a su novia, la miró con ojo crítico. Sabía que los asistentes a la fiesta lo harían. Alexa estudiaría cada detalle de su atuendo y su padre estaría pendiente de su comportamiento.

—Estás muy guapa —aseguró, pero estaba demasiado nervioso y no sonó sincero. Liliana le miró a través de los párpados entornados y soltó un bufido.

—¿No te gusta el vestido?

Estaba muy guapa, eso no podía negarlo. Se había comprado un vestido de

firma en un *outlet* y Jill le había recogido el pelo en un elegante peinado que habían visto en YouTube, pero cualquier ojo experto (y los asistentes a la fiesta sin duda lo eran) sabrían que el vestido era de tres o cuatro temporadas atrás.

—Estás preciosa —repitió con intención de calmarla. Una Liliana furiosa podía ser impredecible y no quería estropear la fiesta de su padre. En aquel momento deseó no haberla invitado.

—¿Se lo has dicho a tu padre?

Grant negó con la cabeza y Liliana apretó los labios.

—Se lo diré allí, ¿vale? No me presiones...

—¿Que no te presione? —Liliana pareció fulminarlo con la mirada—. Tú no quieres que vaya. ¿Estoy equivocada?

Quiso negarlo. No se gustaba mucho a sí mismo cuando tenía que reconocer que se avergonzaba de su novia, que no era más que un maldito esnob, igual que su padre, igual que su madre, que su estatus social siempre había sido importante, en el colegio, en el instituto, en la universidad y que, en realidad, no estaba dispuesto a renunciar a él.

—¿Sabes? Creo que no iré a la fiesta. Tú no quieres que vaya y, francamente, a mí tampoco me apetece ir.

Grant asintió, aliviado. Ni siquiera intentó convencerla y la dejó en el apartamento, con su vestido elegante y su sofisticado peinado, mientras él se iba a la fiesta. Su padre parecía de buen humor y lo paseó entre los invitados como si fuera un trofeo. Grant se dejó llevar. Aquel era su mundo, aquella era su gente. Liliana nunca encajaría. Ni siquiera creía que ella quisiera encajar.

No la llamó al día siguiente, ni al otro y, cuando por fin quedaron, ambos eran conscientes de que su historia había llegado a su fin. Ella se mantuvo firme, orgullosa, dura, y él quiso disculparse por no ser un hombre mejor, pero no lo hizo. Solo al despedirse, él llegó a atisbar el dolor en los ojos oscuros y profundos. Había vuelto a romperle el corazón, aunque intentara ocultarlo. Él mismo sentía un vacío en su interior, pero se convenció de que

hacía lo mejor para los dos y que ambos lograrían superarlo.

Al principio la echó de menos, pero el traslado a Filadelfia, su nuevo puesto en Miller & Co. y el máster en la Escuela de Negocios mantuvieron el dolor a raya. Estaba demasiado ocupado y solo al caer la noche, cuando se metía en la solitaria cama de su nuevo apartamento, se permitía la debilidad de pensar en ella, de recordar el tacto de su piel tibia, las suaves caricias de sus dedos y su risa ronca y seductora que no volvería a escuchar. Se obligó a dejar de pensar en ella. Había tomado un camino y debía ser consecuente con él. Volvió al desfile de chicas. Una tras otra: rubias, morenas, pelirrojas, castañas. Daba igual. Cualquier chica que ocupara su cama y no le permitiera soñar con aquella a la que había renunciado.

Conrad se mostraba cada vez más absorbente. Dirigía la empresa con mano de hierro y también a su hijo. Grant apenas se dio cuenta de la red que tejía a su alrededor, cómo modelaba su vida a su antojo. Pasó un año. Grant empezó a salir con una de esas chicas que su padre aprobaba. Patricia era abogada, de buena familia, educada, atractiva, de conversación inteligente y parecía bastante enamorada. Hacían una pareja perfecta. Contaba con el beneplácito de su padre e incluso la llevó a Los Ángeles a conocer a su madre. Pero Grant se aburría con ella. Se aburría en la cama y fuera de ella y le molestaban pequeñas cosas de su carácter, cosas ridículas como su obsesión por la puntualidad o que siempre estuviera contando las calorías de los alimentos, no solo los que tomaba ella, también los de él. Salieron juntos durante seis meses y, al final, tuvo que reconocer que no podía seguir con ella. No estaba enamorado de Patricia y no le gustaba lo suficiente para seguir a su lado. Rompió con ella y la decepción volvió a teñir la mirada de Conrad Miller.

No vio ni supo nada de Liliana en aquellos dos años y creyó sinceramente haberla dejado atrás hasta que volvió a encontrarla en la graduación de Rebecca. Cuando se enteró de que ninguno de sus padres iría a Seattle, no pudo soportar la imagen de su hermana sin nadie a su lado en un día tan importante. Su relación no había mejorado desde el accidente de Ethan.

Rebecca se había encerrado en sí misma y él tampoco había hecho demasiado por acercarse a ella. Se conformaba con llamarla de vez en cuando para saber que todo iba bien, pero no se esforzó lo suficiente en romper la distancia que los separaba. Sintiendo culpable, voló a Seattle y allí se encontró con Liliana, que había tenido la misma idea que él.

Todos los sentimientos que creía haber superado volvieron de golpe cuando se bajó del taxi que lo dejó frente a la residencia de su hermana. Acababa de pagar el trayecto cuando ellas salieron del edificio y se quedó anonadado con la visión de su exnovia. Estaba preciosa, mucho más bonita de lo que recordaba, y parecía contenta, al menos hasta que sus ojos se cruzaron y su mirada se endureció en el acto. Lo merecía, sin duda. Merecía cada gesto despectivo y cada sarcasmo que salió de sus labios. Él había herido a esa chica demasiadas veces, la había hecho sentir que no era suficiente para él, había incumplido sus promesas y empezaba a darse cuenta del gran error que había cometido. Se sentó junto a ella durante el acto de graduación y, mientras veían a una feliz Rebecca recoger su título, apenas se dirigieron la palabra, pero él se conformaba con estar a su lado y mirar de reojo su perfil. Después, invitó a las dos amigas a cenar en un buen restaurante de la ciudad y, aunque no participó demasiado en la conversación, estuvo atento a la charla de las chicas. Así supo que Liliana había terminado las clases y había vuelto a Oak Hill. Trabajaba en The Black Sheep como cocinera y seguía haciendo el turno de desayunos en Joe's. Quiso preguntar por Jill y por Erin, saber si ella salía con alguien, pero no se atrevió y regresó a Filadelfia con una sensación de vacío que no supo aplacar.

En otoño, su padre, que aún no parecía haberle perdonado la ruptura con Patricia, le informó de que tenía un nuevo puesto para él en Charlotte. Le ofreció la dirección del Departamento de Negocio y creyó que era un premio por el duro trabajo que había realizado en Filadelfia, pero pronto comprendió que, en realidad, no había dado más que otro paso para caer bajo el absoluto control de Conrad, que se encargó hasta de escoger la vivienda de su hijo: un

lujoso ático en un edificio de su propiedad. Alexa recibió la vuelta de su hijastro con una engañosa dulzura y Grant, mareado, comprobó que su vida se le había escapado de las manos. A menudo echaba la vista hacia atrás y trataba de comprender en qué momento había dejado que otro tomara las riendas. Su vida no le gustaba, pero no conseguía averiguar hacia dónde debía dirigir sus pasos.

Lo mejor de regresar a Carolina del Norte era que, de vez en cuando, se dejaba caer por Oak Hill y cenaba en The Black Sheep. La comida de Liliana se convirtió en una especie de bálsamo y en aquella taberna oscura, dirigida por un tipo que jamás sonreía, se sentía a gusto. A veces veía a Liliana, cuando salía de la cocina para tomar un descanso y se sentaba en uno de los taburetes de la barra para charlar con Smiley. Nunca parecía hacerle demasiada gracia encontrarlo allí y apenas intercambiaban algunos saludos, pero Grant se conformaba con eso. No merecía más. No al menos hasta que Rebecca regresó a la ciudad y le contó el loco proyecto de Liliana de rehabilitar Oak Farm y crear una empresa de eventos. Desde el primer momento, vio las posibilidades del negocio y, sobre todo, encontró en Oak Farm una salida: la forma de hacer algo por Liliana, aunque ella jamás lo supiera, y de ayudar a su hermana a salir de su estado de confusión. Al menos, uno de los dos podría tomar las riendas de su vida. Invertir en Oak Farm y ayudarlas en secreto le devolvió parte del orgullo, que no hizo más que aumentar cuando el proyecto empezó a hacerse realidad.

La boda de Tyler lo cambió todo. Su mejor amigo se casaba con el amor de su vida y lo invitó a la ceremonia, que tuvo lugar en Oak Farm. Durante los últimos años, había mantenido un contacto regular con Ty e incluso, cuando vivía en Filadelfia, lo visitó en Nueva York con relativa frecuencia.

Nunca había visto a su amigo tan feliz como aquel día. Fue una boda pequeña, con apenas una veintena de invitados, la novia lloró y hasta el novio pareció bastante emocionado. Tyler y Alison habían vivido una larga y platónica historia de amor, llena de malos entendidos, pero por fin se habían

encontrado y ambos se mostraban enamorados y felices. Grant se alegró por su mejor amigo, pero sintió una punzada de celos en su interior. La vista se le escapaba hacia Liliana, una preciosa Liliana que parecía satisfecha, y la vio tal como era: valiente, luchadora, tierna, leal... Lo supo en aquel momento: estaba enamorado de ella, nunca había dejado de estarlo y se había portado como un imbécil egoísta y estirado. ¿Cómo no había podido reconocer la intensidad de sus propios sentimientos?

Lil bailaba con Scott Williams, uno de sus amigos de adolescencia, cuando se acercó a ella para pedirle un baile. Grant estaba ya un poco borracho, pero no lo suficiente como para no ser consciente de lo que hacía. Los ojos oscuros lo miraron con desconfianza. Se lo había ganado a pulso, pensó, pero cuando rodeó su cintura y sintió la proximidad de su cuerpo, su corazón empezó a latir como un loco. Era Liliana, su Liliana, el amor de su vida y él, en vez de aferrarse a ella, la había dejado escapar. Aspiró su conocido olor a manzanas y la estrechó un poco más entre sus brazos.

—No hagas eso, Grant —le pidió ella con voz firme y él aflojó su agarre, deseando que aquel baile no terminara nunca, pero la música cesó y Liliana se separó de él.

—Tengo que hablar contigo —le pidió con voz trémula mientras la cogía de la mano. Se sintió en paz al sentir la calidez de su piel; aquel era el lugar exacto en el que debía estar su mano. Liliana se dejó llevar hasta la parte trasera del edificio y él creyó que aquella docilidad era un buen augurio.

—Te echo de menos —confesó con voz pastosa. Tal vez estaba más borracho de lo que creía.

—Has bebido.

—Eso no tiene nada que ver, de verdad. Siento todo lo que pasó entre nosotros. Lo hice todo mal. Nunca debí dejar que mi padre se interpusiera entre nosotros ni marcharme a Filadelfia. Todos estos años sin ti...

—No, Grant —lo interrumpió—. No hay nada ya entre nosotros y no lo va a haber nunca. Aprendí la lección. Tú no eres bueno para mí y yo te dejé atrás

hace mucho tiempo.

La honestidad brillaba en sus ojos. Liliana Peña ya no lo amaba y él llegaba tres años tarde. Al día siguiente solicitó el traslado a las oficinas de Londres en un desesperado intento de darle un vuelco a su vida y empezar de nuevo; la única forma que se le ocurrió de alejarse de su padre y de Liliana y de encontrarse a sí mismo. Se equivocó otra vez, por supuesto. En Londres hacía demasiado frío, estaba demasiado solo, no logró librarse del control de Conrad y, sobre todo, no consiguió olvidar a Liliana.

## Capítulo 22

Grant se había marchado. No había vuelto a coincidir con él desde la fiesta de la editorial, cuatro noches atrás (o, más bien, lo había evitado desde entonces), aunque había visto su coche en el aparcamiento de empleados. Sin embargo, hacía dos días que el BMW azul oscuro no ocupaba su plaza habitual. Subió al despacho de su socio para comprobar que, efectivamente, no se encontraba allí. Tal vez su coche había tenido alguna avería y había buscado una forma alternativa de ir al trabajo. No, su despacho estaba pulcramente ordenado y vacío, exactamente igual que el día anterior, cuando subió a realizar la misma inspección.

—Dijo que necesitaba unos días y ha dejado a Abigail a cargo de las oficinas.

La voz de Grace sonó a su espalda y creyó detectar en su tono una pizca de compasión que no le agradó. La chica no tenía la culpa de su malhumor, desde luego, así que acalló su enojo y se volvió hacia ella con la que esperaba fuera una expresión impasible.

—No pasa nada, solo quería consultarle una cosa...

—Creo que ha ido a visitar a su hermana —explicó Grace y se mordió el labio, al tiempo que evitaba su mirada.

—¿Y tú cómo...? ¿Has vuelto a escuchar a hurtadillas?

La joven tuvo al menos la decencia de parecer avergonzada. Liliana puso los ojos en blanco: aquella chica no cambiaría nunca.

—¡No lo hago a propósito! —se defendió—. Lo escuché sin querer, de verdad. No lo estaba espiando. Solo quería entregarle un presupuesto, pero él estaba hablando por teléfono y no quise interrumpir, así que me quedé esperando en la puerta a que terminara y...

—Está bien, Grace. Creo que será mejor que no me des más explicaciones.

Las dos mujeres se midieron con la mirada, evaluándose la una a la otra, hasta que al final Grace pareció rendirse.

—Parecía disgustado. Dijo que había vuelto a hacerlo todo mal contigo y que necesitaba unos días para intentar entender en qué había fallado. Sonaba muy cansado...

Liliana sacudió la cabeza. La situación empezaba a superarla, y que Grace estuviera al tanto de sus problemas sentimentales no contribuía a mejorar su humor.

—No sabía que estabais juntos. Si lo hubiera sabido, no habría intentado... Ya me entiendes —suspiró la joven, sacudiendo sus rizos rubios. Hablaba muy rápido, como si estuviera nerviosa—. Tenía que haberme dado cuenta, claro, él parecía quedarse sin respiración cada vez que os encontrabais en el mismo espacio y estaba demasiado pendiente de todos tus movimientos. En fin, fui una tonta; todas las señales estaban ahí y no lo vi venir...

No supo que decir. Aturdida, miró a la antigua ayudante de Rebecca.

—¿Estás enamorada de él?

—¿De Grant? No, no. Es muy guapo, ya sabes, y me gustaba tontear con él, sobre todo porque no me hacía caso y no estoy demasiado acostumbrada a que los hombres me ignoren... Lo digo en voz alta y suena bastante ridículo ¿verdad?

—Un poco —sonrió Liliana.

—Doug dijo lo mismo ayer... —explicó casi para sus adentros, pero Liliana fingió ignorar su referencia al ayudante de cocina—. Lo que más lamento es que ahora tienes otra razón más para odiarme. Nunca te he caído bien y después de todo esto...

—Grace, no me caes mal —resopló—. Ya te lo dije. Tampoco es que seas mi persona favorita de la empresa, pero trabajas bien. Si dejaras de escuchar a escondidas lo que no debes y de perseguir a... —Se calló de golpe. ¿De perseguir a quién? Grant y ella seguían sin ser nada. Ni pareja ni novios, ni siquiera estaba segura de que siguieran siendo amantes.

—¡No lo haré más! —contestó Grace con rapidez—. No tonteo con hombres con pareja, puedes estar tranquila.

En realidad, se dio cuenta de que estaba bastante tranquila al respecto y no porque Grace se lo dijera, sino porque confiaba en Grant. Ese Grant que la había apoyado años atrás para que pudiera cumplir su sueño sin que ella lo supiera, sin esperar nada a cambio, y que había vuelto de Londres para ayudarla a sacar Oak Farm adelante e intentar reconquistarla. Que había sido lo suficientemente valiente como para dejar atrás una vida cómoda, el ansiado respeto de su padre y todas sus debilidades pasadas y tomar las riendas de su vida para vivirla a su manera. El mismo Grant que había esperado a que ella tomara sus propias decisiones con paciencia, dejando de lado sus propios deseos y aceptando la fría distancia que había intentado marcar, y que, desde su llegada, había estado a su lado en todo momento. Ese Grant que, cuando bajaba la guardia, la hacía absurdamente feliz...

Tal vez había llegado el momento de dejar atrás el pasado. Un pasado en el que hubo dolor, pero también mucha felicidad. Habían sido unos críos, demasiado jóvenes y con demasiadas cargas interiores como para funcionar entonces. Pero ambos habían crecido: él ya no bailaba al son que marcaba su padre y ella ya no se consideraba inferior a nadie. Y tenía que reconocer que, pese a toda su dureza, con Grant siempre había sido demasiado cobarde, había tenido demasiado miedo para luchar de verdad por él, por ellos. Nunca creyó que pudieran funcionar, así que tampoco puso demasiado de su parte. Cada vez que él había metido la pata, ella se había retirado a su caparazón, había huido de él y anulado cualquier tipo de acercamiento. Seguía haciendo lo mismo y no le gustaba esa parte de sí misma, esa Liliana asustadiza que se

rendía antes de haberlo intentado.

—¿Dices que fue a visitar a Rebecca? —inquirió antes de abandonar el despacho, aunque sin esperar realmente ninguna respuesta por parte de Grace. Pensativa, bajó a la cocina, sacó su móvil y escribió a su mejor amiga:

Liliana: ¿Tu hermano está en New Bern?

La respuesta no tardó en llegar.

Rebecca: Me ha contado una historia muy interesante. Bastante más completa de lo que tú confesaste hace años.

Liliana: ¿Está enfadado?

Prefería ignorar las quejas de Rebecca. Ya se ocuparía de ella más adelante.

Rebecca: No. Creo que simplemente necesitaba tiempo para replantearse la estrategia. Siempre se os dieron muy bien los desafíos.

Lil se rio entre dientes. De niña siempre aceptaba los retos de Grant. Quizás había llegado el momento de enfrentarse a él una vez más.

Se tardaban cuatro horas y media desde Oak Hill hasta New Bern por la I-40E, aunque ella lo hizo en seis, porque paró cerca de Raleigh a poner gasolina y acabó comiendo empanadas criollas en un *food truck* mientras trataba de poner un poco de orden mental a su impulsiva decisión. Al final, y después de que unas obras en la carretera la obligaran a tomar un desvío que la hizo alargar un poco más su viaje, llegó al condado de Craven y siguió las indicaciones que llevaban a la costa. Recordó cuando Grant la llevó a conocer el mar. Fue una de las mejores experiencias de su vida y se la debía a él. Todavía podía sentir la textura de la arena en sus pies y el tacto de la mano de

Grant mientras caminaban hacia la playa; todavía podía sentir el éxtasis que la embargó al contemplar aquel inmenso mar azul que solo había visto en la televisión y que parecía estar esperándolos.

Ya había anochecido cuando llegó a casa de Rebecca. Era tal como se veía en las fotos que su amiga le había enviado al poco de instalarse: una pequeña vivienda de dos plantas, con la fachada pintada de rojo y la puerta y las contraventanas blancas. Sacó una pequeña nevera portátil del coche y tomó aire antes de llamar. De inmediato, sonó el alegre ladrido de Huck y después unos pasos apresurados. Ethan Bradley ni siquiera pareció sorprendido de encontrarse a la mejor amiga de su novia en la puerta de su casa, a quinientos kilómetros de distancia de su propia vivienda.

—Deberías haber avisado. Los Miller andan un poco revolucionados por tu causa —dijo a modo de saludo, pero luego la abrazó, aplastándola entre sus poderosos músculos, y ella se sintió reconfortada. Le gustaba Ethan. Era un tipo sólido, firme y tranquilo, en el que se podía confiar. No como ella y Grant, que habían demostrado ser volátiles e inseguros, aunque, recordó, Rebecca y Ethan también tuvieron su dosis de drama antes de establecerse. Tal vez, en cuestiones de amor, los chicos de Oak Hill no sabían hacerlo mejor.

—¡Lil! —El chillido de Rebecca resonó por toda la casa y su amiga se abalanzó sobre ella—. ¡Estás aquí!

Liliana abrazó el delgado cuerpo de su mejor amiga y de inmediato se sintió mejor. La había echado mucho de menos y, aunque aquel viaje no tenía nada que ver con ella, se sentía feliz de verla. Huck saltaba a su alrededor, ladrando como un loco, y Rebecca quiso arrastrarla hacia el interior para enseñarle la casa, mientras le hablaba del local que había alquilado para la academia.

—Rebecca, cariño, no ha venido a verte a ti —le recordó su novio y la bailarina hizo una mueca de fastidio.

—Ya lo sé... Está en la cocina —dijo, empujándola sin miramientos hacia

allí—. Estoy muy enfadada contigo. Me hiciste creer que habíais tenido un rollo sin importancia —susurró, pero no parecía enojada, así que Liliana prefirió no contestar.

Si tenía alguna duda sobre el recibimiento que la dispensaría Grant, quedó despejada en cuanto tropezó con su mirada cautelosa. No parecía feliz de verla, pero tampoco enfadado. Supuso que aquello era una buena señal, así que lo saludó con una timidez desconocida en ella. Él la estudiaba con los ojos entrecerrados, como si también quisiera tantear su estado de ánimo, y Liliana estuvo a punto de reírse de puros nervios, así que, en vez de eso, dejó la nevera portátil del coche encima de la mesa.

—He traído tarta de manzana —explicó en voz baja. Grant puso los ojos en blanco y farfulló algo parecido a «juego sucio», pero no estuvo segura de haberlo escuchado bien, porque los ladridos de Huck resonaban por toda la casa.

—Creo que deberíais salir al jardín —indicó Ethan y señaló con la cabeza la puerta trasera. Grant asintió y ambos, contritos, abandonaron la cocina.

El jardín era apenas un diminuto trozo de tierra con un par de parterres secos, una mesa polvorienta de teka y dos sillas del mismo material. Grant tomó asiento, cruzó los brazos y adoptó una actitud severa. No parecía que fuera a ponérselo fácil.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Liliana, mordisqueándose el labio.

—Tú eres la que has venido a buscarme. Estoy dispuesto a escuchar.

Lo dijo con voz clara y sosegada, tal como hablaba el Grant que había vuelto de Londres.

—He dejado a Thomas a cargo de la cocina. No creo que tenga problema para organizarse sin mí.

—Ahora mismo Oak Farm no me preocupa en absoluto —la cortó y supo que lo hacía para ponerla nerviosa. Sintió un ramalazo de ira subir desde su estómago y aquello sirvió para que adquiriera mayor seguridad en sí misma.

—Creí que habías vuelto por Oak Farm, así que no digas que no te

preocupa.

—Te dije que volví por muchas razones, pero ya hemos hablado de eso. Yo puse mis cartas sobre la mesa. Es tu turno, porque lo que no entiendo es lo que esperas de nosotros. Yo ya te he dicho varias veces lo que quería, pero tú no has llegado a aclarar qué esperas de nosotros... si es que esperas algo.

Quiso resoplar, porque él no iba a facilitarle el camino, pero no parecía la mejor forma de iniciar una conversación, así que, en vez de eso, le habló de la encarnizada lucha que había mantenido consigo misma desde que él regresó de Londres, de los confusos sentimientos que despertaba en ella, cada vez más intensos, hasta ocuparlo todo de nuevo, y de su miedo a recaer en los mismos errores de siempre.

—Quieres garantías —afirmó Grant—. Quieres que te garantice que no te heriré de nuevo y eso no puedo dártelo.

—Lo sé. He pensado mucho en ello y sé que no puedes garantizármelo. Así que solo me quedan dos opciones: renuncio a ti o me arriesgo a intentarlo de nuevo.

Grant se mesó los cabellos con cierta impaciencia y su fachada tranquila pareció resquebrajarse. Quiso acariciarlo, asegurarle que estaba dispuesta a intentarlo, pero antes de que pudiera abrir la boca, él se puso en pie, masculló un «no te muevas» y se dirigió con largas zancadas al interior de la casa. Volvió al cabo de un par de minutos, con un brillo malicioso en la mirada y una expresión determinada en el rostro.

—Cuando volví de Londres, hice escala en Nueva York y cené con Tyler y Alison. Llevaba tres años sin ver a mi mejor amigo y él pareció muy sorprendido porque no me reconocía. Londres me había cambiado, pero en realidad no fue Londres, fueron todas las malas decisiones que tomé a lo largo de mi vida. Fueron muchas y algunas muy equivocadas. Esa noche hablé con Ty de algunas de ellas. Sobre todo de mi padre y de ti. Resultó una conversación bastante esclarecedora. Al día siguiente llegué a Charlotte y fui directamente a hablar con mi padre, a decirle que dejaba la empresa y a

contarle mis planes.

—¿Se enfadó?

—Mucho. Nunca lo había visto tan furioso. Dijo que siempre había resultado una decepción y que iba a cometer un gran error. ¿Y sabes qué? No me importó en absoluto lo que pensara de mí. Fue liberador. Me he pasado toda la vida tratando de conseguir su atención. Solo quería que mi padre me quisiera y creí que lo conseguiría si cumplía sus expectativas. Pero entonces lo vi tal cual era: un hombre ridículo, obsesionado con sus negocios y su posición social, incapaz de querer a nadie, ni siquiera a sus propios hijos, que es algo que debería surgir de manera espontánea. Ningún hijo debería esforzarse porque lo quisieran, pero antes era demasiado joven y estaba demasiado perdido como para entenderlo.

—No me habías contado todo esto...

—Estabas demasiado ocupada con tu propia lucha como para cargarte con la mía. ¿Quieres saber qué hice después? Llamé a mi hermana, le conté que había vuelto y le hablé de mis planes para comprar su parte de Oak Farm. Así que ella organizó aquel encuentro en The Black Sheep. El plan era que ella te pusiera al día y que después nos reuniéramos tú y yo, pero te fuiste tan enfadada que no pude hablar contigo.

—Tú estabas en la barra. Te vi.

—Y yo te vi a ti. Y volví a quedarme sin respiración, Lil, como me lleva pasando contigo desde que éramos unos críos. Cuando decidí volver de Londres, no tenía demasiado claro si mis sentimientos por ti eran reales o solo un reflejo del pasado, añoranza por lo que pudo ser, idealización de un amor perdido... Ya me entiendes —explicó, encogiéndose de hombros—. Pero a medida que empezamos a trabajar juntos y a conocernos de nuevo, lo tuve cada vez más claro. Estoy enamorado de ti en todas tus versiones, la del pasado, la del presente y supongo que también de la Liliana del futuro. No puedo arreglar todo lo que hice mal ni puedo garantizarte una relación perfecta, porque no lo será. Pero te prometo que si te atreves a darnos una

nueva oportunidad —Lil pensó que Grant había sido muy inteligente al escoger las palabras «si te atreves», aunque no dijo nada al respecto y dejó que terminara su discurso—, por mi parte no habrá más dudas y te elegiré a ti por encima de todo lo demás. No eres un sucio secreto —añadió, en referencia a sus antiguos temores—, aunque medio Oak Farm nos haya pillado metiéndonos mano.

Grant introdujo la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja de color azul que dejó encima de la mesa. Liliana parpadeó aturdida.

—¿Q-qué es esto?

Los labios de Grant se curvaron en una sonrisa burlona.

—Mi garantía de que no vamos a escondernos. Lo compré después del desayuno de tamales. Me dije que si conseguía recuperarte, esta vez no te dejaría escapar.

Liliana permaneció paralizada un buen rato, incapaz de mover un solo músculo de su cuerpo. El silencio, tan solo roto por el canto de un grillo frenético, pareció envolverlos tras la inesperada propuesta de Grant. Él había vuelto a tomar asiento y, cruzado de brazos, la observaba con ojos desafiantes.

—¿No vas a abrirlo? —dijo al fin y, aunque trataba de fingir serenidad, Lil detectó una cierta ansiedad en su voz.

Liliana alargó la mano (una mano temblorosa que no reconoció como suya) y abrió la caja. Dentro brillaba un sencillo anillo de oro blanco, coronado con un pequeño diamante. Lo miró durante largo rato, sin atreverse a tocarlo.

—Estás loco... —susurró al fin.

—Por ti —matizó con la misma persuasiva sonrisa de años atrás—. No iba a dártelo tan pronto. Pensaba esperar a que te encontraras más segura conmigo, a que confiaras en nosotros, pero has venido a buscarme y todavía tienes dudas; así que, tal vez, de esta forma te ayude a despejarlas.

—No es la propuesta más romántica del mundo —masculló entre dientes y

Grant echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—No, supongo que no, pero es sincera y lo importante es si la aceptas...

Casi pudo sentir todas las murallas derrumbándose, todas las piedras con las que había protegido su corazón cayendo una a una, para dejarle el camino despejado a un nuevo futuro. Amaba a aquel hombre imperfecto. Se había enamorado de él una y otra vez a lo largo de sus veintisiete años de vida y, allí, en el jardín de su mejor amiga, una fría noche de noviembre, con la banda sonora de un grillo incansable y bajo la cálida mirada de unos ojos del color de un cielo de tormenta, decidió aceptar un nuevo desafío.

## Epílogo

Grant Miller subió impaciente las escaleras del porche de Oak Farm. Hacía ya tres años que Liliana y él se habían asociado para sacar adelante un negocio a punto de derrumbarse pese a la indudable calidad de sus servicios. Les había costado reflotarlo, más de lo que ninguno de sus empleados imaginaría. Nunca sabrían cuánto costó mantener todos los empleos y garantizar que cobraran sus sueldos cada mes. El servicio de *catering* tardó casi un año en empezar a funcionar y, al principio, tuvo escasa demanda. Grant se vio obligado a inyectar una parte de sus ahorros en la empresa para evitar que se desplomara y aquello los salvó hasta que las medidas adoptadas empezaron a dar su fruto. Al final, lo habían conseguido y Oak Farm era en la actualidad una empresa solvente que había empezado a dar beneficios. Desde el año anterior, Lil y él podían respirar tranquilos cada vez que miraban las cuentas de la empresa, y la intuición de Grant le indicaba que el camino sería más fácil de ahí en adelante. Tal vez demasiado fácil para las necesidades de su mujer y la suyas propias.

Se habían casado tres meses después de su poco romántica propuesta, sin ningún tipo de boato. Los dueños de una de las empresas de organización de bodas más conocidas del condado se tomaron de manera impulsiva un fin de semana libre, volaron a Las Vegas y se casaron en una breve ceremonia con Rebecca y Ethan como únicos testigos de su enlace. Todavía se desternillaba de risa cada vez que recordaba la expresión estupefacta de su hermana. La

pareja creyó que se trataba tan solo de una escapada de fin de semana para que Liliana, que nunca había estado en Las Vegas, conociera la capital del juego y, en vez de eso, se encontraron atónitos en una recargada capilla, convertidos en los únicos testigos de sus promesas de amor eterno. Unas semanas después organizaron una comida en Oak Farm para celebrarlo con los trabajadores y con la familia de Liliana. Grant invitó a sus padres, pero su madre se encontraba en algún punto de la geografía española con un nuevo novio y su padre ni siquiera contestó a su llamada. En realidad, tardó casi un año en perdonar la traición de su hijo y aceptar a regañadientes a sentarse en la misma mesa que él. Desde entonces, apenas lo veían tres o cuatro veces al año, pero por lo menos padre e hijo eran capaces de mostrarse cordialmente educados el uno con el otro.

El matrimonio le había sentado bien a Grant. Si años atrás alguien le hubiera dicho al adolescente despreocupado lo mucho que le gustaría estar casado, jamás lo habría creído, pero le gustaba muchísimo. Tres años juntos y seguía siendo absurdamente feliz, a pesar de las discusiones (que las había) y las preocupaciones (casi todas relacionadas con Oak Farm). Nada de eso importaba, porque formaba parte de su vida con Liliana, igual que lo formaban las risas, las largas conversaciones, el sexo alucinante y la comida deliciosa. Liliana se había llevado el frío y la vida con ella era cálida y reconfortante. Sin embargo, a ninguno de los dos les venía bien acomodarse demasiado y su mente inquieta ya había empezado a trazar nuevos desafíos. Solo le quedaba por saber si Liliana estaría dispuesta a aceptarlos.

De ahí la impaciencia con la que subió las escaleras del porche, atravesó el recibidor y se dirigió a la cocina. En el pasillo se tropezó con Grace y Doug que hablaban con las cabezas muy juntas y soltaban risitas absurdas. Grant sorteó a la pareja, que ni siquiera se dio cuenta de su presencia, y sonrió al recordar lo maravillosas que a veces podían resultar las burbujas.

—Si buscas a tu mujer, está en el huerto —anunció Thomas, cuya barriga era cada año un poco más pronunciada.

Antes de salir de la cocina, Grant robó una tartaleta de algo delicioso y guiñó un ojo a un par de ayudantes de cocina, que suspiraron embelesadas mientras veían alejarse a su encantador e inalcanzable jefe.

Su mujer estaba en cuclillas comprobando las fresas, vestida con unos polvorientos pantalones y una camisa vieja. La observó trabajar un rato, sorprendido de que, tras tres años de casados, aun siguiera quedándose sin aliento cada vez que la veía. Cuando consiguió recobrar la compostura, atravesó el huerto con sigilo, sin importarle ensuciar de tierra sus caros zapatos, se colocó a su espalda y le mordió con suavidad el cuello. Lil dio un grito ahogado y se giró enojada hasta que reconoció a su marido. Entonces lo golpeó en el hombro, masculló un insulto y después lo besó.

—Te he echado de menos —susurró mimosa, mientras hundía la nariz en su cuello.

—Solo han sido tres días.

—Tres días muy largos.

Grant sonrió y volvió a besarla. Durante un buen rato se olvidaron de dónde estaban hasta que Liliana, siempre más sensata, interrumpió sus caricias.

—¿Qué tal ha ido con el nuevo cliente?

Miró a su mujer con un falso aire de culpabilidad, antes de iniciar la ronda de confesiones.

—No había ningún cliente —reconoció y después esbozó su sonrisa más persuasiva—. Pero sí que ha sido un viaje por asuntos de trabajo. Importantes asuntos de trabajo.

—¿Qué asuntos? —El tono de Liliana, suspicaz, no auguraba una conversación tranquila, aunque él esperaba que, cuando le hablara de sus planes, se calmara. O no. Con Lil nunca se sabía...

—Traigo algunas propuestas.

—¿Para mí?

—Para los dos, pero solo si estás de acuerdo. —El gesto de Liliana se

relajó y pareció dispuesta a escucharlo. Era su momento—. Oak Farm era tu sueño. Ha costado sacarlo adelante, pero ya está, conseguido. Es una empresa estable que da beneficios, que da trabajo a mucha gente y ofrece un gran servicio. Estoy muy orgulloso de haber participado en ello. Me impliqué tanto que lo convertí también en mi propio sueño. —Lil asintió y le dirigió una mirada tierna. Le gustaban esas miradas, así que tuvo que interrumpir su discurso para besarla de nuevo—. Tenemos una buena vida aquí, una vida tranquila y estable, pero tú y yo no valemos para lo tranquilo. Necesitamos retos nuevos, sueños que parecen inalcanzables pero que solo nosotros conseguimos hacer realidad.

—No me extraña que te lleves de calle a los clientes con tanta palabrería, Miller —lo interrumpió Liliana con gesto coqueto.

Grant ignoró su intervención.

—Últimamente he estado pensando en nuevos desafíos para ti y para mí.

—¿Qué tipo de desafíos?

—Del tipo de restaurantes y niños.

Lil entornó los párpados y miró a su marido con severidad.

—¿Restaurantes y niños?

—Bueno, te estás haciendo un nombre en la cocina de Carolina del Norte y creo que montar tu propio restaurante podría ser una buena idea. No nos desentenderemos de Oak Farm, pero Abigail y Thomas pueden dirigirlo, mientras nosotros ponemos en marcha el restaurante.

—¿Mi propio restaurante? —Parecía bastante emocionada con la idea y Grant sonrió.

—En la ciudad que quieras: dentro o fuera del estado. Llevo tres días viajando de un lado a otro evaluando opciones y traigo unas cuantas ideas para que las valores con calma en casa... ¿No dices nada de los niños?

Lil se mordió el labio, tratando de ocultar una sonrisa feliz. Luego obligó a su marido a inclinar la cabeza para susurrarle al oído.

—Digo que tengo muchas ganas de tener niños contigo.

—Bien —asintió satisfecho, antes de besarla una vez más.

FIN

## Agradecimientos

Escribir es vaciarse por dentro; es sacar unos personajes y una historia que viven dentro de ti y volcarlos en el teclado. Esa es la parte de este libro que me corresponde, la parte más solitaria, en la que no interviene nadie más. Pero el camino de un libro hasta que llega a tus manos es algo más largo y no tan solitario como pueda parecer. Es necesaria la intervención de otras muchas personas para que sea posible, aunque después sus nombres no figuren en ninguna parte ni esperen reconocimiento alguno. Pero es justo dárselo, porque sin ellos sería imposible que esta novela viera la luz.

Ninguno de mis libros podría existir sin el apoyo de mi marido. En primer lugar, por su apoyo emocional, ya que me animó desde el primer momento a iniciar este nuevo camino y ha estado a mi lado durante todo el proceso. Es el que me escucha cuando me atasco en el argumento o cuando me emociono porque resuelvo una escena difícil. Mi primer lector, a pesar de que el romántico no es precisamente su género, y también el más incondicional, aunque su opinión puede que no resulte demasiado objetiva, pero es muy valiosa para mí. Por supuesto, también es el que me presta apoyo logístico. Gracias a todos esos fines de semana que ejerció de padre en solitario para que yo pudiera cumplir con los plazos de la editorial y a todas esas comidas desastrosas de las que no se quejó, es posible que leas esta novela y cualquier otra que salga de mi ordenador.

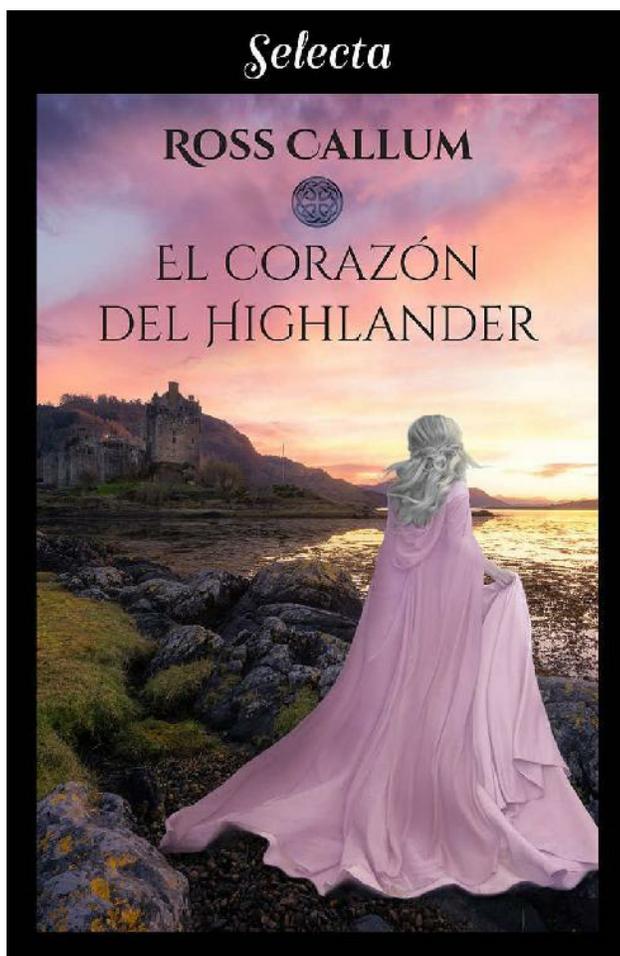
Y luego están todas esas personas que trabajan para poner a punto el libro: desde mi editora, Lola Gude, para la que solo tengo palabras de

agradecimiento, hasta cada departamento del sello Selecta y de Penguin Random House por cuyas manos pasa un libro hasta alcanzar su forma definitiva: corrección, diseño de cubiertas, maquetación, marketing... La lista es larga, pero todos dejan un pedacito de ellos mismos en el resultado final. Sin ellos, no habría nada. Solo un montón de páginas en un documento Word guardado en mi disco duro.

Y, por último, estás tú, lector, lectora, el fin último de cada novela que escribo y a los que quiero agradecer que, de entre los cientos de miles de títulos que se publican cada año, hayas escogido este libro y hayas dedicado tu valioso tiempo a descubrir a los personajes que habitan entre sus páginas. Gracias por comprar el libro y por leerlo, y un especial agradecimiento a aquellos que mostráis vuestro apoyo en público, a los que dejáis vuestra opinión en Internet y compartís mi trabajo a través de las redes sociales.

Gracias.

Si te ha gustado  
*La cocinera de Oak Farm*  
te recomendamos comenzar a leer  
*El corazón del Highlander*  
de *Ross Callum*



# I

## LA PROMETIDA

Jessica Grant no había tenido un buen día. Tumbada en el sofá Chester de su apartamento de Manhattan, observaba el anillo de platino con el diamante tallado en *radiant* de dos quilates. No era una experta en piedras preciosas, pero sabía que a su prometido le había costado una verdadera fortuna. Su transparencia era purísima. Los bordes rectangulares multiplicaban la luz a través del forro de seda blanca del estuche. Lo cerró y lo introdujo en un sobre acolchado mientras pensaba que aquel trozo de carbono cristalizado, con más de setenta facetas, se asemejaba mucho al hombre que se lo había regalado. Atractivo, rico y brillante, Víctor Abbott III era socio, a los treinta y dos años, del prestigioso bufete de abogados de Manhattan, Banks, Payne & Abbott. Y también era un cretino embustero. Pero ese era un detalle que solo le concernía a ella. A ella y a Rachel, maldita sea.

Todo había ido demasiado rápido. Pero así suelen ser los flechazos. Y así era Víctor. Directo, certero y sólido como aquella gema. «Créeme, Jess. El tiempo es solo un convencionalismo para los débiles e inseguros. No necesito un período de prueba para saber que te quiero y que puedo hacerte feliz. Acéptame, y te juro que no te arrepentirás».

Esas fueron sus palabras tres meses después de conocerse en una fiesta benéfica de la fundación John Van-Patten, presidida por el magnate de la industria farmacéutica del mismo nombre y marido de la exuberante Rachel.

Jessica había acompañado a sus padres, Philip y Sarah, ambos investigadores en el campo de la biología, a los que John había confiado un sustancioso proyecto sobre medicina regenerativa.

Prometía ser una velada memorable. ¡Y vaya que si lo fue! Subirse a una

montaña rusa en ayunas y con síndrome premenstrual no podría haberle causado más vértigo que la refulgente imagen de Víctor aquella noche. Con un elegante esmoquin tan negro como su cabello, era la viva imagen de la masculinidad. Alto y de complexión atlética, se desenvolvía con una sobriedad de movimientos que contrastaban con su espléndida presencia.

Jessica también estaba radiante. Enfundada en un sexi vestido de *cocktail* comprado a última hora y con su precioso y largo cabello rubio, había provocado la admiración de muchos de los invitados masculinos y más de un pisotón bajo la mesa de sus irritadas acompañantes.

Víctor se había dirigido directo hacia ella y, después de una animada charla, la tomó de la mano para sacarla de la sala atestada de humo de cigarros habanos de cuarenta dólares la unidad y llevarla a un rincón apartado del jardín contiguo, donde acabaron besándose junto a un rosal.

Pero aparte de algún que otro momento de intimidad, nunca llegaron más allá, y ahora se preguntaba si habría cambiado algo de haberlo hecho. Para empezar, no seguiría siendo virgen con veintiséis años.

En honor a la verdad, Jessica lo había intentado.

Era muy consciente de su naturaleza sensual. Se había estremecido al contacto de ese fuego que fluía hacia su interior a través de cada poro de su piel, hasta que, en algún momento, se veía inmersa en la ilusión de un espejismo, una pobre imitación del calor que anhelaba en su corazón.

Podía escuchar el rumor de un eco lejano al que trataba de alcanzar desesperadamente. Pero siempre acababa perdida en un sentimiento de vacío, muy parecido a la nostalgia.

Como la posibilidad de ser carne de psiquiatra no le resultaba muy sugestiva, decidió achacar su problema a no haber encontrado aún a la persona adecuada. Con Víctor, todo parecía encajar. Con él no había sitio para espacios en blanco o preguntas sin respuesta. Una equilibrada mezcla de seguridad, estabilidad y emoción sin sobresaltos. Él no había intentado nada, y ella no tuvo valor para afrontar una nueva decepción.

Solo su mejor amiga, Abigail Parker, conocía su pequeño secreto.

Habían sido compañeras de habitación en la universidad, donde se licenciaron en periodismo. Congeniaron desde el primer momento, quizás por ser tan distintas.

Jessica admiraba su carácter fuerte y displicente, sobre todo frente a los hombres, a quienes trataba con la misma delicadeza de un asesino con motosierra. Libre de cualquier prejuicio de género, era capaz de cambiar de novio como de calcetines. Los elegía, los usaba y, cuando ya estaba cansada de su tacto o de su olor, los desechaba con toda naturalidad, sin sentirse obligada a pagar ninguna cuota de romanticismo extra.

«¡Por supuesto que me gustaría encontrar el amor de mis sueños! —solía decirle Abby con fingida indignación—. Pero no voy a permanecer en letargo como la Bella Durmiente durante mil años, solo por un triste beso. Esto es la vida real, Jess querida, y aquí el tiempo no se detiene. No puedes esperar fuegos artificiales si no prendes antes la mecha».

Jamás encontraría a alguien tan digno de confianza. Podía sumergirse como un buceador en apnea en los más recónditos vericuetos de su mente y de su corazón, para sacarlos después a la superficie con un tirón entusiasta e implacable.

Al principio, Abby se había alegrado por ella al ver que su relación con Víctor superaba el penoso récord de quince días. Después, trató de advertirle cuando este le consiguió un *verdadero* empleo como relaciones públicas en la fundación, con lo que dejó atrás los viajes con los gastos a su cargo como fotógrafa *freelance*. Pero Jessica no la escuchó. Cambió sus viejas deportivas por unos tacones de aguja y el improvisado recogido por una maquiavélica plancha del pelo.

Intentó despejar su mente, al menos, el tiempo necesario para poder hacer un café con éxito, después de poner dos veces al fuego la cafetera vacía.

«Está bien, Jess, tranquila —se dijo a sí misma—, no vas a volverte loca. Cuando lo hagas, que sea por un hombre que merezca la pena». Al fin, se

acomodó en el sofá con la relajante sensación del café caliente entre sus manos y su gatito Voltaire, que siempre estaba ansioso por subírsele encima y frotarse contra ella con total adoración, en el regazo.

Era un regalo de Víctor. Sin embargo, pensó con ironía, resultó ser mucho más fiel. Acarició al extasiado minino mientras recordaba por última vez la escena.

Había abierto la puerta del apartamento con su copia de la llave. Caminó a oscuras, guiada por los sonidos entrecortados, hasta el dormitorio, donde los encontró juntos. Estaba segura de que Víctor no la vio parada en el umbral con lágrimas en los ojos. Rachel estaba encima de él. De repente, esta giró la cabeza y clavó sus ojos en ella.

A Jessica le bastó el desprecio y la pasión de su mirada para volver sobre sus pasos en silencio, con un dolor en la garganta que le atenazaba como un puño.

Para colmo, aquella dichosa nota aún estaba de cuerpo presente arrugada sobre la mesa. No la leería de nuevo. A su reciente y extraordinaria experiencia vital no iba a añadir el masoquismo. De todas formas, sabía de memoria su contenido.

Víctor te engaña. No se encuentra fuera de la ciudad como te ha dicho.  
Acude esta noche a su apartamento. Con cariño, una amiga.

Sin pensarlo dos veces, hizo una bola con el papel y la lanzó a la papelera. En ese instante, sonó la voz profunda de Nina Simone, con su *Sinnerman* como tono de llamada en su teléfono móvil. Se incorporó de un salto y contestó con una sonrisa.

—Hola, serendipia mía. Supongo que es una tontería que te diga que estaba pensando en ti.

—*Ya sabes que sí, ¿por qué crees que te llamo? ¿Algo anda mal?* — preguntó Abby.

—¿Insinúas que solo te dedico mis pensamientos cuando estoy de bajón?

—¿Lo estás? Creía que tu flamante prometido mantenía tu cuerpo y espíritu en un estado de perpetuo nirvana —respondió Abby burlona. Acto seguido sonó una cachetada y un ronroneo ahogado—. Ah, perdona, olvidaba que no acostumbras a darte cierta clase de alegrías. Aún no te lo has tirado, ¿cierto?

—¿Estás con alguien? —dijo Jessica poniéndose en pie—. ¿Nunca te han explicado el concepto «intimidad»?

—Oh, sí. Es aquel que te permite charlar con tu mejor amiga sobre su vida sexual mientras te comes un delicioso cruasán. Mmm... deberías ver sus abdominales, podrías rallar queso en ellos. ¿No te parece íntimo? Y no hace falta que contestes a mi pregunta, sigues tan quisquillosa como siempre. ¿Cuándo vas a decírselo, en la misma noche de bodas?

—No creo que eso ahora le preocupe mucho...

—Quizás tiene cansancio acumulado, todavía recuerdo aquella portada de la fiesta en su yate. Espabila, Jess, un hombre así no cambia de la noche a la mañana. ¿Has pensado en la posibilidad de que te la esté pegando con otra?

Jessica suspiró.

—Te invito a comer, Abby. Tenemos que hablar.

**Abrir las puertas de su negocio a un nuevo socio puede ser la única forma en que Liliana Peña abra también las puertas de su corazón.**

**Tercera entrega de la serie «Oak Hill», iniciada con La chica de su hermano y Regreso a Oak Hill.**



Liliana ha trabajado muy duro para conseguir sus sueños: salir del humilde parque de caravanas en el que creció y montar su propio negocio. Al frente de las cocinas de Oak Farm, Lil crea deliciosos platos y concentra todas sus energías en sacar adelante la empresa de organización de eventos que fundó años atrás con su mejor amiga. En Oak Farm tiene todo lo que necesita: un trabajo que le apasiona, buenos amigos y la independencia que ofrece ser su propia jefa. Sin embargo, el negocio se mantiene en pie a duras penas y todo se tambalea cuando Rebecca decide mudarse a otra ciudad, por lo que Liliana debe buscar un nuevo inversor.

Grant Miller detesta su vida: se siente solo, vive en una ciudad en la que no llega a sentirse cómodo y tiene un empleo que no le gusta en la empresa de su padre, un hombre frío y poderoso que lo desprecia. Cuando su hermana Rebecca le anuncia que se marcha de Oak Farm, Grant comprende que es la oportunidad que estaba esperando. Invertir en un negocio al borde de la ruina puede parecer una locura, pero también la posibilidad de hacer algo por sí mismo y, sobre todo, la manera de volver junto a Liliana, la mejor amiga de su hermana y la chica con la que lo hizo todo mal, pero a la que no ha podido olvidar.

Grant y Liliana han sido muchas cosas a lo largo de su vida: a menudo rivales, a veces amigos y en ocasiones amantes. Durante años han mantenido una relación inestable cargada de decepciones que terminó de forma abrupta cuando Grant puso un océano entre ambos. Ahora tienen la oportunidad de ser socios y conocerse de nuevo. Él ya no es el despreocupado mujeriego del pasado ni ella la orgullosa adolescente que estaba en guerra con el mundo, así que, quizás, puedan trabajar juntos para sacar adelante la empresa, pero también dejar atrás sus respectivos miedos y reconocer por fin los verdaderos sentimientos que les unen.

**Marian Viladrich** (Madrid, 1978). Estudió Periodismo y tiene un Máster en Literatura Española por la Universidad Complutense de Madrid. Inició su carrera profesional en Radio Nacional de España, conduciendo programas de música clásica. Después ha trabajado en prensa escrita e internet y edita un blog sobre maternidad y literatura infantil. Su primera novela, *La chica de su hermano*, quedó finalista en el VIII Premio de Novela Romántica Vergara-RNR. Lectora voraz de distintos géneros, le apasionan las novelas románticas, la música rock y la fotografía.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Marian Viladrich

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-86-2

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## Notas

### Capítulo 19

- [1] Los Premios de la Fundación James Beard son el galardón gastronómico más importante de Estados Unidos. Se conceden desde 1991 y son conocidos como «los Oscar de la gastronomía».

# Índice

La cocinera de Oak Farm

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Agradecimientos

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Marian Viladrich](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)